

Índice / Summary

El pasado todavía presente. La historia moderna de Bielorrusia

ALEXEIEVICH, Svetlana

Bielorrusia o de cómo el futuro ha de alcanzar el pasado

CLAUDÍN, Carmen

Balkan Fragments: The Erosion of Naive Memory and its Dangers

DEBELJAK, Ales

Gli occhi dell'Est. A più di dieci anni dalle svolte dell'89, com'è cambiata la percezione dell'Est nei riguardi dell'Ovest?

DI FRANCESCO, Tommaso

Sobre la movilización del odio tribal

DIZDAREVIC, Zlatko

La utopia frente al pensamiento utópico

FERNÁNDEZ-BUEY, Francisco

The Balkans beyond the Imagination

GLENNY, Misha

Dos casos: Alemania del Este y Serbia

GOJKOVIC, Drinka

Painful Convalescence

GRACHEV, Andrey

Ambos lados del muro: Alemania (Occidental)

KOENEN, Gerd

El encuentro del mito con la realidad

LUBONJA, Fatos

LA CULTURE NATIONALE ET LE NATIONALISME vus des Balkans et de l'ex Yougoslavie

MATVEJEVITCH, Predrag

La disidencia: breve examen retrospectivo

MICHNIK, Adam

Frente al muro al acecho

RATHENOW, Lutz

Los mandarines serbios y la guerra

SAVIC, Obrad

Europe and the Quest for Eternal Peace

SCHEFFER, Paul

La Rusia poscomunista: ¿hacia dónde va?

SIMON, Gerhard

Intellectuals Under and After Communism

STURESJO, Orjan

Kosova: Ethnicity and Statehood

SURROI, Veton

Being on the Left in Eastern Europe

TAMÁS, Gáspár Miklos

Transición, reconciliación y memoria

TERTSCH, Hermann

La guerra de Bosnia-Herzegovina: tres lecciones y una conclusión

VILANOVA, Pere

El pasado todavía presente. La historia moderna de Bielorrusia

Svetlana Alexeievich

Escritora i analista de Bielorrússia.
Escritora y analista de Bielorrusia.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Hay un país situado casi en el centro del continente europeo llamado Bielorrusia, un país incomprendido por sí mismo y por los demás. La población es de 10 millones de habitantes. Hay dos lenguas oficiales, el ruso y el bielorruso, aunque la primordial es la primera. Solamente hablan en bielorruso una parte de los intelectuales afines al nacionalismo y, en los últimos años, algunos jóvenes (especialmente en las universidades e institutos) que anhelan la Bielorrusia con la que soñaron los grandes líderes hace ya 200 años. Ni siquiera en los pueblos se suele oír el bielorruso, normalmente se habla una mezcla de dialectos y mal ruso. En las escuelas y en los institutos de educación secundaria se enseña en ruso; toda la maquinaria estatal, la clase dirigente, el ejército, los jueces, etc. utilizan exclusivamente la lengua de su poderoso vecino, del hermano mayor, igual que el mismo presidente del país (el primero de la Bielorrusia independiente), Alexander Lukashenko. Los intelectuales sueñan con una Bielorrusia libre, pero el pueblo sueña con la unión con Rusia, y el Batka (así llama la población al presidente), con una casa común, con un Estado eslavo único y poderoso que la abrumadora mayoría apoya en todas las elecciones y referendos.

En lugar del futuro, la población elige con obstinado entusiasmo el pasado, prefiriendo la incompreensión y el desconocimiento de la democracia (que nunca ha comprendido y que, de hecho, no conoce), y eligiendo la mano de hierro del Batka, el poder implacable y duro, en definitiva, la dictadura. Las discusiones giran en torno a la cuestión de si existe o no una nación bielorrusa, pero todos coinciden en que es una comunidad anclada en el pasado.

Y, después de todo, ¿quiénes somos los bielorrusos? Al inicio de los procesos de democratización, en Occidente nos compararon con las repúblicas bálticas, y la propia élite nacional estaba preparada para engañarse de la misma manera. Entonces éramos románticos y preferíamos los ideales y las esperanzas a la realidad. Nuestro propio pueblo nos imaginó como algo ideal, mítico, pero en el fondo nosotros no lo conocíamos, nos lo inventamos. La sociedad no vivió las ideas nacionalistas en torno a las cuales se gestaba la posibilidad de unirse; había sólo islotes separados. "De momento somos una población, no un pueblo." Este pensamiento se ha repetido numerosas veces. La lucha por la independencia nacional en otras repúblicas de la desaparecida Unión Soviética, como Ucrania, Moldavia o las mismas repúblicas bálticas, tenía una historia de rebelión, una innumerable lista de víctimas, pero a nosotros, los bielorrusos, la libertad nos llegó fortuitamente cuando el imperio se desmembró. Fue un regalo de la historia, pero no estábamos preparados. Primero porque nunca habíamos tenido independencia ni un gobierno propio (real, no decorativo), porque en el recuerdo popular e histórico faltaba esa experiencia. Sólo se conservaban los ecos de los mitos de la historia lejana. En segundo lugar, en los años de la represión estalinista, los intelectuales, un grupo reducido y nuevo, fueron físicamente aniquilados o amenazados de muerte. Estaban hipnotizados por el terror. La Segunda Guerra Mundial terminó con el exterminio de este colectivo, la parte más activa y fuerte de la sociedad. En Bielorrusia murieron dos millones y medio de personas de un total de 10 millones. Después de la guerra, la población se restableció con la llegada de habitantes de otras nacionalidades de la Unión Soviética, sobre todo de Rusia. Y lo más importante es que en el laboratorio del marxismo-leninismo, hace setenta y tantos años, crearon y se inventaron un tipo de hombre especial, el hombre soviético. Al principios del siglo XX, en los albores del bolchevismo, uno de los líderes del movimiento marxista en Rusia, G. Plejánov, discutió con Lenin sobre la falta de preparación del país para la revolución, y sobre el hecho de que este viraje histórico prematuro no permitiría "moler la harina con la cual se podría hacer el pastel de la democracia rusa", pero llegó la revolución y la dictadura triunfante del proletariado y, como había predicho Plejánov, trajo consigo

sangre, terror y esclavitud espiritual.

Así que no tuvimos ni tiempo ni oportunidades para aprender la democracia. Como dijo Maquiavelo: "El pueblo que durante mucho tiempo carga con el yugo de la esclavitud pierde un don divino y no es capaz de utilizar siquiera los frutos de la libertad que llega inesperadamente." Lo que sí hicimos fue convertirnos en "soviéticos", algo muy adecuado para nuestros gobernantes, para la dictadura.

El desastre del gran imperio de la utopía, del gigantesco atlante socialista, fue inesperado para la mayoría de sus súbditos, que ya se habían acomodado a este sistema sangriento y terrible, convertido, de alguna manera, en su vieja casa familiar. Muchos ni siquiera sospechaban que se pudiera vivir de otra forma.

Una mañana corriente del año 1991, la gente soviética que vivía en un país soviético de pronto se despertó en un país desconocido, ajeno. Y no pudieron entender que se habían despertado de la historia. A todos los preocupaba la vida diaria, el precio del azúcar, de los embutidos, la súbita pérdida de valor de sus ingresos. De aquellos días recuerdo especialmente las caras de perplejidad de la gente mayor en los quioscos, sus conversaciones: "¿Dónde está la verdad? Compras tres periódicos y lees tres verdades sobre el mismo hecho." Se trataba de la generación que se había acostumbrado a que la verdad única se podía leer cada día en el diario *Pravda*, órgano del Comité Central del Partido Comunista. La libertad no trajo consigo la felicidad ni la liberación, sino la incomodidad. Cuando los periodistas preguntaban a la gente en las calles, éstos reconocían sinceramente: "No entiendo nada. Ha habido una especie de revolución burguesa. Me da miedo salir de casa: en casa las cosas aún son como antes, en la calle todo es diferente. Pero entro en la habitación de mi nieto y todo es extranjero, de importación: los pantalones, las camisetas, incluso el cepillo de dientes. ¿Y lo nuestro? ¿Dónde está nuestro gran país al que todo el mundo temía?". La revolución se puede empezar desde arriba, un grupo reducido de personas es capaz de llevarla a cabo. En realidad, ese grupo reducido propició la perestroika, pero la democracia sólo puede nacer desde abajo, la democracia necesita del hombre libre. Este tipo de hombre no existía, así que no había material de construcción para el edificio de la democracia. Alguien señaló muy acertadamente que el socialismo es una mezcla de cárcel y jardín de infancia. De hecho, la única promesa que los bolcheviques cumplieron fue fundar y educar a un nuevo tipo de persona. ¡Una cosa sorprendente! La base material, el mismo fundamento de la civilización soviética, se destruyó, se disolvió en la historia, pero el hombre soviético, el hombre de ese tiempo, de esa mentalidad, ha perdurado. Ese hombre sobrevivió, vive y vivirá largo tiempo aplastado bajo su peso y deformando la libertad y la democracia, y nuestras esperanzas para el futuro. Se roba tiempo a sí mismo. Nosotros, la gente del socialismo, del país denominado URSS, somos desde entonces (han pasado más de diez años) parecidos y diferentes a todos los demás. Tenemos nuestra memoria, nuestra lengua, nuestra imagen sobre el bien y el mal, sobre los héroes y los mártires. Ni siquiera hoy día podemos diferenciar la guerra de la paz, la vida cotidiana de la vida espiritual, la vida de la muerte, la libertad de la esclavitud, el pasado del futuro. Seguramente por esto, el pasado no queda atrás y continuamente se nos echa encima. El pasado todavía presente. La utopía pervierte al ejecutor y a la víctima. He aquí la experiencia fundamental de nuestra historia reciente, del gran engaño.

Hablo tanto de los tiempos soviéticos porque es precisamente ahí donde se esconde el motivo de lo que nos sucede actualmente. Y el caso de la historia de Bielorrusa es interesante para todos porque es como un espacio inamovible de la utopía soviética, que sujeta y se aferra con fuerza al alma de los ciudadanos. Pero ante nosotros se plantean preguntas nuevas que requieren nuevas respuestas.

Ya hace 20 años que, de libro en libro, escribo mi propia crónica del hombre corriente y de la Gran Utopía, recorro con él todas las "etapas del gran camino": la revolución, la guerra civil, los gulags de Stalin, la Segunda Guerra Mundial, el desmembramiento de la Unión Soviética y Chernóbil. Y todos estos hechos han tenido cabida en 70 años, en la vida de una generación. Escribo las historias de los que tomaron parte y de testigos oculares, es decir, la historia viva. La historia de una persona y su destino junto con los grandes tiempos es historia. Yo sigo el camino del alma, del alma soviética (entendida como un derivado de la

expresión *alma rusa*). Escribo la historia de los sentimientos de esperanza porque las personas quieren leer la historia de otras personas, no de la guerra o de Chernóbil. Recojo pruebas, no de lo que fuimos, sino más bien de quiénes fuimos, de cómo fuimos y de cómo contestamos a la pregunta: ¿para qué? Durante estos 20 años he tenido la sensación de estar escribiendo la historia de un país en guerra, de hombres en guerra, de una conciencia traumatizada. ¿Dónde están los límites del horror que una persona puede acumular dentro de sí y permanecer “sana y salva” espiritualmente? En nuestras almas hay huellas de ese horror interminable. Y a todo lo ya dicho, me atrevo a añadir también que somos gentes de la guerra. O estábamos combatiendo o nos preparábamos para la batalla con otros o luchábamos entre nosotros. Nuestra historia es la historia del infortunio, el panteón de los mártires. Nuestra cultura es la cultura de las barricadas, de la lucha. En esto somos únicos. Y en estas circunstancias, construir y levantar de un día para otro un nuevo edificio, ladrillo a ladrillo, es algo que no hemos podido hacer. Es pesado, se pierde la paciencia. De alguna manera se quiere acelerar la historia. Y después viene la sorpresa: ¿por qué no nos sale como a los demás? ¿Por qué soñamos con algo bonito y resulta que vivimos de manera cruel? Las nuevas generaciones que se han formado en los últimos 10 años, y ya no se parecen ni a sus padres ni a sus abuelos (aunque sólo sea en virtud de los medios técnicos que hacen del mundo algo uniforme), todavía no deciden nada, de momento sólo se ocupan de sí mismos, sintiendo que son el recambio generacional; todo sigue en manos de la “gente de la URSS” (a menudo, los niños llaman así a sus padres). Y éstos son los que eligen, y lo que eligen ilustra bien la historia reciente de Bielorrusia.

Punto de partida, el año 1991. El primer año de independencia. Resurgen todas las esperanzas nacionales: en los jardines de infancia, en las escuelas, en las universidades resonaba el discurso olvidado de Bielorrusia; salen a la luz una decena de libros de historia prohibidos en el pasado; de la nada se restituye lo olvidado, los nombres de los héroes nacionales borrados de la memoria. Y también los datos de la propia historia de Bielorrusia y, finalmente, la oposición nacional bielorrusa –el Frente Popular Bielorruso–, que reúne en sus mítines a 10.000 personas. Uno de los primeros mítines multitudinarios de la oposición se celebró fuera de la ciudad, en el valle de Kuropatas, donde el NKVD¹ llevaba a cabo sus fusilamientos en los tiempos de Stalin. El gobierno se puso nervioso, estaban asustados. Usaron porras y gases lacrimógenos contra los participantes. La policía y el ejército lucharon contra su propio pueblo. Después empezaron los llamados *disturbios de Chernóbil*, en los cuales también participaron muchos miles de bielorrusos. Desde los lugares contaminados por las radiaciones llegaron a la capital las víctimas, a veces familias enteras con niños, a veces pueblos enteros. Contaban cómo enfermaban y morían, y que el gobierno los engañaba y les ocultaba la verdad sobre lo ocurrido. Sus relatos estremecieron a la sociedad. A partir de este movimiento popular surgieron diversos partidos de carácter democrático. Pero durante todo este tiempo había otro proceso en marcha, un proceso peligroso, como después se demostró: el pueblo cayó en la miseria, incluso perdió lo poco que pudo ganar en los tiempos soviéticos, se pararon las fábricas, se cerraron los centros de investigación y los laboratorios científicos, se arruinaron los koljoses y sovjoses², y la inflación galopante aumentó el ejército de desempleados. Éste fue el resultado del desmembramiento de la Unión Soviética, que tenía un órgano económico único. Se rompieron los vínculos económicos: espontáneamente se parceló este espacio único. Y sucedió lo que cabía esperar: en lugar de lo aprendido duramente por la experiencia trágica del pasado, en lugar de la concepción democrática del mundo y del pensamiento, de nuevo volvieron los sueños caducos y totalitarios de la “mano dura”. El pueblo echaba de menos, no los valores liberales, ni la libertad de expresión, de comercio o individual, sino la época de Stalin. El conflicto estaba servido.

Los nuevos tiempos dividieron a la sociedad en ganadores y perdedores. Los ganadores eran pocos, y los perdedores, muchos. Los “nuevos rusos” o los “nuevos bielorrusos”, como llamaron a los que se enriquecieron con el capitalismo salvaje, se comportaron cínica e impudicamente: lujosos palacios en pueblos pobres, últimas marcas de coches occidentales. La riqueza no se ocultaba, se hacía ostentación de ella. El sentimiento de justicia social, siempre afilado en la mentalidad eslava, siempre dispuesto a estallar y encender el odio de clases, instantáneamente volvió a surgir. Los periódicos publicaban gran cantidad de noticias sobre cómo en los pueblos se incendiaban las casas de los granjeros ricos, se estropeaban las cosechas y se envenenaba el ganado.

Resurgió un conocido lema leninista: "Expropia al expropiador". Los valores de la democracia, que la sociedad en realidad no conocía, ya que ni siquiera se había acercado a ellos, se pusieron en tela de juicio y, con el paso del tiempo, provocaron rechazo. Llamaban *catastroika* a la perestroika y *mierdócratas* a los demócratas. Volvieron los viejos mitos y la nostalgia de un gran país que, en algún momento, fue temido y respetado por todo el mundo, y la de los embutidos baratos, y la del pan barato. Las mismas palabras –libertad, liberalismo, mercado, libre competencia– estaban cada vez más en boca de los líderes democráticos como fórmulas mágicas, pero ya no interesaban a la gente ni les daban esperanza. Las carreteras cada vez estaban en peor estado, las técnicas se quedaban obsoletas, las casas se desmoronaban por falta de reparaciones, la inflación se comía los salarios, aumentaban todos los precios y, en general, la vida era cada vez peor. No se puede llevar la libertad a un país como si se importase una mercancía más. Renació el eterno sueño del zar paternal y justo. Este sueño no había muerto, este sueño aún es real. Sólo que ahora se llama presidente. Al presidente se le exige sólo una cosa: prometer lo que prometieron hace casi cien años los bolcheviques (coger para repartir, restablecer la justicia). Éste es el inmortal fantasma de nuestra memoria. Nuestro pueblo sabe por sí mismo que de ahí pueden derivarse bendiciones o maldiciones.

Y apareció justamente la persona esperada. La masa lo escuchó en seguida y lo encumbró. Se trataba del ex director de un koljós y, por cierto, no el de más méritos, el señor Alexander Lukashenko. El tiempo lo creó, lo creó nuestro pasado y los errores de nuestra tímida y joven democracia, lo crearon el miedo y la decepción ante los cambios. Nosotros, los intelectuales, tememos a la dictadura y a la violencia, y el pueblo teme a la libertad, porque no sabe lo que es y la confunde con el caos y la anarquía. Convivir con la dictadura resulta familiar para el pueblo, incluso algo comprensible, porque siempre ha convivido con ella. El nuevo líder hablaba el idioma de la masa, prometía lo que ella quería oír sin las palabras democracia, libertad, mercado, valores humanos. Hay que reconocer que es un líder carismático, el mago de la masa. Se hacía llamar *el bielorruso soviético*, cosa que demostró en cuanto llegó a la presidencia.

Empezó por disolver el Parlamento legalmente constituido del país y lo reemplazó por una especie de asamblea de diputados, elegidos a dedo y dispuestos a aceptar cualquier cosa. Era un Parlamento de bolsillo del presidente. Después impuso de nuevo la antigua bandera soviética de la república y reprimió a la oposición nacional. Como resultado, los principales líderes de la oposición y numerosos escritores conocidos se vieron obligados a emigrar. Pronto nos tuvimos que despedir del derecho a la libertad de expresión: la televisión se convirtió en la televisión del presidente, en la que, siguiendo el ejemplo de Fidel Castro, el gobernante del país "se comunicaba" con el pueblo dos o tres horas diarias. Se despidió de las emisoras de radio, de la televisión, de los periódicos, de las revistas y de las editoriales a los periodistas y a los librepensadores que ejercían la libertad de expresión. Los nuevos profesionales se escogieron por el principio de la fidelidad personal. Cuando la opinión pública mundial llamó la atención hacia las acciones dictatoriales del caudillo de Minsk, éste declaró que "no todo lo que hizo Hitler fue malo" y que "Hitler sacó a Alemania de la ruina". Y esto lo dijo el presidente del país que más sufrió por la ocupación fascista, donde los nazis incendiaron pueblos enteros encerrando a la gente en las iglesias y escuelas, quemándolos vivos, y donde estaba el movimiento partisano más importante. Las televisiones de todo el mundo hablaron del nuevo dictador.

El problema de los dictadores de principios del tercer milenio es grave y no está lo suficientemente estudiado. Nuestra impotencia ante ellos es la impotencia del pueblo y de todo el mundo. La política exterior, como era de esperar, era antioccidental. A los que intentan oponerse se les declaraba *agentes de los servicios especiales de Occidente* o *la élite comprada por los estadounidenses*. A los que participaban en las manifestaciones contra la política exterior los apaleaban las brigadas antidisturbios en las calles de Minsk, los cogían y los metían en la cárcel; a los estudiantes los echaban de las universidades sin derecho a volver a estudiar. Después, gente conocida y miembros de la oposición del gobierno del Batka, simplemente, empezaron a desaparecer. Dicen que los mataba un "escuadrón de la muerte" especial. Así desaparecieron el famoso político V. Goncharik, el cámara Dimitri Zavodskoi y otros. El miedo entró en las almas de la gente. La máquina del gobierno dio un giro y los funcionarios en seguida se pusieron en guardia al sentir "la mano dura". En los tiempos de la perestroika de Gorbachov, nadie pensaba que pudiésemos volver al pasado tan

rápido. Se parece tanto a lo que ya había pasado en nuestra historia. Nosotros pensábamos que los procesos de cambio recién empezados no tenían vuelta atrás, ya que se había derramado la sangre de demasiadas víctimas. Pero éramos románticos. No estábamos en situación de entender por qué al pueblo le gustaba la dictadura, y nos quedamos.

En muchas casas de campo, cuando yo iba por los pueblos y ciudades pequeñas, vi postales con el retrato de Lukashenko o fotos recortadas de los periódicos clavadas en iconos. Las tiendas con productos de importación y las marcas de coches occidentales no deben engañarnos: no se puede considerar que eso sea una nueva vida con una nueva clase de persona, sólo es algo decorativo.

Bielorrusia es prácticamente un enclave comunista en el centro de Europa. El 86% de la propiedad es estatal, no se ha suprimido ni un koljós ni un sovjós, y hace ya tiempo que están todos en bancarrota. Todos los periódicos y revistas están obligados a trabajar en régimen de autocensura, porque de otra manera los cierran. Formalmente hay algunas publicaciones de oposición, pero son de tirada muy corta y se editan y leen en la capital. De cada 24 ejemplares estatales, hay uno que no lo es. El presidente tiene su propia guardia, de varios miles de personas; y su propio fondo presupuestario se ha comparado por su cantidad al presupuesto nacional.

El país se encuentra aislado internacionalmente. Existimos, y es como si no estuviéramos. Nadie está en situación de ayudarnos, sólo nos podemos ayudar nosotros mismos. ¿Quién nos liberará de nosotros mismos? ¿Y Rusia? Hasta hace poco, la democracia bielorrusa tenía esperanza en la democracia rusa, pero actualmente la propia Rusia atraviesa tiempos difíciles y se decanta por la idea de la "mano dura", aparte que tiene antiguos intereses geopolíticos. Necesita a Bielorrusia tanto política como económicamente. Ya hace mucho que se habla de una unión entre Rusia y Bielorrusia, incluso de una casa común, de un Estado común. La arcaica economía bielorrusa sobrevive sólo gracias a las relaciones especiales con Rusia: gas barato, petróleo barato, créditos monetarios. El régimen de Lukashenko no se mantendría ni un mes sin este apoyo.

Y todo esto sucede bajo el signo de Chernóbil. Bielorrusia es el laboratorio infernal de Chernóbil. Coincidieron dos catástrofes: la social, o mejor dicho, la histórica, que es la caída del socialismo, y la natural, que es Chernóbil. En el territorio bielorruso, la tierra, según los cálculos de los científicos después del accidente, seguirá contaminada durante miles y miles de años, igual que si hubiesen caído 300 bombas atómicas como las que se lanzaron sobre Hiroshima (cesio y estroncio radiactivos). Hubo que trasladar más de quinientos pueblos y aldeas, se abandonaron 1.000 hectáreas de tierra contaminada. Dos millones de personas, entre ellos 500.000 niños todavía viven en lugares inhabitables. Deben marcharse. Para nuestra nación, esta catástrofe sólo puede compararse con la que se vivió durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en este caso fue más impensable e impredecible. Nuestra razón ni siquiera es capaz de asimilar estos acontecimientos apocalípticos en su totalidad, ya que es imposible comparar su magnitud con la duración de la vida humana.

Chernóbil es ya un sentimiento de Bielorrusia, su concepción del mundo. Los bielorrusos se llaman a sí mismos *la gente de las cajas negras*, porque graban la información. Un nuevo saber para todos. *Chernobitas*, así nos llamamos a nosotros mismos todavía, como si fuera un pueblo aparte, una nueva nación.

Y sin embargo tenemos puesta nuestra esperanza en el hecho de que, si hay cambios, que sea en el alma de las personas, no en el Parlamento ni en la calle. Estos cambios se cuecen en soledad, no en la masa. La gente ha aprendido a decir *mi casa, mi vida*. Aparece la historia particular, el hombre como individuo. Se habla no sólo de las ideas, sino de la valoración de la propia vida. Esto lo hacen sobre todo los jóvenes. Cuando los escucho, ya no oigo a un coro, como el de las generaciones anteriores, sino a una voz del coro, una voz propia, como la de la chica de 17 años que hace poco conocí: "Mi madre me lo repetía, mi abuela me lo enseñaba. Ellas me enseñaban que la infelicidad es la mejor escuela. El aprendizaje del dolor, del sufrimiento. Y siempre así. Y yo quiero ser feliz, quiero luz, sol, alegría. Quiero aprender de la felicidad. No quiero resignarme, no quiero morir ni en las barricadas ni bajo ninguna bandera. Si hay que sufrir, que sea por amor. Quiero ser feliz."

¡Qué diferente suena esto de las palabras de mi madre!: “No sé lo que es la felicidad. Nosotros no vivimos, no celebramos la alegría de vivir, solamente sobrevivimos. Nuestras mujeres nunca tuvieron maridos normales. Todos habían vivido experiencias en la guerra, en la cárcel o en los campos de trabajo. Y ahora son las víctimas del caos de la perestroika. No pensaba en la felicidad, nunca pensé en ella, no me atrevía a ser feliz porque sabía que me esperaba mi trabajo de niñera, de enfermera. No queremos a nuestros hombres, sentimos lástima por ellos, los curamos. Este es mi trabajo, mi vida.”

Presto atención en las calles. Creo. Quiero creer. Aparece un nuevo discurso. Nuevas voces. Quiero creer que pronto aparecerá un tipo de hombre nuevo que escogerá el futuro en lugar del pasado.

Epílogo

Unos meses después de escribir este texto se celebraron en Bielorrusia elecciones presidenciales. Alexander Lukashenko se hizo con más del 70% de los votos, y esto significa que el país será dirigido con mano de hierro por el Batka durante cinco años más. En la prensa occidental dijeron que había que cambiar de táctica en la lucha contra Lukashenko, y una de las ideas fue hacer de él un Pinochet bielorruso. El futuro de Bielorrusia se retrasa otra vez. Por delante tenemos el pasado.

Notas

1. Servicio secreto para asuntos del interior. (*N. de la Trad.*)
2. Granjas colectivas y estatales, respectivamente. (*N. de la Trad.*)

[Traducido del bieloruso: Virgínia Llompарт Salvà]

Bielorrusia o de cómo el futuro ha de alcanzar el pasado

Carmen Claudín

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Bielorrusia (República de Belarús) es de todo el espacio postsoviético (excepto, tal vez, Turkmenistán) el país más paradigmático del no cambio, es decir, de la no ruptura con el pasado.

Ante el espectáculo de las múltiples dificultades, los avances y retrocesos, las contradicciones y crueldades, de los procesos de transición en el conjunto de la región, muchos –también en Occidente, y me parece que es un sentimiento creciente– se preguntan si valían la pena todos estos cambios, si finalmente no hubiera sido mejor ir más despacio, más progresivamente, conservar más cosas del sistema anterior, etc.

Dentro de esta óptica y durante bastante tiempo, desde los territorios de la desaparecida URSS pero también desde algunos sectores en Occidente, Belarús ha sido percibida como un refugio de paz social y estabilidad política, precisamente por su inicialmente tímido avance hacia la reforma del sistema. Parecía la demostración de que avanzar sin moverse, o moviéndose apenas, era posible. Se llegó a hablar de milagro económico, de modelo de avance gradual.

El balance, sin embargo, de este “contramodelo” es claramente un desastre para el país, que ha quedado atrapado en algo así como un no-tiempo. Elocuentemente, el informe de 1998 de Human Rights Watch relativo a Belarús lleva por título *Turning Back the Clock* (‘Poniendo el reloj marcha atrás’).

Más aún, en mi opinión, el caso bielorruso es la demostración –en negativo– de la absoluta necesidad de reforma y ruptura con el pasado soviético. El fenómeno Lukashenko no es el producto de un deseo popular de volver atrás, de un rechazo de las reformas, sino de la ausencia de éstas en los años iniciales tras la disolución de la URSS.

Alexander Lukashenko, elegido presidente en 1994, lanza al país al camino de lo que llama *socialismo de mercado*: desde el inicio dedica toda sus esfuerzos a reinstaurar medidas administrativas sobre el control de precios y de tipos de cambio, a ampliar la capacidad de ingerencia del Estado en el tímido sector privado que había empezado a emerger, a acumular un poder ilimitado y a reprimir de manera sistemática cualquier forma de disensión.

Alexander Lukashenko es un ex director de koljós (granja colectiva) y presidente de la Comisión Parlamentaria Anticorrupción. Ayudado en parte por la propia oposición democrática, Lukashenko gana gracias a su pasado de hombre supuestamente no político (no directamente vinculado al aparato de poder) y a su reputación de hombre íntegro.

Principales fechas

1991

5 de agosto: tras el intento de golpe de Estado en Moscú, el Sóviet Supremo (Parlamento) declara la independencia del país y cambia el nombre de Bielorrusia por el de República de Belarús.

1994

Marzo: adopción de una nueva Constitución.

Junio-julio: primeras elecciones presidenciales de la historia del país. Lukashenko gana con el 80% de los votos.

Finales de diciembre: varios periódicos aparecen con espacios en blanco debido a la censura (eran extractos del discurso ante el Parlamento de un diputado acerca de la corrupción en el equipo presidencial).

1995

14 de mayo: referéndum y elecciones generales.

Entre mayo y noviembre: son necesarias tres fases (no se alcanza el 50% de participación) para llevar a cabo las primeras elecciones generales de la Belarús independiente. La ley electoral vigente favorece la continuidad de las fuerzas representadas, y los partidos de oposición no consiguen ninguna presencia significativa. También se celebra un referéndum impuesto por Lukashenko sobre el acercamiento con Rusia (cooficialidad de la lengua rusa e integración económica), el restablecimiento de los símbolos soviéticos (bandera) y el derecho del presidente a disolver el Parlamento. Con más del 75% de los votos, Lukashenko recibe la respuesta esperada en todas las preguntas. En esta ocasión, Lukashenko hace uno de sus comentarios característicos: "no importa qué diputado sale elegido, de todas maneras todos mienten..." (El 77,6% votó a favor de que el presidente tuviera capacidad para disolver el parlamento, si éste violaba la constitución. El 82,4 % votó a favor de una unión económica con Rusia, el 83,1% votó a favor del ruso como segunda lengua oficial. La reintroducción de la antigua bandera y del blasón nacional recibió un apoyo del 75%.)

Diciembre: en una entrevista a un diario alemán, Lukashenko declara que no todo lo relacionado con Hitler es malo; su fuerza consiguió levantar Alemania de los escombros, lo que ha de ser una inspiración para Belarús.

1996

2 de abril: firma del Tratado de Unión con Rusia (a pesar de algunos avances, de hecho no ha dado nada concreto hasta la fecha).

Agosto: Lukashenko anuncia su intención de celebrar otro referéndum con vistas a prolongar hasta 2001 su mandato, que expira en 1999, y desencadena hasta noviembre la crisis política y constitucional más grave del país.

Noviembre: Lukashenko disuelve el Parlamento y el Tribunal Constitucional, introduce una nueva Constitución y consigue, por referéndum, la prolongación de su mandato.

A partir de 1996

Belarús se hunde en la "estabilidad" típica de los regímenes autoritarios: no llegan más noticias políticas que el sinfín de abusos de las libertades públicas, los desaires a la comunidad internacional, las declaraciones rituales acerca de la unión con Rusia, etc.

No será hasta estos últimos meses cuando empezarán a aparecer señales de una erosión del apoyo a Lukashenko, incluso en sus bastiones rurales. Y la oposición parece soñar con un proceso "a la serbia" de derrocamiento del dictador, favorecido por la ya evidente crisis económica. Aunque su capacidad para preparar las condiciones de este derrocamiento es, de momento, muy dudosa, y las elecciones

presidenciales que, en principio, han de celebrarse en 2001 serán un banco de pruebas evidente.

Consecuencias del inmovilismo

Consecuencias económicas

- Inflación (181,7% en 1998, según fuentes oficiales), penuria, racionamiento. Es la más alta de toda la Comunidad de Estados Independientes. (Rusia: 36,5% a finales de 1999, 84,4% a finales de 1998).

- En 2000, por primera vez en años, han empezado los retrasos en el pago de los salarios.

- Dependencia de Rusia, en particular en energía: el petróleo y el gas baratos mantienen a flote la economía bielorrusa. ("Bielorrusia debe importar un 75% de su petróleo, la mayoría del cual procede de Rusia. Rusia factura a Bielorrusia precios inferiores por el gas desde que a Rusia se le aplican tasas reducidas por el gas que transita por Bielorrusia con destino a los clientes de la Europa Occidental.")

- Aislamiento casi total de la economía internacional.

Consecuencias políticas

- Ostracismo del país en general: en los últimos años, sólo Serbia puede competir con Belarús por el nivel de crítica internacional que ha concitado.

- No reconocimiento por los observadores internacionales del respeto a las normas internacionales en las últimas elecciones generales de octubre 2000.

- Incidente diplomático con 22 países por querer desalojar a los representantes diplomáticos de sus residencias por causa de obras en la zona residencial.

- La UE, Estados Unidos y otros 12 países más establecen una lista de 113 funcionarios bielorrusos a los que se prohíbe la entrada en sus territorios.

- Futuro político del país también dependiente de Rusia.

- Reintroducción de los manuales soviéticos, regreso a los símbolos estatales soviéticos (la bandera).

La represión

- El KGB mantiene su nombre, aunque Lukashenko se apoya más en su propio servicio de seguridad.

- Censura y control de los medios de comunicación.

- Encarcelamientos y desaparición de oponentes y periodistas.

- Persecuciones a los partidos de la oposición, a los sindicatos (varios de ellos prohibidos en 1995), en el mundo académico.
- El código penal permite el arresto de 30 días sin cargos.
- La libertad de circulación de las personas está restringida por disposiciones administrativas.

Especificidades

- Estado de cosas a medio camino: no hay libertad, pero tampoco hay campos de concentración; el nivel de vida es bajísimo, pero no hay hambre.
- Pervivencia de la cultura política soviética, en particular respecto a la ley y la relación ciudadano-Estado: "el superior siempre tiene razón y tiene que proveer por mí (aunque yo siempre me queje), la ley es algo aparte y la vida es así".
- No nacionalismo, o prorusismo, como programa: al contrario de Serbia, pero para un mismo fin. No se utilizan, e incluso se rechazan, los discursos nacionalistas (desuso y desprecio de la lengua, cierre de escuelas en bielorruso, unión con Rusia, exaltación del eslavismo, entiéndase acoger a Serbia en la Unión). Para Lukashenko, todos los males provienen de la disolución de la URSS.

En conclusión

En 1998, en unas declaraciones ante el Parlamento, Lukashenko expuso su plan estratégico de desarrollo para el país. Es un plan absolutamente consecuente con el paradigma del régimen y el tema que nos ocupa: conseguir en 2001 el nivel de desarrollo económico de 1990. En otras palabras, y como dije al principio, el futuro ha de alcanzar el pasado.

Balkan Fragments: The Erosion of Naive Memory and its Dangers

Ales Debeljak

Escriptor, professor de filosofia de la Universitat de Ljubljana.
Escritor, profesor de filosofía de la Universidad de Ljubljana.

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

The Yugoslav perspective has been an extremely important one in my personal and creative development. For example, my very first experience of a metropolis was of a Yugoslav one. I believe I can remember to this day that secondary-school excitement I had upon entering a new territory: like the full lips of a slightly vulgar but enormously sensual girl, the streets of Belgrade seduced me in the early 1980s with promises of romantic opportunities and flashing revelations of Balkan wisdom. I remember well that first ascent from the main railway station through the canyons of the faded palaces, which I was later told mimicked Sutjeska architecturally, all the way up to the wide Terazije. Along this boulevard I strolled, enjoying the gaily-coloured, relaxed manner of the passers-by past the Hotel Moskva. This was where, after his return from Britain, having spent decades there as an emigrant, the aged Milos Crnjanski lived until his death. I don't know why I didn't stay in the USA when, many years later, I myself followed the call of foreign shores, but perhaps it had to do with my being struck for the first time by the depressive force of the circumstance called exile presented in the pages of Crnjanski's *Roman o Londonu* (A Novel of London).

In the display window of the bookshop in the Albanija building, I quickly skimmed the titles of books not yet available in Slovene. These included books from which, in Serbian translations, I later came to know for the first time the descent into the hell of desires in Lautremont and the cold ironic perfection in the poems of Josif Brodski. I lost myself among the beer-soaked tables around Konj, and felt and fought my way through the affected hedonism on Knez Mihajlova Street, finally coming to rest under the trees in a lush park on Kalemegdan, in which devilishly quick gypsies had just fleeced a naive provincial boy in a game involving three matchboxes.

Why feign ignorance? I was fascinated by this city! It embodied all that Ljubljana wasn't. Belgrade gave me my first experience of a dangerous and titillating cosmopolis which Vienna, for example, couldn't do for me; nor did I expect that from the city of the Hapsburgs, even though it is closer to the Slovenes historically, socially, geographically and supposedly also in terms of mentality. The experience of Belgrade primarily revealed to me some kind of special – how shall I put it? – urban self-confidence. Well, perhaps it wasn't sophisticated in terms of Western standards, which were unknown to me at the time. But, so what? It still knocked me for a loop. Perhaps it's because of the pure innocence of my first memories of the city that I haven't summoned up the energy to travel to Belgrade since 1991, the year of the beginning of the wars which caused the collapse of Yugoslavia. There is every indication that I do not wish to spoil the sweet naiveté of those memories, however sentimental this may sound.

The Serbs' conviction of their own importance and their belief that they are always right –even when split into factions of dangerously militant insanity, the destructive results of which were witnessed by countless Croatian and Muslim villages in Bosnia, Croatia and Kosovo– was fuelled by a mixture of spontaneous unpredictability and streetwise ways with which Slovenes are still unfamiliar. Half

enviously and half in opposition, I observed the effects of this explosive mental mixture in my Serbian acquaintances in Paris, Amsterdam and New York, during our meetings here and there after I started circling more frequently outside Slovene borders. Take Stevan Markovic, who was one cool dude: a handsome, violent goodfella from the streets of Belgrade, later a bodyguard to Alain Delon. He succumbed to some major criminal ambitions after his intoxicating arrival in Paris and rapid rise into high society, until his supposed death at the hands of a hired killer in a conflict between the Corsican and Yugoslav Mafias. This very same Markovic fascinated me as strongly as only a romantically enraptured boy can be by violence. This youthful intoxication with the poetic fantasies of crime, an egotistical vertigo of essentially abstract evil, also appears several times in my early poems, especially in the book *Imena smrti* (The Names of Death) (1985). That is, I always found Serbian vitality to be slightly foreign, but at the same time entirely close enough to find it extremely attractive. This was the life passion: a passion for life and art, and a life of art beyond conventions which I was to later find in the top-flight literature of Rastko Petrovic, Danilo Kis, Vasko Popa and primarily Milos Crnjanski, rather than in the biographies of criminals.

In my early period, Crnjanski even influenced me with his poetic Sumatraism, similarly to the way my verse was inspired by the mood poetry of Josip Murn-Aleksandrov and the lyrical harmony between the prophetic impulse and the wealth of impressionistic strokes in the works of Srecko Kosovel. But if from Murn I mainly received incentives to use my personal experiences, which are transformed into a universal picture when one is able to purify them of all which is trivial, and if from Kosovel I adopted the lyrical crystallization of the vibrations of the soul, which can surpass the concrete reality of a given biographical situation in a few basic spots because it speaks with a tongue of rare beauty and solitude, then Crnjanski imparted to me the first signals of what I received only later on from a detailed reading of Kocbek's poetry and diaries. Especially in *Lirika Itaka*, and that elegy utterly unsurpassed in south Slavonic literature, *Lament for Belgrade*, written by Crnjanski in exile. (Has any Slovene poet ever written such a very individually felt and at the same time historically complex elegy for Ljubljana? Perhaps, but I don't know of one). I eagerly absorbed messages from the wide world with which a poet's sensitivity to experiences is naturally integrated. I believe I know today what I then only suspected: that only against the background of large tectonic shifts and historical earthquakes may a poet's ear for his own fate hope to receive an energy charge of inevitability, and thus also take upon itself the fatal weight of the collective experience, simultaneously, in all its marvellous and disgraceful accents.

If I consider this carefully, I am unable to avoid the impression that with these early excavations into the treasury of modern Serbian poetry –certainly also under the influence of conversations and socializing with Serbian poets and critics, with whom I consorted heavily during the 1980s and collaborated with on a series of publications, from the *Polja* of Novi Sad to the *Knjizevna rec* (Literary Word) of Belgrade– I was probably wishing to unconsciously overcome the type of absence that presses down on 20th century Slovene literature as a nightmare: a cosmopolitan mentality, the sovereignty of a large city, a self-confident walk through the library of the world's constellations! How many writers and poets do we Slovenes have, for example, who in fact served their apprentice years in Paris, the capital of the last century until World War II?! Let us think: there is, for example, the practically-undiscovered-until-yesterday Vladimir Bartol, while Edvard Kocbek was slightly remote in Lyon; after the war we naturally cannot neglect to mention the notorious salon lion Joze Javorsek, but apart from that a Vienna district, and perhaps a few student years in Prague, a hop to Munich and... a sad ending of mostly crumpled biographies. The modest content of the Slovene literary tradition

in this biographical sense is seen primarily in the fact that nothing remains for young poets who would wish to experience, and thus also receive inspiration from, the adventurous, dynamic and risky path of a chosen artist, a predecessor in the constellation of lyrical visions, but to either rely on their own imagination or reach for the annals of other national traditions. To whom could I have referred among Slovene writers, for example, in American poetry circles when, after moving to New York at the end of the 1980s, I said I was a Slovene poet? At least my Serbian friends could rely on Vasko Popa, a long-term candidate for the Nobel Prize, and Danilo Kis, who is still held in very high regard among the American literary elite.

But I don't wish to moan about the limiting fact of Slovene anonymity. I prefer to say that, after I overcame my initial low spirits, the very absence of a large cosmopolitan tradition freed me in a way. Because if we lack a tradition of cosmopolitan, creative self-confidence, then each of us is left to create such mythology him/herself. In my slowly developing existential and aesthetic orientation, I received the greatest support from Tomaz Salamun, who constantly encouraged and emboldened me, and also opened a few important doors with his personal connections. Exactly that: a personal *stanza*. In the long run, Salamun himself managed the gesture of transgression of the national frame, not only in a spiritual, but also in an entirely direct physical sense.

This perhaps overly lengthy detour has been necessary for me to explain at least briefly the degree to which direct confrontation with literary creativity in the former Yugoslav territory was important for my own *Bildung*. I travelled in these areas relatively frequently during the 1970s as a young athlete, practicing judo, so that I found my later intellectual journeys in places south of the Kolpa River felt entirely natural. When, in the early 1980s, as the editor-in-chief of the radical student newspaper *Tribuna* in Ljubljana, I began publishing articles which the then-Communist authorities found problematic, the editorial board was naturally searching for like-minded people. This was not only going on in Slovenia, because dissident texts of a similar spirit were being written by members of an older generation which wasn't really known to us in the Nova Revija gang. We also sought them out within a wider Yugoslav framework; thus the Tribuna gang travelled to Belgrade and Zagreb several times for meetings with colleagues, which almost always developed into exciting intellectual, erotic and social adventures. The way we went out to cafés in the evenings, into the turbulent café atmosphere of Madera, to eavesdrop at this or that table for addresses of parties, which to me seemed then to be constantly on the agenda in Belgrade! Let me think: Yes, in Belgrade I experienced my first garden party, with over one hundred people present. Quite possibly, this may be only one kind of social dimension. But through it, glimpses flash through of the living faces of poets, anarchists, political dissidents and braggarts, sparkling conversations with new people and the allure of discovering the unknown. What I mean to say is that the range of choices was unusually wide. If I think of the few cafés in Ljubljana that are open until midnight (only), primarily the alternative meeting ground at the Union Cafe and the cellar of the FV disco, where I spent my student years, naturally I can't help but feel that the Belgrade of that time pulled me into an exciting cosmopolitan swirl of multiple opportunities that my native city wasn't offering.

This may sound provincial, but for me, a similar feeling sifted through the sieve of the years that passed during my exploratory visits to these two cities when, immediately after arriving in the US as a student, I began travelling regularly to New York City, prior to moving, in the second half of the 1980s, from the Syracuse University campus to the bohemian quarter of the East Village. The first Tribunal and also, soon afterwards, my poet's visits to Belgrade and Zagreb encouraged me

to begin intensely following the writing in the student publications *Mladost*, *Polet*, *Studentski list* and *Vidici*, in which literary creativity walked hand in hand with political critiques and mass-cultural sensibility. By then, I had already begun to publish my essays and poems in Croatian and Serbian translations in many student media, and also in specialized literary journals and other marginal publications. The most important of these was certainly the Zagreb monthly Quorum, in which the editor-in-chief Branko Cegec, with his far-reaching, thoughtful policy, published leading literary and critical essays from the scene of the younger generation which was sprouting at all ends of the former Federation. I myself was also quite actively involved in the beginnings of Quorum's rise in the Yugoslav scene, since my essays and poems were present in this ecumenical publication from its very first issue in 1985. No wonder I enjoyed Zagreb's literary circles, its literary performances and its marginal media coverage, perhaps even more than that of Ljubljana, since I was abroad, but at the same time also at home in a way. And I really did feel at home in Zagreb, if this means the state of being able to confidently move through space without constantly thinking of how to behave and what to say. In the Hotel Dubrovnik, on today's Jelacic Square, I certainly spent the night more times than in any other hotel in the world. My literary paths did and often still lead me to Krleza's city, and I know the streets of Zagreb's Gornji Grad (Upper City) almost as well as I do the granite blocks in the pavements of old Ljubljana.

In connection with this, I can't help but mention the fact that together with Mika Pantic, –whose *Novobeogradske price* (Stories of New Belgrade) I recently read with delight– in 1995 I received the Yugoslav Award *Sedem sekretarjev SKOJa* (Seven Secretaries of the Association of Yugoslav Communist Youth) in Zagreb for *Imena smrti* (The Names of Death). However, my book was not translated. It was read in the original. This is because Croatian and Serbian connoisseurs were always much more careful readers of Slovene literature than vice versa. It seems unnecessary to specifically emphasize that this is bad for Slovene literature, even though at the end of the 1990s a re-establishment of the painfully torn threads of international cooperation in literature was attempted among the circles of the Ljubljana journals *Apokalipsa* and *Literatura* and the student publishing house, Beletrina. OK, I admit it: this lost era of the near past, when many Slovene books of poetry and prose were regularly reviewed in Zagreb, Belgrade, Sarajevo, Novi Sad and Nis, is probably hard to imagine today, when a Slovene literary writer can expect perhaps only three or four relevant reviews in local newspapers, not to even mention the cognitive advantages of comparative evaluation originating out of the tissue of a different cultural tradition. My friendships and personal contacts also date back to these early student times, which helped me considerably in preserving, I hope, a pure human openness and a ready ear for other languages.

Names – are names really important? A handful of names, therefore, which really do immediately come to mind in a very improvised and inevitably limited series of Yugo-connections, if for no other reason than the lengthy span of personal contact. Here are just a few: the poet and publisher Branko Cegec, to this day my exclusive translator of poetry in Zagreb, where my poetry collection *Mesto in otrok* (The City and the Child) translated by him was published as my third Croatian book. The poet and refined art critic Zvonko Makovic and I used to have fervent debates on the Slovene and European avant-garde and face cross-readings of literary societies from formerly published journals such as the Slovene *Perspektive* (Perspectives) and Croatian *Razlog* (Reason). I was always unusually happy at his appreciative critiques of my literary work, as I valued them due to his highly intellectual style and analytical lucidity. Not only have I maintained genuine, regular and cordial contacts from that distant time with Milan Dzordzevic, a Belgrade poet and translator, but I have even deepened them. Two editors of the student journal for

literary theory, whom I met long ago at a Slovene literary evening at Belgrade's Kolarac, my first one ever in the former capital, are still my friends after over 15 years. Bojana Stojanovic-Pantovic is today the only university professor in Serbia who still lectures on the history of Slovene literature, and her critical presentations of modern Slovene lyric poetry are a perfect example of a discerning eye, theoretical and historical knowledge and a knack for revealing layers that, in the main, Slovene critics either did not describe or were entirely unable to detect reflexively. And Vesna Bjelogrić left for London after her graduation, where, as Mrs. Goldsworthy, she recently published a resoundingly received book on the mechanisms of the cultural construction of the Balkans in British travellers' journals. I have a vivid memory of her slender figure and the lingering Bosnian intonation of her voice, which echoes in beautiful, acrid prose poems, such as those that are written by Semezdin Mehmedinovic, a Sarajevo poet and editor in US exile, whom I last met in May of last year in Washington, DC.

And so on. It's crazy, really, how many names and stories suddenly come pushing up into the picture, as soon as I recall it with my internal eye. They flicker, these faces and images, like the greenish screen of the obviously pathetic computer monitor on which I write these words; they vibrate with a clear palpability of memory that no summarizing In short can do justice, since there are too many of them, too many who have been pushed aside into temporary anonymity. However, I am forced to use this inevitable In short... by the extent of this footnote which exceeds its frame. So, then? Well, in short, it is these living people, living texts and living contact with landscapes and architecture, the topography of rivers and perforations of the skies, gazing beneath the minarets and bell-towers, with the rituals of the streets and the indescribable smell of *bakalnice* (grocery stores) and *cevapcici* stands, that give me a very reliable feeling that my spiritual lungs breathed far more deeply in my former joint nation than they would have had my direct experience of the world been bound only to the limited Slovene habits of the heart.

It is, therefore, no coincidence that today, I still try to keep informed and read as much as possible of the current Serbian, Croatian and Bosnian literary production. Unfortunately, this much is also clear: I am forced to limit myself to more or less well-known names and comments (when some critic draws attention to a writer) of literary critics in the rare journal publications which I still regularly monitor. Many paths have been physically severed; many friends have left for exile, and we often meet abroad. Journals are abandoned or born, payment transaction mechanisms between the former Yugoslav republics are established only slowly, books circulate only with difficulty, travelling is no longer simple, and time has also become a more important factor. And this fact is, naturally, trivial: I no longer have the formerly unlimited freedom for entirely spontaneous strolls through the galaxies of books from the Balkans, which I used to do very ardently in the past. For example as the editor-in-chief of the monthly journal *Literatura*, I started a regular column titled *Yugoslavica* in the 1980s, because I knew the southern scene well and therefore also knew how much stronger they were, especially Serbian writers of meta-fiction and Croatian disciples of Borges, than almost anything being produced at the same time by Slovene writers in this essentially difficult genre. With its Americanized title, this column already concealed, perhaps even –I say this self-critically with a light arrogance– suggested that Slovenes read the texts from the south of our then joint country from a different critical viewpoint, but we nevertheless desired to prepare them regularly and carefully. In *Yugoslavica* we published a series of leading Serbian, Croatian and Bosnian writers. In short, I cannot imagine my personal and creative formative years without my gaze into the former Yugoslav

cultural pool.

Naturally, this memory of mine will not even attempt to be perfect. In spite of its fragmentary nature, I still feel a need for commentary, which is itself now disappearing in the wrinkles of lost time, within which the polemics lie buried: the first of that kind in those times, in the pages of the *Vreme* (Time) weekly with some Serbian writers. I have to say that I was disappointed. I would like to believe, but somehow cannot, that it was only a broken telephone game, as Milan Dzordzevic, even after the outbreak of animosities, tried to resolve the situation in his article. The polemics obviously touched raw, irritated or painful nerves in the wider readership, since the complete dossier of this exchange of opinions which spread from *Vreme* to Split's *Slobodna Dalmacija* (Free Dalmatia), Belgrade's *Nasa Borba* (Our Fight), *Neodvisna informacijska mreza* (The Independent Information Network) and other printed media was also published in a Polish journal, *Krasnogruda*. I presented my views of the Balkan war more than a few times at international and Slovene public forums (far fewer times in the latter case, because there simply weren't many of them); they are also included in a series of my published essays. Therefore, I would here like to say only this: In the polemics which followed my interview in *Vreme* in the distant year of 1996, it was, from my point of view, primarily a roughly stated basic unwillingness on the part of my Serbian colleagues to become aware of the political consequences of the apparently aristocratic position of literary aestheticism. Even though at first sight it appears the purest i.e. we aren't going to dirty our hands by commenting on social and historical developments, since as poets and writers we are, after all, elevated above the banalities of tribal chaos... well, one just simply cannot swallow this kind of viewpoint!

We often debate on this in the international circle of travelling writers nicknamed *Café Europa*, which is led by the Polish essayist Krzysztof Czerwinski and also attended by some writers from the former Yugoslavia, including Mileta Prodanovic, whom I appreciate as a writer, even though he was also involved in the above polemics. I believe that from a moral standpoint it is entirely unacceptable to babble away about muses, which, supposedly, must be silent during wartime. On the contrary, to the extent that ethics do beat through a poem or novel at all, they are enabled by the force of aesthetic expression. The two cannot simply be separated using a surgical procedure of neutral critical discourse. We are also dealing with a similar cheap rhetorical trick when facing defences of a common assertion that writers must stay silent unless they are willing to grab a gun. Branko Cegec, who survived rocket attacks on Zagreb and certainly has, if hands-on experience is a criterion, more right to talk about war than me, rejected such clerical pacifists after assertions appeared in public concerning the alternatives between silence and guns in people's hands with much indignation: What, am I now supposed to live in a bomb shelter all the time, out of solidarity for victims? These are simply Manichaeistic extremes, reached only by those who either will not or cannot, whether emotionally or artistically, face the agonizing complexity of the greatest cataclysm in our lives. After all, this challenge is a vertiginously large one, in which cards should be placed on the table without pretence.

From this existential viewpoint, it is clear that this is not so much about a search for a culprit as it is, first and foremost, about the definition of evil. It is therefore a matter of how one perceives a violent action. Well, to me, as someone who did not experience World War II in my own skin, the violent dissolution of Yugoslavia was the kind of apocalyptic vision that the Fascist and Nazi occupation of our country must have been to my grandparents' generation. It was a kind of expansion and a directional change in my views, a kind of an epistemological cut, after which

virtually anything suddenly became possible. If the maelstrom of war could blow Vukovar off the map, and it was no big deal; if Sarajevo could live under a constant hail of shells, in comparison with which even the siege of Leningrad loses the status of being absolutely captured by violence; if the little son of my poet friend Mehmedinovic wanted to move from Sarajevo to distant Greenland, because there are no people, then all the reliable metaphysical, moral and political assumptions are no longer valid. And new ones should be carefully considered, because they are only just emerging through tremendous efforts of individual reflection.

Here, in my opinion, is where the central responsibility of intellectuals truly lies. For God's sake, how can we only discuss the narrative function of mirrors in Borges or the transfer of a celebrity's smile from one TV station to another, in the dark glare of the Balkan fire, which is now integrated into our history and has thus become our second nature?! Do not misunderstand me: such discussions are necessary, but they cannot be the only focus of public interest for intellectuals, unless intellectuals wish to simply become academics. Because there is a large difference between the two professions. As much as I know how to, and stumblingly can, I try to practice such intellectual responsibility myself. But this is not simple by far. Time and again, philosophers on duty who would like to eliminate such a stance as the last Masada of moralism, have to be told that it is better to be naive than corrupted, as Josip Osti says in his collection of essays *Mec in pero* (The Sword and the Pen) (1995).

For me, as I was intellectually and critically formed in the tradition of the Weimar homeless left by Benjamin and Adorno, the sorry response of the majority of European left-wing and poststructuralist theoreticians is completely crushing. In it I have found no responsibility whatsoever. The left-wing community, which knows only the empty invocation of formulas on anti-interventionism, anti-nationalism and anti-Americanism, was naturally mostly confused when faced with the Balkan war. This intellectual community, which uses euphemistic rhetoric about ethnic cleansing so it doesn't have to call it genocide, not even when it stares it in the face, is sadly unaware that it has thus fallen below the level of elementary discourse on dignity in life and death. At the beginning of Western civilization, this was blocked with a passionate power by Antigone, when she, in her respect for an unwritten rule, defied the written regulations of Creon's polis in order to bury Polyneices. Peter Handke *et consortes* clearly don't give a damn that to take into account the special political loyalties built on an illusion, i.e. the tradition of a general Serbian alliance against the forces of the Axis powers during World War II, which was brilliantly promoted in the media, means to reject the universal metaphysical right to exist. In my opinion, it is only the indescribable suffering under the military boot that is the fundamental final exam of the moral imagination, since it tests the applicability of principles and the practical value of ideas. And the vocabulary of progressive theories failed this exam, very badly too. It failed because of abstract humanism, which, out of blindness to the actual ratio of forces, creates a darkness in which both the executioner and the victim become equally black, i.e. equally guilty; radical peacekeepers who do not see that to preach non-violence to those who are attacked just means making the attackers' work easier. Such political slogans thrive because they express the popular cynicism of "I wash my hands of this".

Such a Pilate-like attitude was described involuntarily by the former perceptive noise analyst Jacques Atali, a long-term advisor of French president Francois Mitterrand. Atali in his own words, in his book *Verbatim II* (1995) posed a question to his patron, of the kind all of us who are not indifferent were asking ourselves again and again during the Balkan war: What is the most important feature of a good politician? Mitterrand did not let himself be confused: I would like to say that it is sincerity. But in reality, it is indifference. This *mot juste* of Mitterrand's expresses

the spirit in which the Republican tradition of solidarity has long been drowned, since instead of the common good as the supreme purpose of social life, it only enforces its own interests, the dark side of which is indifference. Exactly that: indifference.

Ignorance* Ignoring*. The two terms nicely describe the diplomacy of the West, which rewards conquerors with constant indulgence, including the Dayton agreement, in which equal legitimacy was awarded to the Republika Srpska and to the Bosnian-Croat federation. Yes, yes: I also am familiar with the objections of the Western mass media, along the lines of "Well, this is not our war, after all; let the savages kill each other. No outside party has any direct interests in this conflict; this is about traditional bloody hatred between ethnic groups", etc. The brutality of such Realpolitik, which does not see beyond its own nose, means not only the defeat of critical thinking, but first and foremost a forgetting of the basic awareness of the universal moral elements that bind together individual communities.

The Balkan war is therefore very much a problem of the West, as well as one for Slovenia, where even serious debates on the consequences of a war for our own national independence never really came to life in a meaningful, comprehensive and resounding sense. Bizarre but true! How many times did I just shrug off questions, especially from foreign intellectuals and writers, saying I had no answer concerning the reasons which would explain the fact that in my judgment, the Slovenes still do not have an aesthetically significant novel describing the circumstances of independence, even though to all external observers this event appears to have been completely without precedence in modern European history. Thus, it somehow automatically conceals within it a vast, but as yet unshaped, potential.

We Slovenes, who have lived this independence for an entire decade now, are naturally entangled in the mechanics of everyday tasks and worries. This I can understand. This is certainly one of the important reasons which explain the hesitant debate on guilt and accountability; the second one is banally predictable and refers to the short time span. Neither of these reasons is negligible. But the obvious unpleasantness of the fact that, as it would appear, we have quickly learned to claim that it is all a matter of historical past and that now one should really focus attention on pragmatic business as usual is also not at all negligible. This may be the task of the politicians and economists, while the task of public intellectuals, in my opinion, must lie exactly in drawing attention to the overlooked details in which, perhaps, the truth of the whole lies hidden; to direct a critical eye where nobody else wants to look; to maintain the reflective, moral and aesthetic standards which are disintegrating under the pressure of indifferent superficiality.

The cheerful merrymaking of the named financial-political associations, in spite of the post-communist ecstasy of marketing, still cannot serve as an alibi for the absence of form. From this viewpoint, the third Balkan war is not passé by far. It warned us all too well how the minimal me/self (Christopher Lasch) of individuals reduced to their essences is unable to establish any contacts with others. Active contacts require methods of personal involvement, an outstretched arm of social solidarity and an emotional capacity for empathy.

The narcissism of one's own interests, which can also be seen in Slovenia at every step especially now, when all the disgusting meanness of Slovene xenophobia has surfaced with the multitude of illegal immigrants from the Third World and the Balkans has naturally forgotten the message of Emile Durkheim in his book *The Division of Labour in Society* (1893). Durkheim sheds light on the necessity for

collective ethical norms, which need to be adhered to, or else not only the norms themselves will disintegrate, but also all emotional, existential and social bonds in the community. This is what he says:

"A crime is an act which offends strong and defined states of the collective conscience..." An action is not repudiated because it is criminal, but it is criminal for the very reason of its being repudiated. War crimes in the Balkans are obviously not criminal, since they no longer shock the collective conscience of the West. But the images of burnt-down Vukovar, Sarajevo, Manjaca and Omarska and the mass graves in Srebrenica will, I believe, torment for a long time, in reality and in dreams, at least that intelligent part of Belgrade which preserved the noble tradition of cosmopolitanism and a feeling for reality, tormenting it until it faces the crimes which were (beyond guilt, which must be given individual full names of the perpetrators before the court) nevertheless committed in the name of the Serbian people. To pretend that Serbia was not decisively involved in the war would mean participating in collective blindness.

I would like to believe, but cannot, that the replacement of Milosevic and a few people from his elite ruling circle will lead to a nearly complete change in the dominant *forma mentis* that permeates public life and perhaps also a large part of private life in Serbia, which is saturated with a conviction in the special status of the Serbian ethnic community in the Balkans, i.e., with a belief that Serbia is the Piedmont of the Balkans. Why wallow in illusions? After the dramatic 24-hour coup and the victory of the opposition in the elections of October 5, 2000, Milosevic was replaced primarily because he directed the war badly, not because he began it in the first place. And as welcome as this outburst of frustrations and inexorability regarding the last limit of patience that the Serbian people have finally expressed, to anyone who wishes for an improvement in stability and the establishment of conditions for more lasting peace in the Balkans, I cannot escape the impression that Milosevic was overthrown on the basis of incorrect political conclusions. I believe the elections showed that he was punished primarily for not having won the wars and for pushing the population of truncated Yugoslavia into a severe economic crisis, and not because he started the wars in the first place. In this context, one cannot really expect good results, representing a democratic transformation of the social order, to somehow automatically appear with his replacement. I assume that in Serbia, typologically speaking, the Japanese model of forgetting will more likely be followed, one of historical and political amnesia, and not the German model of taking responsibility for the crimes committed.

After the NATO attack in 1999, the Serbs immediately began to perceive themselves as victims, as did the Japanese after Hiroshima and Nagasaki. The Japanese began to treat themselves in principle as victims of World War II; on this basis, in the early 1970s they initiated first a silent and then an increasingly broader campaign of historical revisionism which, among other things, was also manifested in textbooks and curricula being adapted to the idea of suffering and a Japanese martyr role in the war. The epistemological and political assumptions of such self-perception originated from the imperative of amnesia about their own past, i.e., oblivion to the fact that Japan then had a Fascist regime, that they brutally colonized Manchuria, that they performed acts of mass terror in China and Southeast Asia, managed concentration camps, etc. As Ian Buruma brilliantly analyzed in his book *The Wages of Guilt: Memories of War in Germany and Japan* (1994), there is, on the one hand, the German model, in which certain conditions were fulfilled: complete military defeat of Germany, the presence of strong Allied, primarily American forces on the territory of Western Germany, Grundgesetz, as was written by the allies as the basic Constitutional form, continued educational

activities in schools and the civil sphere, and lastly, the most important condition, trials for war crimes. By this I do not only mean Nuremberg, as is often misconstrued, but also a series of war proceedings which were organized in the 1960s under German jurisdiction against those who collaborated with the Nazi regime. The share of the Allies in the reconstruction of Germany was therefore the first, but not the only sufficient condition for a change in mentality among the German populace, the results of this are also visible today, when Germany persistently builds its European integrations precisely because of these painful memories, because inside them it is easier to chase away the alluring call of the mythology of blood and soil.

The civilized nationalism of the first post-Milosevic government in Serbia is actually an embodiment of arrogance, on the basis of which the Serbian political elite demands to have its word trusted without reservations concerning the cooperation of some important political leaders with the destructive ethnically clean regime at Pale, even more so when it outwardly presents itself as rationally legalistic. However, we must be aware that legalism actually enables a relatively comfortable position. After all, even the Nazi regime operated in compliance with the laws in effect and was thus legal within the borders of the Third Reich. When, at the beginning of 2001, Vojislav Kostunica visited Sarajevo for the first time after the truce following the 1995 Dayton agreement, he had a good opportunity to show, at least through a symbolic gesture, e.g. the laying of a wreath for the victims of war, that he was not completely immune to the awareness of that fact that terrible horrors were committed in the name of the Serbian cause, and that there were so many victims and so many murders and such crimes due precisely to the usurpation of Serbianness by the hands of the regime which inherited it. I am not claiming that Kostunica is the Serbian Willy Brandt, who not immediately after the end of the war, but quite unexpectedly, carried by the emotional force of his own political beliefs and statesmanlike wisdom, paid homage to the victims of Nazi terror in the Warsaw ghetto. But I am convinced of something else: that democratic rhetoric should not be understood in a simplified manner as identical to the materiality of the social order, which still, as is admitted even by the leading politicians of post-Milosevic Serbia in many ways, depends on the previous dictator project and his military, police and bureaucratic metastases. I don't wish to be misunderstood: I do not favour the ritual of self-flagellation, but I also harbour no hopes or expectations that the citizens of Serbia will be able to disassemble the mythical matrix overnight, the matrix that was intensely maintained in the media and by numerous institutions for over a decade, more accurately from the establishment of apartheid in Kosovo in 1981, and which became especially strong during the war. But I certainly vote for us to finally accept the fact that the armed conflicts in the territory of the former Yugoslavia were led primarily in the name of all Serbs. Let us remember, the war actually began with cries of endangerment of Serbian communities in the territory of the former Yugoslavia and the corresponding megalomaniacal manipulation regarding the inevitability of all Serbs to exist in a single national entity, at any price.

And quickly, quickly, let me add: a symbolic gesture of respect for the fallen victims is different from legal measures. Such a gesture suggests no more than a taking into account of the moral aspect, within which it is possible to assume the responsibility of critical reflection on collective responsibility, while the legal institutions headed by the International Court in the Hague deal with documentary establishment of individual crimes. There is, therefore, a very important difference between accountability and guilt. As far as legal accountability is concerned, irrespective of whether we were speaking of accountability within a political framework (a general can, for example, be objectively responsible as a commander, even

though he himself did not commit massacres and murders with his own hands) or a military framework (execution of the orders of superior officers), one cannot speak of collective guilt here. But collective accountability for creating the social conditions in which individuals had free hands for criminal actions, believing that they were justified by the legitimacy of the mythical matrix or ethnic superiority, such responsibility certainly does exist. If war crime trials contribute to a people being relieved of the burden of collective guilt and catastrophic prejudices, as Michael Ignatieff suggests in his essay *Articles of Faith* (*Index on Censorship* No. 5, 1996), then at least the beginnings of political will for present-day Serbia to take a step towards such a release could be seen in a quick action to arrest Milosevic and other war crime suspects, and extradite them to the Hague. This would be the arrival of the first swallow, which perhaps would not usher in the summer, but would at least give us a sign that a small hope for the arrival of spring (facing the radicalism of evil committed in the name of the Serb nation) is nevertheless reasonable. Such a tiny hope is also harboured and actively advocated by some Serbian intellectuals and a few civil nongovernmental organizations, which are already warning of the moral inevitability of such a confrontation. Not only because this is required by the international community, but primarily because this is inevitable to redirect the attention to Serbia's own delusions. I know that in the situation of a completely bankrupt economy and ever-present political clientelism, deformed state institutions and catastrophic social poverty, such confrontation can be seen as less important at this moment; that is, something that rates low on the priority list of Serbian public life. I am certainly aware of this. It is also completely clear to me that in the private lives of the inhabitants of Serbia, the most important imperative is still the fight for survival and pushing one's way through everyday worries, in which nothing has changed structurally with respect to the level of monthly income, workplace conditions and the improvement of socio-economic conditions for a dignified life. But I am also aware, at least as much as the perspective of an external observer allows of such temporary qualifications, that the erosion of memory and absence of critical reflection are very dangerous. Where history falls into oblivion, there sprout conditions for its repetition. And who could desire a repetition of the cruelty and the enormous presence of evil in those years, of which Đorđe Balasevic, on his new album, with revolt but also resignation, sings: Fuck you, 90s?

Gli occhi dell'Est. A più di dieci anni dalle svolte dell'89, com'è cambiata la percezione dell'Est nei riguardi dell'Ovest?

Tommaso di Francesco

Escritor i periodista; responsable de la secció internacional del diari *II Manifesto* de Roma. **Versió original en italià**
Escritor y periodista; responsable de la sección internacional del periódico *II Manifesto* de Roma. **Versión original en italiano**
Original version italian

1) La perdita dell'innocenza

Chiunque abbia osservato con occhi non superficiali le società dell'est all'inizio del profondo, radicale e spesso violento processo di trasformazione del 1989, toccando con mano quelle realtà che potremmo definire di "socialismo realizzato" ma anche "società della guerra fredda", ebbe modo di annotare un particolare elemento che caratterizzava quelle realtà, davvero esclusivo agli occhi dell'ovest, e proprio nel momento in cui lo sguardo si soffermava sui momenti del traumatico passaggio. Senza alcun timore ormai di cadere in una improbabile nostalgia, in tanti notarono che il cambiamento in atto pur positivo avrebbe comunque cancellato in quelle società ogni residuo d'innocenza.

C'era innocenza in quelle società spesso dipinte solo come l'"impero del male"? Sì, in quelle società bloccate, autoritarie e immobili quanto a processi democratici ed a apertura al resto del mondo, restava tuttavia un approccio innocente, epifanico alla realtà in generale e all'Occidente in particolare. Non ad un aspetto dell'Occidente ma a tutta la sua complessa, vertiginosa e allora misteriosa, per gli uomini e le donne dell'est, realtà occidentale. E questo nonostante che l'Occidente fosse a sua volta dipinto come il regno del male dalle leadership dei regimi dell'est; e che dal canto suo l'Occidente nutrisse al suo interno un approccio alle società di "socialismo realizzato" almeno strabico e contrapposto: per una parte dell'ovest, dove i movimenti sociali legati alla sinistra avevano contribuito a costruire nel dopoguerra la dialettica democratica nei vari paesi europei, in quelle società pur bloccate era avvenuto un processo fondamentale di redistribuzione delle risorse individuato nel processo di "statalizzazione" e una liberazione dal bisogno quasi da prendere come modello; per un'altra parte dell'Occidente, invece, quella maggioritaria, quelle società erano tout court solo dittatura e arretratezza.

Il primo sguardo dunque era esso stesso ideologicamente innocente: all'est c'era un modello, prima da imitare, poi riformabile, comunque una base di trasformazione contro la miseria precedente da cui partire e con cui confrontarsi. Il secondo sguardo occidentale, delle classi al potere, degli intellettuali e dei sistemi d'informazione e consenso a quelle collegati era al contrario solo accusatorio, da tabula rasa, puntava alla sconfitta del nemico, alla conquista "militare", oppure alla redenzione quando il punto di vista era espresso dal livello alto-riflessivo, "buono", della borghesia.

Poi il modello di corsa armamentistica, fino all'invenzione - forse mai realmente sperimentata - della prima arma immaginifica (non più solo il deterrente del terrore atomico), il primo Scudo stellare di Reagan, fu decisivo perché le società dell'est, a partire in primo luogo dal paese guida, l'Unione sovietica, arrivassero addirittura a contraddire le basi economiche, politiche e giuridiche delle trasformazioni interne, vale a dire la loro credibilità nel rapporto tra governanti e governati: l'apparato militare e il peso della spesa nei sempre più sofisticati armamenti, la decisionalità e il potere sempre più ristretti nella nomenclatura che conta sull'indirizzo di spesa, le iniziative politico militari di risposta alle aggressioni militari occidentali nel mondo (Vietnam) e le aperture di fronti e conflitti militari speculari, in un gioco di domino internazionale, fecero il resto. I costi della rincorsa affannosa rappresentarono il crollo per società che dichiaravano, almeno a parole, la loro legittimità storica sulla base della redistribuzione eguale, dei servizi e di una crescita civile per tutti, nel

rispetto della pace internazionale.

Invece l'Est, gli occhi dell'est erano, sul finire degli anni Ottanta, ancora profondamente innocenti. Era l'innocenza di chi vedeva il mondo come sistema distributivo di beni. L'Occidente era il regno della ricchezza, del lusso, del benessere per tutti, rappresentati dall'uso sproporzionato delle macchine individuali, dei beni di consumo. Era il regno di un'affettività sicura ripagata dal danaro che tutti avevano o avrebbero dovuto avere. Il migliore dei mondi possibili. E del resto era quello il modo, e lo è tuttora, con cui l'Occidente si propone e si autopromuove, con un messaggio imperterritito quanto cinico che arriva ormai a lambire l'Oriente profondo e l'intero continente africano nel frattempo divenuto più misero degli anni Cinquanta e Sessanta della rivoluzione anticoloniale, muto e ormai morto.

E' giusto sapere che quello sguardo innocente non esiste più. Nei due sensi. Che è morta l'innocenza originaria di quegli occhi, che spesso sono estinti non solo metaforicamente anche loro, e che è tramutata la cognizione con cui i popoli dell'est guardano ormai all'Occidente. Potremmo dire che è accaduto lo stesso procedimento fallimentare del "socialismo reale": stavolta a mostrare il suo vero volto di conquista è stato il "capitalismo reale" e tutti i processi sovrastrutturali connessi. L'avvenimento naturalmente è strettamente connesso al fatto che questo inveramento dell'Ovest e svelamento della sua realtà è potuto avvenire perché c'è stato il contatto tra i due mondi e uno, quello occidentale, è diventato l'unico modello di vita _ al di là delle ideologie e delle costruzioni economiche preesistenti _ realmente possibile. L'unica vita possibile al mondo.

Ma, allora, questo processo che ora possiamo credibilmente definire come di "idealizzazione" dell'Occidente da cosa nasceva? Nasceva, anzi era commisurato, al crollo del precedente processo di idealizzazione dei vari regimi di socialismo reale che, al di là delle contorsioni di regime spesso apertamente antidemocratiche, comunque avevano costruito un'legittimità sociale diffusa del modello di vita. La gente comune in quel modello di vita - non certo nel "partito" - si riconosceva perché quei regimi (ogni regime) spesso avvaloravano se stessi con finalità che superavano le ristrettezze nelle quali erano finiti, esaltando valori generali che magari calpestavano ogni giorno. In quei valori di eguaglianza e progressività delle sorti umani le popolazioni dell'est iscrivevano la vita degli individui, le storie e i giorni. Era il "sostegno" inconsapevole che esse davano ai rispettivi regimi, nella convinzione di essere dalla parte del giusto, che insomma la vita di ognuno era dalla parte positiva del mondo. Era naturalmente una idealizzazione delle stesse società nelle quali vivevano, pronta dunque e aperta per questo ad idealizzare innocentemente anche l'altra fetta della mela, il mondo occidentale. Così i contenuti di quelle realtà collettive erano i contenuti stessi dell'innocenza individuale: l'internazionalismo, la pace, il progresso, l'uguaglianza, l'equa ripartizione delle risorse, lo scambio eguale. Finestre aperte al mondo con cui dialogare oltre ogni frontiera, strumenti che andavano ben oltre il potere. Utensili per fabbricare una vita migliore, a Est e a Ovest. Sempre riformabili: come dimostrano le esperienze storiche della Primavera di Praga, Polonia, '68 jugoslavo. Utensili spezzati e inservibili quando quei regimi sono precipitati, il partito-stato è precipitato, di fronte alla domanda di democrazia che veniva forte dal basso, quella democrazia che l'Occidente dichiarava essere l'unico suo contenuto e del quale era baluardo. Così è accaduto che l'abbraccio con la democrazia reale occidentale ha fatto dismettere gli utensili del consenso precedente. Paradossalmente sono nati a quel punto tentativi di omologazione e imitazione politico-istituzionale, compresa la formazione di organizzazioni politiche che ricopiavano le stesse istanze dei partiti occidentali. Una domanda: che fine hanno fatto le tante democrazie cristiane nate a Est, senza avere alcuna legittimità rispetto alla storia politica dei rispettivi paesi, e protagoniste nel 1989 delle svolte democratiche?

Dalla collettivizzazione forzata alla privatizzazione forzata

Dieci anni dopo gli entusiasmi che hanno accompagnato la caduta del Muro di Berlino, l'Europa dell'est non è più in festa. Alcuni leader che hanno più operato per la caduta del Muro, come il polacco Lech Walesa, sono praticamente scomparsi dalla scena politica. Sconfitto alle elezioni presidenziali dal post-comunista Alexander Kwasniewski, Walesa (ormai quasi 55 anni) decise poi di presentarsi di nuovo, ma sondaggi prima e risultati poi gli hanno attribuito non più del 3%. A Praga un altro dei grandi protagonisti dell'evento che ha

cambiato il volto del continente, Valcav Havel, l'uomo della "Rivoluzione di velluto", quando a Praga era tornato a parlare alla folla festante il grande leader della Primavera di Praga 1968, Alexander Dubcek - il più amato dall'Occidente - si avvia al tramonto definitivo: il suo ultimo mandato scadrà l'anno prossimo, nel 2002. Resta dunque ancora al palazzo di Hradcany, ma la sua popolarità è bassissima. I cechi sembrano stanchi dei suoi discorsi pomposi, cominciano ad interrogarsi se davvero il presidente sia stato quel grande autore di teatro, inconfondibile con i tanti scrittori che ha e ha avuto Praga e ormai accolgono con scherno le rappresentazioni delle sue opere. Soprattutto non sopportano più il suo atteggiamento di assoluto schieramento con l'Occidente: un sondaggio governativo e uno di un istituto tedesco, dimostrarono durante la guerra, cosiddetta umanitaria, della Nato contro la Jugoslavia _ 78 giorni di feroci bombardamenti con tante vittime civili e il risultato di un territorio devastato per generazioni _ che la maggior parte dei cittadini cechi era contraria alla guerra, temendone anche conseguenze pericolose rispetto agli interessi nazionali, era contraria all'allargamento della Nato a est e si interrogava sul ricatto che, per essere accettati nell'Unione europea, costringeva il paese ad aderire all'Alleanza atlantica. Ferito "dall'ingratitude" dei suoi concittadini, Havel replicò: "Non è colpa mia se facevo parte dei sogni della gente e se oggi la gente si è svegliata". Ma questa autoassoluzione per il modo con il quale ha governato negli ultimi dieci anni il paese non è convincente. I sogni dei cechi, come quelli dei polacchi, degli ungheresi, dei rumeni, degli albanesi e dei bulgari si basavano sulle promesse di un sistema nuovo e di un avvenire luminoso che in realtà non sono mai arrivati. Due anni fa il principale quotidiano polacco, "Gazeta Wyborcza", nato poco prima della caduta del Muro di Berlino, ha pubblicato un sondaggio che è diventato famoso, non solo per il suo contenuto, ma per il suo titolo che si voleva far apparire come trionfalistico: "I polacchi sono meno scontenti degli altri". I risultati dell'inchiesta mostravano infatti che il 57 % dei polacchi erano "molto scontenti" dell'attuale situazione contro il 62% degli ungheresi e più dell'80% dei russi. Ma non c'è di che vantarsi se i termini di confronto sono la Russia o l'Ucraina, due paesi dell'est che in 8 anni hanno perduto oltre la metà del reddito nazionale: in Russia il crollo della produzione industriale oscilla dal 50% al 75%, le aspettative di vita sono di 60 anni per gli uomini e il calo della natalità è così rilevante che la mortalità supera di gran lunga la natalità; la Russia dieci anni fa era tra i primi paesi al mondo per attività produttive, ora è al novantesimo posto. Russia e Ucraina paesi "modello" perché vittime di un "capitalismo da banditi", secondo le parole dell'ex vice primo ministro Boris Nemstov.

Non è giusto accusare i popoli dell'est di essersi sognati il cambiamento attraverso i serial televisivi di "Dallas " e "Dinasty". Non erano stupidi, conoscevano il fatto che i loro paesi erano meno sviluppati degli Stati Uniti e dell'Unione europea. Speravano legittimamente soltanto di aver dal cambiamento davvero qualcosa di più, una migliore qualità della vita rispetto a quella che ormai stagnava immobile da anni nel cosiddetto regime di socialismo realizzato. I fatti, a dieci anni di distanza, dimostrano che questa speranza legittima si è realizzata soltanto per una minoranza e al prezzo della pauperizzazione (impoverimento sostanziale, definitivo) di due terzi della popolazione. Oggi i vincenti della corsa al denaro, spesso corrotti, accusano coloro che non ce la fanno di avere troppo atteso dallo stato e di non essere stati capaci di adattarsi alle condizioni nuove dell'economia di mercato. Lo stesso ritornello ripetuto qui da noi verso l'est: si tratta di convincere chi sta nella scala più bassa della società che le pessime condizioni della sua vita sono colpa sua. Eppure è ora di smetterla, dopo dieci anni, di continuare ad attribuire al passato socialista di quei paesi la colpa delle ingiustizie dei nuovi regimi.

"Ci obbligano a vivere con i salari dell'est e con i prezzi dell'ovest", diceva allora la gente di fronte alle prime evidenti difficoltà, e oggi aggiunge: "Sappiamo come era il socialismo realizzato rispetto a quello che invece scrivevano nei libri, e adesso stiamo vedendo che cos'è il capitalismo reale rispetto a quello che avevano promesso".

Dopo il 1989 tutte le ex democrazie popolari hanno optato per la democrazia rappresentativa e su questo piano hanno mantenuto la parola. A Varsavia, a Praga e negli altri paesi libere elezioni hanno consentito l'alternanza dei partiti al potere, e non sembra che questa pratica sia in dubbio neanche in Bulgaria o in Romania (dove pochi mesi fa è tornato a vincere le elezioni il socialista Ion Iliescu, protagonista della svolta a Bucarest dopo l'esplosione di una crisi sociale tra le più gravi di tutto l'est).

Invece la strategia per il passaggio all'economia di mercato è stata articolata diversamente da paese a paese. La Polonia, sotto la frusta dell'ultra-liberista Leszek Balcerowicz, ha scelto una "terapia shock" colpendo con violenza la stessa base operaia che aveva portato al governo Solidarnosc. Nello stesso periodo i cechi, sotto la duplice autorità del presidente Vaclav Havel e del premier ultra-liberista Vaclav Klaus_ thatcheriano, amava dire lo stesso Klaus _ hanno proceduto con maggiore prudenza evitando una caduta eccessiva, che pure c'è stata, del prodotto interno lordo e della occupazione. Ma la privatizzazione delle imprese e spesso la loro restituzione ai vecchi proprietari di prima della Seconda guerra mondiale (siano stati essi capitalisti stranieri, proprietari agrari assenteisti, nobiltà, la Chiesa) sono state messe all'ordine del giorno ovunque. Simultaneamente tutte le frontiere sono state aperte ai prodotti occidentali che hanno riempito, invaso gli scaffali dei negozi, un tempo vuoti, per dimostrare che l'Est si stava energicamente integrando nel mercato mondiale - con le vetrine? - mentre in tutti i paesi dell'est non si produceva quasi più nulla. Con la stessa precipitazione tutte le monete sono diventate semi-convertibili, cosa che ha facilitato gli affari degli investitori occidentali. Dovunque i consiglieri americani ed europei hanno pilotato queste modifiche, sostanzialmente con l'ideologia della scuola ultraliberista di Chicago. Non poteva andare in altro modo?

Le organizzazioni mafiose avrebbero fatto il resto, surrogando a quel punto tutte le mancanze con capitali finanziari decisivi. Non si trattava in fin dei conti di "sradicare il comunismo" e adattarsi alla mondializzazione dell'economia che, com'è ormai noto, non ha i problemi sociali, sanitari, della piena occupazione, dell'infanzia, al centro dei suoi interessi?

Con il crollo dell'Est siamo crollati anche noi. Quelle macerie ci sono venute addosso.

A dieci anni dagli entusiasmi che hanno accompagnato a est e a ovest la caduta del Muro di Berlino, l'Europa dell'est non è più in festa. Troppo gravata da disuguaglianze, nuove oligarchie, guerre. Nuovi Muri.

Noi possiamo dire che è nuovamente in crisi il nostro rapporto con l'est, il nostro modo di vedere, il nostro sguardo sull'est. Perché con quella trasformazione di dieci anni fa è entrata in crisi anche la nostra identità, si è modificata anche l'immagine che noi abbiamo di noi stessi. Di più: è entrato in crisi il rapporto che noi abbiamo con noi stessi. Non esiste più quel "continuum" annunciato da Jacques Le Goff, e cioè che le svolte dell'est rappresentavano la continuazione della nostra storia, un allargamento e un recupero insieme, una memoria ritrovata che si era interrotta per via di regimi storici. No. Anche quel processo mentale, dell'occidente buono e della sua presunta borghesia illuminata che voleva ritrovare una comune memoria storica del Continente europeo, è fallito miseramente. Perché l'occidente dei valori nascondeva sapientemente che la base materiale degli stessi era la misurata crescita del modo di produrre e consumare capitalistico, come assoggettamento del mondo. Prometteva democrazia l'Occidente buono, ma vendeva specchietti per le allodole. Questo hanno ormai capito, con occhi disincantati e frustrati, le popolazioni dell'est. Parlava di democrazia ma in Russia applaudiva e appoggiava Boris Eltsin che bombardava nel 1993 la sede del Parlamento; prometteva criteri democratici, non violenti, non unilaterali e non etnici per le proclamazioni d'indipendenza, ma sceglieva gli interlocutori sulla base della contiguità storica, religiosa e strategica (come per i riconoscimenti su base etnica di Croazia e Slovenia nel 1991-1992 da parte di Germania e Vaticano e poi di tutta l'Europa che furono il baratro della Federazione jugoslava).

Siamo ormai per tutto questo in crisi anche noi. Giacché è precipitato il modello di democrazia e sovranità nazionale, ma non esiste alcun modello occidentale superiore di sovranità sovranazionale. I modelli sono tutti autoritari e antidemocratici. La fine del mondo bipolare riconduce tutto all'unica potenza esistente, quegli Stati Uniti che rifiutano su di sé ogni verifica o assoggettamento da parte di poteri sovranazionali (così le nazioni unite sono il massimo della rappresentatività dei popoli, ma Washington semplicemente non dà i fondi per le strutture comuni; rifiuta la costruzione di un Tribunale internazionale eguale per i crimini di tutti i paesi ma pretende di portare a giudizio il cattivo di turno). Dominano e imperano Fondo monetario internazionale e Banca mondiale che nessuno ha mai eletto ma che di fatto governano il mondo nel più aperto disprezzo degli interessi dell'umanità. Così non l'ONU, ma l'Alleanza atlantica è alla guida delle iniziative di guerra rivendicate, nel

mondo e in piena Europa, spesso come ingerenza "umanitaria" (quando ormai i suoi fallimenti sono grossolani e sotto gli occhi di tutti). Quell'Alleanza atlantica che fondava la sua legittimità nella contrapposizione al Patto di Varsavia, ma che ora si presenta sulla scena come il solo braccio realmente operativo, quello militare, di una politica occidentale che, dimesse le promesse di dieci anni fa, è ora impegnata nella logica di conquista. Ecco il motivo della necessità strategica dell'allargamento a est della Nato verso l'avventura di nuove guerre di dominio.

Ci guardano, fissi, nuovi occhi

Gli occhi dell'anziana di Mosca chiusa in casa, già venduta con il suo appartamento. Gli occhi del cittadino rom di Usti nad Labem in Cechia. Gli occhi dei medici di Nis che curano l'insonnia degli anziani che sono stati sotto i bombardamenti a soccorrere la disperazione dei giovani; gli occhi dei bambini albanesi della nave Kater I Rades speronata dalla Marina militare italiana - furono 108 i morti -; gli occhi dei bambini serbi fatti a pezzi dai bombardamenti "umanitari" della Nato. Gli occhi dei profughi arrivati sulle coste del migliore dei mondi possibili e cacciati come cani. Gli occhi delle prostitute ucraine, moldave, albanesi nei commissariati europei: erano le bambine di dieci anni fa. Gli occhi degli operai senza lavoro dei Cantieri di Danzica ora chiusi inesorabilmente dai nuovi padroni e dai capitalisti occidentali che non sanno che farsene di un mito che era pur sempre operaio. L'espressione allibita, incredula dei giovani di Praga all'annuncio, non smentito per molti giorni dalla presidenza Havel, che il segretario di stato Usa, Madeleine Albright, uscendo di scena con la vittoria di George W. Bush, si sarebbe candidata alle presidenziali in Cechia (per le sue origini o perché garante e continuatrice del filo-americanismo di Vaclav Havel?). Lo sguardo fiero e disperato degli ufficiali russi della costa del Baltico senza dignità e ruolo di fronte alla tragedia del Kursk affondato. Gli occhi degli intellettuali di Sofia prima in fila per un pezzo di burro, adesso lontani dai negozi per i prezzi troppo alti: gli occhi dei bambini di strada di Bucarest fotocopia dei bambini delle favelas brasiliane mentre aspirano, a distanza di continenti, la stessa colla e droga. Sì, tutti gli occhi dei 50 milioni di bambini _ 30 milioni per l'Unicef _ ridotti alla fame in tutti i paesi dell'est. Perché ormai siamo alla terzomondializzazione dell'Est. Questa è la tragica realtà che i nostri occhi dovrebbero vedere negli occhi dell'Est. In un unico sguardo.

Sobre la movilización del odio tribal

Zlatko Dizdarevic

Analista de Sarajevo.
Analista de Sarajevo.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

A la hora de explicárseme mi papel el ciclo de conferencias se utilizó la expresión *interethnic conflict* hablando de Bosnia-Herzegovina, y yo estoy convencido de que, de entrada, esto dificulta la comprensión del problema. En Bosnia-Herzegovina creo que, por lo menos al principio, no se trataba de un conflicto entre las etnias, sino de algo completamente diferente. Utilizar este término, de hecho, legaliza la idea de la guerra civil en Bosnia-Herzegovina, del odio ancestral entre los miembros de sus naciones y grupos religiosos, de la imposibilidad de vivir juntos, de las diferencias "fatales" entre las naciones. Como resultado lógico de este punto de vista aparecieron diferentes soluciones políticas, siempre basadas en la misma idea: dividir, separar en pequeños Estados que luego se unirían a su "madre patria". La consecuencia lógica de esta idea también era siempre la misma: acabar la "limpieza étnica" a la fuerza o con los así llamados *traslados humanos*, lo cual es tan sólo un eufemismo para violar los derechos humanos elementales.

La experiencia de los pasados 10 años en Bosnia-Herzegovina muestra unos elementos bien diferentes para la Historia sobre la coexistencia multiétnica y los motivos para acabar con ella. Sin pretender darle a esta experiencia la forma de una verdad absoluta, ni analizarla detalladamente, quiero exponerla aquí desde la perspectiva de un cronista de los tiempos y acontecimientos en cuestión.

Yo personalmente, en varias ocasiones, escribí que la pasada guerra en Bosnia-Herzegovina era una guerra de diferentes tipos de criminales contra personas normales de diferentes nombres y apellidos. Era una guerra que no nació como resultado de una necesidad histórica, sino por malicia e insaciabilidad de unos, estupidez de otros e incapacidad de los terceros de reaccionar a tiempo convenientemente. Era una agresión de unos sobre otros para satisfacer los más bajos instintos de robo, megalomanía, mitomanía, ambición y totalitarismo. Y fue posible gracias a la increíble presión psicológica y propagandística a la que se expuso a los habitantes para inducirlos y empujarlos a la guerra. La falta de comprensión de la así llamada *comunidad internacional*, cuando desde el mismo principio todo estaba muy claro, jugó, también, un papel importante en todo esto: ¿de qué se trataba ahí en realidad?, ¿cuándo, cómo y a quién había que parar a tiempo para que no pasase lo que pasó? Mirko Klarin, un brillante periodista de Belgrado, escribió, antes de que empezara la guerra en Croacia, una columna en el diario *Borba* titulada "Nirnberg sada!" ('¡Nuremberg ahora!'), en la que solicitaba la formación de un tribunal para los crímenes de guerra, porque, con razón, consideraba que los mismos llamamientos al crimen que entonces resonaban en Yugoslavia ya se podían denominar crímenes. No se lo creyeron. En el caso de la comunidad internacional, menciono el término *falta de comprensión* de forma totalmente "condicional", pues personalmente es el único dilema que me queda por resolver hasta el día de hoy: si realmente se trataba tan sólo, desde los primeros días de la desintegración de Yugoslavia, de incompreensión hacia lo que estaba pasando en el territorio de la ex Yugoslavia, o si a alguien le interesa, a largo plazo, desestabilizar continuamente estos territorios. Para esta segunda opinión hay un sinfín de argumentos, incluyendo la situación actual en Kosovo, Serbia,

Montenegro, Macedonia y, todavía, en Bosnia.

Bosnia-Herzegovina es un país situado en el cruce de diferentes culturas y civilizaciones, en el lugar donde se tocan, entrelazan, juntan y separan la religión ortodoxa, católica y el Islam, con una importante presencia de los judíos sefardíes que llegaron a esta zona, a finales de siglo XV y principios del siglo XVI, tras su expulsión de España. Se trata, además, de un país que se menciona ya en documentos del siglo X; un país cuyos gobernadores firmaban ya en aquella época contratos mercantiles con Dubrovnik y Venecia; un país que tenía su Iglesia. El Islam llegó a estos territorios después, de la mano de los conquistadores turcos otomanos. Muchos aborígenes lo aceptaron; algunos, por creencia; otros, por necesidad de conservar sus vidas y sus bienes. Los musulmanes de la Bosnia-Herzegovina de hoy no son, por lo tanto, unos recién llegados del mundo árabe, o de otras cunas del Islam, sino que son eslavos, igual que la gran mayoría de los pueblos de los Balcanes. Identificarlos como *turcos* en la terminología propagandística utilizada en los pasados años de la guerra tenía que ser un detonador para movilizar a aquellos que contaban con sus propias razones para conquistar y dividir Bosnia-Herzegovina.

El objetivo de la guerra contra Bosnia-Herzegovina, su rotura y su división, era un intento de crear una así llamada *Gran Serbia* y después una Gran Croacia. No podemos negar tampoco el hecho de que entre los nuevos líderes musulmanes de Bosnia-Herzegovina había quienes deseaban la creación de un pequeño país independiente, que se juntaría con el mundo del Islam. Este deseo nunca se precisó del todo políticamente ni en público, pero se ofrecía obstinadamente como una supuesta realidad inevitable, ya que "ni serbios ni croatas quieren que vivamos juntos...". En realidad, se trataba de un intento de crear un entorno estatal adecuado para regímenes no democráticos y autócratas, para el gobierno de las oligarquías recién creadas, para el robo, la corrupción y la criminalidad. Todo esto se hacía en nombre de la defensa de la nación y la pertenencia religiosa a un círculo, en nombre de la reparación de supuestas injusticias sufridas por estas naciones en el pasado, etc.

El ideólogo de la idea de la Gran Serbia, escritor y durante un tiempo presidente de la "nueva" Yugoslavia formada a principios de los años noventa sobre las ruinas de la República Socialista Federativa de Yugoslavia, formuló una tesis fatal que sirvió de base para la plataforma sobre la que se rediseñó Yugoslavia: "¿Qué clase de pueblo somos nosotros, qué clase de personas somos si después perder tantas vidas por la libertad, a pesar de las victorias, nos quedamos sin ella? ¿Cómo es que alguien de entre nosotros, de casa, nos quita lo que en los campos de batalla no nos pudo quitar el enemigo más poderoso (...). Es trágico ser descendientes de aquéllos que, después de la más difícil y más grande victoria en la historia de Serbia, se quedaron sin fuerzas para reafirmarla en la paz..." (Dobrica Cosic: *Stvarno i moguće*, Otokar Kersovani, Rijeka 1982). En realidad, con lo de "la mayor victoria en la guerra", Dobrica Cosic se refiere a la creación de Yugoslavia después de la Primera Guerra Mundial, en la que participaron croatas, eslovenos y otras naciones; así que no se podía hablar de una intocable Gran Serbia. Sin embargo, cualquier aceptación de las especificidades histórico-culturales y étnicas de otras naciones dentro de esa Yugoslavia se consideraba una "derrota en la paz". La continua repetición de esta tesis ha reforzado el mito de los sufrimientos heroicos que datan de la batalla de Kosovo que en 1389 los serbios perdieron frente a los turcos, así como el mito de la heroicidad histórica, que se supone es muy importante para la futura solución de las relaciones dentro de la Yugoslavia de finales del siglo XX. Para satisfacer las ambiciones de Dobrica Cosic y su discípulo Slobodan Milosevic, Yugoslavia tenía que ser la Gran Serbia, y sólo entonces no

habría razones para el trauma de una "victoria en la guerra y una derrota en la paz". Y para realizar esta Yugoslavia había que destruir el Estado federal actual, compuesto por seis repúblicas de igual estatus y dos provincias autónomas. Esto se podía conseguir expulsando a Eslovenia de la unión, constatando que el viejo país ya no existía y, luego, rediseñando militarmente las fronteras. En este proyecto de crear territorios nacionalmente compactos, hasta un 60% de los habitantes de la Bosnia-Herzegovina de antes de la guerra tenía que ser desplazado de su actual lugar de residencia, en el que llevaban viviendo sus familias desde hacía cientos de años. Sin una guerra, por supuesto, no era posible hacerlo. Para hacer la guerra hubo que forzar a los habitantes de Yugoslavia para que se inclinaran a su favor, pues nadie normal consideraba que la situación en el país de este momento fuera motivo para una guerra. Para hacer que la gente se movilizara para una guerra por las enloquecidas ideas de unos pocos era imprescindible el odio, que hasta aquel momento, objetivamente, no existía ni en mayor ni en menor medida que en cualquiera de los territorios europeos donde se mezclan y chocan diferentes naciones y religiones. Era, por supuesto, necesario romper la sociedad, destruir las instituciones del Estado y sustituir el concepto de ciudadano por el de nación. Los ganadores de las primeras "elecciones democráticas" se convirtieron en nuevos totalitaristas y nacionalistas. Milosevic y Tudjman, y en cierta medida también Izetbegovic, consiguieron destruir la sociedad e instaurar en su lugar la monstruosidad llamada *pueblo*. En una gran operación de atontamiento mediático, se convenció a la gente de que eran miembros de la tribu y no individuos con nombre y apellidos, profesión, sentimientos y puntos de vista propios. Atacar a cualquier parte de la tribu significaba atacar también al individuo. En una situación así, toda la tribu se siente atacada y actúa colectivamente, a la defensiva, buscando para esta defensa un perdón colectivo. De aquí procede una tesis sospechosa del nuevo presidente yugoslavo Vojislav Kostunica, según la cual Milosevic no puede ir al Tribunal de La Haya, pues ¿"constatando la culpabilidad individual de Milosevic, se acusaría colectivamente a todo el pueblo serbio"?! Esta intencionadamente fabricada conciencia de lo colectivo tuvo como resultado actos violentos y de limpieza étnica en territorios en los que antes reinaba la tolerancia de la vida en común. El concepto de *convivencia* en Bosnia-Herzegovina ha sido utilizado y explotado equivocadamente. La gente ahí no vivía una junto a la otra, que es lo que supone la convivencia. La gente ahí se mezclaba una con la otra. Incluso la comunidad judía de Sarajevo era una de las pocas en el mundo que no estaba encerrada en un gueto. La gente vivía como una parte de una comunidad mixta que no conocía fronteras interiores. Hoy en día son visibles las consecuencias de una colectivización forzosa. Hace poco, la redacción de un semanario hizo una encuesta en las calles de Sarajevo, haciendo la misma pregunta a todo el mundo: "¿Qué es Usted?" En el 99% de los casos, la respuesta era *musulmán, serbio, croata* u otra cosa, mientras que sólo un 1% de los encuestados contestó que era estudiante, o trabajador, o algo parecido. La verdad es que, diez años atrás, la gente, de entrada, no se identificaba de esta manera. Una gran mayoría creía entonces sinceramente que, además de pertenecer a una nación o una religión, que nadie cuestionaba, existían otros valores que representaban un elemento clave de su vida como ciudadano. El ejemplo siguiente ilustra la ironía del ensalzamiento de la simplificación nacionalista. Es un caso verdadero y ocurrió en Sarajevo justo cuando empezaba la guerra. En el muro de la gran oficina de correos, en el centro de la ciudad, alguien escribió durante la noche un *graffiti* en letras muy grandes: "Esto es Serbia." Al día siguiente debajo de estas palabras alguien añadió: "Estúpido, esto es Correos." Cuando las cosas se simplifican desde la perspectiva actual, la guerra, en realidad, no tuvo lugar entre serbios, croatas y musulmanes, sino entre aquellos que veían la oficina de correos exclusivamente como Serbia, Croacia o "Musulmania", y que hoy siguen pensando igual, y aquellos para los que Correos continúa siendo, ante todo, un lugar desde donde se envían cartas y

paquetes o se realiza una llamada telefónica.

Desde sus puntos de vista resulta totalmente lógico, ya que, nada más llegar al poder, Slobodan Milosevic limpió inmediatamente los medios de comunicación de editores y periodistas, profesionales y creadores independientes y, en su lugar, colocó a personajillos fieles, de su propio aparato político, que tan sólo tenían una tarea: provocar el odio hacia el "enemigo" con el que mañana habría que entrar en guerra, reforzar la frustración debida a las "injusticias históricas causadas a nuestra nación", generar rumores sobre un complot mundial contra "nosotros", sólo porque "somos los más inteligentes, los más grandes y los más valientes". Quien no odiase a otros o no considerase que el interés de la tribu estaba por encima del interés del individuo, real o futuro, pasaba a ser considerado enemigo, traidor y blanco al que atacar. Las personas que durante el asedio de Sarajevo vivieron en Serbia realmente empezaron a creer que toda esta historia del asedio se había inventado, o por lo menos exagerado, y que los musulmanes se tiraban las bombas a sí mismos para provocar la piedad de la comunidad internacional; yo mismo, con mis propios oídos, escuché en las noticias en la radio que "los fundamentalistas de Sarajevo -expresión con la que se daba a entender que todos los habitantes de Sarajevo eran musulmanes y fundamentalistas- echaban a los niños serbios a los leones del zoológico para desayunar...".

Para la gente normal, esta "noticia" era ridícula; pero por desgracia cada vez había menos personas normales y más de aquellas que sólo y exclusivamente creían en la propaganda que generaba odio. El proyecto de la creación de la Gran Serbia se definió y preparó de esta forma. Además, muchos, llevados por ráfagas de heroísmo, empezaron realmente a creer -los medios de comunicación y los libros de texto lo divulgaban- que fueron ellos quienes destruyeron el Imperio otomano, quienes provocaron y ganaron la Primera Guerra Mundial, quienes ganaron a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial, y que su comunismo era autóctono, y que ellos mismos derribaron al comunismo. Después de tanto esfuerzo y a pesar de todo ello, les robaban y les ponían en peligro aquellos con los que convivían. En un sistema mediático y vital estrictamente aislado del mundo, surgió el autismo, y mientras, las percepciones y euforias totalmente equivocadas se convirtieron en hechos reales.

Había otra razón para movilizarse para la guerra. La caída del muro de Berlín y la desaparición de los regímenes comunistas en el este de Europa amenazó directamente a la mayor estructura político-militar de este tipo en los Balcanes: a Slobodan Milosevic, al ejército de Yugoslavia y al aparato burocrático partidista de entonces. La defensa del poder había de ser sin piedad, eficiente y sin que importara el precio. Al mismo tiempo, las falsas convicciones que tenía el mundo sobre los procesos de transición en estos territorios eran enormes. Muchos creyeron que la sola desaparición del muro de Berlín, automáticamente, de la noche al día, implicaría una democracia completa y un cambio total. Pocos tuvieron en cuenta que la democracia era una cuestión de tiempo, que se trata de un proceso para el que resultan imprescindibles la educación, el dinero, la transformación de la conciencia y, sobre todo, la creación de instituciones democráticas. Enseguida se empezó a hablar de elecciones *democráticas* y, en realidad, se consiguieron unas elecciones, quizá, técnicamente más regulares, pero no democráticas, ni libres, que es lo que el mundo quería apuntarse como un mérito propio. Sin unas instituciones democráticas, sin unos medios de comunicación imparciales, sin un sistema judicial y una policía libres e independientes, tampoco podían celebrarse elecciones democráticas. Los medios de comunicación que formaban la opinión pública estaban manipulados; las iglesias y mezquitas, controladas por el Estado; los colegios, supervisados por el régimen... De todas estas manipulaciones y de la falta

de libertad se aprovecharon los antiguos jefes, vestidos ahora con un nuevo traje falso. Por desgracia, la comunidad internacional, en el nombre de la legalidad formal, apoyó a los viejos nacionalistas y su política, reforzando de esta manera el nacionalismo, la exclusión étnica y la exclusividad y la lógica tribal, opuesta a los conceptos de ciudadano, sociedad civil, derechos humanos y Estado de derecho. Este error, por lo visto, se está repitiendo ahora en Serbia. Poca gente está dispuesta a reconocer la continuidad de la lógica nacionalista en el caso de los nuevos líderes de este país, considerando más importante el hecho de haber tenido la oportunidad de autoelogiarse con motivo de la caída de Milosevic. Por supuesto, es muy importante que se le haya hecho caer desde dentro, pero cada vez existen más pruebas objetivas de que el descontento hacia Milosevic aumentó más por el hecho de haber perdido las guerras que había llevado a cabo que por haberlas iniciado. La política de Kostunica, en realidad, no es muy diferente de la de Milosevic, ni en cuanto al Tribunal Internacional de La Haya y su actitud frente al crimen, ni en cuanto a Kosovo, ni en cuanto a Montenegro, o a Bosnia-Herzegovina, o a la República Srpska. El mundo, por desgracia, simplemente no quiere verlo en estos momentos. Se alegra con la "victoria en Belgrado" y, además, el nuevo mercado abierto allí para los negocios y el así denominado *humanitarismo* tampoco es tan insignificante y despreciable.

También en el caso de la Croacia de Tudjman y su actitud hacia Bosnia-Herzegovina mostró el mundo una reacción equivocada y totalmente mezquina frente a la creación planificada del nacionalismo con un método para mantenerse en el poder. Lógicamente, esta actitud encajaba estratégicamente con los objetivos de Belgrado. La respuesta de Tudjman al lema de Milosevic "todos los serbios en una nación" o aquel aun más radical de "donde haya una tumba serbia, eso es Serbia" fue la siguiente: "Si se hace realidad la demanda de Serbia de vivir todos en un mismo Estado, entonces nadie puede negar los mismos derechos a los croatas..." Ambas partes se pusieron fácilmente de acuerdo en cuanto a Bosnia-Herzegovina. Hacía falta repartirse la República para hacer realidad el lema anterior, una creación artificial compuesta de manera antinatural como resultado de las poco afortunadas circunstancias históricas. Un argumento clave para ello fue la presencia de musulmanes en la zona. Desde los mismos principios de la crisis en Yugoslavia, tanto Tudjman como Milosevic tuvieron que ponerse de acuerdo en el hecho de que la desaparición de Bosnia-Herzegovina era imprescindible para realizar sus dos proyectos etnopolíticos.

Los estrategas de estos dos proyectos entendieron correctamente que el *problema* de Bosnia, tal como lo definían ellos, se podía resolver de la manera más sencilla reduciendo el Estado de Bosnia-Herzegovina, ya reconocido como Estado independiente multinacional, al "problema de los musulmanes". Como ya se ha escrito en algún lado "la cuestión de Bosnia-Herzegovina" deja de ser la cuestión de su integridad y se reduce, desde un principio, a la cuestión musulmana. Teniendo en cuenta los numerosos prejuicios que existen en Europa hacia el Islam, los musulmanes y la cuestión de los musulmanes, la intención era que el mundo entendiera el problema de Bosnia-Herzegovina como "el problema del peligro del Islam y de los musulmanes...". En este sentido, no es casualidad que Tudjman destacara varias veces en Occidente que Croacia era "la guardiana de la cristiandad en el sudeste de Europa" y, tal como él garantizaba, cuando fuera necesario "llevaría a los musulmanes a la civilización occidental...".

Los líderes políticos de los bosnios en Bosnia-Herzegovina también tienen una buena parte de la culpa, al debilitar las dimensiones estatales de Bosnia-Herzegovina y, consecuentemente, abrir un espacio para la intolerancia nacionalista. A lo largo de la guerra coquetearon con la idea de la división nacional

de Bosnia-Herzegovina, y todo ello con el lema de "hay que salvar a la nación ya que no se puede salvar al Estado". El plan sobre la división de Bosnia se ofreció por primera vez de forma precisa y explícita como un proyecto internacional en 1993, en el portaaviones británico *Invincible*. En ese momento, en realidad, se consiguió un acuerdo sobre la formación de tres Estados nacionales, según el cual, este nuevo y artificial Estado musulmán se quedaba con el 33,3% del territorio de Bosnia-Herzegovina. Las fuerzas de resistencia al proyecto dentro del mismo pueblo bosnio impidieron a Izetbegovic firmar finalmente este acuerdo, con el que tanto Milosevic como Tudjman estaban muy contentos. Ambos destacaron repetidamente que el problema de la división no existía entre ellos, sino que tan sólo había que conseguir que los musulmanes aceptaran esta división.

El Acuerdo de Paz de Dayton puso el punto final a la guerra en Bosnia-Herzegovina, constituyendo de manera bastante artificial un país compuesto de dos entidades multiétnicas. Una es la "Federación" -bosnios y croatas-, en la que la mayoría absoluta la conforman los musulmanes, y la otra es la "República Srpska", en la que la mayoría son serbios. La lucha política en el país se basa hoy en día en dos conceptos: el primero intenta reforzar la independencia y la autonomía de las entidades nacionalmente "limpias" y crear de nuevo un espacio para dividir y anular Bosnia-Herzegovina; el segundo concepto tiene como objetivo reforzar las instituciones estatales centrales y promover un Estado eficiente y moderno con tres naciones constitucionalmente iguales. Por supuesto, la maquinaria propagandística que trabaja a favor de las fuerzas que quieren dividir el país continúa fabricando cargas de intolerancia y resistencia a la vida en común, y promueve la filosofía del elitismo y el colectivismo nacional. En un país económicamente pobre, del que ya ha emigrado un gran número de gente joven, tolerante y preparada, estos proyectos, a menudo, germinan sin problemas. Por supuesto, los responsables de los problemas siempre son "los otros". Incluida la guerra, esta situación lleva ya diez años, lo cual significa que, mientras tanto, ha crecido toda una nueva generación que no recuerda demasiado los tiempos pasados en los que el nacionalismo y las ideas de limpieza étnica no dominaban la escena política.

Finalmente, la conclusión es, según mi opinión, que el nacionalismo agresivo, y en muchos aspectos incluso fascista, en nuestros territorios es el resultado de un proyecto político planificado y elaborado anteriormente para inducir y preparar a los habitantes del país para la guerra, cuyos fines han sido totalmente criminales, primitivos y de latrocinio. En los Estados complejos y las sociedades multinacionales, como es actualmente Bosnia-Herzegovina o como era Yugoslavia, es posible fabricar cualquier cosa, dependiendo del objetivo final y del poder con el que se cuenta para conseguir este objetivo. Con estas mismas gentes, con la misma estructura nacional y los mismos valores, pero con un programa político diferente, esta comunidad vivió en paz durante medio siglo. Yo creo que esto no se debe a la existencia de un sistema político totalitarista y policial, sino a que el programa nacional era positivo y a que iba dirigido, en primer lugar, a los valores de la vida en común. Para realizar este programa hay que disponer, por supuesto, de un Estado y de todas sus instituciones habituales. "El amor" entre naciones no ha sido en ningún lugar suficiente para mantener la paz y asegurar la coexistencia. Por lo tanto no es de extrañar que los creadores del proyecto de guerra en Yugoslavia trabajaran, primero, en la destrucción del país y la inhabilitación de sus instituciones; controlando y dirigiendo, luego, los medios de comunicación, provocaron el miedo entre la gente y la indujeron a sospechar. Cuando se empezó a derramar la primera sangre, el diabólico proyecto de odio empezó a alimentarse a sí mismo y, como resultado final, tenemos a la gente del subsuelo arriba, disfrutando de la riqueza, mientras que el, una vez relativamente contento, pueblo ha caído de rodillas derrotado y en la miseria. Se ha cerrado el consabido círculo:

los ambiciosos, patológicamente, ofrecieron los planes, los comerciantes y especuladores ofrecieron los tanques y el pueblo ofreció a sus hijos.

[Traducción del croata: : Maja Drnda]

La utopía frente al pensamiento utópico

Francisco Fernández-Buey

Catedràtic d'Ètica i Filosofia Política a la Universitat Pompeu Fabra.
Catedrático de Ética y Filosofía Política en la Universidad Pompeu Fabra.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

1

Cuando en 1967, en plena eclosión del movimiento estudiantil berlinés, Herbert Marcuse pronunció la célebre conferencia titulada "El final de la utopía", su tesis principal era esta: el socialismo deja de ser una utopía, como había sido hasta entonces, para convertirse en una realidad posible. La eclosión de los movimientos estudiantiles y juveniles, críticos a la vez con el capitalismo y con el llamado *socialismo real*, eran para Marcuse el síntoma más patente de que la utopía se estaba convirtiendo en realidad; el comienzo de la posibilidad de realización de aquello que la utopía social-comunista de la emancipación había anticipado.

Cuando ahora se cita el título de aquella conferencia de Marcuse, casi siempre sin haber leído el texto, se suele concluir que ya Marcuse anunció el final de las utopías, inaugurando así la época en la que estamos, una época en la que ya no tienen cabida las utopías. O sea, se atribuye a Marcuse una idea que es exactamente lo contrario de lo que él estaba argumentando en su diálogo con los estudiantes berlineses.

Pues una cosa es defender la tesis de que la utopía se acaba porque lo que ella enuncia empieza a realizarse, y otra cosa, completamente distinta, defender la tesis de que nuestra realidad socioeconómica (la sociedad de la información, postindustrial, posmoderna, del espectáculo, "tardocapitalista", o como quiera llamarse) ya no admite utopías.

2

El hecho de que hoy en día los medios de comunicación mencionen a Marcuse atribuyéndole, por lo general, exactamente lo contrario de lo que él pensaba es todo un síntoma de lo que ha pasado con el término utopía en los últimos treinta y tantos años. Al menos en nuestro ámbito cultural.

Precisaré un poco más.

Hacia finales de la década de los sesenta, todo rojo (o casi) que se preciara usaba el término utopía en un sentido negativo o peyorativo. La sociedad socialista o la sociedad comunista (según los autores) no eran vistas como anticipaciones utópicas, sino como cuasi realidades en uno de estos sentidos:

- a) como transición en acto hacia el comunismo;
- b) como transición en acto hacia el socialismo;
- c) como una necesidad histórica a punto de realizarse por la crisis del capitalismo;
- d) como un objetivo realizable y que correspondía a las necesidades radicales de las gentes;
- e) como un objetivo realizable a corto plazo porque correspondía a la maduración de las condiciones económico-tecnológicas de la sociedad.

Lo utópico, se decía entonces, era pensar que el futuro iba a ser liberal.

Desde finales de la década de los ochenta, la palabra utopía empezó a usarse en la acepción contraria. Y desde entonces, casi todo rojo que se precie utiliza la palabra utopía en una acepción positiva. La mayoría de los papeles producidos por los movimientos sociales críticos y alternativos ensalzan, hoy en día, la utopía y el espíritu utópico. Y hasta publicaciones comunistas que no hace mucho defendían la idea del socialismo o del comunismo científico, reivindican ahora la utopía frente al neoliberalismo, frente a la globalización y frente al pensamiento único.

A partir de 1990, esto ocurre tanto en el este como en el oeste de Europa. Dos ejemplos recientes son *Utopie kreative*, publicación editada por Wolfram Adolphi en Alemania, *Utopian Studies*, de Darko Suvin y otros en Canadá. Otros dos ejemplos: Boris Kagarlitsky en *The Return of Radicalism* (Pluto Press, Londres 2000), e Ignacio Ramonet en *Le Monde Diplomatique* sobre el Foro Social de Porto Alegre (Brasil).

Las personas que hoy usan el término utopía en un sentido positivo están queriendo decir lo siguiente: "Puede que aquello a lo que se aspiraba cuando se pronunciaban las palabras *socialismo* y/o *comunismo* no sea para hoy ni tal vez para mañana, pero hay esperanza: pasado mañana puede haber en el mundo una sociedad de iguales, una sociedad regulada, racional, ecológicamente fundada y pacífica en la que rija el principio aquel de 'a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades'." Y puede haberlo porque lo que hay hoy en el mundo, la realidad existente, la globalización neoliberal, es intolerable, es un escándalo. Aceptamos, pues, que se nos llame utópicos, pero precisamos que la utopía no es ni lo que se llamó *socialismo real* ni tampoco Babia, o el Limbo, o el Reino-de-Nunca-Jamás, sino un ideal regulador, el señalamiento ideal de un horizonte sin el cual ni siquiera puede haber realidad aceptable.

Así piensan hoy personas razonables como Saramago, como Galeano, como John Berger, como Marcos, como Hinkelhammer, como Leonardo Boff... Y así pienso yo también.

3

Desde un punto de vista ético, o sea, en lo que concierne a la conformación de la conciencia moral en el cambio de siglo, esto que acabo de decir no tiene ninguna complicación. A quien objete que la época de las utopías ya pasó y que la prueba de eso es que desde hace algún tiempo los pensadores y los escritores de nuestro ámbito cultural sólo construyen ya contrautopías (en la línea de Orwell y de Huxley), le contestaré simplemente: "Prueba de mirar hacia otro lado, hacia otras culturas. Pues no construye utopías quien no las necesita. Las utopías las han construido siempre las víctimas, los desfavorecidos, los desgraciados (o los amigos de las víctimas). Para encontrar formulaciones de nuevas utopías en la época de la globalización hay que mirar el mundo desde abajo."

Para los de arriba, para los que están en el poder o próximos al poder, toda aspiración a un mundo mejor, más libre, más igualitario, más justo, más armónico, más habitable ha sido siempre "utopía" en la peor de las acepciones de la palabra: mera ilusión, ensueño irrealizable. Por eso, los pocos de los de arriba que han querido ver el mundo con los ojos de los de abajo se han visto siempre históricamente obligados a defenderse de la acusación de *utópicos*.

Hay tres maneras posibles de defenderse de esta acusación. Una es adelantarse e ironizar al respecto; y eso es lo que hizo el constructor de la primera utopía socialista: Thomas More. Otra es enfadarse con los que mandan, negar que

aquello a lo que uno aspira sea utópico, en el sentido de irrealizable, y contraatacar argumentando que lo utópico de verdad es la prolongación de la sociedad en la que se vive; eso es lo que contestó, entre nosotros, el llamado socialista *utópico* Fernando Garrido, y lo que, tras él, han ido contestando, una y otra vez, todos los socialistas llamados utópicos que en el mundo han sido. Y la tercera manera es pasar a la ofensiva y declarar que vamos a convertir la utopía en ciencia, o sea, a demostrar que lo que se ha llamado utopía es posible aquí y ahora; eso es lo que intentó el comunismo moderno en la formulación de Marx y de Engels.

La implicación principal de esta tercera manera es que uno acepta la acepción negativa o peyorativa de la palabra *utopía* que han impuesto los de arriba, pero no para resignarse con lo que hay, sino para asumir el reto y disputarles aquello de lo que están más orgullosos: la ciencia (que es poder -y eso se sabe desde Bacon-). El comunismo moderno (y gran parte de lo que se ha llamado socialismo) ha nacido así. Y así se ha desarrollado a lo largo de siglo y medio. Marcuse representó precisamente un punto de inflexión al sugerir, en la conferencia citada, que la teoría social-comunista de la emancipación tenía que recorrer idealmente el camino inverso: de la ciencia a la utopía. Con eso quería decir, obviamente, dejar de tragarse el cuento de un socialismo "científico" que postulaba que el socialismo (o el comunismo, según los casos) existía ya realmente en los países que se autodenominaban así.

4

También el liberalismo, cuando nació en Europa, era una "utopía" a los ojos de los de arriba. Tanto más ilusorio o utópico, en su opinión, cuanto mayor fuera el grado de absolutismo, de despotismo o de cesarismo existente en una sociedad. Al principio, el liberalismo político propugnaba la separación de poderes en el Estado, la soberanía activa del pueblo, el sufragio universal y un estatuto constitucional que estableciera y limitara los derechos y atribuciones del individuo y del Estado, y que garantizara la igualdad y la libertad de los ciudadanos (la libertad de pensamiento, de expresión, de culto, de reunión, etc.).

En su origen, las dos "utopías", la liberal y la social-comunista, no estaban tan alejadas o tan enfrentadas como hoy sugiere la contraposición entre liberalismo y comunismo. Y, sobre todo, no lo estaban en los países europeos en los que, después de la revolución francesa, seguía dominando el absolutismo, que, por cierto, eran los más en la Europa del Este. Por eso, todavía hoy, cuando se estudia en serio la historia de las ideas liberales, socialistas y comunistas para los extremos de Europa (España y Rusia) en el siglo XIX hay muchas dudas sobre cómo calificar a algunos autores importantes (La Sagra, Fernando Garrido; Herzen, Chernichevski y muchos otros) si como *liberales*, *socialistas* o simplemente *utópicos*.

Fue Antonio Gramsci quien sugirió que el comunismo marxista moderno había nacido en Europa como una "herejía" del liberalismo. En los *Cuadernos de la cárcel*, dialogando con Benedetto Croce y con Piero Gobetti (dos grandes liberales italianos contemporáneos), Gramsci recordaba que la acepción del término *liberal*, en Italia, había sido, en el siglo XIX, muy amplia e incluyente. Era habitual allí considerar liberales a todos los no clericales, a todos los adversarios del partido de la Iglesia, por lo que el término *liberalismo* incluía también a los internacionalistas, a los partidarios de la Primera Internacional. Las cosas cambiaron cuando se constituyó un partido que se llamó específicamente liberal, con pretensión de dominio y de hegemonía social, un partido que tendía a fundirse con el partido de la Iglesia y que se llamó a sí mismo *partido de la libertad*. Es el momento en que el liberalismo se

hace en Italia conservador y la herejía social-comunista (o libertaria) empieza a cuajar.

El principal editor de Gramsci, Valentino Gerratana, ha insistido varias veces sobre esto, para sugerir, a su vez, que al haber olvidado aquella historia, y al haberse fijado únicamente en la contraposición entre liberalismo y comunismo a lo largo del siglo XX, se ha cometido un error. Yo también lo creo y quisiera añadir que la situación creada a partir de 1990, particularmente en los países de Europa del Este, nos pone en una buena situación para repensar la cosa y para corregir ese error. Que, por cierto, vuelve a aparecer en una entrevista reciente de Norberto Bobbio, cuando éste, después de alejarse de I. Berlin, se apunta a la tesis, hoy tan repetida, de que comunismo y fascismo han sido en el siglo XX dos "utopías reaccionarias", reinterpretando oportunamente lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial (la aproximación entre liberalismo y comunismo) en función de lo que vino después de 1990.

5

¿En qué sentido se puede decir que el comunismo fue en origen una herejía del liberalismo europeo? En el sentido de que, habiendo aceptado el proyecto político-moral de la ilustración liberal europea con su punta romántica (el ideario de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad), el comunismo moderno (ya en Babeuf y luego en Marx) no pudo aceptar la materialización política de ese proyecto, como Lutero y tantos otros "herejes" cristianos del siglo XVI no pudieron aceptar el poder político-religioso del cristianismo en acto. Los términos clave de ambos proyectos habían quedado deshonrados. Y para realizarlos en su inspiración original había que romper con lo establecido e inventar otras palabras.

Cuando Marx era todavía joven y "liberal", lo que navegaba en Alemania con el nombre de *liberalismo* ya estaba pervertido. Durante la revolución de 1848, Marx intentó todavía la conciliación y puso sordina a la Liga de los Comunistas: en vez de oponer "comunismo" a "liberalismo" prefirió distinguir entre "liberales" y "demócratas". Pero después de la derrota de las revoluciones europeas del 48 y, sobre todo, después de la represión de la Comuna de París, el liberalismo estaba ya demasiado manchado por la explotación y por la opresión como para poder seguir adoptando la posición que había tomado Erasmo en el conflicto entre la Iglesia católica y Lutero en el siglo XVI. En esas condiciones no bastaba con ser "algo más que liberales" en un sentido genérico. De ahí salió la herejía comunista. Que no ha sido única en la historia, por cierto. Pues la otra "herejía", paralela, es la que lleva del liberalismo al libertarismo, al anarquismo. Para España, el momento central de esa historia es la discusión de 1873 sobre la represión de los comuneros. Para el otro extremo de Europa, para Rusia, lo es la época magníficamente analizada por Dostoievski en *Los Demonios*, *El adolescente* y algunas páginas del *Diario de un escritor*, obras en las que asistimos al conflicto generacional entre "padres liberales" e hijos nihilistas (anarquistas, social-comunistas, etc.).

6

La deshonra en que ha caído la palabra *comunismo* desde 1990 está haciendo olvidar ahora a casi todo el mundo dos cosas igualmente importantes.

La primera es que mucho antes de que fuera derrumbado el muro de Berlín y quedara disuelta la Unión Soviética, la crítica radical de aquel sistema estaba hecha. Y hecha no sólo en términos del liberalismo político, sino, por así decirlo,

desde dentro, desde el ideario comunista mismo (Rosa Luxemburg, Korsch, Pannekoek, Trotski, Gramsci, Bordiga, primero; luego Varga, Djilas, Castoriadis, Zinoviev, Debord; o también Claudín, Gorz, Guevara, Dubcek, Sacristán, Dutschke... son algunos de los nombres que vienen a la memoria). Se puede objetar a esto que, a pesar de lo ilustre de los nombres, los críticos fueron minoría. De acuerdo. Pero si se critica así y se quiere ser ecuaníme habría que añadir en seguida que también las críticas liberales serias (tipo Hayek) fueron minoría durante décadas. Puede releerse ahora, con distancia, la monumental *Historia de la Rusia soviética* de E. H. Carr, tan alabada durante tanto tiempo, para hacerse una idea de lo que quiero decir. Por no hablar de la interminable lista de economistas liberales de Occidente que, entre 1950 y 1970, no sólo auguraban para aquel sistema un crecimiento mayor que el que se estaba produciendo en las democracias liberales, sino que, además, se sentían atraídos por su organización del trabajo.

La segunda cosa que se está olvidando ahora es que el descrédito del liberalismo político y económico (lo que inicialmente se llamó *neoliberalismo*) era anterior al descrédito del comunismo. Y no sólo en los países de Europa del Este, ni sólo como consecuencia de la propaganda de las ideologías extremistas, sino por la forma de vida a que había dado origen en los países en que imperaba antes de la Primera Guerra Mundial, en el período de entreguerras y después de la Segunda Guerra Mundial. Esa es la razón por la que personas que se consideraban a sí mismas herederas del liberalismo europeo clásico, de John Stuart Mill, por ejemplo, se vieron obligadas a distanciarse del liberalismo realmente existente, del liberalismo en el poder, y a buscar calificativos diferenciadores del "liberalismo conservador" para expresar su propio liberalismo. Es el caso de Bertrand Russell en Inglaterra, de Max Weber en Alemania, de Karl Kraus en Viena, de Albert Einstein en los Estados Unidos de Norteamérica, de Bergamín aquí en España. Y en algunos momentos hasta del arzobispo de Canterbury. Ante el liberalismo realmente existente (el victoriano, el de la República de Weimar, el guillermino, el del macartismo o el de Churchill), todos ellos llegaron a la conclusión, razonable en mi opinión, de que había que ser "algo más que liberales".

7

Lo que he dicho hasta aquí no tiene otra intención que introducir la afirmación siguiente: cuando empieza la nueva época, a partir de 1990, los términos *liberalismo* y *comunismo* estaban ya tan deshonrados que al usarlos sin crítica, sin referencia al concepto, tenían que aparecer necesariamente muchos equívocos. Voy a poner dos ejemplos significativos de esos equívocos. Uno: *liberal* ya no significaba lo mismo en la Europa occidental que en los Estados Unidos de Norteamérica. Dos: *liberal* y *liberalismo* tampoco significaban lo mismo en nuestros países que en los países de la Europa del Este en que empezaban a crearse partidos políticos con ese título. Un "liberal" norteamericano era, en más de un aspecto, lo que nosotros llamábamos un *rojo*. Y un "liberal" de la mayoría de los países de Europa del Este, y señaladamente de Rusia, era lo que nosotros llamábamos un *conservador* o un *reaccionario*. En varios países de la Europa del Este ha habido partidos políticos poscomunistas que se llaman liberales y que juran en nombre de Pinochet (y a veces, en nombre de Hitler).

Por lo que hace a Rusia, el descrédito de la idea misma de liberalismo (un liberalismo económico inspirado en la escuela de Milton Friedmann o de Von Hayek y materializado por Jeffrey Sachs y Yegor Gaidar), que era ya considerable a mediados de la década de los noventa, se hizo aún mayor después de la crisis financiera de agosto de 1998. Rusia es en esto un caso paradigmático: después de una fase eufórica de experimentación del liberalismo económico en estado puro

(liberalización de los precios, libertad de empresa, libertad de cambio y liberalización del comercio exterior), todos los índices macroeconómicos significativos se hundieron, y los mismos teóricos liberales que habían propiciado la reforma atribuyeron el caos creado al hecho de que "el Estado estaba haciendo dejación de sus funciones". A partir de ese momento, además de tratar de distinguir entre liberalismo económico y liberalismo político, hubo que distinguir entre "liberalismo civilizado" y "liberalismo salvaje". Lo cual es tanto como volver a empezar la historia de la modernidad.

8

Esto es parte de un equívoco aún mayor y que nos obliga a reflexionar sobre la gran mentira del lenguaje político al uso. Para decirlo cordialmente, voy a formular la cosa en términos interrogativos: ¿No es como mínimo paradójico el que en la época del gran triunfo del liberalismo, que se dice, no haya un sólo partido político en nuestro ámbito cultural que, llevando el nombre de liberal, haya conseguido la mayoría en unas elecciones parlamentarias? ¿No es como mínimo paradójico el que diciéndose, como se dice, que se hacen políticas liberales, los partidos políticos mayoritarios lleven otros nombres (*demócratas, republicanos, laboristas, socialistas, populares*) y que aquellos que llevan precisamente el nombre de *liberal* apenas logren el apoyo de las poblaciones votantes?

Y si eso es así, ¿no tiene esto que ver con el mismo proceso por el cual la mayoría de los que fueron partidos comunistas han dejado caer tal título para adquirir el de *demócratas* o *socialdemócratas* o de *izquierdas* o de *los trabajadores* o de *el pueblo*, etc., etc.? ¿Y si no hubiera ya ni comunismo, ni socialismo, ni liberalismo y todo esto a lo que estamos asistiendo en el mundo de las ideologías y de los partidos, con el baile de los nombres para atraer votos, no fuera más que una farsa a la que todos, o casi todos, nos prestamos para no tener que pensar si debajo de las palabras hay realmente conceptos o, como dicen casi al unísono Saramago y los posmodernos, si no será que en la caverna no vemos lo que pasa realmente a la luz del día?

Tiene el carácter de un síntoma, y me parece particularmente interesante para la historia de estas dos ideas, liberalismo y comunismo, comprobar cómo el viejo mito platónico de la caverna ha sido utilizado en estos últimos años, tanto en el Este como en el Oeste, como metáfora para desvelar al mismo tiempo las realidades virtuales a las que han dado lugar sus realizaciones: Alexandr Zinoviev en *Cumbres abismales* para el caso de un comunismo que nunca fue tal; más explícitamente Kusturica, en la parte central de *Underground*, para el caso del comunismo en Yugoslavia; Slavoj Žižek leyendo la película *The Matrix* en términos posmodernos para desvelar la realidad virtual, "las dos caras de la perversión", de una sociedad del espectáculo y de la información neoliberal que no es precisamente liberal; Saramago para desvelar la realidad de una globalización económico-cultural neoliberal que tampoco es liberal.

Voy a concluir. A lo que estas metáforas apuntan es a lo siguiente: si queremos seguir empleando los términos *liberalismo* y *comunismo* a estas alturas de la historia hay que reconstruir los conceptos, pues las palabras no significan ya casi nada. Y en la reconstrucción de los conceptos, que sólo puede hacerse atendiendo críticamente a las realidades existentes, es muy posible que haya que llegar a la conclusión de que el libertarismo es la única mediación utópica aun no intentada entre liberalismo y comunismo. Esto es lo que me parece que se está bosquejando en el horizonte desde Chiapas, Seattle, Praga y Porto Alegre.

The Balkans beyond the Imagination

Misha Glenny

Especialista britànic en l'antiga Iugoslàvia.
Especialista británico en la antigua Yugoslavia.

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

I must explain immediately that although my first name, Misha, is a generic Slav diminutive for the Christian name Michael, I am three-quarters Anglo-Celtic and a quarter Jewish. The one thing I am not is Slav. I was called Misha by my parents in order to differentiate me from my father, Michael, who was a translator of Russian literature, ergo Misha.

Nonetheless, as a young boy, I was unusually aware of Russia as our home in West London creaked under the weight of many tomes written in Cyrillic, while prints of Tsarist and Bolshevik Russia stared at us from walls with their unmistakable "dare to survive the cauldron of history" quality.

Of course for the Russians, or indeed for people like my father, who devoted a large part of his life to the Russians, other Slavic nations were generally regarded as either irritating individualists who deviated from Muscovy's great spirit of Slavdom, or as rather enchanting domesticated animals that loved their master unquestioningly. Actually, most commonly of all, they were not regarded at all.

So as eight-year-old Londoners go, I knew a great deal about Russia and the Slavic soul but assumed them to be synonymous. Imagine my surprise, then, when I began to read about the ancient history of "Syldavia, a State in the Balkan Peninsula, which was conquered by the Bordurians in the 12th century." At the time, I had no idea where or what the Balkan Peninsula was, but I did know the Cyrillic script when I saw it. And Cyrillic was plastered all over the shops and street signs of Syldavia as graphic representations of this "small country, isolated until modern times because of its inaccessible position," clearly revealed.

Many years later, I noticed in the invaluable travel brochure, *Syldavia: Kingdom of the Black Pelican*, that minarets stood in the towns and villages - so unlike other Orthodox countries from which the Muslim population had long ago departed, Syldavia still maintained its Ottoman centres of worship.

In the late 1940s, the Bordurians, those demons of the 12th century, were up to their old tricks again. Led by the evil dictator, Müsstler, a curiously Teutonic conflation of Mussolini and Hitler, the feared paramilitary organisation, the Iron Guard (presumably named in honour of the Romanian fascist movement) was planning to overthrow Muskar XII, the popular monarch of Syldavia, by stealing his sceptre. Failure to produce the sceptre on the parade of St. Vladimir's Day, the national holiday, would force Muskar to resign.

Fear not, on this occasion the forces of dark totalitarianism were vanquished by the reckless courage of Tintin. King Ottokar's Sceptre, Hergé's excursion into the cloak-and-dagger world of Balkan politics, is one of the most popular introductions to the imaginary Balkans. It is also rather a good one. Of course, Hergé cannot always resist the temptations to which many Western European writers on the Balkans fall prey - very often he is less interested in cultural or historical veracity than he is with more parochial concerns regarding his own reputation or political philosophy. His decision to name the chief baddy Müsstler, and the Bordurian conspiracy, the

Iron Guard, was motivated in part to counter the unpleasant odour of collaboration that still hung around Hergé in 1947, when he wrote the story. In the new atmosphere of the Cold War. However, Hergé could not ignore Stalin's bullying tactics in the Balkans and so despite its name, the Iron Guard is obviously structured like a Communist Party. The noble Muskar XII looks to me like a thinly disguised King Michael of Romania, a rather decent man.

Byron began the vogue for using the Balkans as a backdrop for Western literature with the *Childe Harold*, an invaluable descriptive work. But the most influential piece of fiction that has shaped our perception of the Balkans was *Dracula*, published in 1897. Five years before Conrad, Stoker's novel is a journey into the *Heart of Darkness*. The Balkans is an unknown territory where violence lies, the Land of the Undead. Jonathan Harker becomes the evil Count's unwitting agent, enabling Dracula to carry his disease into the heart of civilisation (landing at Whitby in Yorkshire, of all places).

Seventeen years after the publication of *Dracula*, the prophecy was fulfilled when a group of mainly anarchic Serb malcontents (okay there was one Croat and one Muslim as well) challenged the European order by assassinating Franz Ferdinand. If *Dracula* has defined our imagination of the Balkans, Sarajevo in 1914 serves as a guide to the hard facts of history. In the 20th century -we have become convinced-immutable conflicts that have been plaguing the peninsula since time immemorial felt compelled to make their dramatic entrance on the wider European stage. The 20th century began in Sarajevo, we note shaking our heads, and ended in Sarajevo - the curse of Balkan nationalism.

During the mid-eighties, when the world was still anchored in the certain stability of bipolarity, two American friends were hiking in a remote part of Montenegro. As they surveyed the ineffable beauty of the mountainous surroundings, the idyll was completed by the approach of a smiling shepherd boy, ten years old at most. The lad was in an evident state of excitement and keen to talk. Taking out an imaginary machine gun, he sprayed make-believe bullets in a semi-circle and delivered a message that echoed around the Dinaric peaks: Ra-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta - Blake! Krystle!(1) All dead!"

The boy bore news from distant Hollywood: the elders of the Carrington clan, the central characters in the soap, *Dynasty*, had met a sticky end. The crime that induced shock in audiences across the United States had not been perpetrated by some crazed Vietnam vet of the "I'm-gonna-hunt-me-some-humans variety." If only it had. Perhaps then Americans could have made some sense of the tragedy. But members and friends of Denver's richest family had been gunned down by terrorists in the distant Balkans. The heinous act was carried out (in a house of God!) as Blake and Alexis's long-lost daughter was marrying the Crown Prince of Moldavia. The subsequent episode saw most of the cast brought back from the dead by the insatiable desire of network ratings (as luck would have it, they were killed in Moldavia, just a hundred miles from Dracula's castle). Only in the Balkans.

The television producer responsible for wanting to massacre the cream of Colorado society was Camille Marchette. "I'm responsible for Moldavia," she told America's TV Guide in 1986, "I sat down one day and said, 'I'm only going to be on the show a year and I'm going to end it with a shoot?out in Moldavia.'" Responsible for Moldavia, maybe. But did she know that Moldavia was a real place that would gain its independence just five years after the wedding was filmed? Who dreamed up the name King Galen and why? Who were the terrorists who imprisoned both Krystle and Alexis: Communists? Nationalists? Romanian-speaking Serbs, perhaps?

The answer is, of course, it does not matter - provided you are writing about the Balkans. In her 1925 novel, *The Secret of Chimneys*, Agatha Christie depicted the London financier, Herman Isaacstein as being "dressed in very correct English shooting clothes which nevertheless sat strangely upon him. He had a fat yellow face, and black eyes, as impenetrable as those of a cobra. There was a generous curve to the big nose and power in the square lines of the vast jaw." Not even a full-blooded anti-Semite like Christie would risk publishing such a passage today. In the same book, she introduces a "Herzosllovakian"² peasant, Boris Anchoukoff, with his "high Slavonic cheekbones, and dreamy fanatic eyes." He is, we learn, "a human bloodhound from a race of brigands." The stereotype of the Balkan peasant, the cut-throat savage from the mountains, remains a trusted image for Anglo-Saxon writers.

In truth, Western perceptions of the Balkans over the past 120 years are distilled into just a few small moments of history before being extracted with an almost chemical precision from the larger solution of European and Global history. Whether consciously or not, the effect has been to exonerate the Great Powers from all responsibility for what has happened in south-eastern Europe over the last century.

Of course, the calamity of the last decade was self-inflicted, although it is important to stress the critical point that these were not Balkan wars but wars of the former Yugoslavia. But from a historical perspective they represent a near inevitable culmination of a pattern begun in 1878 that saw the West intervene with massive violence in the region in short bursts, before withdrawing and leaving the region to deal with the consequences of that violence. It has been an especially difficult pattern for the Balkans to accommodate because of the complex demographic forms inherited from the Habsburg and Ottoman Empires.

According to an article in last Friday's *The Times*, the 34 men and one woman, Biljana Plavsic, housed in the jail at Scheveningen, while awaiting trial in the Hague or after sentencing, get on perfectly well together, regardless of ethnicity. The officer in charge decided early on not to segregate prisoners according to their ethnicity but split them instead into 3 groups, including all national groups, Croat, Serb and Bosnian-Muslim. The problems that arise between inmates "have nothing to do with ethnicity."

Even today, five and a half years after the Northern Ireland peace process began in earnest, the idea of NOT segregating nationalist and loyalist prisoners is utterly unthinkable. Disruption and violence with severe ramifications OUTSIDE the penal establishment would be guaranteed.

Why is that? Why is that just five and a half years after the Dayton Agreement, some of the most fanatical killers to emerge in Yugoslavia after 1991 on different sides enjoy friendly relations, but in Northern Ireland, where levels of violence over the past thirty years have never approached the intensity of the brutality in Croatia and Bosnia, segregation is considered essential?

The fact is, for all the rhetoric of ancient hatreds, the cultural and psychological divide separating Nationalists and Loyalists in Northern Ireland is MUCH deeper than that dividing the three Bosnian communities. There is a heartfelt popular mistrust between Nationalists and Loyalists upon which politicians from both sides have built careers of either intolerance or reconciliation. Both types have had to struggle in a democratic arena for the votes and good opinion of their constituencies. They have then either strengthened popular mistrust or sought ways to overcome it. The wars in Croatia and Bosnia were, in contrast, top-down wars, primarily the responsibility of two men, Slobodan Milosevic and Franjo

Tudjman. They mobilized hatred that either did not exist or was so latent that it required tremendous resources of the repressive state apparatus to excavate it.

The situation in Kosovo was somewhat different as here, visible distrust between the two main communities did exist before the 1990s, as well as a state that eschewed democratic methods. But I would like to look at the 1980s in Kosovo. Despite the crackdown after the Albanian student riots in 1981 and the consolidation of neo-Stalinism in the province, Albanians had considerable access to the administration of the province; a majority of Kosovo's police force were Albanians and Albanians enjoyed equal status with Serbs in most walks of life. The Kosovo Party leadership was chiefly Albanian. Serbian complaints about intimidation, stories about rapes and murders, were almost entirely fabrications while the undoubted departure of large numbers of Serbs from the province was chiefly for economic and not political reasons. Kosovo was miserably poor. And that was a greater problem than the ethnic question. Of course, that very poverty made it extremely easy to turn the ethnic question into a much bigger problem as actually happened in the late 1980s. But the point is that even in Kosovo, where strains between the Serbs and Albanians run much deeper than the divisions in Bosnia...even here there are models well within living memory of co-existence.

I would like to deal here with the issue of Northern Ireland in more detail. The troubles there began in the early seventies...resulting in the deaths of 3,000 people; as I have mentioned, much fewer than in ten years of war in Yugoslavia. The peace process has everything...

Sustained violence followed by sustained neglect - that has been the history of the Great Powers in the Balkans over the past 120 years. I want to dwell on this for a moment. Just as those genocidal maniacs, the Ustase, only came to power because they were installed by Mussolini and Hitler, so Ceausescu and the Greek colonels only existed because of Soviet and American strategic requirements. Now, one may perfectly well argue that Yalta was essential to prevent war between the Allies in the immediate post-war period and that as such, the political aspirations of the Romanian and Greek people were an unfortunate victim of this deal. But what you cannot argue is that Ceausescu or the Colonels are, in any respect, legitimate representatives of those aspirations - they are legitimate representatives of Great Power needs but of course they wrought untold damage on the economic and psychological makeup of their own countries.

I insist on this because I want to stress that the EU and the United States have a moral imperative to assist south-eastern Europe. I will go into the practical reasons in a minute. But first let me say that the sanctions regime on Serbia and Montenegro was an obscenity. But I do not mean this in terms of whether the rump Yugoslavia should have been punished or not. I wish to take the example of Bulgaria. This country emerged from communism with a debt totalling roughly \$10 billion. It was owed \$2 billion by Iraq - these monies went by the wayside when sanctions were imposed on Iraq. When sanctions were imposed on Yugoslavia, Bulgaria's main route to the West was cut off along with one of its most significant trading partners - the result was an annual loss to the Bulgarian economy (hardly one that can afford big hits) of between \$1-\$3 billion dollars. Has Bulgaria been paid any compensation for the losses sustained by decisions taken in New York by the 5 permanent members of the Security Council (a council of Great powers)? Was Bulgaria granted any debt relief, given its agreement to shoulder a large portion of two sanctions regimes? The answer is No and No. So, Bulgaria slips into a gangster economy that, among other things produces the world's most perfect CD-Rom fakes. As soon as they start flooding the market, however, the US becomes very interested in the Bulgarian economy, wagging its finger and lecturing Sofia on the

concept of intellectual property rights. Try introducing market reforms and keeping the narod3 happy in those circumstances!

But we all know that states don't operate primarily to satisfy moral interests so let us look briefly at this issue from the more pure self-interest of the EU. Without a substantial political effort (I am less worried about the necessary funds because they are actually there) from the EU to stabilise this region, including Croatia, including Romania, including Bulgaria and Albania, it will become a source of chronic internal difficulties for the EU. There is a vast movement of people underway from Asia and Eastern Europe into the EU. The majority travel through the Balkans, where there are countless mafias (who cooperate splendidly notwithstanding ethnic differences) who are willing to facilitate this for huge profits. The magnetic force that drives the have-nots into the land of the haves in turn fuels right-wing extremism in the EU. There are the other issues - the trafficking of prostitutes; drugs; guns; cigarettes in the EU and the issue of money-laundering inside the Balkans. The EU must do something about this if its present neurosis is not to descend into full-scale insanity.

How do you do this? You do this by developing a properly thought-out strategic policy for the integration of the Balkans into wider European structures. Do we have such a policy? No. We have a patchwork of structures that together are profoundly insufficient for dealing with the problems of south-eastern Europe. These problems are economic and political but at root they are constitutional. And I am convinced, after observing the conflict close-up since before its outbreak, that in the former Yugoslavia, constitutional politics hold the key. The expulsion of the Serbs from Croatia sanctioned by the West supported the concept of mono-ethnic states. The Dayton Agreement amazingly sanctions both multiculturalism and mono-ethnicity whilst apparently satisfying nobody. And Kosovo floats in a constitutional void, at best an old-fashioned, but aimless protectorate. Once having fallen into the trap of contradictory policies, it is impossible to escape their logic. You have to deal pragmatically, although I don't underestimate the difficulties. It is a pipe dream to suppose that Albanians and Serbs are going to live together voluntarily and harmoniously in Kosovo, which leads to the supposition that it would be easiest if we just persuaded the Serbs to bugger off and leave Kosovo to the Albanians. What, then, about morality and multi-ethnicity, and what, more prosaically, about Macedonia? In my recent experience, members of the Macedonian and Bulgarian elites are much more concerned about Kosovo's independence than are members of the Serbian elite. The more enlightened amongst the latter recognize that Kosovo is an economic and political burden that can hinder the modernization of Serbia much more than it can assist it.

I am now convinced that the EU can contribute to a way out of this dreadful mess by the creation in the European Union of a Strategic Policy Authority for South-Eastern Europe. Nobody, but nobody in the EU, has a clear idea of where we are heading. We desperately need an executive unit to identify all these problems, to iron out the manifold contradictions of principles and policies, and to come up with a clear strategic vision that may be used as a road map out of the current crisis. To do this, of course, means the EU breaking the habits of a lifetime and developing an institution that can cut through its infuriating bureaucratic straightjacket. I believe that Europe has the intellectual capacity to achieve this but I am less convinced that it has the political will and ability.

I have spent much of the last fifteen years working on the Balkans. It has not been a happy experience. Apart from a number of wonderful friends I have made, some of whom are here among us today, it has been a grim diet, seasoned with irrational impulses and including many personal attacks on my intellectual integrity. I am now trying to extract myself from the Balkans because the region has exhausted

my personal capacity to lead a normal life. So far my attempt has proved largely unsuccessful. Unlike Veton Surroi, who has been touted by the BBC as "a possible future president of Kosovo," I am a mere invisible blip in Balkan history although I am proud of one headline that I provoked in an Albanian newspaper this year. "Misha Glenny, the Nostradamus of the Balkans, is in Tirana."

Let me leave you with one final prediction. Unless the European Union addresses these problems urgently, the entire continent will suffer unimaginable consequences. Failure to do so will shake Europe to its very foundations.

Foornotes:

1. Blake, Krystle and Alexis (below) are characters from the US television series Dynasty.
2. Herzoslovakia is a country that Agatha Christie made up from Bosnia-Herzegovina and Czechoslovakia.
3. Narod means people in some Slav languages and is equivalent to the Herderian concept of Volk.

Dos casos: Alemania del Este y Serbia

Drinka Gojkovic

Assagista i traductora; una de les intel·lectuals sèrbies antinacionalistes més representatives de l'última dècada.

Ensayista y traductora; una de las intelectuales serbias antinacionalistas más representativas de la última década.

Versió original en castellà
Versión original en castellano
Original version spanish

Vale la pena aclarar desde el principio una cosa: ¿por qué es relevante esta cuestión? La formulación del título de esta conferencia (*La situación y el papel de los intelectuales en el comunismo y poscomunismo*) da por entendido que los intelectuales son importantes tanto para el comunismo como para el poscomunismo, así que conviene decir por qué es así. En general se suele considerar a los intelectuales como un *software* moral específico de cada sociedad que en un escenario público, visible para todos, defienden los valores básicos, la verdad, la libertad y la justicia. Y ello de tal manera que intervienen en la política que frustra la verdad, la libertad y la justicia. Queda pendiente discutir en otra ocasión hasta qué punto esta opinión está justificada y por qué un papel así imaginado no puede convertirse en una norma obligatoria. Cuando se trata de los desaparecidos regímenes cerrados, monopartidistas y totalitarios es interesante ver hasta qué punto esta posición era real, si repercutió y de qué manera en la vida de la sociedad, y si el cambio político fundamental, la caída del comunismo, tuvo algo que ver con ella. En pocas palabras, el análisis de la situación y del papel de los intelectuales en el comunismo y poscomunismo debería mostrarnos de cerca si el *software* moral realmente es capaz de cambiar el *hardware* político, hasta qué punto y en qué condiciones.

Hablaremos de dos países que nunca ocuparon un lugar central en el mapa de la disidencia intelectual del este de Europa: Alemania del Este y Serbia. Dado que todas las sociedades comunistas se parecen en general, pero en la práctica todas son totalitarias a su manera, resulta interesante juntar estos dos países por su oposición total: Alemania del Este era el clásico ejemplo del totalitarismo estalinista, pero el cambio del régimen se produjo ahí de manera nada traumática. Serbia era un buen ejemplo de discrepancia del esquema clásico totalitarista, pero vivió de manera horrible la caída del comunismo. ¿Han tenido algo que ver los intelectuales con una cosa u otra?

Alemania del Este: ¿produce la dictadura algo más que dictadura?

Cuando en 1976 el poeta de la RDA Reiner Kunze publicó en Alemania Occidental su libro *Die wunderbaren Jahre* ('Los años milagrosos'), para el público de la RDA supuso una sensación; pero para el gobierno, un escándalo. Sus cortos escritos documentales describían de manera abierta una cotidianidad real-socialista desesperante, represiva; lo cual no se había visto en la literatura de este país. Por su obra, opiniones políticas y posición autónoma, Kunze era considerado, incluso antes, un caso "especialmente difícil".⁽¹⁾ Ya a finales de los años cincuenta perdió su puesto de profesor asistente de la Universidad. Publicaba en la RFA y mantenía contactos con los escritores de ahí, lo cual en el régimen de la Alemania del Este no tan sólo resultaba poco popular, sino que incluso estaba prohibido. Dio su apoyo en público a la Primavera de Praga, condenó la invasión de Checoslovaquia por parte del Pacto de Varsovia y se solidarizó con los colegas perseguidos. No era una figura política, y la política le interesaba "tan solo por su interferencia en lo existencial".⁽²⁾ Pero, dado que en la RDA la existencia dependía mucho de la política, fue objeto

continuo de la represión estatal, de marginación, difamación y vigilancia policial. *Die wunderbaren Jahre* incitó al gobierno a dar el golpe final: el libro fue denunciado por difamación, y Kunze, declarado enemigo del Estado. De nuevo, como en ocasiones anteriores, le prohibieron publicar y actuar en público, además de expulsarlo de la Unión de Escritores, lo que equivalía a expulsarle simbólicamente de la sociedad. Los malos tratos políticos llevados hasta el límite de lo soportable le obligaron a emigrar, contra su voluntad, junto con su familia a Alemania Occidental en 1977. Kunze no era tan sólo un caso especialmente difícil, sino también paradigmático de la manera en la que el gobierno trataba a los intelectuales disidentes.

"Que parezca una democracia, pero debemos tenerlo todo bien atado."⁽³⁾ Con estas palabras, Walter Ulbricht, el primer presidente de la RDA, estableció en 1945 el carácter del Estado, y hasta su desaparición pocas cosas cambiaron. La RDA era un país de una falta de libertad prototípica. Desde sus primeros años, ya en los campos de la desaparecida KGB organizados en la zona soviética con el fin de castigar a los miembros del régimen nazi, también pagaron cara su discrepancia de los dogmas estalinistas numerosos seguidores, verdaderos o ficticios, del "trotskismo, titoísmo y de la socialdemocracia". El nuevo régimen era fiel y estaba subordinado al soviético; su línea dura con los procesos políticos, las persecuciones y la censura, las fronteras cerradas por las que era difícil salir o entrar en el país, una política de pasaportes totalmente restrictiva o los pequeños o grandes premios a la sumisión ideológica eran la réplica del régimen soviético. Es interesante, sin embargo, que, según escribe el historiador de la oposición en Alemania del Este Erhart Neubert,⁽⁴⁾ en los primeros años después de la guerra dentro del Partido todavía existía una cierta posibilidad de discutir sobre los problemas de la creación en el arte y la ciencia, incluso sobre las cuestiones religiosas. Todo ello se acabó, según dictado soviético, en 1948, por el miedo a que se divulgara el espíritu de la obstinación, cuando otro país comunista, precisamente Yugoslavia, consiguió escapar del abrazo de hierro soviético. En varias ocasiones, la línea dura se ablandaba un poco: en 1956, después del giro de Jruschov en la URSS; en 1961, en el XXII Congreso del Partido, otra vez después de que los soviéticos anunciaran el proceso de desestalinización; y en 1971, cuando Honecker prometió que en el arte no habría más temas tabú. Sin embargo todo ello eran tan sólo promesas que nunca llegaron a cumplirse. Los ciudadanos protestaron únicamente dos veces de manera masiva, y sin éxito: el 17 de junio de 1953, cuando una manifestación de los trabajadores de todo el país para establecer la democracia pluralista fue reprimida sangrientamente, y en 1989, cuando finalmente la dictadura se derrumbó. Mientras tanto, y aunque parezca poco significativo, las protestas a media voz también causaban una fuerte reacción por parte del gobierno. El número de prisioneros políticos procedentes de las filas de los ciudadanos corrientes era muy elevado, y el concepto de culpa política, muy amplio y extensible.

En esas circunstancias, la disidencia cultural hasta finales de los años setenta fue cuantitativamente mínima. Igual que en la mayoría de los países real-socialistas, los intelectuales estaban en su mayoría "adaptados y asimilados", bien porque realmente creían en esa abstracta idea comunista, bien porque estaban sobornados con pequeños o grandes privilegios sociales o bien porque el precio que habían que pagar por la protesta era demasiado alto. De hecho no eran muy diferentes de la mayor parte de la población, cuyo comportamiento estaba igualmente condicionado, por un lado, por el miedo, y por otro lado, por el hecho de que el régimen, aunque no permitía la libertad, sí que facilitaba un nivel relativamente aceptable de bienestar social. Así que, durante décadas, la historia de la protesta intelectual en la RDA fue, en realidad, la historia de unos pocos "casos" aislados. Cronológicamente, el primero fue el controvertido caso del filósofo Wolfgang Harich, que después de la anunciada "desestalinización" de 1956 ofreció una "plataforma para un camino alemán especial hacia el socialismo": democratización pero sin

privatización, es decir, libertad religiosa, de expresión y de pertenencia política. Fue condenado junto con varios compañeros, acusados por la fiscalía de conspiración, a varios años de cárcel. Este proceso había de servir para "disciplinar" a los intelectuales y cumplió con este objetivo. Ninguno de los colegas de Harich, ni siquiera el filósofo Ernst Bloch, que en aquella época aún vivía en el Este, se puso de su lado, excepto muy discretamente y entre líneas. En esta época, por supuesto, Harich no era el único que deseaba reformas del sistema. Otros, al igual que Bloch, pidieron de manera más radical la desideologización y la humanización del socialismo, y por ello caían en desgracia eventualmente. Pero hasta Robert Havemann, en 1963, nadie entró en un conflicto abierto con el gobierno. Havemann, químico, profesor universitario, hasta principios de los años sesenta alto funcionario del Partido, fue el primer "verdadero" y más grande disidente de Alemania del Este -inicialmente por sus conferencias universitarias sobre las cuestiones de la "libertad, conciencia e ideología" y, luego, por sus textos dirigidos a la opinión pública-, aunque durante su juicio, Harich se arrepintió enseguida y, después de los años de cárcel, intentó estar a bien con el régimen. Durante décadas contrastó el socialismo de Alemania del Este con el "socialismo de rostro humano". Su modelo político incluía la existencia de una oposición, de libertad de expresión, de movimiento y religiosa, y también la lucha contra las armas atómicas y el desarrollo de la conciencia ecológica en la sociedad. Muy pronto fue expulsado de la Academia de las Ciencias, le desposeyeron de su puesto universitario y fue marginado muy severamente, siempre bajo la constante vigilancia de los servicios secretos. A pesar de esta gran presión, él no quiso emigrar. En los años ochenta se convirtió en la figura clave del movimiento pacifista, que poco a poco se convirtió en un gran frente de oposición.

Si Havemann fue el más grande, Wolf Biermann, poeta y cantautor, amigo íntimo de Havemann, fue seguramente el disidente intelectual más popular de la Alemania del Este. Ni su fe en la utopía comunista le pudo hacer aceptar la miserable práctica real-socialista. Desde 1965 estuvo prohibido. Sus libros y discos no se podían editar en la Alemania del Este y tampoco tenía permiso para abandonar el país. Once años más tarde, en 1976, cuando finalmente le permitieron actuar al otro lado del muro, le quitaron la nacionalidad en su ausencia y ya no pudo volver.

El último de los "casos" fue el del sociólogo Rudolf Bahro. Por su libro *La alternativa* (publicado en 1977 también en Alemania Occidental), en el que intentó unir socialismo con libertad y hacer las paces entre la economía y la ecología, fue condenado a ocho años de cárcel, aunque al cabo de dos años le dejaron en libertad. Emigró a Alemania Occidental.

Según escribe Erhart Neubert con motivo del caso Havemann, la disidencia intelectual no pudo contar con un apoyo importante ni siquiera en los años setenta. Esto no se refería tan sólo a los ciudadanos de a pie, sino, sobre todo, a los colegas intelectuales. La opinión pública intelectual de la RDA casi siempre evitaba tomar partido en público. Contra la caza de Kunz, después de que publicara *Die wunderbaren Jahre*, tan sólo protestaron Biermann y Havemann. Este último llamó de forma muy incisiva a los mudos miembros de la Unión de Escritores a que tuvieran conciencia de la "responsabilidad por la libertad de opinión". Unos cuantos escritores destacados se solidarizaron, pero por vía privada. Sin embargo unos meses más tarde, la petición contra la retirada de la nacionalidad de Biermann fue firmada, por primera vez, por un centenar de escritores. Algunos de ellos, bajo la presión del gobierno, retiraron poco después su firma, y los más destacados de entre los firmantes fueron expulsados del Partido o se les abrieron expedientes. Esta acción sólo fue condenada de manera clara y decisiva por Havemann, que por ello fue sentenciado a dos años de arresto domiciliario, y Kunze, que, aunque no pertenecía al círculo de Havemann y aunque no se identificaba con la fe en el

socialismo de Biermann, exigía del gobierno que retirara su decisión de despojarle de su nacionalidad.

No es fácil decir cuál fue el efecto de estos herejes intelectuales en la opinión pública. Durante décadas, ellos constituyeron la única forma de medida de la libertad en una sociedad rigurosamente controlada y duramente reglamentada, en la que se paseaba sin parar el mastodóntico e hiperactivo servicio secreto, la temida Staatssicherheitsdienst.⁽⁵⁾ Estos disidentes estaban proscritos, y el contacto con ellos y su obra suponía un alto riesgo. Mediante la televisión de Alemania Occidental, que también se podía ver en la RDA, el público tenía acceso a ellos, y también mediante los textos manuscritos que circulaban de mano en mano. Sin embargo, en los años sesenta, las iglesias abrieron sus puertas, primero a los movimientos alternativos juveniles y, después, a escritores y músicos. En sus recintos se celebraban charlas, lecturas y conciertos sin necesidad de un permiso especial del gobierno, entre oración y oración. A principio de los años noventa, el escritor Kurt Drawert en su texto *Sie schweigen. Oder sie lügen. Von der Beschaffenheit einer gescheiterten Elite* ('Callan o mienten. Sobre la naturaleza de una élite fracasada') destacó el valor de la resistencia individual, precisamente porque "la dictadura de ninguna manera puede producir una oposición. No puede producir nada, sólo reproducirse a sí misma. Por un lado como institución y por otro lado como realidad".⁽⁶⁾ A menudo, el historiador Erhart Neubert destacaba por otro lado que "las ideas de Havemann embriagaron al círculo de la oposición y al movimiento opositor creado en los años ochenta". El mismo efecto debieron tener también Kunze y Biermann. En todo caso es inmensurable la influencia de la "acción capilar"⁽⁷⁾ de los disidentes intelectuales en la vida de la sociedad. A lo largo de los años ochenta, la disidencia intelectual se volvió mucho más numerosa (la búsqueda de nuevas formas en el arte suponía más exigencias explícitas de libertad social e individual) y, al mismo tiempo, se desarrolló la resistencia ciudadana, que contaba con un gran apoyo de la Iglesia evangélica. Recordando a Robert Havemann, el escritor Fritz Rudolf Fries escribió en 1990 que las masas de los ciudadanos que en octubre de 1989 salieron a la calle en toda la Alemania del Este solicitando la dimisión de Honecker y la caída del régimen aprendieron su lección de Havemann.⁽⁸⁾ La disidencia intelectual dio a los ciudadanos una norma político-moral. Es una suerte que esta norma pudiera obtener su formalización política gracias a la posibilidad de reunión organizada bajo el techo de la Iglesia.

Serbia: libertad en la encrucijada

"Para evitar el aislamiento y ganarse Occidente en su lucha contra Oriente, la cúpula política necesitaba la legitimación democrática. Para conseguirla tenía que dirigirse a la *intelligentsia*. A ésta, sin embargo, no le convenía que el nuevo conflicto maniqueo entre 'luz y oscuridad' fuera comprendido como una contienda dentro del movimiento comunista internacional, sino como una lucha por restaurar los valores de la cultura y la civilización europeas" escribe Miodrag B. Protic, uno de los pintores serbios más importantes y teórico del arte, sobre el período de la institución del nuevo gobierno justo después de la Segunda Guerra Mundial.⁽⁹⁾ Serbia era el país en el que quizá con más éxito dentro de Yugoslavia se había consumado lo que representaba uno de los hechos más atípicos del comunismo yugoslavo: la apertura hacia el mundo y un grado de libertad inimaginable en los países del bloque del Este. Tanto una cosa como la otra se realizaron, por supuesto, dentro del marco de una clara matriz ideológica y un sistema monopartidista. La apertura fue, por lo tanto, parcial, y la libertad, limitada. Por sus características, hoy en día existe una tendencia a considerar ambas cosas ficticias. Sin embargo, el hecho de que su potencial no se hubiera aprovechado adecuadamente en el momento en que era más necesario, es decir, cuando en toda la Europa del Este se derrumbaba el totalitarismo comunista, no quiere decir que la fatalidad de Serbia

estuviera en esconder la falta de libertad con una libertad aparente; el problema radicaba más bien en que, en el momento crucial, estos espacios de libertad, aunque reducidos, no fueron comprendidos ni utilizados correctamente.

Es cierto que la libertad, durante las cinco décadas que duró el "comunismo" yugoslavo y serbio, osciló. Serbia, junto con toda Yugoslavia, y a diferencia de todo el bloque del Este, ya desde principios de los años cincuenta, disfrutó, por un lado, de unas fronteras abiertas,⁽¹⁰⁾ de una comunicación bastante viva con el mundo, de un estándar de vida relativamente bueno y de la ausencia de una censura oficial y una presión demasiado fuerte por parte del Partido. Por otro lado, la sociedad no dejaba de estar metida en un corsé totalitarista.⁽¹¹⁾ Esta era una contradicción que le amargaba la vida a cualquier intelectual crítico, pero no frenó drásticamente y definitivamente ni la opinión crítica ni la creación artística crítica.

Ya en 1949 Edvard Kardelj, el asistente más cercano de Tito, proclamó en el ámbito de toda Yugoslavia una desovietización (= despartidización) de la ciencia, es decir, un principio según el cual para la ciencia tan sólo contaba el "criterio de la verdad objetiva". En el Congreso del Partido Comunista de Yugoslavia de 1952 se recalcó la necesidad de una "lucha de opiniones", y el Congreso del Partido Comunista de Serbia de 1954 afirmó implícitamente la autonomía de la creación cultural, negándole al Partido el derecho de dictar "ni el contenido, ni los temas, ni las formas de la creación cultural" y rechazando la validez de "los medios administrativos" en "la lucha ideológica contra opiniones divergentes". En un microplano, una cierta libertad de opinión "aplicada" se reflejó incluso antes: por ejemplo, las protestas de un grupo de estudiantes de la Academia de las Artes contra el real-socialismo cuando, en 1947, abandonaron las aulas, sin que ello tuviera repercusiones políticas, y marcharon a la costa del mar Adriático para poder crear libremente; o las reuniones de un grupo informal de jóvenes intelectuales (Simina 9, por la dirección en la que se reunían) que no escondían cierta actitud crítica hacia el régimen de Belgrado a principios de los años cincuenta. La inauguración oficial del espacio para "la lucha de opiniones" tuvo como resultado el auge de polémicas en las revistas literarias sobre la actitud hacia la realidad y la libertad de la creación. Aunque estas polémicas se ahogaban, de vez en cuando, con la prohibición de alguna revista, sus autores, libres de pensar, no sufrieron represalias. Con el tiempo en la literatura empezó a dominar una forma de ver que el poeta Dusan Matic formuló, en 1952, en el Congreso de los Escritores: que no existe una estética marxista, sino tan sólo y únicamente la estética, y que la literatura no es un reflejo de la realidad, sino que se crea a base de la literatura ya escrita anteriormente. La publicación siguió cada vez con más intensidad las corrientes literarias mundiales; en 1959 se editó en serbio, y dos años más tarde se escenificó con un éxito enorme, una obra de Beckett. En 1965 apareció, y enseguida fue aclamada por la crítica y el público, la primera gran prosa herética, titulada *Vreme cuda* ('El tiempo de los milagros') de Borislav Pekic, un anticomunista declarado y ex preso político. Después siguieron, uno tras otro, Faulkner, Joyce, Camus, Hemingway, Proust... Filósofos, desde Popper hasta Heidegger y críticos del marxismo como Bloch, Lukács, Marcuse, Kolakowski... La primera traducción en el mundo de la obra de Solzhenitsyn *Un día en la vida de Iván Denisovich* fue la serbia de 1970, y su traductor ganó un premio muy prestigioso. El Museo de Arte Moderno de Belgrado organizó exposiciones de pintura de la vanguardia mundial. También en el teatro se representaban obras de Václav Havel como apoyo al escritor, que en aquella época estaba en la cárcel...

Al mismo tiempo, Serbia era el país del primer disidente de la Europa del Este: el escritor y alto funcionario del Partido Milovan Djilas fue expulsado en 1954 del mismo y apartado de todas sus funciones por su crítica "Restos estalinistas e hipocresía moral en la cúpula del Partido" y, a partir de 1956, por cuestionar la reacción de Yugoslavia ante los acontecimientos en Hungría y por unos textos

críticos publicados en el extranjero, fue condenado a 11 años de cárcel. El escritor Zoran Gluscevic fue sentenciado, en 1969, a seis meses de cárcel por un texto publicado con motivo del aniversario de la invasión de Checoslovaquia por el Pacto de Varsovia. En 1972, un estudiante del último año de Dirección cinematográfica, Lazar Stojanovic, fue sancionado con tres años de cárcel por la película *Plasticni Isus* ('Jesús de plástico'), en la que hacía referencia al presidente de Yugoslavia Josip Broz Tito. Al principio de los años setenta también se penó con varios años de cárcel a los líderes estudiantiles de 1968, así como a Mihajlo Djuric, profesor de la Facultad de Derecho, debido a su crítica de las enmiendas constitucionales⁽¹²⁾ y al ayudante del profesor asistente de la misma Facultad, Kosta Cavoski, por su crítica al Estado de derecho.⁽¹³⁾

A lo largo de los años setenta, una gran dinámica creativa fue seguida por una larga lista de prohibiciones. De las carteleras de teatro fue retirada -después del comentario de Tito de que "ensucia la imagen de nuestro sistema social"- la obra *Kada su cvetale tikve* ('Cuando florecían las calabazas'), que trataba el tema de Goli Otok.⁽¹⁴⁾ La misma suerte sufrió el drama satírico *KaPe dole* ('Abajo el PC') de Aleksandar Popovic.⁽¹⁵⁾ No fueron destruidas, pero sí guardadas en un búnker, es decir, lejos del público, algunas películas de los jóvenes y especialmente talentosos cineastas Zelimir Zilnik, Dusan Makavejev y Zivojin Pavlovic.⁽¹⁶⁾ También fue prohibida la exposición de la obra del pintor Mica Popovic que tenía como tema una clara crítica social. Tras varios años de campaña y una continua resistencia de la Universidad, seis profesores de la Facultad de Filosofía de Belgrado, críticos con la práctica política y activos participantes de las manifestaciones estudiantiles de 1968, fueron suspendidos de sus tareas, aunque no les retiraron del todo sus salarios ni los pasaportes; bajo la presión externa, al cabo de un tiempo, se fundó un centro para ellos, que luego se convirtió en instituto para la teoría social y la filosofía.

Este ajuste de cuentas con los intelectuales, el más famoso de todos, tenía que ver también con la destitución de la cúpula de los líderes políticos serbios de orientación reformista (entre los que había unos intelectuales excelentes) que se produjo en la primera década de los años setenta.⁽¹⁷⁾

¿Hasta qué punto estos conflictos con los intelectuales afectaron la vida pública? Confirmaban, en todo caso, lo que ya se sabía -que la sociedad estaba controlada, que el control estaba centralizado en el Partido Comunista y que quien mandaba ahí era el presidente del Estado y del Partido, es decir, Tito-. Sin embargo, esto todavía no creaba un sentimiento de "miedo al gobierno" ni un "gobierno del terror". Y, cuando se aplicaba, el castigo de los indeseables no era el más duro, y jamás se acabó con todas las posibilidades de expresar la opinión crítica y de conseguir un grado bastante alto de libertad de creación espiritual. Aunque no ejercía una autoridad absoluta, el poder, con sus medidas represivas contra los intelectuales, no enfrentó a los ciudadanos, que, a su manera, oscilaban entre la crítica jovial y la lealtad. Los intelectuales eran vistos por los ciudadanos como una parte marginal de las crisis políticas y económicas por las que, de vez en cuando, en el marco de Yugoslavia, pasaba Serbia, y su identificación con ellos no se salía de un círculo relativamente estrecho. Los ciudadanos podían vivir bastante bien sin meterse en la política, es decir sin pensar en ella, así que se aprovecharon de este privilegio. El hecho de disfrutar de un nivel económico más alto y de estar menos expuestos a los controles de los servicios secretos policiales que otros ciudadanos del bloque del Este, no tan sólo hizo que opinaran más positivamente del gobierno, sino que también les dio una cierta autoconfianza y autosatisfacción, que, a menudo, no se habían "ganado" y que sin embargo siempre fueron apolíticas.⁽¹⁸⁾

El punto decisivo y crucial en el compromiso público intelectual llega con la década posterior a la muerte de Josip Broz Tito, cuando la crítica del yugo-comunismo y el

titoísmo se convierte en el tema principal de las charlas públicas de los intelectuales en todas las repúblicas, especialmente en Serbia, Croacia y Eslovenia. En todas partes se coincidía en que el pecado principal del comunismo había sido faltar contra su propia sagrada nación, lo que implicó que los intelectuales mayoritariamente se declararan nacionalistas, es decir, defensores de los intereses y valores nacionales. En Serbia, este proceso era especialmente paradójico porque precisamente a principios de los ochenta parecía que en la escena pública intelectual belgradense se estaba formando un amplio movimiento capaz de avivar una importante democratización de la sociedad serbia y yugoslava.⁽¹⁹⁾ Pero cuando, a principios de los ochenta, la nueva crisis de Kosovo volvió a sacudir a la sociedad serbia y yugoslava, los intelectuales no tenían una respuesta preparada. Una crítica relativamente básica del régimen no era para nada suficiente para afrontar, a la vez, el problema nacional y el del nacionalismo (tanto serbio como albanés) y buscar una solución democrática. A los intelectuales unidos en su crítica del "comunismo" les faltaban tres cosas importantes: un análisis concreto de los mecanismos del gobierno que generaron la crisis de Kosovo, un programa exacto de reformas y, por último, la idea de la necesidad de la unión política.⁽²⁰⁾ Lo primero hubiera impedido la instrumentalización de la crisis de Kosovo como herramienta principal para el despertar del nacionalismo en Serbia; lo segundo hubiera ofrecido la opción de una transformación política y económica de la sociedad, que se hubiera anticipado al irracional programa nacionalista del "despertar de la conciencia nacional"; y lo tercero hubiera supuesto una posibilidad de acción política estructurada en la escena pública. Dado que no existía nada de esto, la cuestión democrática se convirtió en la cuestión nacional, liderada por los intelectuales disidentes que, de la noche al día, convirtieron el programa democrático en nacional. Se consideraban demócratas, pues trataban cuestiones que el régimen comunista había prohibido: la cuestión de los serbios en Kosovo y, luego, la de los serbios en Croacia. Con esta legitimación, con su emocionalmente cargada retórica, sirvieron de apoyo al nuevo populismo nacionalista, inundaron los espacios públicos y marginaron a los intelectuales cuyas convicciones democráticas se opusieron totalmente a cualquier nacionalismo. De esta manera, en el momento en el que más se necesitaba, el verdadero potencial democrático, tan presente en la vida cultural e intelectual en las décadas anteriores, no pudo realizarse. Hasta qué punto, de no ser así, hubiera cambiado el futuro de Serbia, es ahora mera especulación. Pero lo que ocurrió realmente nos da una respuesta a la pregunta que se formuló al principio de este texto: el *software* moral, tan importante como elemento crítico e iniciador de los cambios de régimen y de política, es insuficiente por sí solo para realizar los cambios en el sentido deseado.

Notas

1. NEUMANN, P. H. y FELDKAMP, H., Reiner Kunze - Materialien zu Leben und Werk, Frankfurt 1987.
2. KUNZE, R., Das weisse Gedicht, S. Fischer Verlag, Frankfurt 1989.
3. VEEN, H.-J. y otros (ed.), Lexikon Opposition und Widerstand in der SED-Diktatur, Propyläen-Verlag, Berlin 2000.
4. NEUBERT, E., Geschichte der Opposition in der DDR 1949-1989, Ch. Links Verlag, Bonn 1997.
5. Tan sólo en la Universidad, uno de cada seis profesores y uno de cada 10 empleados colaboraba con la Stasi. Véase El expediente: una historia personal de T. G. Ash, Tusquets Editores, Barcelona 1999.
6. DRAWERT, K., "Sie schweigen. Oder sie lügen. Von der Beschaffenheit einer gescheiterten Elite", en: P. Bötig, K. Michael, Machtspiele. Literatur und Staatssicherheit, Reclam, Leipzig 1993.
7. Esta expresión la formuló el filósofo zagrebense Zarko Puhovski y no tiene que ver con Alemania del Este, sino con la evolución de la democracia en la nueva Croacia.
8. FRIES, F. R., "Erinnerung", en: Robert Havemann, Fragen, Antworten, Fragen. Aus der Biographie eines deutschen Marxisten, R. Piper & Co. Verlag, Munich 1990.
9. PROTIC, M. B., Nojeva barka, Belgrado 1992.
10. El historiador inglés y biógrafo de Tito, Jasper Ridley, con motivo de una declaración del presidente checoslavo Gustav Husak de que "las fronteras no son un bulevar por el que se pasea libremente", observó que las fronteras yugoslavas eran un bulevar igual que las fronteras de cualquier país democrático de Europa.
11. Esta bipolaridad, casi simbólicamente, apareció ya en la primera parte de la liberalización yugoslava y, aunque con el tiempo fue palideciendo, no desapareció hasta su final: la rotura con Stalin en 1948 tuvo dos consecuencias: abandono de la rígida y cruel forma estalinista de gobernar, por una parte, pero también

cruel castigo a los sospechosos de ser simpatizantes soviéticos en la malfamada cárcel de la isla de Goli Otok.

12. Djuric fue condenado a dos años de cárcel, pero luego se le rebajo la pena a nueve meses. Las enmiendas constitucionales se referían al cambio de estatus constitucional de Vojvodina y Kosovo: estas provincias, según las enmiendas constitucionales, tenían la autonomía con todas las características de las repúblicas autónomas.

13. Cavoski fue condenado a cinco meses de cárcel, dos años bajo fianza.

14. Tito dijo: "No vamos a tomar medidas administrativas. No creo que haya que detener a este [autor], pero es deber de cada comunista impedir que éstos hagan estas cosas." Así fue. El autor Dragoslav Mihajlovic, ex preso de Goli Otok, pudo continuar escribiendo y publicando, pero la obra, que obtuvo buenas críticas artísticas y malas críticas ideológicas, fue retirada de la cartelera por razones "técnicas", según se explicó al público.

15. Popovic también estuvo, de joven, en Goli Otok. Esto no impidió que luego se convirtiera en el más importante y más respetado dramaturgo serbio.

16. Zaseda de Zika Pavlovic trataba del conflicto entre los chetniks y los partisanos en la Segunda Guerra Mundial, mientras Wilhelm Reich, los misterios del organismo de Makavejev y Rani radovi de Zilnik trataban de la crítica del totalitarismo comunista. Todos ellos tuvieron muchos problemas a la hora de trabajar, aunque nunca les fue prohibido continuar su actividad profesional.

17. El cronista de "la caída de los liberales serbios", Slavoljub Djukic, escribe que Tito veía peligro en "los nacionalistas croatas y los reformistas serbios". A diferencia de los líderes políticos croatas, que durante la "primavera de Croacia" de 1971, llegando al auge del nacionalismo croata, ligaron la lucha por los intereses nacionalistas con el reformismo político, los reformistas serbios, liberales, estaban muy en contra del nacionalismo. Véase Pad srpskih liberala de Slavoljub Djukic, Belgrado 1990 y Mirko Tepavac-Secanja i komentari de Aleksandar Nenadovic, Belgrado 1998.

18. El sociólogo Pavle Rak confirmó, con toda la razón, que "pocos ciudadanos de la Yugoslavia de entonces notaban que les faltara algo, excepto un poco más de dinero". En: "Disidenti - kultura i politika", Republika, 1-31 de julio de 1988, n.º 192-193.

19. Belgrado, incluso antes de la muerte de Tito, era el más importante centro de disidencia de Yugoslavia. Cuando en 1981 fue prohibido el libro de poesía de Gojko Djogo Vunena vremena -para ser sinceros, una mala alegoría sobre el, ya difunto, presidente- en la Unión de Escritores de Serbia se organizaron encuentros de protesta en los que se pedía la libertad de expresión y la abolición del "delito verbal", un párrafo de la ley según el cual se sancionaba la palabra crítica escrita. En los años que siguieron, a la tribuna de "Francuska 7", que pronto se convirtió en el símbolo de la rebelión, asistieron intelectuales de diferentes profesiones de casi todas las instituciones de la sociedad. La separación entre intelectuales nacionalistas y antinacionalistas en ese momento no tan solo no existía, sino que incluso promoverla hubiera parecido absurdo.

20. Hay que destacar que, de todos los países comunistas, los intelectuales tan sólo concibieron reformas democráticas en Polonia.

[Traducción del serbio: Maja Drnda]

Painful Convalescence

Dr. Andrey Grachev

Ciències polítiques, portaveu de Gorbachov durant els anys de la *perestroika*.
Ciencias políticas, portavoz de Gorbachov durante los años de la *perestroika*.

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

It has become a sad joke amongst Russians to say that only one thing can be worse than communism: what comes after it. This statement, which doesn't sound in the least exaggerated to many Russians, certainly explains the otherwise hard-to-understand feeling of nostalgia for the Soviet past that manifests itself in an important part of the Russian population. It is certainly this peculiar phenomenon that, apparently, recently incited the new power team in the Kremlin to try to ride on this tide in search of popularity by restoring the official Soviet anthem.

In itself, this feeling of nostalgia for past stability and for a certain level of social security is not a feature exclusive to the East European post-communist political landscape. In one form or another, this phase has been experienced (and is being experienced) by perhaps most of the countries and societies escaping a communist, and in a more general sense a totalitarian past. Nor is this phenomenon a characteristic specific to the end of the 20th century, which has already entered history as the terminal phase of the world communist experiment. One may just recall Machiavelli who wrote in his *The Prince* that ancient historians discovered "how difficult it is for a people that have become accustomed to living under the monarchy to appraise and maintain freedom even if by some chance it had gained it. The difficulty is understandable:" -he writes (author's translation from Russian) - "such people are no more than wild animals, nourished and brought up on prison and slavery. If they are set free and allowed to escape into the fields without knowing how to find pasture or shelter, they all too easily fall prey to whoever tries to catch them first."

Different aspects of this transitory phase, which can also be called the period of painful convalescence, may be observed now in various Eastern European societies. This is confirmed both by the opinion polls and the sometimes unexpected return movements of the political pendulum when elections take place.

Yet in the Russian case, the situation seems to look graver than in most of the other East European countries and even in China. This is not only because of the economic crisis under which the majority of its population continues to suffer but also because it possibly remains as the only post-communist society that seems to be reluctant about the definitive character of its separation from a totalitarian past. Reasons for this that we shall try to analyze lie in the chosen model of reform, in the specific features of the Russian political elite but also in the profound characteristics of the Russian post-Soviet society.

Another preliminary remark. To all those who were eager to consider the hazardous set of events in Russia as just another example of a society in transition, merely complicated by the dimension of the country and the brutality of its history (transition meaning the rapprochement of the prevailing way of life of the people and the rules of functioning of the political institutions towards Western standards) it should now be quite clear: we are confronted not only with a changing and evolving world but at the same time with a certain new reality that has come to

stay and that will be determining the face of this country and the politics of the Russian state for the coming decades.

Recognizing the specificity of the Russian case does not mean borrowing or following the old-fashioned messianic concepts of the Russian Slavophiles, or the newly discovered patriots or nationalists (some of them freshly repainted internationalists). On the contrary, neglecting the specificity of the historic, cultural and political tradition of this country -as Russian ultraliberal reformers and their Western advisers did for almost ten years under Eltsin's rule- paves, although possibly with the best intentions, the way towards the dead end and revitalizes those conservative and fundamentalist forces they were seeking to destroy. That should largely explain why the balance sheet of the action of Russia's post-communist reformers can be resumed in Lenin's once famous formula: "One step forward, two steps backward".

Among the specific features of Russia's Soviet legacy that distinguish it from other communist regimes, one has to mention not only the singular duration of the communist experience (practically twice as long as in all the East European countries and in China) but also the fact that communism in Russia took the form of an almost organic stage of its history. It certainly was a self-imposed ordeal, there was no outside force or external influence, no Third International and certainly no foreign occupation that could be blamed for it or serve as an alibi for the national consciousness. For this reason the rupture with this regime and with the concrete political and social project it represented, that turned out to be utopian and oppressive, meant for its millions of people the difficult separation from the hopes and illusions of several generations. It should also explain why, in the Russian case, the process of accumulation and of mobilization of the forces of denial -and later of the overt challenge to the system- could not profit from the struggle for national liberation or the opposition to foreign domination as occurred in most of the East European countries.

The combination of the particular features of Russian history and political tradition with the specific characteristics of the Soviet system, which not only succeeded in installing an extremely efficient though brutal political regime but also managed to adapt to it the social "base", producing en *masse* what can be called "homo sovieticus", made the task of the potential reformers of the system like Gorbachev, who sought to transform and modernize it from inside (certainly the only efficient method) extremely difficult. One can say that in many aspects, such reform contradicted the already established Russian tradition by the choice of evolutionist and non-violent methods (unlike the two other best known examples of Russian reforms: those implemented by Peter the Great in the 18th century and by Lenin in the early 20th) representing a more profound shake-up for Russian society than the October revolution of 1917. After all, the Bolshevik regime introduced by Lenin and solidified by Stalin, despite its apparent rupture from the tsarist past, reproduced the basic characteristics of Russian feudalism both in the form of the dictatorial regime and in the nature of the political and economic relationships between society, the individual and the ruling elite.

As for the political reforms initiated by Gorbachev in 1985, but in reality in 1989 with the staging of the first practically free elections and the consequent abrogation of the monopoly rule of the Communist Party, these heralded not only the political but also the true cultural revolution since they were not only radically changing the rules of the political game to which the power elite was accustomed, but were shaking the very foundations of traditional Russian society. Abandoning the Bolshevik model of socialism meant, for millions of people, the discovery not only of

political democracy but also of the supreme value of the Law, of the autonomy of the Individual with regard to the state and even of the real meaning of private Property.

Because this passage to modernity required an additional effort on the part of society, it already represented in Russia a much more complicated process than in the other countries of the former Soviet bloc. Almost everywhere else in Eastern Europe, the introduction of the free elections and especially the legalization of free enterprise meant, after all, just the return to the former rules of life and the liberation of the suppressed productive reflexes of the population. Not so in Russia, where the short and aborted history of parliamentary democracy dates from the beginning of the century, where private property on land never really existed and where the law (and the State) were, through the centuries, regarded as symbols of coercion, violence and autocratic arbitrary rule. Consequently what for others represented a return to their natural history, distorted by the communist deviation, meant for the Russians the discovery of an unknown world in which they had never lived previously. (One example of the difficulties that the Russian society is encountering on this road into an unknown future is the situation in agriculture, where the formally disbanded kolkhozes in most cases are not being replaced by more efficient individual farms, not only because of bureaucratic impediments but also because of the lack of volunteers.)

Partly for this reason, but also due to a lack of experience, of the required professional qualities and of a sense of social and moral responsibility, especially after the forced departure of Gorbachev and his team, the development of the Russian reform process took on a particularly dramatic nature. Gorbachev's ambition and hopes to keep it inside the boundaries of the evolutionary model and handle it like a controlled nuclear reaction turned out to be an illusion and resulted in a sort of political Chernobyl explosion. Apparently neither the new Russian political elite, nor society itself, were ready to follow him into the gradual and staged variant of transition, renouncing the traditional national political game: settling of mutual accounts and search for radical and even extremist solutions to the complicated problems, promising to speed up and if possible to short-cut history.

That should explain why the swing of the Russian political pendulum was particularly large and went from one extreme position to the opposite. Believing that the surest way to guarantee the country's quick separation from its totalitarian past would be the introduction of economic models and mechanisms of state governance that would have nothing in common with the previous regime, Russian reformers finally ended up in an almost conscious destruction of the State's political and social role and with the introduction of unrestrained economic anarchy, logically opening the way to large-scale corruption and criminalisation not only of economic but also of political life. Since the one-party State and the administrative command system controlled practically all spheres of public life in the Soviet Union, their disappearance created not only a political but also a juridical vacuum and led to the State deserting its responsibilities in such vital spheres of life as social security, health care, education and environmental control.

In addition to this, the sudden vacancy left by the State -which traditionally in Russian history had tried to act as a substitute for a missing civil society, having usurped most of its natural functions- left behind an amorphous mass of atomized individuals, untrained for self-government since they had long ago lost -or had never possessed- the reflexes and the know-how of conscious and responsible citizens. The lengthy communist experience, with its ambition to control not only

the behaviour but also the minds and even the religious beliefs of the people, left in its trail a political and spiritual desert. Regretfully enough, the loss of faith in the communist myth was very quickly succeeded by disillusionment with the virtues of Western-type democracy and the advantages of the liberal market economy in the way they were imposed on the Russian reality and in which the Russian people had invested their hopes for a new miracle.

The reform process was additionally aggravated by the fact that in the Russian case, once again unlike the other post-communist societies in Eastern Europe, reforms were conducted and directed not by the forces of democratic political opposition, as in Poland and Czechoslovakia or by the reformed communists of a social democratic trend as in Hungary, but mostly by the representatives of the former nomenclature who marked their version of de-communisation of Russia with the habits and reflexes of the party apparatchiks.

To a certain extent, the specificity of the Russian reform may be resumed in the fact that the revenge of communism here consisted not in the fact that it threatened to come back, but in the fact that it would never definitely leave. It certainly prolonged its life in the retarded political culture of the new ruling elite, despite its claims to present itself as a determined anticommunist force. It manifested itself in the new rulers' difficult acceptance of true political pluralism, their hostility towards any manifestations of public opposition, the sceptical attitude towards the separation of powers and in the evident inclination, first of Boris Eltsin, but with even more clearly in the new Russian president, to re-establish the monopoly of political power. For despite the fact that post-Soviet Russia is developing a habit of electing its leaders instead of learning their names from the communiqués of the Party's plenary sessions, it has not yet passed the other crucial test for democracy - that of the alternation of power elites, i.e. of the acceptance by leaders defeated in the elections of the indisputable authority of the popular verdict. (Putin's election to the president's position, orchestrated in very particular political circumstances, certainly cannot be taken as an example of truly free elections).

Joseph Stalin has not really died in Russia. He is back, not only in the replaying of the former Soviet anthem or the official toasts to his memory and greatness but also in the factual repetition of his repression of the Chechen population in the new Russia's Caucasian war, in the re-established superiority of the state and military secrecy over the fragile conquests of glasnost and in the serious public debate over the question: which example should most inspire the actions of Vladimir Putin - that of Stolypin, Pinochet or Andropov?

But the recent Soviet past remains present, and not only in the natural instincts of Russia's political leaders, who graduated from the party schools or KGB academies. They would not have such total freedom to express themselves and behave in this way without the manifest support of an important part of society, which after some years of unsuccessful and clumsy reforms seems ready to accept a return to the more usual order scarifying as a price for it disturbing and apparently not paying for democratic freedoms. Russian society confirms its longing for a strong leadership: tolerating, if not supporting, the Chechen war, accepting to ratify the successor designated by the ailing and already unpopular "elected monarch" Boris Eltsin in the elections and showing indifference with regard to the apparent curtailment of one of the last independent media holdings - the Most NTV. Even the important section of intelligentsia hurries to show its loyalty to the strong leader.

The apparent revenge of the forces of conservatism, if not of restoration, is directly

linked to the fact that, during the years of the reform, the social structure of Russian society changed much less than that of the other post-communist countries. The chosen economic model proved much more efficient in creating a limited circle of oligarchs than a middle class that would be interested in both the advancement of the market reforms and consolidation of political democracy. True, by the mid-1990s, between 850,000 and 900,000 small enterprises were registered in Russia, but this number has barely changed in the past five years. It represents about one business per 80 people, compared to more than one per 10 people in Poland, Hungary and the Czech Republic. The sector employs only a small fraction of the Russian labour force, about 20 percent in Moscow and perhaps 10 percent nation-wide.

Some members of Russia's middle classes understand the need for political mobilization, and the time and work involved in the process. But the number of people involved in these endeavours thus far is quite small, and like Russia's political parties, they have not yet learned to combine forces to enhance their potential. Obstacles to collective action are not limited to the diversity and economic and numerical weakness of the middle classes. Powerful and wealthy interests, particularly the natural resources exploiters and criminals, have little desire to see their position challenged by other social groups. Several of the major Russian political parties claim to represent the emerging middle class. Both the Union of Right Forces and Yabloko purport to speak for small business and reinvented intelligentsia. But very rough calculations suggest their combined support in recent Duma elections has hovered at around 15 percent of the vote.

Finally alongside the purely internal and largely traditional complexes inherited by Russia from its recent and distant past, which impede the country's walkout from its communist legacy, there is an important external dimension of the ongoing national crisis - the syndrome of lost greatness. Having lived throughout not only the decades of its Soviet history but also the previous centuries as the uncontested great and super- power, Russia painfully endures the loss of its prestigious status. During communist rule, the feeling of belonging to the world's second great power served many Soviet citizens as a kind of psychological compensation for the mediocrity of their daily life, whilst official propaganda was exalting the need to ensure, by all means, strategic parity with the hostile "imperialist environment" (and also with the once friendly China) and using this to explain the daily sacrifices of the ordinary people.

With the disappearance of the "external threat" as a result of the Gorbachev's policy of new thinking, this justification for the obvious backwardness of the Soviet economy and poverty of its citizens vanished. At the same time the Russian society felt the growing need to build itself a sort of psychological defence, explaining both the country's defeat in the "Cold War" and the failure of its unfortunate reforms that reduced Russian economic and military might to a symbolic level and miserable state.

One of the ways to heal the wounded national pride used by the new leaders and apparently followed by public opinion is the exaltation of the patriotic and national feelings inevitably produced within society by the revival of suspicion and animosity towards the prosperous and arrogant West. The rise of anti-Western phobias in the mass consciousness is often facilitated by the inconsistency of the Western policy of accompaniment of Russian reforms, hesitating between feats of unconditional support of the chosen leaders and spectacular manifestations of neglect of Russia's security concerns and national sensitivity, as shown in the course of NATO's enlargement towards the East and during the recent military intervention in

Kosovo.

The new cooling off of the relationship with the West that may result in a kind of "cold peace" if not the new "Cold War" period, may become, at least for some time, a permanent feature of Russian foreign policy, unlike during the times of ideological confrontation, it may presently reflect evident vested interests. First of all of the new power elite that seems to seek additional popularity by draping itself with a patriotic image. Second, the anti-Western wing of Russian intelligentsia and the church that seek a chance to liberate the consciousness of the political class from the traditional dependence on Western (and democratic) values. And finally, the part of the nomenclature and new Russian bourgeoisie representing both the military industrial complex and the "grey" area of the illegal economy that are in no way interested in introducing universally accepted norms of legal transparency or allowing foreign competitors into the closed Russian market.

The ambiguity and uncompleted nature of the Russian half-reforms announce uncertainty, both for the future evolution of the political situation inside the country and in its relations with the external world. Trying to reunite a society badly affected by the inconsistencies of his predecessor, Vladimir Putin apparently hesitates about which choices to make. For the time being, he tries to move in two opposite directions: ahead and in the direction of the West - with the program of liberal economic reforms. And backwards- into the Soviet past and patriotic memories of the population (and to the East in search of traditional allies for the Russian great-power world role). But sooner or later he will be forced to choose if he does not want others to make choices for him.

Ambos lados del muro: Alemania (Occidental)

Gerd Koenen

Historiador, autor de diversas obras sobre comunismo y la nueva izquierda occidental.

Historiador, autor de varias obras sobre comunismo y la nueva izquierda occidental.

Versió original en castellà

Versión original en castellano

Original version spanish

Siguiendo la usanza anglosajona comenzaré con una anécdota. Cuando en la tarde del 9 de noviembre de 1989, poco antes de las 19.00 horas, los reporteros de la cadena de televisión norteamericana NBC destinados en Berlín, que me habían contratado precipitadamente dos días antes como asesor e investigador científico, enviaron al otro lado del charco el mensaje: “¡El muro de Berlín se está derrumbando!”, todos los alemanes del equipo se llevaron al unísono un dedo a la frente siguiendo el lema de Asterix: ¡Están locos estos romanos (es decir, los americanos)! ¿Acaso estos reporteros no habían escuchado a Günter Schabowski, miembro del Politburó, en la conferencia de prensa? A la mañana siguiente, los ciudadanos de la RDA podían dirigirse a las autoridades para hacerse sellar allí el visado para un día. Después, a partir de la primera hora de la mañana, pasarían las primeras colas de visitantes por la frontera. Aquel 9 de noviembre de 1989 más valía acostarse pronto, ya que el día siguiente sería muy largo.

En realidad, ese “día más largo” de la posguerra ya había comenzado. Y si puedo (al igual que Goethe después de la batalla de Valmy) decir “Yo he estado allí”, se lo debo al instinto certero de mis colegas americanos, que no nos escucharon ni un minuto ni a mí ni al resto de sus asesores alemanes. Los cinco equipos que la NBC había reunido en Berlín procedentes de todo el mundo se dispersaron inmediatamente de nuevo para tomar posesión en todos los pasos fronterizos hacia la Alemania del Este. En la Puerta de Brandenburgo, mucho antes de que llegaran los primeros equipos de televisión alemanes, ya habían construido una plataforma impresionante en primera línea. Esta tribuna permitió mirar por encima del muro y a través de la Puerta de Brandenburgo, adentrándose con la vista hacia la parte oriental. ¿Qué estaban esperando? ¿Qué creían que iba a pasar ese día? Pero ellos persistieron, y los acontecimientos les dieron la razón. En algún momento después de las nueve –no sé si entre tanto ya se había averiguado con precisión el minuto y el lugar de esta histórica rotura del dique– llegaron de repente los primeros jóvenes del Este. Habían pasado sencillamente por las líneas de los confusos guardias del puesto fronterizo, que no habían recibido órdenes claras, y habían saltado ligeros las barreras y los obstáculos de la frontera. Una vez llegados al Oeste daban la impresión de sonámbulos, como si hubiesen traspasado un muro que hacía un momento todavía estaba allí y que, de repente, se había vuelto inmaterial de una forma surrealista.

Era una escena como la de la novela de Gabriel García Márquez *El otoño del patriarca*, cuando las personas entran en el gran palacio y comprueban con asombro que su amado líder, el líder máximo, el potentado eterno, al que han temido durante toda su vida, ya se había podrido y únicamente existía en sus sueños.

Los alemanes occidentales fuimos, pues, los últimos que nos dimos cuenta de que el muro se estaba cayendo. Y esto no era un hecho casual.

A modo de introducción me gustaría citar un texto del maravilloso libro de un contemporáneo mío, Wolfgang Büscher, que ha vivido durante los últimos 30 años en la zona occidental de Berlín. El libro, publicado en 1998, se titula *Drei Stunden Null* (‘Tres horas cero’) y se refiere a los años de 1945, 1968 y 1989. Wolfgang Büscher escribe lo siguiente sobre la vida curiosamente ingravida en esta antigua ciudad en primera línea de batalla, a uno y otro lado del muro:

“El muro atravesaba la ciudad como un rumor... Antes esta cosa había sido fea, pero ya no atraía el odio, sólo el arte. Hacia 1427, un joven florentino pintó la Santísima Trinidad sobre el muro de una iglesia. Cuando se descubrió el fresco, éste provocó sólo un gran asombro. El

muro, que en el fondo no era más que un muro, mostraba ante los ojos de todo el mundo la profundidad de una capilla. El pintor, Masaccio, había recuperado la largamente olvidada tercera dimensión de las imágenes, el pasaje hacia el espacio. En Berlín se vio que la senda de la percepción recorre también el camino inverso. Al igual que el muro de una iglesia puede convertirse en un espacio, un cuerpo totalmente espacial que atraviesa la ciudad y la divide se puede encoger hasta convertirse en una especie de papel pintado. Un papel que se pinta y sobre el que se hacen *graffiti* hasta que ya no tiene otra referencia que la de sí mismo, hasta que se convierte en un mero soporte para pintar, sin más substancia corpórea que la cal de Masaccio. Ya eran únicamente los turistas inocentes los que subían a estas tribunas panorámicas de la guerra fría. El vecino informado que vivía cerca del muro lo sabía: "No vale la pena mirar. No hay nada detrás."

Pues, sí, así fue realmente. Para un segmento cada vez mayor, y que desde finales de los sesenta era claramente orientador de la opinión de los habitantes más jóvenes de Alemania Occidental e, incluso, de los berlineses occidentales recién aterrizados, la RDA se había convertido en un país prácticamente desconocido, es decir, más aún, en una mancha blanca sobre la retina de su imagen del mundo. Detrás de ella sí se extendía, no obstante, un ancho Este plagado de mitos, que ocupaba muchas de sus fantasías, como quiero mostrar más adelante. Este no era el caso en lo que se refiere a la RDA, que para nosotros se había convertido más o menos en una tierra de nadie.

Este hecho, difícilmente comprensible para el exterior, resultó de un proceso social psicológico que no se puede explicar, únicamente, a partir del poder físico de este destartado muro o del mero hábito que se había adquirido con respecto a la división de la ciudad. Al fin y al cabo, el muro no representaba únicamente la división de Berlín y de Alemania, sino de Europa y, en cierto sentido, incluso del mundo. Constituyó un recordatorio constante, hecho de piedra, de que la Segunda Guerra Mundial había terminado sin firmarse tratados de paz válidos y sin el reconocimiento definitivo de las fronteras en el centro de Europa. La mera existencia de este muro y de la RDA, a la que el muro mantenía en su sitio, degradaba a la República Federal y a su Constitución, convirtiéndolas en un hecho provisional expreso.

No obstante, nosotros, los alemanes occidentales, nos habíamos acomodado totalmente en este mundo dividido, o para decirlo mejor, cuidadosamente separado; cada generación, sin embargo, se adaptó a su manera. Para hacer comprensible este hecho quisiera dar, antes que nada, algunas explicaciones, o presentar algunas tesis, en calidad de historiador, naturalmente de forma muy abreviada.

Primero no hay que perder de vista que Alemania nunca ha sido un Estado nacional clásico. Si observamos los derroteros que siguió la República de Weimar, que era aproximadamente un Estado nacional, vemos que es precisamente en este tipo de organización política en el que menos a gusto se han sentido siempre los alemanes. Durante siglos vivieron en el ambiente protector de pequeños Estados provincianos y pequeñoburgueses, en el "suelo patrio", o trataron de constituir, desde la Edad Media, un imperio más grande. Como el Sacro Imperio Romano Germánico, cuyo mismo nombre hace referencia a algo supranacional, provisto de títulos y mandatos suprahistóricos. Tampoco el Imperio prusiano-alemán, reconstruido en 1871 tras una guerra interna (contra Austria) y una guerra externa (contra Francia), fue un mero Estado nacional. La política y la propaganda de este Imperio guillermino¹ en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial otorgaron a los alemanes el papel de "pueblo del mundo", predestinado a decidir en la política, la economía, la cultura o el trabajo mundiales de una forma aún más incisiva que Gran Bretaña, admirada en silencio como modelo y destinada ya a la abdicación histórica. Este oscilar sin norte entre el poder continental, el poder colonial y el poder marítimo rebasó todas las ambiciones meramente nacionales.

Esto es aplicable aún con más razón al imperio continental de la raza que Hitler inició con determinación en 1933. Dentro de este imperio, los alemanes como nación sólo debían ser el núcleo de un pueblo dominante ario-indogermánico totalmente nuevo, que tenía que crearse a partir de la lucha contra su contrario histórico, el judaísmo mundial, sobre la base del material humano existente, una casta de guerreros hiperbórea de corte futurista.

De hecho, y esto sería mi segunda tesis, el nacionalsocialismo no pudo sobrevivir como sistema político e ideológico porque se lo jugó todo a una carta, inició la guerra más total de todas, no retrocedió ante ningún crimen y consiguió que todo el mundo se convirtiera en su enemigo. Precisamente por su propio sistema de referencias ideológicas, con el “derecho vital del más fuerte” en primer lugar, el cataclismo de 1945 pareció encarnar, de algún modo, una ordalía o un sino histórico. Ya no había lugar para mitos como el de la puñalada por la espalda de los judíos utilizado tras la Primera Guerra Mundial. Hitler y sus paladines sellaron con su suicidio el absoluto fracaso de su proyecto arcaico de imperio mundial. Ninguna derrota hubiese podido ser más completa.

Si nos preguntamos ahora por qué los alemanes lograron pasar con relativa rapidez y sin problemas a un nuevo Estado socio-civil a partir del punto más bajo de su historia en los años posteriores a 1945, no nos será posible encontrar las causas en la exitosa “reeducación” por parte de los aliados, ni en una conversión político-moral más profunda. Tampoco las meras circunstancias de poder del nuevo orden mundial Este-Oeste nos brindan una explicación suficiente. Lo que ha sucedido, más bien, es que los dos sistemas históricos de organización política alemana antes descritos se combinaron de una nueva manera.

En la configuración de la RFA y de la RDA surgieron nuevamente los modelos alemanes más antiguos del pequeño Estado, las federaciones, “del suelo patrio”. Los alemanes, por decirlo con un aforismo, eran bien divisibles, por lo menos a lo largo de determinadas líneas de rotura históricas, como por ejemplo la del río Elba. Tanto la RDA como los *länder* de la República Federal mostraron muchos rasgos en común con las antiguas soberanías de los principillos y reyezuelos alemanes.

Al mismo tiempo, los alemanes habían experimentado y se les había inculcado de forma extrema un hecho que otras potencias imperiales –como España mucho antes, los Estados coloniales occidentales en los años posteriores a la guerra y, últimamente, también la Unión Soviética como heredera de un gran imperio anacrónico– habían tenido que advertir antes que ellos, es decir, que el proceso del *nation building* es imparable dentro y fuera de Europa y, a la inversa, que la posición que un Estado ocupa en el mundo moderno se mide menos por su dominio directo sobre territorios y poblaciones que, cada vez más, por las magnitudes móviles de su capital, tecnología, comercio e información.

En este sentido, la forma de organización política posnacional (o subnacional) de la República Federal de Alemania –y aunque algo menos, también de la RDA– después de 1949 integraba algunos de los impulsos anteriores, que iban más allá de lo nacional. De hecho, ambos bloques –tanto la Alianza Atlántica como el bloque comunista– se organizaron, durante el período de la guerra fría, alrededor de los dos Estados alemanes, que, a su vez, entraron en una relación preferente especial con los dos poderes hegemónicos de EE UU y de la URSS. Lo que al principio era sólo una ocupación, acabó convirtiéndose en una baza básica de responsabilidad y fiabilidad. Nada sucedía en la Alianza occidental o en la naciente Unión Europea sin pasar por la República Federal de Alemania (en cuanto a la RDA, era otro cantar).

El papel de la RFA aumentó aún más a partir de los Tratados del Este de 1970-71 con la Unión Soviética y con Polonia. La República Federal adoptó el papel de cogarante principal del statu quo europeo, no sólo frente a EE UU, sino, indirectamente, también frente a la URSS. Se podría incluso afirmar que, con el transcurso del tiempo, la República Federal de Alemania se convirtió, cada vez más, en la principal beneficiaria de la división de Europa.

Este es el lado objetivo y prosaico del proceso. Sin embargo, resulta aún más interesante su parte subjetiva y emocional. La guerra fría, iniciada en 1947-48, ofrecía también grandes oportunidades a los ciudadanos de ambos Estados alemanes, aparte de todos los rigores y peligros. Al optar por uno u otro de los poderes vencedores, los que acababan de llevar una enorme carga histórica pasaron al bando de los justos y se encontraron en la primera línea de combate contra los, según se creía entonces, auténticos enemigos mundiales: por un lado, los comunistas, y por otro lado, los imperialistas.

Uno se metía en una nueva piel democrática o socialista y disponía, inmediatamente, de perspectivas nuevas y amplias. El “mundo libre” llegaba hasta Hawai (sobre la que se cantaba infatigablemente en las populares cancioncillas alemanas de los años cincuenta),

mientras que la "formación de la paz mundial" llegaba hasta el Amur y el Yangtsé.² Al igual que el anticomunismo de la República Federal enlazaba de forma natural e inevitable con el antibolchevismo de los nazis, el anticapitalismo de los ciudadanos leales de la RDA enlazaba con los muchos elementos del pesimismo cultural y el anticosmopolitismo conservador alemán que antes se había dirigido principalmente contra los judíos.

También aquí se ve claramente cómo la actitud ante la propia carga histórica correspondía, en el fondo, menos al modelo psicoanalítico de la "represión" que al de la "división". Se puede decir que una inmensa mayoría de los alemanes occidentales han admitido de forma semiconsciente la división estatal y política, sin hacerla suya. Todo lo contrario: según los sondeos de opinión, durante décadas, una gran mayoría de los alemanes occidentales consideraba que el objetivo número uno del Estado debía ser la "reunificación alemana", que, al principio, englobaba también la recuperación a través de un tratado de paz de las regiones de la Alemania Oriental que habían sido integradas en Polonia. El eslogan era el siguiente: "Una nación tripartita, ¡nunca!" Más allá de esta vana reivindicación, los ciudadanos de la República Federal, no obstante, estaban muy lejos de sacar consecuencias, por ejemplo, en forma de un neutralismo que englobara a toda Alemania o, simplemente, mediante el intento de sondear más de cerca las ofertas soviéticas.

Este no reconocimiento de la división alemana formal, aparentemente por motivos patrióticos, produjo resultados paradójicos: el hecho de que la RDA, que existía realmente, fuera llamada durante los años cincuenta y sesenta únicamente "la zona" y que, incluso más tarde, durante mucho tiempo, en los periódicos conservadores fuera citada como la "RDA", entre comillas, hizo que se alejara cada vez más de la conciencia de los ciudadanos de la República Federal en calidad de no-Estado, de no-Entidad. Se abrió tal brecha entre lo que se decía a nivel oficial y lo que sentía el ciudadano de a pie, que tenemos que hablar, realmente, de una conciencia crónicamente dividida, prácticamente esquizofrénica.

Todo esto, insisto, no se puede tampoco explicar con la mera habituación o adaptación a las realidades. La aceptación de la división alemana se convirtió, más bien, en un modo capital de *Vergangenheits-Bewältigung* ('Superación del pasado'). Cuando Günter Grass dijo, en 1990, en medio de la indignación general, que había que mantener la división de Alemania ya que formaba parte de la expiación histórica por Auschwitz, sus palabras constituyeron, en realidad, sólo una versión ennoblecida de una forma de pensar que veía la compensación como un desagravio y que, desde el principio, era parte integrante de la psique del ciudadano de la República Federal de Alemania. Al fin y al cabo, por los crímenes del nacionalsocialismo y por una guerra mundial asesina iniciada unilateralmente, se había "pagado" no sólo con las ciudades alemanas destruidas y los millones de víctimas de la guerra, los bombardeos y la expulsión, sino también con las regiones del este perdidas y, finalmente, con la RDA, de la que se estaba prescindiendo tácitamente como una parte de la quiebra histórica. Las velas de Navidad en las ventanas para recordar a los "hermanos y hermanas de allí", el flujo de paquetes y paquetitos y los grandes discursos en los congresos de los expulsados no eran más que rituales mojigatos y autoconsolaciones con los que se celebraba la despedida del ayer. Se había cambiado historia por territorio y, por lo tanto, se podía pensar en nuevos objetivos sin preocuparse más.

La rebelión de los estudiantes de 1967-68 en la República Federal se dirigió también contra este doble fondo y esa hipocresía de la política oficial y de la conciencia social. Ya que acabo de escribir un libro con el título *Das rote Jahrzehnt - Unsere kleine deutsche Kulturrevolution 1967-1977* ('La década roja - nuestra pequeña revolución cultural alemana 1967-1977'), que trata, principalmente, de los conflictos generacionales radicales entre la generación de la guerra y la de la posguerra en esta época, en lo que sigue utilizaré la primera persona del plural. En un determinado momento, para nosotros era indispensable distanciarnos de la generación de nuestros padres para liberarnos de la maldición de su historia, para afirmar y delimitar nuestra propia experiencia vital frente a su pasado omnipresente.

Además, la forma en la que sentíamos entonces la época estaba también profundamente marcada por el hecho de que la tensión entre Este y Oeste se acababa de agudizar de forma dramática durante las crisis de Berlín y de Cuba. El asesinato de Kennedy, inmediatamente después de la ola de entusiasmo juvenil hacia él (provocado, en parte, por su famosa frase, dicha en un alemán defectuoso, "soy un berlinés"), produjo una desidealización casi repentina del "mundo libre". Las protestas contra la guerra del Vietnam eran también, en

último extremo, una expresión de esta profunda decepción. Y tanto más urgente se hizo el deseo de salir de esta rígida confrontación de bloques.

Fue así como la construcción del muro de Berlín, que fijó de forma férrea la situación en la RDA, liberó paradójicamente las contradicciones internas en el lado de la Alemania Occidental y de Berlín Occidental. Especialmente de Berlín, que, como ciudad en la línea de batalla, se convirtió en una caldera de alta presión y un laboratorio de todas las disidencias culturales y políticas, socialmente alimentadas por la entrada de los "que se habían largado" (en muchos casos, fugitivos del servicio militar), tanto del Este como del Oeste, y que se encontraron en esta capital medio vacía, que vivía de subvenciones, con una población proletaria y pequeñoburguesa histérica y sobrevenjecida de "gente que se había quedado". Estas confrontaciones y momentos calientes en el Berlín Occidental de 1967-68 desempeñaron un papel importante como detonador inicial, no sólo para el movimiento de protesta extraparlamentario en la República Federal de Alemania, sino posiblemente también para todo el movimiento juvenil internacional.

El punto de referencia imaginario para el abandono de la confrontación Este-Oeste fue la construcción de un "Tercer Mundo", del que hasta ahora nunca se había hablado. Entonces, los jóvenes rebeldes de Occidente apoyaron principalmente a una Cuba idealizada y a un Vietnam en lucha, como precursores de la lucha y centros de enfoque de un movimiento global, o tricontinental, de liberalización revolucionaria. Estas identificaciones idealizantes con el "Vietcong" (que en esta forma apenas existía) o con la empresa heroicamente inútil de una guerrilla universal a lo Che Guevara, una guerra revolucionaria mundial imaginaria de los pobres contra los ricos, de los pueblos del mundo contra las metrópolis del mundo, en cuyo fuego se forjaría el "hombre del siglo XXI", dieron la sugestiva apariencia de realidad a la negación radical de lo "existente", el propio mundo vital.

Esta expectativa fantasmagórica de un punto de inversión histórico, de un *kairós*, se solapó con otro impulso poderoso: el "regreso de la historia", principalmente el recuerdo de la época anterior, de la Segunda Guerra Mundial, que se extendía ante nuestro período de vida consciente como un enorme cráter, un "agujero negro", y en el que estaba integrado de forma tan determinante, y muchas veces traumática, la historia de nuestros padres. Esta representación de victorias y derrotas, de ocupaciones y acciones de aniquilación provocaron, en aquel entonces, en todos los países que habían intervenido en la contienda, profundas incisiones en la autocomprensión de los contemporáneos y de la sociedad en su conjunto. Para todos los países de Europa, incluidas las potencias victoriosas nominales de Inglaterra y Francia, la Guerra Mundial había comportado una reducción drástica de su importancia política internacional y una sacudida que, en muchos casos, era esencial, lo que Norbert Elias ha denominado la *propia capa* de una determinada sociedad y su "hábito social" determinante, una cantidad de ideales sociales fijos que "integran" las generaciones, de formas de vida y de comportamiento positivos, de identificaciones culturales, etc.

Naturalmente fue en Alemania donde esta conmoción fue más severa y donde tuvo un efecto más duradero. Las imágenes, cada vez más potentes y opresivas, de los crímenes en masa cometidos por los alemanes en los países ocupados y en los campos de concentración constituyeron una profunda pérdida de la confianza en la propia sociedad, que se manifestó en una "degradación" drástica de todas las relaciones de autoridad establecidas, de todo el código de valores vinculante y de los hábitos sociales. Por decirlo de forma más sencilla, existió para los adolescentes de la sociedad de la República Federal un vacío total que había que ocupar con ideales y ejemplos positivos. El hecho de que el movimiento que nació en 1967 se definiera en su totalidad como *antiautoritario* fue determinado, en efecto, por la condición previa amplia, teórica y emocional, de que la autoridad se asociaba automáticamente a nazismo y fascismo.

En cualquier caso y se mire por donde se mire, hay que dudar de que la sociedad de la República Federal de los años sesenta siguiera siendo especialmente "autoritaria". Esta es una percepción unida a otra gran idea errónea, específica de esta generación, que partía de la base de que la sociedad alemana occidental era de una rigidez "restaurativa" y que el "sistema" no admitía reformas. Nada era menos cierto. La República Federal fue una nueva creación de desarrollo salvaje, por decirlo así, un producto artificial. En realidad, nosotros éramos los que nos balanceábamos sobre las olas como avanzadillas radicales de un cambio socioeconómico y de cultura vital que apenas ha tenido parangón en la historia.

Si, no obstante, la propia sociedad fue percibida por muchos de los más jóvenes como autoritaria, restaurativa e inmóvil, ello no hace más que mostrar la fuerza del impulso de inventarse totalmente “de nuevo a sí mismo” y su mundo vital. Este intento de crearse una esfera de autonomía estricta, un código de reglas y un nuevo ideal propios en oposición radical al *establishment* de la sociedad circundante ha sido, quizá, el mínimo común denominador de todos los movimientos juveniles de este tiempo (tanto del Oeste como del Este).

En la Alemania Occidental, este movimiento tuvo una virulencia que sobrepasó ampliamente tales fenómenos. Cuanto más opresivo era el “regreso” de la historia del nazismo, tanto más total era el deseo de cortar el cordón umbilical que unía al cuerpo de los padres, contaminado por la historia –no siempre en lo familiar y personal, pero sí a nivel de la sociedad–, en el sentido de un fuerte alejamiento del grupo de los mayores “establecidos”, de la generación de la guerra, que ahora, llevando globalmente las cosas al borde, era despreciada y vilipendiada como la “generación de Auschwitz”.

También para nosotros los más jóvenes, el modo de la superación psíquica fue la división. De una forma aún más crasa que para la generación de la guerra, para nuestra generación “el muro” desempeñó, así mismo, el papel simbólico de una delimitación frente a la tierra quemada de nuestra propia historia, quizá se tendría que decir, irónicamente, el de una *barrera de protección antifascista*. Bajo el abrigo y a la sombra de este muro físicamente cochambroso, pero psíquicamente poderoso, podíamos inventarnos y orientarnos de nuevo. Tal como ha descrito Wolfgang Büscher, el muro se convirtió en un papel pintado sobre el cual dibujábamos nuestros propios mundos imaginarios escapistas. Se podría decir también que sobrepintamos la existencia física del muro pagando el precio de su presencia interna. Ahora el muro nos atravesaba a nosotros mismos.

Tal como ya he dicho, al otro lado del muro había una tierra de nadie, “la zona”, por la que pasábamos expeditivamente en los accesos de tránsito a Berlín orlados por policías de la RDA. Es cierto que este muro también tenía sus adeptos, para los que el pasar al otro lado tenía en los años sesenta, todavía, el atractivo de lo prohibido. Como se sabe desde que se han abierto los archivos, los servicios secretos del Este capturaron algunos miles de jóvenes como mensajeros de la paz. Esta “otra Alemania” más allá del muro estaba directamente presente en la política interior de Alemania Occidental después de la nueva constitución del Partido Comunista Alemán (PCA) en los años setenta y ochenta. Pero incluso los jóvenes miembros del Partido recién llegados no han podido hacer nunca nada más que defender esta otra Alemania socialista como “objetivamente progresista”. Nadie pudo entusiasmarse realmente por esta otra Alemania o por el “socialismo real” de cariz soviético.

En el fondo, este mundo detrás del muro siguió siendo tan imaginario como China y Vietnam, Albania o Cuba –todas estas lejanas superficies de proyección de algo que, aparentemente, era totalmente “distinto” y que debía trascender de la realidad de nuestras propias circunstancias sociales–. Todo esto eran actos de reafirmación histórica ideológica para dar fe de nuestro propio gesto de oposición radical. En el fondo no queríamos saber demasiado bien lo que sucedía realmente en aquellos países.

No es casualidad que sólo la película de alguien más joven, Oskar Roehler, haya llegado a mostrar el poder invisible que “el muro” ejercía en las mentes de nuestra generación. En el film *Die Unberührbare* (‘La intocable’) se presenta un psicodrama de la madre del director, la escritora Gisela Elsner, que le había dado en adopción siendo niño para poder vivir plenamente su hastío por el mundo de los pequeñoburgueses de la República Federal, de *Die Riesenzwerg* (‘Los enanos gigantes’, como los llamaba en el título de su novela más conocida), y para poder reinventarse como escritora del partido comunista y sacerdotisa, bella y severa, de un culto privado al Lenin faraónico. La película muestra la total turbación de Gisela Elsner tras la caída del muro en 1989 y finaliza con su suicidio. Aquello que había (como dice la protagonista de la película en un determinado momento) “reventado como una seta” y se había “convertido en polvo”, principalmente en los encuentros con las personas reales de la RDA, que de repente se disolvía, era menos una convicción política que una identidad artificial que nunca había querido acercarse a la RDA real, sino que sólo se había apoderado de ella como una ficción distinta y una confrontación con el mundo de la República Federal. Allí radica la fuerza metafórica de esta historia real.

Por muy poco, los herederos políticos del movimiento alemán del 68, el partido de Los Verdes, hubiesen corrido la misma suerte cuando fueron arrojados del Parlamento en las primeras elecciones generales de la Alemania reunificada en 1990. De todos los partidos de Bonn, aquel era el que menos preparado estaba para el cambio de 1989. Su resistencia a la inminente reunificación adoptó la forma curiosa de una repentina nostalgia por la "vieja" RFA que estaba desapareciendo y contra la que siempre había luchado, o a la que, por lo menos, había observado con desconfianza. Sólo ahora, cuando estos inquietantes habitantes del Este, estos "alemanes más alemanes", penetraban en nuestra pequeña República protegida, comprendimos finalmente esta luna de miel tardía.

¿En qué consistía, pues, esta última alteración profunda de la realidad? No se trataba de ceguera frente a la "cuestión nacional" (algo que corría tan poco de la cuenta de Helmut Kohl como de los demás). En el fondo, la cuestión residía más bien en el reconocimiento de la propia sociedad, a la que ahora había que adherirse definitivamente de forma "unívoca". La caída del muro físico real significó también la caída del muro interno del que he hablado antes. Se había llegado finalmente a la realidad prosaica del propio país, de la propia sociedad y del propio tiempo.

Notas

1[1] . Por Guillermo II (1859-1941), emperador de Alemania y rey de Prusia. (*N. del Trad.*)

2. Ríos de la extinta URSS y la República Popular China, respectivamente. (*N. del Trad.*)

[Traducción del alemán: Christian Martí-Menzel]

El encuentro del mito con la realidad

Fatos Lubonja

Escriptor i analista d'Albània.
Escritor y analista de Albania.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Habitualmente, al hablar de la visión siempre “deformada” que adquirimos de la realidad, se utiliza la metáfora de la caverna de Platón con el preso que contempla las sombras sin alcanzar a ver los objetos que las proyectan, ni tampoco el sol. Pero, en realidad, ¿está verdaderamente deformada cualquier percepción que adquiramos, o toda percepción nuestra es el resultado de un contexto determinado? Soy de los que creen que las verdades son siempre contextuales; y nunca sencillas, como dice Oscar Wilde.

Para describir la percepción del Oeste por el Este me gusta servirme de otra metáfora relacionada con dos expresiones que se utilizaban con gran frecuencia en el lenguaje político de las relaciones Este-Oeste durante el período comunista: la *guerra fría* y el *deshielo*. De este modo, mediante mi metáfora, me represento el país desde el que hemos contemplado Occidente como envuelto en una capa gruesa, muy gruesa, de hielo, y lo que percibíamos de Occidente eran las turbias imágenes, entre luces y sombras, que con el deshielo se fueron tornando cada vez más nítidas.

La percepción que voy a presentar es la que conozco mejor y, en cierta medida, ha sido también la mía propia, la percepción obtenida desde Albania, que, claro está, posee sus propias particularidades, así como elementos comunes con las del resto de los países del Este –en la misma medida, diría yo, que el comunismo albanés ha tenido elementos comunes con el de los demás países del Este, al igual que sus propias peculiaridades–.

Regresando a la metáfora que antes utilizaba, diría que el país donde he vivido, Albania, fue el más envuelto en hielo y el que experimentó el deshielo más tardío de todos. El cambio de percepción a partir de la imagen que se encontraba al otro lado de la capa de hielo para llegar a la visión que se alcanza a través de la transparencia del aire, yo lo definiría como tránsito de la idealización, o del mito, a la realidad –si no continuamos ahondando en lo filosófico y nos abstenemos de llamar *otra forma* de idealización o mitificación a eso que denominamos realidad–.

Occidente como idealización, como mito

Resulta difícil establecer con exactitud cuando perdió el comunismo su fuerza inspiradora en los países del Este. Por influjo de numerosos factores, eso sucedió en momentos distintos en los diferentes países. De igual modo, en diferentes grupos sociales del mismo país, incluso en individuos con diferentes fortunas, se produjo en períodos distintos. No obstante pienso que, en términos generales, los cincuenta fueron los años en que el comunismo perdió su fuerza de inspiración y comenzó a transformarse progresivamente en una ideología impuesta por el poder, en una “creencia no creída”.

En Albania, la generación de los que hicieron la guerra antifascista, una parte de la cual marchó a estudiar más tarde a los países del Este y creció con el mito de la Unión Soviética, padeció el desengaño definitivo a comienzos de los años sesenta, cuando el país rompió sus relaciones con la URSS, pues vieron entonces con claridad que el comunismo había servido, simplemente, como ideología de poder de una camarilla.

Si nos atenemos a la pauta de edificación de los mitos en forma maniquea, es decir, que en ellos se manifiesta el dualismo entre el bien y el mal, donde la luz presupone la oscuridad, Dios presupone al Diablo y viceversa, y teniendo en cuenta que la mitología comunista había erigido su propio diablo de Occidente, a medida que el dios del comunismo se transformaba

en un tirano perverso, el diablo occidental comenzó a adquirir luminosidad.

Del mismo modo que resulta difícil establecer de forma clara y terminante cuándo comenzó el declive del mito comunista, parece igualmente difícil determinar de forma clara y terminante cuándo empezó a instituirse el mito occidental. Sin lugar a dudas, para diferentes grupos sociales, particularmente los vinculados a los anticomunistas durante la Segunda Guerra Mundial, Occidente existía desde el principio de los tiempos como la parte buena del mundo, como la memoria de un pasado bueno. En cualquier caso, en términos globales puede afirmarse que, a partir de los años cincuenta, a medida que el comunismo se desacreditaba y caía, el mito occidental ganaba en confianza y se encumbraba.

Las formas del mito/idealización. El Dios monolítico

En términos generales, el mito de Occidente ha adoptado dos formas. La primera fue la de la tierra prometida (combinada con el mito del retorno al pasado puro y perdido como consecuencia de ciertas circunstancias accidentales). En la creación de esta imagen influyó también de manera considerable el aislamiento de los países del Este. El propio hecho de que, para pasar a Occidente, la gente tuviera que llevar a cabo heroicos actos de fuga que llegaban hasta el sacrificio mismo de la vida, ejerció sin duda un fuerte influjo para que se erigiera este mito y se creara la imagen de tierra prometida en la que había libertad, riqueza, lujo, felicidad: el mejor de los mundos.

Un tanto difuminado, Occidente era percibido también bajo la forma del salvador. A medida que la dictadura lo controlaba todo sin permitir posibilidad alguna de transformar la situación, el sueño de que un día Occidente, con EE UU a la cabeza, vencería al Este y ganaría la guerra fría, comenzó a constituirse progresivamente en parte integrante de la aspiración de estos países a la libertad. Dicha imagen, se comprende, encajaba bastante bien con el arquetipo mitológico del salvador, de acuerdo con el cual, este último, precisamente por ser especial, al contrario que los demás, llega de fuera del mismo modo que el Sol (uno de los símbolos más explícitos del salvador), procede de algún lugar exterior a nosotros. Incluso había una expresión bastante extendida: el Sol nace por Occidente.

El mito del salvador y el de la tierra prometida se fundían, en la percepción mítica de los albaneses, en uno solo para conformar la figura de un dios monolítico. A buen seguro eran conocidas las diferencias históricas y geográficas entre los diferentes países occidentales. Existían preferencias por distintos países, de igual modo que imperaba la idea de que EE UU era el campeón de Occidente, pero Occidente no era visto de forma fragmentada por lo que respecta al sueño de libertad y democracia. Como tierra prometida, era considerado, antes que nada, como un jardín con distintas parcelas en el que cada cual podría elegir la que más le gustara: unos Italia, otros Alemania, otros Francia y otros EE UU... Pero en tanto que salvador, era visto como un todo.

El encuentro con el mito

El mito de la tierra prometida, del salvador, expresó su vigor en Albania con la irrupción de la gente en las embajadas extranjeras en el año 1990. Fue, tal vez, el primer momento, el más hermoso, del encuentro del mito con la realidad. Las principales embajadas de los países occidentales, particularmente la alemana, la francesa y la italiana (Albania no tenía embajada estadounidense) se constituyeron en protagonistas de un acontecimiento sin precedentes. Hicieron lo posible por acoger y defender a los albaneses que las inundaron por completo, tanto que no quedaba espacio para nadie más, ni siquiera en sus jardines. Después lo intentaron todo para enviarlos fuera, a sus respectivos países, siempre protegiéndolos ante cualquier posible intervención de la policía albanesa.

Un documental producido por Espresso: *Albania, de Mussolini a Prodi*, comienza con un albanés de los que penetraron en dichas embajadas. Desciende del barco en el puerto de Bari con su hija pequeña a hombros, en compañía de la multitud de escapados y, nada más ver las cámaras de la televisión italiana, comienza a gritar: "Finalmente soy libre, la mia

famiglia e libera, la mia filia e libera!".

Otro momento casi religioso del encuentro del mito con la realidad fue la visita del secretario de Estado norteamericano James Baker, en mayo de 1991, sólo un mes después de las primeras elecciones pluralistas en Albania. La muchedumbre con banderas norteamericanas en las manos que se congregó en la plaza central de Tirana, llamada de Skanderbeg, llegó a sobrepasar en número a la de los grandes mítines organizados por el dictador Enver Hoxha. Era una visión que recordaba a los creyentes en La Meca. Las gentes besaban incluso el coche en el que pasaba Baker. Hasta hubo varios heridos debido al apiñamiento de la multitud.

Siempre en coherencia con esta percepción, los individuos occidentales que comenzaron a llegar a Albania eran igualmente percibidos como ángeles salvadores que bajaban del cielo. Los albaneses les abrieron las puertas y les colocaron al frente de sus asuntos, transformándoles en árbitros de sus disputas y en inspiradores de sus iniciativas. Estos ángeles a los que se escuchaba con los ojos abiertos no tenían identidad propia individual. Estaban envueltos en la aureola del mito de Occidente. Pese al descreimiento de los albaneses hacia sí mismos, o tal vez precisamente por eso, a los occidentales que llegaban – ya fuera como políticos, como negociantes, como misioneros de las distintas religiones, como representantes de sociedades civiles o, sencillamente, como turistas– era imposible que los miraran con ojo crítico o desconfiado. Albania, un país tradicionalmente de tres religiones: musulmana, ortodoxa y católica, recibió en un breve espacio de tiempo a misioneros de 60 sectas diferentes. Por supuesto que en la percepción de los albaneses, los políticos y los representantes diplomáticos de los países occidentales eran quienes se encontraban al frente de tal corte de ángeles. Todo partido político que se constituía, todo movimiento político que tenía lugar, requería antes que nada el apoyo de los extranjeros. La pugna entre los principales partidos no se producía en el campo de lo que prometían o de lo que eran capaces de realizar, sino en torno a quién contaba con el principal apoyo de Occidente.

Esta percepción era fuerte durante los primeros años y no puede decirse que se haya extinguido en la actualidad, pero desde entonces la imagen de Occidente ha cambiado mucho.

De las primeras sorpresas y desengaños a la deconstrucción del mito y la edificación de una mirada crítica

La película de Gianni Amelio *Lamerica*, que aborda precisamente el éxodo de los albaneses en los días de la caída del comunismo, no fue bien acogida en Albania; se produjo, por el contrario, una reacción hostil ante ella. Amelio fue acusado de haber desfigurado la realidad albanesa oscureciéndola, e incluso de burlarse de los albaneses al ironizar con la multitud que corre como enloquecida en dirección a las costas del Adriático para apoderarse de los barcos que la conducirán a Italia. Por otra parte, la aparición en la película de los dos italianos que vienen a invertir en Albania como estafadores ordinarios sonaba demasiado cínica e inconcebible. Una de las causas de esa reacción consistía, precisamente, en que los albaneses no solamente vieron allí su realidad desnuda, sino que, además, se ironizaba hasta el extremo del desprecio con su sueño de Occidente, que más que con cualquier otro país estaba vinculado con Italia, al ser sobre todo la televisión de este país la que había alimentado el mito de la tierra prometida.

La reacción ante la película de Amelio era, en cierta medida, una muestra de resistencia de los albaneses ante el contacto brutal con la realidad, la trágica necesidad quijotesca de continuar soñando, de no despertar. Sin embargo, los acontecimientos que se produjeron más adelante motivaron que los deslumbrados ojos de los albaneses comenzaran muy pronto a desencantarse. El trato a los albaneses en el estadio de Bari, en el que la inmensa multitud de recién llegados de Albania fueron introducidos y tratados casi como animales, donde la gente tuvo problemas incluso para encontrar agua potable, donde los alimentos les eran arrojados en bolsas desde los helicópteros, fue, tal vez, la primera conmoción fuerte.

Muy pronto las puertas de las embajadas, que se habían abierto de par en par para salvar a los primeros albaneses, comenzaron a cerrarse. La gente empezó a hacer colas interminables

sólo para obtener los impresos para solicitar los visados. Muchos de los que se habían ido dejaron a sus familias en Albania, sin reunirse con ellas durante años. El sueño de la libre circulación por una Europa sin fronteras había recibido un rudo golpe. Uno de los aspectos del mito de Occidente consistía en su idealización como la forma del mundo del futuro. El aislamiento forzoso había desacreditado considerablemente los eslóganes nacionalistas del orgullo nacional, etcétera, etcétera, utilizados por la dictadura comunista para justificar su dominio. El mito de la tierra prometida, que llevó a los albaneses a representarse Occidente poco más o menos como el mejor de los mundos, había conferido a dicho mundo la forma de república universal, un mundo en el que no existían fronteras, donde el ser humano era aceptado antes que nada como ser universal al que se identificaba por sus valores individuales, no como integrante de una etnia. Un ex preso político, escritor y periodista, que fue condenado por intentar evadirse y que durante toda su vida en la cárcel había soñado precisamente con escapar de tal aislamiento y con la apertura al mundo occidental, fue uno de los primeros en meterse en las embajadas. Lo hizo en la alemana. Cuando le llamé por teléfono al cabo de un año más o menos, tuvo lugar entre nosotros la siguiente conversación: "¿Qué tal te va en Alemania?" "¡Vaya!". "¿No estás contento?" "¿Sabes qué ocurre?: nosotros pensábamos que estos occidentales valoraban a la gente por sus méritos personales, pero no es así. Te preguntan: '¿de dónde eres?', y en cuanto les contestas: 'soy albanés', se vuelven fríos y distantes, sin querer saber ya quién eres tú como persona."

También hubo grandes desengaños por lo que respecta a las actitudes de Occidente ante el ideal de democracia que él mismo había inspirado en los países del Este. En Albania, el apoyo durante un largo período, por motivaciones geopolíticas de la región o por mezquinos intereses pragmáticos, de diferentes países occidentales al régimen autoritario de Sali Berisha que siguió a la etapa comunista –un régimen que no permitía medios de comunicación independientes, que condenaba a periodistas, que creó una economía sumergida hasta el extremo de apoyar las pirámides financieras–, constituyó una de las mayores decepciones para aquella gran parte de los albaneses que habían comprendido, desde muy pronto, la naturaleza y la peligrosidad de dicho régimen. El pragmatismo político de los occidentales que vivían y trabajaban en Albania, particularmente en las embajadas, incluyendo su bastante habitual corrupción por el poder de Berisha, estaban radicalmente en contradicción con la imagen idealizada de los ángeles occidentales.

Del proceso de desengaño-deconstrucción formaría parte también, sin lugar a dudas, la fragmentación de Occidente en tanto que dios monolítico. El conocimiento de la realidad en el interior de los distintos países occidentales, pero también acontecimientos como el papel de Occidente en la división de Yugoslavia, particularmente el reconocimiento de Croacia y Eslovenia y luego la guerra de Bosnia, provocaron el retorno de una imagen casi olvidada de Occidente que no había sido incluida en la construcción del mito erigido durante el aislamiento: la de un Occidente dividido en diferentes países que habían tenido guerras unos con otros y que, por tanto, también tenían zonas preferenciales de influencia y viejas alianzas históricas. Este cambio hizo que resucitaran, además, bastantes estereotipos antiguos a propósito de los distintos países y pueblos occidentales –a menudo como réplica ante los juicios esencialistas sobre los países del Este por parte de Occidente, así como ante los estereotipos recién creados por su parte y la recuperación y reelaboración de los antiguos–. Los viejos estereotipos de los griegos y los italianos acerca de los albaneses reaparecieron con renovada fuerza merced al contacto con el flujo de emigrantes que, a menudo, era la parte más pobre y más criminal del país, resucitando en los albaneses, por otra parte, los antiguos estereotipos sobre los griegos y los italianos engendrados por el nacionalismo albanés.

Así mismo comenzaron a ser crecientemente percibidos los intereses enfrentados en Albania de estos dos vecinos que, en tanto que miembros de la comunidad europea, en la visión mítica eran considerados como inseparables. Se comenzó a leer con progresiva claridad la construcción de sus políticas a propósito de Albania en función de las luchas internas que se desarrollaban en dichos países entre el gobierno y la oposición.

La izquierda y la derecha

En el proceso de fragmentación del mito-dios monolítico, una de las cosas nuevas que

descubrieron los albaneses en Occidente fue la diferencia entre la izquierda y la derecha europeas. En la percepción mítica, Occidente era visto como el enemigo, o lo contrario, del comunismo. El mito consideraba anticomunistas todas las políticas occidentales y, de manera general, las diferencias entre las distintas fuerzas políticas en ese ámbito eran por entero irrelevantes en la construcción del mito. El contacto con la nostalgia de la izquierda occidental por los países ex comunistas, así como con su antiamericanismo, al igual que el contacto con el racismo de la derecha, eran elementos nuevos que formaron parte del proceso de transformación de la percepción de Occidente y dieron lugar a no poco estupor y confusión en el esfuerzo por reconstruir su imagen.

Al detenerme en estos ejemplos, diría que todo este proceso de tránsito desde la adoración al mito hasta llegar a la sorpresa, las amarguras y los desengaños, poco a poco, mediante contactos más fríos y más racionales con la realidad occidental, del que forma parte también, qué duda cabe, el cada vez mayor conocimiento de las actitudes críticas de los occidentales ante su propia realidad, ha traído consigo el conocimiento de la realidad de Occidente como un mundo cargado de problemas –de ningún modo una tierra prometida–, y ha hecho que en el Este nazca un espíritu crítico respecto a Occidente. Este espíritu, dependiendo por supuesto del nivel de desarrollo cultural, es más fuerte o más débil según el lugar. Ese espíritu, aun manteniendo a Occidente como acicate principal de la imaginación colectiva de las sociedades del Este y considerando la integración en Occidente como uno de los objetivos principales de tales países, ha comenzado a ir acompañado del surgimiento paulatino de un sentimiento de autoconfianza en estas sociedades, elevándolas a un estadio superior de conciencia y de madurez.

[Traducción del albanés: Ramón Sánchez Lizarralde]

LA CULTURE NATIONALE ET LE NATIONALISME vus des Balkans et de l'ex Yougoslavie

Predrag Matvejevitch

Escriitor d'origen croat, professor de la Universitat Sapienza de Roma.
Escritor de origen croata, profesor de la Universidad Sapienza de Roma.

Versió original en francès
Versión original en francés
Original version french

I.

Le concept de culture nationale est indissociable de celui de nation. Son sens varie d'une nation à l'autre et, également, au sein d'une même nation, selon le mode d'évolution de celle-ci et de son stade de développement. Ce qui différencie de nos jours les définitions de la culture nationale, c'est, d'une part, la référence plus ou moins étroite aux concepts traditionnels de nation, hérités du siècle dernier (comme étant en tout plus ou moins homogène, doté des fonctions unificatrices et génératrices d'un État), ou, d'autre part, la prise en considération des contradictions (sociales, culturelles, de classe) des communautés nationales mêmes.

De la Renaissance aux Lumières, la culture européenne a aspiré, à son niveau le plus émancipé, à des modèles universels ou cosmopolites. La mise en rapport ou la comparaison avec les anciennes cultures classiques, grecque et latine en premier lieu, considérées comme des fondements ou des paradigmes, s'accompagnaient d'une réflexion sur chaque culture prise séparément.

Dans l'Europe des nations se forment des États-nations, ainsi que les cultures et les littératures nationales. Le développement de ces dernières dépend du degré d'unification des nations concernées, de la façon dont elles se sont constituées, de l'existence ou non d'un État qui leur soit propre. Dans les États-nations européens qui ne sont pas assujettis à une domination étrangère, l'organisation étatique tente de centraliser la culture nationale et de la maintenir sous son contrôle. Les institutions culturelles et éducatives qui s'établissent, indispensables et utilitaires, contribuent à associer ou à réunir les diverses initiatives individuelles et collectives, si bien qu'une partie plus ou moins importante de la culture s'adapte aux besoins et aux exigences de l'État-nation même.

La littérature nationale interroge et décrit le passé de son peuple ou de sa nation (ces deux concepts restent longtemps interchangeable). Elle exalte l'amour de la patrie et incite aux diverses entreprises communes. On distingue facilement des types de discours - tant en poésie et en prose qu'en histoire - qui correspondent aux fonctions assignées à l'écriture et à la rhétorique. Une partie de la culture créatrice et, plus particulièrement, de la littérature n'admet pas ces fonctions, refuse la réduction au seul caractère national: Goethe, fidèle en ce sens aux Lumières, opte pour une " littérature mondiale " (*Weltliteratur*); Victor Hugo prône une " nationalité européenne "; Stendhal proclame le sentiment national " contre nature "; Byron rompt avec sa propre nation et devient écrivain européen; selon Pouchkine, la nationalité - vue de l'extérieur - ressemble à un " vice ". Pour un partisan de l'art pur comme Flaubert, l'œuvre d'art " n'a pas de patrie ". La similitude de ce point de vue avec celui de Marx dans Le manifeste communiste (" les ouvriers n'ont pas de patrie ") ouvre le champ à un débat sur les véritables rapports de l'avant-garde politique et artistique, que les " marxistes " de provenance stalinienne préféraient étouffer. Une des causes essentielles de l'apparition de l'art pour l'art en Europe fut le refus de remplir des fonctions utilitaires (offre et demande) dans le cadre de la culture nationale, c'est-à-dire le

rejet de la culture dominée exclusivement par l'idée de la nation, ou de l'État-nation.

Les cultures des nations (ou peuples) sans État propre ne pouvaient, sauf dans des cas tout à fait exceptionnels, se permettre d'adopter de telles attitudes. Là où l'espace politique est limité, partagé ou occupé, la culture nationale devient l'instrument essentiel de la lutte de libération, de l'expression de la volonté ou des besoins de la nation. La " culture pour la liberté " (*Kultur zur Freiheit*) - célèbre formule employée par Fichte à la fin du XVIIIe siècle dans une Allemagne non encore unifiée - réapparaîtra plus tard chez les divers peuples subjugués d'Europe centrale et, plus particulièrement, chez les Slaves soumis à l'Autriche. La littérature nationale, élément constitutif de la culture nationale, accorde ses moyens - genres et discours correspondants, rhétoriques, types d'écriture - aux tâches nationales: poésie patriotique, roman historique, historiographie, formes variées du journalisme (plus précisément, de ce qui l'on nomme en allemand et dans certaines langues slaves *Die Publizistik* - mélange caractéristique de journalisme et d'essai). Les jeunes mouvements nationalistes - *Jungesdeutschland*, *Giovane Italia*, Jeune Pologne, Jeune Tchéquie, et autres, jusqu'à La Jeune Bosnie - définissent les programmes de base de la nation. Les courants idéologiques du XIXe siècle, en devenant de plus en plus nationaux, s'éloignent souvent de certaines idées essentielles des Lumières: universalisme, cosmopolitisme, tolérance.

L'importance de ces changements dans l'idéologie européenne à la jonction du XVIIIe et du XIXe siècles se reflète d'une manière très significative dans l'œuvre de Fichte: héritier des Lumières et adepte fervent de la Révolution française, il se consacre à la fin du XVIIIe siècle au problème de " la détermination de l'homme " (*die Bestimmung des Menschen*). Dans ses célèbres *Discours à la nation allemande* (1808) - le premier texte important d'un penseur européen qui s'adresse directement à sa nation et en fait le destinataire de son message - l'accent se déplace vers le problème de l'essence allemande (*Deutschheit*), de l'éducation de la nation (*Nationalerziehung*), de l'amour de la patrie (*Vaterlandsliebe*).

Tout au long du XIXe et du XXe siècles, nous rencontrons dans les cultures nationales d'Europe des conceptions, des comportements, des modes d'expression qui permettent aux auteurs de s'adresser à la nation, en faisant valoir leur origine et leur appartenance, leur loyauté et leurs sentiments nationaux. Le répertoire des discours dans lesquels l'orateur-écrivain parle et écrit pour la nation ou au nom de la nation, se réclamant d'elle et s'identifiant à son destin, tend à devenir commun et se banalise. L'écriture est souvent identifiable à l'acte patriotique même (écriture pour la nation): l'écrivain national, reléguant dans plus d'un cas le souci de la valeur artistique de son oeuvre au second plan, se transforme en tribun. Presque chaque littérature nationale a ses bardes. Peu nombreux, parmi eux, sont ceux dont l'œuvre dépasse les frontières de la nation (de l'État-nation), mais certains occupent une place prépondérante dans l'espace culturel européen. Chez les nations qui se battent pour leur libération et réclament leur reconnaissance, ce sont eux parfois qui posent les fondements de la langue et de la littérature nationales, qui fondent une nouvelle notion de nationalité ou d'identité.

La culture nationale recouvre son propre passé. Elle intègre les diverses cultures qui l'ont précédée, populaires ou humanistes, les façonne selon ses modèles ou ses moules, en transformant souvent leur sens propre ou en les arrachant à leurs assises réelles. La création des cultures nationales - homogènes par rapport à la nation ou accordées avec le projet de l'État correspondant - a souvent exigé l'élimination des cultures locales, régionales ou marginales (ainsi, dans le Nouveau Monde, les anciennes cultures autochtones qui ne correspondaient pas aux projets utilitaires des États; de même, en Europe, diverses formes de culture populaire et d'expression ethnique, littératures régionales, dialectales, etc.).

Ces phénomènes, ainsi que les stéréotypes qui les soutiennent ou les expriment, sont observables jusqu'à notre époque: les cultures nationales changent - souvent imperceptiblement, parfois avec éclat - en idéologie de la nation. La revendication de l'autonomie nationale de même que le droit à la particularité (nous utilisons de nos jours dans un contexte voisin le terme de différence) se convertissent facilement en particularismes nationalistes.

L'affirmation de la culture nationale est caractérisée, entre autres, par son rapport à l'histoire. La fameuse distinction de Nietzsche entre histoire monumentale, histoire d'antiquaires et histoire critique se rapporte, dans une large mesure, non seulement à l'historiographie, mais aussi à la littérature nationale. Les deux premiers discours (le discours critique semble être plus rare dans cet emploi) se combinent, du point de vue de l'histoire ou du mythe, se substituent l'un à l'autre, ou bien apparaissent sous des formes plus ou moins déguisées. Très souvent on observe (ce que Fichte a été l'un des premiers à remarquer) que " ce qui doit devenir est décrit comme quelque chose qui a déjà été, et que ce que nous devons atteindre est figuré comme quelque chose de passé " : ce que nous souhaitons ou croyons avoir existé est représenté comme ayant réellement eu lieu (passésismes, achèvement de conquêtes nationales, évasions dans le temps ou l'espace, " ethnogenèses ", expansions). Les idéologies nationales contemporaines ont peu innové dans ce répertoire.

La culture nationale a un sens plus particulier pour la nation à laquelle elle appartient. Il faut bien distinguer dans ce cas les particularités et les valeurs: les particularités peuvent être ou devenir des valeurs, à condition qu'elles se révèlent et se vérifient comme telles. Les catalogues et les chronologies des cultures nationales ont souvent tendance à minimiser la différence entre possibilités et réalisations, projets et oeuvres, simples témoignages écrits et littérature. Les cultures à portée limitée engendrent des échelles de valeur tout aussi restreintes et qui, à leurs propres yeux, les confirment et les élèvent au-dessus des autres.

Une prise de position critique, susceptible de stimuler le développement des nations et des cultures nationales et de les aider en même temps à se libérer des fameuses maladies infantiles du nationalisme n'a pas réussi à s'affirmer à grande échelle. De ce point de vue, il existe une crise quasi permanente des théories de la nation ou de la culture nationale. Je m'en rends compte en écrivant ces pages.

L'alternative entre " l'enracinement " traditionnel et le sentiment, plus moderne, de rupture ou d'" apatridité " (la *Heimatlosigkeit*, devenue " le destin du monde " selon Heidegger, déchire une partie considérable de la culture à l'échelle mondiale et se traduit de différentes manières dans les littératures contemporaines de notre époque. Le concept de culture planétaire porte le danger de l'uniformisation. Confrontée à la détermination des résistances légitimes à l'assimilation ou à la domination culturelle des plus forts sur les plus faibles, des plus développés sur ceux qui le sont moins, la pensée de notre temps a souligné le droit à la différence. Réfléchissant à la possibilité d'une collaboration effective des cultures à notre époque et d'une alternative des synthèses culturelles, Claude Lévi-Strauss constate que " la civilisation mondiale ne pourrait être qu'une coalition au niveau mondial de cultures conservant leur originalité ".

Les expériences d'une culture nationale ne sont pas toujours ouvertes ni entièrement communicables aux particularités d'une autre culture. Leur degré de convergence est lui aussi soumis à des limitations, selon la diversité des formes ou l'hétéronomie des fonctions exercées. Certains traits spécifiques échappent à l'analyse ou à une valorisation à prétention universelle. Je suis prêt à souscrire à la constatation énoncée par Paul Ricœur, et qui concerne la confrontation (souvent

inconsciente) entre les différentes cultures, et l'annihilation symbolique de l'une par l'autre: " Au moment où nous découvrons qu'il a des cultures et non pas une culture, au moment par conséquent où nous faisons l'aveu de la fin d'une sorte de monopole culturel, illusoire ou réel, nous sommes menacés de destruction par notre propre découverte; il devient soudain possible qu'il n'y ait plus que les autres, que nous soyons nous-même un autre parmi les autres... La découverte de la pluralité des cultures n'est jamais un exercice inoffensif. "

Quoi qu'il en soit, les leçons tirées de certaines formes d'échange, étudiées selon des méthodologies toujours plus variées, l'existence de cultures pluralistes ou plurinationales dotées d'un réseau interne de liaisons et de réciprocités, démentent bien des conceptions traditionnelles ainsi que les aspirations à l'autarcie de nombreuses cultures nationales, nouvelles ou anciennes.

II.

J'essayerai d'appliquer certaines de ces idées à la triste réalité des Balkans.

Les espaces balkaniques sont jonchés des vestiges des empires supranationaux et des restes des nouveaux États découpés au gré des accords internationaux et des programmes nationaux; idées de la nation datant du XIXe siècle et idéologies issues du " socialisme réel " au XXe, héritage de deux guerres mondiales et d'une guerre froide, vicissitudes de l'Europe de l'Est et de celle de l'Ouest, relations ambivalentes entre pays développés et ceux " en voie de développement "; tangentes et transversales Est-Ouest et Nord-Sud, liens et ruptures entre la Méditerranée et l'Europe, l'Union européenne et " l'autre Europe ". Autant de divisions et de failles, de lignes de partages ou de frontières, matérielles et spirituelles, politiques, sociales, culturelles et autres. Certaines parties de ce territoire portent des marques ou des blessures, infligées aussi bien par l'histoire que par un passé auquel il n'a pas été donné d'être réellement historique. Toute volonté de s'y élargir au désavantage de l'autre se révèle en fin de compte illusoire, ou sombre dans la folie nationaliste : il n'y a pas de place pour une grande Serbie " s'étendant jusqu'à la dernière tombe serbe ", une Albanie " s'élargissant vers le nord et l'est ", une Croatie englobant la Bosnie-Herzégovine " avec une frontière sur la Drina " ou une Bulgarie s'annexant " la Macédoine et une partie de la Serbie orientale ", etc., etc. La péninsule s'accommode mal de pareilles ambitions. Elle est trop réduite pour de telles grandeurs. Ses frontières sont déjà fixées, au dedans et au dehors. Les jeux sont faits.

Aux différences ethniques et linguistiques s'ajoutent celles de l'imaginaire et des mythologies. Chacun prétend avoir des racines plus profondes que l'autre, des raisons plus convaincantes de s'appropriier des territoires voisins: un État et un pouvoir qui plongent dans les brumes du passé, dominant les tribus dispersées alentour. Les événements réels et leurs représentations fictives se substituent ainsi les uns aux autres. L'histoire et le mythe se confondent - les revendications s'appuient tantôt sur la première, tantôt sur le second, ou sur les deux à la fois. Les arguments que l'on invoque ou les " preuves " que l'on fournit sont considérés comme irréfutables ou même sacrés: d'un côté on en appelle au droit historique, de l'autre on se réclame du droit naturel. Les uns prétendant détenir la vérité de l'histoire, les autres posséder le droit absolu. Arguments dont les Balkans en ont été tant de fois victimes, bien souvent par leur propre faute.

Les historiens traditionnels se sont bien davantage attachés aux nations qui " arrivent " et " s'installent ", qu'à celles qui se fondent sur place ou s'amalgament

avec les indigènes et les nouveaux venus. Les querelles ou les affrontements qui en résultent prennent le plus d'intensité, le plus d'ambiguïté aussi, au moment où ces nationalités revendiquent un statut d'État (d'État-nation) - pour rattraper les retards et se présenter sur la scène de la modernité.

D'autres divergences, moins évidentes, s'entremêlent à ces récits de longue durée. L'une des fractures les plus profondes reste celle que provoqua le schisme chrétien (1054), divisant Églises et croyances, empires et pouvoirs, styles et écritures. Après du fossé qui s'est ainsi creusé entre Byzance et latinité, à l'intérieur du christianisme catholique et orthodoxe, s'est inséré l'islam. L'Europe et la Méditerranée se sont scindées et ont éclaté au sein des Balkans. Dans les conflits qui s'y sont déroulés - et qui continuent d'apparaître - la foi a été généralement absente, mais non pas la discorde qu'elle avait suscitée. Au cours des siècles, la différence qui s'était créée parmi les croyants résultait par une sorte de division ; elle se transformait facilement en opposition ou intolérance; celles-ci engendraient à leur tour l'hostilité ou la haine, souvent elles-mêmes causes de conflit ou d'incitation à la violence. On peut suivre ainsi, d'une phase à l'autre, l'évolution, tantôt dissimulée tantôt portée au grand jour, de ces dissensions. Elles comportent en elle-mêmes des contenus réels, vécus, disséminés dans le temps et l'espace et finalement détachés de leur source religieuse. Inscrits dans l'inconscient collectif, ils se prêtent à maintes manipulations. Les seigneurs de la guerre en ont fait un usage abondant - notamment au cours des derniers conflits en Bosnie, au Kosovo ou en Croatie, qui n'ont eu presque rien en commun avec les guerres de religion au sens propre du terme.

La " balkanisation " elle-même partie liée avec des faits de cet espèce faits, parfois invisibles à l'œil nu. La plupart des peuples de cette région n'ont pas connu de vraies traditions laïques. Il ne s'agit pas là uniquement d'un défaut de laïcité face à la foi: on observe une absence analogue à l'égard d'une idée nationale conçue de manière religieuse et, pareillement, vis-à-vis d'une idéologie (non seulement nationale) devenue religion. Une telle attitude fait que de certains secteurs d'une culture nationale se transforment aisément en idéologie de la nation. La littérature se réduit à son tour à une " littérature nationale " au sens étroit du terme. Les énergies de l'individu et de la collectivité se voient absorbées par le seul nationalisme. Ces phénomènes se retrouvent bien au-delà de notre presqu'île infortunée, tout au long des rivages méditerranéens, et ailleurs.

Ce n'est pas seulement dans les Balkans que l'histoire s'écrit en premier lieu comme une histoire nationale. Elle y est communément observée à travers des grilles de lecture trop particulières ou particularistes, souvent folkloriques ou épiques. Même une défaite ou une blessure peut être promue au rang d'"événement fondateur " ou prendre des proportions démesurées au niveau de la conscience ou de l'imaginaire, et cela pendant des siècles. Pour n'en donner qu'un exemple, lié à l'actualité la plus brûlante, il suffit de rappeler le cas bien connu du Kosovo. Les questions concernant son passé, son appartenance ou son statut présent sont posées très différemment par les historiens ou les politiciens appartenant aux nations qui y cohabitent, et par ceux dont l'origine n'est ni serbe ni albanaise. Leurs arguments, même lorsqu'ils partent des mêmes données, aboutissent généralement à des conclusions fort divergentes. Cet exemple, et la leçon qu'on peut en tirer dans l'histoire des Balkans, méritent de s'y arrêter un instant.

III.

Sur certaines expériences de l'ex Yougoslavie

**(fragments d'un discours prononcé à Belgrade dans
" l'Association pour la décontamination culturelle ")**

Ce qui nous est arrivé a commencé, en fait, avant que nous ne comprenions ce dont il s'agissait. Nombre d'entre nous ne croyaient pas que pareille chose pût se passer : une guerre à la fois nationaliste, étatique, religieuse, civile, je ne sais quoi encore, en tous cas fratricide. Il n'était pas fatal que cela arrive, du moins de cette façon. Nous ne pouvions imaginer que tant de mal ait pu s'accumuler, attendait le moment propice pour se manifester, qu'autant de passions couvaient sous la cendre, qu'auprès de nous et autour de nous se cachaient des fantômes que nous n'avions pas su apaiser...

Dans un pays qui se scindait et se divisait, le langage même n'est pas un tout, un élément compact. Il faudra, de différents côtés, réexaminer des hypothèses données insuffisamment fiables, des doutes demeurés sans solution. Nous savons combien d'efforts ont été nécessaires pour que soient reconnues et confirmées les cultures nationales existant sur ce sol, et garantir à chaque peuple sa propre culture. Respectant également ce droit, égal pour tous, nous discernons aujourd'hui, plus clairement, maintes choses que nous avons hier négligées: parmi les peuples dont les traditions de laïcité ou de séculier sont rares et fragiles, le nationalisme et la religion sont souvent confondus - la nation se voit attribuer un caractère religieux; l'idéologie (nationaliste) celui d'une confession; les couches les plus élémentaires de la culture nationale se transforment, sous des prétextes divers, en idéologie de la nation; une telle idéologie engendre ou nourrit les formes primitives du nationalisme; cela est également valable pour la conscience nationale, qui s'impose, refoulant les autres aspects de conscience, individuelle et sociale; l'énergie nationale absorbe les autres formes de la nation et de l'individu, les domine et les uniformise; les préjugés l'emportent sur le jugement; l'autocompassion rend la véritable compassion impossible; le nationalisme devient plus important que l'humanisme; le sujet est subordonné à l'objet.

Dans ce naufrage et les avaries qui l'ont précédé, beaucoup ont perdu confiance et épuisé leur énergie, sont devenus indifférents ou cyniques. Les tentatives de rassemblements dans un nouvel état commun, sur une épave sans gouvernail ni voiles, sombrent actuellement, hélas, dans la mer de l'utopie.

Dans certains domaines, qui ne comptent pas parmi les plus importants, nous avons acquis peut-être, plus d'expérience que nous n'en avons véritablement besoin: par moment, nous ne savons pas nous-mêmes que faire de cet excédent. Il est difficile de conquérir le présent sans maîtriser préalablement le passé. En défendant le patrimoine, nous devons être prêts à un moment donné, à nous défendre de ce même-patrimoine. Nous cherchions à sauver la mémoire, sans nous demander suffisamment ce qu'elle contient de plus ou de moins, valable. Nous nous trouvons face à une situation où nous devons nous sauver de cette même mémoire. Des libertés apparaissent, et nous ne savons qu'en faire, sommes même tentés de les employer à mauvais escient. Des divisions s'imposent, et il n'y a plus rien à diviser.

Dans les Balkans et leur environnement, il n'y a guère de place pour les grandeurs: pour la Grande Serbie ou l'Albanie avec toutes les régions où vivent les Albanais, pour la Croatie jusqu'à la Drina, pour la Bulgarie avec la Macédoine, pour le rétablissement des anciens royaumes et empires, autochtones ou étrangers.

Il est difficile de faire siens des patrimoines éparpillés. Les dirigeants du monde ne permettent pas que soient déplacées des frontières étrangères, pour ne pas avoir à

déplacer les leurs. " Européaniser les Balkans ou balkaniser l'Europe ", n'a pas le même sens en Europe de l'Ouest et dans les Balkans eux-mêmes.

Sous le regard du monde, qui nous surveille comme des protégés n'ayant pas encore atteint la maturité, nous nous persuadons que nous sommes capables d'atteindre des niveaux supérieurs, et les plus hauts degrés de l'autonomie et de la souveraineté - nous ne les avons pas, semble-t-il, mérités, grand nombre d'entre nous n'en sont pas dignes. Tout nous porte à croire que, longtemps encore, les pressions exercées à l'extérieur nous conduiront à des relations mutuelles civilisées, plus qu'à des aspirations intérieures. Pour atteindre de tels objectifs, un état commun n'est pas un condition nécessaire. La perméabilité des frontières et l'échange des biens, matériels et spirituels, les rencontres des hommes et le contact des cultures, le courant d'idées et d'expériences, la confrontation des créateurs et des oeuvres, sont devenus les critères de la civilisation. Ils ne diminuent en rien les identités, ne menacent pas l'indépendance. Celui qui ne sait pas les reconnaître et ne veut pas les adopter, est condamné à revivre son passé, au pire de son histoire. C'est une énorme tâche qui attend l'intelligentsia dans les espaces balkaniques et para-balkaniques. D'autant plus qu'elle est affaiblie et raréfiée, portant le poids de ses erreurs ou de ses échecs.

L'histoire est capable de nous confronter à l'inattendu: il n'est pas superflu de rappeler, en cette occasion, l'exemple que nous a donné, après la guerre la plus terrible du siècle, l'intelligentsia progressiste allemande: elle osé placer devant le visage de son peuple un miroir, lui présenter toute l'horreur du nazisme qu'il avait massivement suivi, le confronter - sans concession ni pitié - à sa propre responsabilité, sa propre culpabilité. Je ne pense pas que cette forme de règlement de comptes soit le privilège des " grands peuples ", ni qu'elle s'exprime quantitativement...

Chacun a le droit - dans un monde qui change - de changer son regard sur le monde. Ce faisant, il faut expliquer ou justifier, publiquement quand il s'agit d'homme de plume et de parole publique, pourquoi hier ils disaient et faisaient une chose, et aujourd'hui ils en disent et en font une autre, entièrement à l'opposé : chercher une excuse ou une explication, ne pas se cacher derrière la négation et l'oubli. Le déficit moral abaisse les critères et diminue les valeurs dans la société. N'engendre pas seulement une crise dans la culture, mais une crise, beaucoup plus importante, de la culture elle-même. Peu de choses me sont aussi étrangères que le comportement de ceux qui comptent sur une amnésie générale. Comme si nous avions oublié ce qu'ils défendaient alors, nous ne voyons pas comment ils ont changé, nous ne savons pas de quelle manière ils ont fait concorder.

La disidencia: breve examen retrospectivo

Adam Michnik

Analista polític, director de Gazeta Wyborza (el principal diari de l'Europa de l'Est); cofundador del moviment de dissidència polonès, exdirigent de Solidarnost.

Analista político, director de Gazeta Wyborza (el principal diario de Europa del Este); cofundador del movimiento de disidencia polaco, ex-dirigente de Solidarnost.

Versió original en castellà
Versión original en castellano
Original version spanish

Parecía que el comunismo soviético iba ser una potencia invencible. Abandonamos la esperanza de que aquel sistema pudiese reformarse o humanizarse; no queríamos ni una gran guerra mundial que destruyese ese sistema, ni tampoco una gran revolución sangrienta, puesto que no creíamos en su eficacia. Al principio éramos *disidentes*, así nos definieron los periódicos de los países democráticos de Europa y de los Estados Unidos, aunque a nosotros no nos gustaba tal definición. Un disidente es un rebelde, un renegado, una especie de rara avis. Pero nosotros nos rebelábamos en contra de la dictadura, que percibíamos como una ley impuesta por un grupo de criminales sobre la mayoría de la sociedad. Creíamos que éramos nosotros quienes representábamos a la aplastante mayoría de la nación. Pienso que teníamos razón, pero al mismo tiempo nos equivocábamos. Teníamos razón, puesto que el edificio de la dictadura totalitaria se derrumbó como un castillo de naipes cuando se dieron unas circunstancias externas favorables, especialmente la llamada *perestroika* de M. Gorbachov en la Unión Soviética. Pero también nos equivocábamos al no valorar hasta qué punto ese poderoso mecanismo "de fuga ante la libertad" (según la acertada definición de Erich Fromm) se inoculó en nuestras sociedades de los años de la dictadura comunista. El temor y el sentimiento de apatía acompañaron este hecho, lo cual desembocó en la degeneración de una venganza radical después del año 89, en un anticomunismo de raíz bolchevique por una parte; y, por otra, en una nostálgica añoranza por un mundo previsible, dirigido por burócratas del Partido. Los disidentes eran la voz de la conciencia de la nación vencida, pero la conciencia no sirve para ejercer el poder. En un principio, despertamos respeto y admiración; después, entusiasmo y envidia, y al final, aversión y desconfianza, lo cual se vio reflejado en una derrota en las elecciones.

Pero esto ocurrió más tarde. Al principio hubo una rebelión que provenía de los estratos más profundos de la conciencia: Milovan Djilas, polacos como Milosz y Kolakowski, Kuron i Modzelewski; rusos como Sajarov y Solzhenitsyn, Amalrik y Bukowski, ucranianos como Vasili Stus y Viacheslav Chornovil; checos como V. Havel y Jan Patocka; húngaros como Janos Kis y Gyorgy Konrad. Y otros. Y de otros países.

El rasgo específico de Polonia fue que este movimiento de disidentes adoptó un cariz institucional con el Comité de Defensa de los Trabajadores y, más tarde (después de agosto del año 1980), en el NSZZ "S" (sindicato Solidaridad).

Por este motivo nos inventamos algo, como una especie de idea de una sociedad alternativa, que satisficiera una parte importante de sus necesidades, independientemente del régimen totalitario. En Rusia nació el Samizdat, un gran movimiento a favor de un debate y una cultura libres de censura. A partir de la Carta 77, en Checoslovaquia apareció la idea de una polis independiente, que tenía que ser, según la fórmula de Václav Havel, la fuerza de los debilitados. En Hungría, Gyorgy Konrad escribió acerca de la política antipolítica. En Polonia se creó el

Comité de Defensa de los Trabajadores (CDT, KOR en polaco), sindicatos libres, publicaciones independientes y editoriales cuyas publicaciones y distribuciones eran ilegales. Fue entonces cuando Jacek Kuron formuló su famoso principio: en lugar de quemar el comité del Partido, constituíd los vuestros. Un elemento específico de Polonia fue el poder de la Iglesia católica (en realidad, un Estado independiente dentro del Estado, un Estado soberano dentro de un Estado sin soberanía). Fue un refugio para las personas libres, el único lugar donde la lengua polaca no estaba manchada ni se limitaba a ser un mero transmisor de los abyectos mensajes de la dictadura totalitaria.

Igualmente, el alcance de la oposición democrática representa otro de los rasgos característicos de Polonia. El sindicato Solidaridad, creado en agosto de 1980, agrupó a millones de personas y acabó convirtiéndose en un mito nacional. Si el símbolo del comunismo totalitario fue el Archipiélago Gulag, nosotros intentamos crear un Archipiélago de la Libertad y de la Tolerancia. Y fue entonces cuando nos enfrentamos con la primera paradoja: la gente que reclamaba tolerancia tenía que ser radicalmente intolerante con los que sustentaban el poder dictatorial. El fundamento de la tolerancia es el diálogo, pero, por otra parte, la base de la protesta y el rechazo de la dictadura exigía negar este diálogo con la dictadura comunista, puesto que el interlocutor era o bien un intelectual embustero, que practicaba misas negras con la lógica, o un juez de instrucción durante un interrogatorio. En las condiciones que existían bajo la dictadura, el hecho de no estar comprometido era ya una virtud, mientras que las actitudes heroicas adoptaban más de una vez características de exaltación, lo cual se les reprochaba con frecuencia a los disidentes.

David Hume advirtió que "un fanático se consagra y se reviste de una santidad que supera de manera considerable a la que los ritos formales y las instituciones pueden atribuir a otros".

"La exaltación que conjuga en su carácter la fuerza mental y una audacia arrogante desemboca, necesariamente, en las decisiones más radicales; sobre todo cuando se alcanza el punto en el que el fanático que ha sido embaucado empieza a creer en la inspiración divina y menosprecia todas las normas del sentido común, de la moralidad y de la prudencia".

"De esta manera, la exaltación provoca las confusiones más crueles en las sociedades, su ímpetu es el ímpetu de los relámpagos y las tormentas, que se agota rápidamente y deja paso a unos vientos más tranquilos y apacibles. Cuando se apaga el primer rayo de la exaltación, los miembros fanáticos de una secta se vuelven más perezosos y fríos en lo que respecta a las cuestiones de fe. Por otra parte, no existe entre ellos un elemento que goce de autoridad suficiente y cuyo interés les incite a mantener el espíritu religioso; no hay rituales, ceremonias, o ritos santos que se hayan integrado en su vida cotidiana e impidan prescindir de las normas religiosas. Las supersticiones, en cambio, al crecer progresiva e imperceptiblemente, hacen al hombre sumiso y subyugado; las autoridades no pueden hacer nada contra ellas, y da la impresión de que son inofensivas para la sociedad: hasta que, finalmente, los sacerdotes, habiendo cimentado fuertes fundamentos para su autoridad, se convierten en tiranos y arruinan las sociedades por culpa de sus eternos conflictos, persecuciones y guerras religiosas."

Por desgracia, en aquella época hicimos una lectura poco atenta de David Hume. Creíamos que nuestra revolución sin utopías, una revolución en nombre de la libertad y de la normalidad, sería no solamente de terciopelo y sin derramamiento de sangre, sino que también estaría libre de aquel fenómeno que Hume denomina superstición. Si la esencia del comunismo radicaba en convertir al hombre en

propiedad del Estado, nosotros pensábamos que nuestra transformación de terciopelo conllevaría la emancipación en cuatro frentes. Creíamos en la emancipación estatal, en un Estado sin discriminaciones étnicas, que no sería víctima de la subyugación, pero que tampoco se convertiría en represor de otras naciones. Nos aguardaba una decepción. La caída del comunismo trajo también una explosión de los chovinismos étnicos, el desmoronamiento de la URSS no supuso países tolerantes multinacionales, sino países donde el poder de las antiguas élites comunistas degeneró, con frecuencia, en autoritarias dictaduras étnicas. Fue en Yugoslavia donde las consecuencias de la caída del comunismo fueron más trágicas, ya que desembocó en multitud de guerras sangrientas, limpiezas étnicas y odio entre los diferentes pueblos.

Creíamos en la emancipación religiosa. Pensábamos que la religión, que había sido perseguida y discriminada cuando era al mismo tiempo refugio de la dignidad humana, se convertiría de una manera natural en un elemento inestimable del orden democrático. Experimentamos una gran decepción, las iglesias se sometieron a una instrumentalización política y con mucha frecuencia se convirtieron en la trastienda de posiciones de intolerancia muy radicales.

Creíamos en la emancipación del mundo laboral, cuyo germen debía ser el sindicato Solidaridad, apoyado por varios millones de personas. Sufrimos una decepción, el sindicato Solidaridad se convirtió en su propia caricatura al intentar desempeñar el mismo papel en las empresas y en el Estado que antes desempeñaba el partido comunista. Así mismo, la evolución económica empujó nuestros países hacia la privatización y la dura economía de mercado, lo cual comportó desempleo, una particular carrera de ratas y la consideración del dinero como el único criterio del valor humano.

Creíamos en la emancipación ciudadana, en la libertad sin caos, en una democracia que permitiera evitar la selección negativa de personal, en la libertad de la cultura, que florecería una vez levantada la censura. Sentimos una decepción. Nuestra participación se había convertido en una poderosa corrupción que amenazaba la calidad del orden democrático. La censura fue sustituida por el comercio y por una cacofonía donde la voz de la cultura era cada vez menos audible.

Este amargo balance no es en absoluto la confesión de un pesimista frustrado, sino todo lo contrario. Considero que se ha producido un enorme cambio a todas luces positivo. Frecuentemente me despierto por la mañana y me da miedo abrir los ojos y verificar que todo es sólo un sueño, que en mi país todavía domina una dictadura tétrica y llena de gangrena con su nomenclatura comunista. Puedo estar contento de que Polonia sea un país libre e independiente, que formemos parte de la OTAN, lo cual nos da seguridad, que en breve vayamos a ser miembros de la Unión Europea, lo que nos incluirá de una manera definitiva en el grupo institucional de la Europa democrática. Ahora bien, si sigo haciendo hincapié en las sombrías esferas de esta transformación democrática se debe al hecho de que, por una parte, lo considero como mi obligación en tanto que intelectual y ciudadano; y por otra, porque estas preguntas siguen atormentando a muchas personas. Muchos de mis amigos están completamente desolados, muchos consideran que Polonia no va por el buen camino. Este hecho se interpreta de varias maneras. Una de las tesis más repetidas es la que justifica que lo que ocurre en Polonia se debe al hecho de que no se ha llevado a cabo un proceso de "descomunización" profunda. Los comunistas pasaron a dominar en los bancos y en los negocios, desde donde pudieron ejercer su influencia en la política y obtener beneficios materiales. Los comunistas que no fueron apartados de la política pudieron organizar un partido fuerte y ganar las elecciones. Fueron los comunistas quienes borraron la frontera entre el bien y el mal, lo cual desembocó en una desorientación ética, en un relativismo moral y en cinismo. Los críticos buscan las fuentes de estos infortunios en el carácter de la

revolución de terciopelo, que fue demasiado benévola para las personas de la dictadura. ¿Fue así realmente? ¿Realmente son la revolución de terciopelo y los cambios fruto de las negociaciones, así como el pluralismo y la tolerancia posteriores, el resultado de una degeneración moral? Yo pertenecía al grupo de personas que tenía profundamente inculcado un cierto temor frente a las consecuencias de la revolución. Me atemorizaba la gente que quería poner en práctica el método bolchevique según el cual se privaba de todos los derechos ciudadanos a los funcionarios del régimen anterior. Era consciente de que toda revolución, incluida la de terciopelo, conlleva siempre un dilema en su lógica: justicia o misericordia; venganza o intercesión, reconquista o reconciliación. Sin lugar a dudas, yo era partidario de que los criminales fueran juzgados y castigados. A pesar de todo, aquellas personas del régimen anterior que entregaron el poder en aras de una vía de negociación, tendrían que ser tratados como ciudadanos con plenos derechos. Ésta era, tal como creía y sigo creyendo, la única manera de romper con la lógica de nuestra guerra fría civil. Es más, creo que dismantelar la dictadura de una manera pacífica, siguiendo el ejemplo español, representa quizás la aportación más valiosa a la democracia de la última década del siglo XX.

Los que fueron disidentes, es decir aquellos que lucharon por la libertad, en la mayoría de los casos quedaron marginados del escenario político. Bien es cierto que Václav Havel sigue siendo el presidente de la República Checa; Viktor Orbán, el primer ministro de Hungría, y Gábor Demszky, alcalde de Budapest; pero las formaciones políticas que nacieron de la oposición democrática al régimen dictatorial y que estaban relacionadas con aquella tradición están hoy marginadas y pierden habitualmente las elecciones. En esto hay alguna lógica de la revolución que repele a sus creadores, pero que al menos ya no devora a sus hijos, lo cual no es poco.

El ejercicio del poder exige otras habilidades que la de simplemente tomar parte en una oposición antitotalitaria. Exige más profesionalismo que idealismo, más astucia que valor, más competencia que heroísmo. En la época de la dictadura, un intelectual era aquel que hablaba en nombre de la nación amordazada. Hoy en día, la nación ya no está amordazada y, en consecuencia, un intelectual deja de ser su guía. ¿Significa esto que los intelectuales hayan dejado de ser necesarios? O digámoslo de otra manera: ¿qué nos ha quedado de aquellos años? Pienso que de aquellos años nos ha quedado un esfuerzo tenaz y heroico para levantar esperanzas. No hay actualmente nada más fácil que el pragmatismo y el cinismo, o la desesperación y la melancolía.

[Traducción del polaco: Xavier Farré]

Frente al muro al acecho

Lutz Rathenow

Escriptor i autor d'un assaig sobre la policia secreta de l'Alemanya de l'Est.
Escritor y autor de un ensayo sobre la policia secreta de Alemania de Este.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Quiero comenzar recordando el 9 de noviembre de 1989. Aquel día me encontraba en un piso repleto de gente junto con defensores de los derechos civiles de la RDA y discutiendo con diputados franceses e italianos del Parlamento Europeo (socialistas y comunistas) sobre el futuro del socialismo en la República Democrática Alemana. Para estos europeos occidentales, los de la RDA éramos de algún modo la esperanza de la humanidad, cosa que complacía a algunos, mientras que otros intentaban, más bien, dar a conocer el desastre ecológico y económico del país. Los franceses mostraron su entusiasmo mediante metáforas: "Vosotros estáis dando los primeros pasos en un terreno desconocido, de forma similar al primer hombre que pisó la luna." La respuesta no se hizo esperar: "¿No conoces los paisajes industriales cerca de Bitterfeld y Halle?, para nosotros son de sobras conocidos." En medio de la discusión entre los entusiastas y los pragmáticos corrió el rumor de que la frontera estaba abierta, noticia que se recibió más bien con indignación e incredulidad. El anfitrión, actualmente en las filas de la CDU,¹ nos pidió tranquilidad, argumentando este ruego con el hecho de que la necesaria discusión no debía verse enturbiada por los acontecimientos del día. No obstante, el piso se iba vaciando. En algún momento, todos fueron entendiendo lo que estaba sucediendo. Me alegré y pensé que se trataba de una trampa. Me dirigí a casa con la sensación de que, una vez más, había sido más listo que la RDA. Nosotros, los que estábamos en aquel piso, pensamos que se trataba de una nueva estratagema del gobierno, que dejaría pasar durante la noche a cientos de miles de habitantes de la Alemania del Este por la frontera para cerrarla herméticamente de nuevo por la mañana. De esta forma se desestabilizaría Berlín Occidental. Desde hacía mucho tiempo en nuestros círculos nos preguntábamos cuántas personas tendrían que pasar a Occidente para que el gobierno de la Alemania Occidental insistiera en conservar el muro. Personalmente, ya sólo esperaba de la RDA trucos cada vez más siniestros. Esto era también lo que se comentaba en el paso fronterizo de la calle Bornholm. "Abrimos las esclusas" se supone que fueron las palabras de un oficial a un subordinado. A los primeros ciudadanos de la Alemania Oriental que cruzaron la frontera se les selló el visado. El superior de servicio recomendó por teléfono relajar la vigilancia, ya que miles de personas estaban esperando en el paso fronterizo, que normalmente estaba cerrado. Había que evitar que las personas con el visado sellado volvieran a la RDA. El país no necesitaba a los que anhelaban de tal modo viajar a Occidente. Ni este oficial ni yo mismo pudimos imaginar que el Estado perdiera completamente, en tan pocas horas, su soberanía en la zona fronteriza. Me di cuenta poco después de medianoche, cuando llegaron los primeros amigos desde Berlín Occidental, precisamente aquellos a quienes estaba vetado entrar en el país por sus actividades políticas. Durante las siguientes semanas, una pequeña oleada de fugitivos de Berlín Occidental llegó a nuestra vivienda en Berlín Oriental.

"Sobre el muro acecha un pequeño chinche", así comienza una vieja canción infantil alemana. Naturalmente también en la RDA se cantaban canciones infantiles alemanas, justamente porque circulaba poca música pop, que podría haber desplazado a este tipo de canciones. Tras la construcción del muro en 1961, esta canción infantil adquirió un cariz irritante para el Estado de la RDA. Los cantautores y gentes del cabaret jugaban con su letra, que no sólo contenía la provocadora palabra *muro*, sino también *chinche* (que se utilizaba como eufemismo para designar los aparatos de escucha a los que recurría habitualmente el Ministerio de Seguridad del Estado). Así, la RDA no sólo creó su propia propaganda, sino que cambió a todos y todo, no solo las viejas canciones infantiles. De la misma forma que en aquella famosa historia en la que un rey convierte en oro todo lo que toca, parecía que en la RDA todo se convertía en RDA. El muro ordenó mi vida. Evitó nuestros viajes turísticos a los países occidentales y tuvo por objeto mantenernos alejados de los periódicos y libros extranjeros, lo que hizo que nos resultaran aún más interesantes. Más tarde, antes de

estudiar, tuve que hacer el servicio militar como soldado en la frontera. La experiencia de esa vida ordenada por unas reglas absurdas y siempre dispuesta a matar provocó en mí un hastío fundamental que abrió la puerta hacia una evolución en el sentido de convertirme en un oponente que quería mejorar ese Estado. Hasta que un día descubrí con horror que sólo deseaba que ese Estado dejara de existir. No había perspectiva alguna de que ese deseo se cumpliera. Quiero contarles únicamente dos episodios de aquel tiempo que pasé en la frontera. Un soldado a mi lado, ya que siempre teníamos que salir en pareja para que uno pudiera matar al otro si éste quería fugarse, exclamó repentinamente: "Qué aburrimiento. A ver si aparece algún fugitivo para que el tiempo pase más deprisa." El segundo episodio es el siguiente: en un lugar que resultaba especialmente difícil de vigilar, una calle de la zona prohibida, a donde nunca llegaba un coche, llevaba directamente a la frontera. En el caso de que hubiese llegado un coche había que dispararle rápidamente para que no se abriera "una brecha fronteriza". Además de las órdenes oficiales existían también rumores no oficiales que tenían tanto una función motivadora como estimuladora. Uno de esos bulos era el siguiente: la seguridad del Estado (es decir, la policía política, que realmente no gozaba de las simpatías de nadie) organizaba de vez en cuando rondas de control para examinar el espíritu de vigilancia de los guardias de la frontera y para, en caso necesario, denunciarlos. Había, pues, que realizar algunos disparos certeros para que estos chicos de la Stasi² vieran quién sabía realmente disparar. De esta forma, la ira que despertaba una parte del aparato del poder de la RDA servía para que la otra parte del aparato funcionara aún con más perfección.

Hasta 1977 viví en Turingia, donde la frontera estaba al mismo tiempo cerca y muy lejos, ya que desaparecía en los bosques. Cuando alguien se acercaba se le controlaba ya en el mismo tren y, por ello, era algo que se trataba de evitar. Después viví en Berlín Este, donde esto ya no era posible. De algún modo, el muro fue lo más interesante de esta ciudad. Mi vida en el Berlín Oriental fue colorida y rica en impresiones, tanto en mi calidad de beneficiario del fomento a la cultura de la capital por parte del Estado, como de enemigo vigilado por este mismo Estado. En 1987 escribí lo siguiente en un libro sobre Berlín Oriental: "Esta media ciudad es, no obstante, un todo nuevo. Qué sería de ella sin su anexo occidental, esta caja de resonancia que hace que nuestra parte de la ciudad tenga un sonido muy singular y nos estimula a ser algo especial."

Para nosotros, Occidente no era tan solo una mancha blanca en el mapa, sino que nos definíamos en relación con la Alemania Occidental, que solíamos llamar la RFA. Nosotros, los de la RDA, estábamos unidos a este segundo Estado alemán como si de un gemelo siamés se tratara. Esto era aplicable tanto a los representantes del Estado –que trataban de conseguir dinero y reconocimiento, además de la afirmación de una hostilidad política– como a los simples trabajadores, que gustosamente aceptaban dinero de Occidente para comprar mercancías que, de otra forma, no hubiesen podido obtener. La televisión occidental, que se podía ver por la noche, facilitaba al descontento ciudadano de la RDA informaciones y diversiones que la Alemania Oriental no quería ni podía facilitarle. Occidente en forma de la RFA era determinante para nuestra existencia. En el fondo ya entonces éramos alemanes federales con una existencia célibe en la RDA.

En 1968 pasé las vacaciones junto con mis padres en el lago Balaton de Hungría, donde la situación era más relajada y casi de corte occidental para un ciudadano de la RDA. Para una persona con dinero de la Alemania Occidental, los servicios ofrecidos allí eran baratos, mientras que para nosotros, con el dinero de la Alemania del Este, todo resultaba bastante caro. La casualidad quiso que mis padres trabaran amistad con un matrimonio alemán occidental que nos invitó a comer en su hotel. En la playa, ellos pagaban los refrescos, nos compraban pequeños obsequios y, en una ocasión, también los vales para una sabrosa merienda en el bufé de un caro hotel para huéspedes occidentales. Mis padres aceptaron de buen grado los gestos bienintencionados de nuestros bienhechores occidentales.

A mí no me gustó tener que ser agradecido, aunque también yo me beneficiaba de sus atenciones. Los alemanes occidentales no eran realmente arrogantes, pero yo quise verles como presuntuosos. ¿Actué así, quizá, para no tener que reflexionar demasiado sobre las circunstancias económicas y las causas del trato desigual Oeste-Este? Empezamos a hablar sobre política. En el viaje de regreso nos paramos en Praga, ignorando que unos días

después iban a entrar las tropas del Pacto de Varsovia. Tanto a mis padres como a mí nos interesó realmente lo que ocurrió en Praga bajo el régimen de Dubcek, pero para nosotros Occidente (como tal, en el caso de mis padres) y su cultura del rock y del pop (en el mío) eran más importantes. Nuestro nuevo amigo de Westfalia era miembro del NPD3 y albergaba la esperanza de que su partido cosechara suficientes votos para convertirse en la segunda fuerza del país. Le contradije tímidamente. Mis padres me advirtieron de que fuera prudente para no molestar a este hombre que resultaba ser tan espléndido. Desdichadamente, las cosas ocurren como se piensa que van a ocurrir: el tipo resultó ser lo que por aquel entonces yo hubiera denominado *nazi*, hoy no iría tan lejos. O por lo menos de su boca salían frases como "más de esta chusma de estudiantes habría que fusilar". Sus palabras me indignaron. Su mujer amortiguó el impacto del discurso invitándonos a todos a un helado para apaciguar los ánimos. En tal situación, este hombre se convirtió en mi adversario. La imposibilidad de oponerme realmente a él acentuó mi rechazo. Para mí, esta fue la unión tácita con los hombres del 68 de Occidente. Me sentí a su lado, al menos por lo que conocía y podía percibir entonces. Había que luchar contra hombres tan prepotentes y peligrosos como ese buen señor con su costoso y hortera hotel del lago Balaton. En esto tenía que darle la razón a mi profesor de instrucción cívica;⁴ aunque él se limitaba sólo a hablar y pese a que sus palabras no me convencieron cuando le pregunté por qué no luchaba junto al pueblo vietnamita contra los agresores americanos, o, por lo menos, por qué no se ofrecía como voluntario. En estas ocasiones, mi profesor prefería cambiar de tema. Lo primero que realmente me impresionó de Alemania Occidental fueron los manifestantes en Berlín Occidental o Frankfurt del Main que golpeaban a los policías. No es que Occidente siguiera siendo en el fondo el enemigo, simplemente me parecía aburrido y desolador, al igual que la RDA pero de otra forma. Como sistema de referencia, Occidente formaba parte de la RDA, de tal forma que parecía una continuación de la misma. La República Federal de Alemania era para nosotros la RFA, un Estado que en primera instancia nos facilitaba la televisión, una mezcla de programas del estilo de *Blauer Bock* con música popular, insulsas cancioncillas alemanas de moda y, de vez en cuando, la retransmisión del Carnaval en el programa *Mainz, wie es singt und lacht*. En estas ocasiones me hastiaba tanto que, excepcionalmente, me pasaba al canal de la RDA. No obstante, esta televisión era para mí aun más extraña, y no la hubiese percibido como algo real si no hubiese retransmitido unos programas infantiles auténticamente bonitos. Ya hacía mucho que Occidente nos había captado con su cultura del rock y del pop. Nos había contagiado y había despertado nuestros deseos de sexo, drogas y *rock and roll*. Para el sexo y las drogas, que se podían conseguir en la RDA (alcohol y pastillas), no necesitábamos a Occidente. En cuanto al *rock and roll*, sufríamos de un indudable fenómeno de escasez. No obstante, el *rock and roll* en el fondo venía de Gran Bretaña y de EE UU. El Beat-Club de Radio Bremen, en la televisión occidental, sólo nos recordaba, una vez al mes, aquello que no podíamos ver en otra parte.

En las últimas semanas en Alemania se había podido leer y oír mucho sobre el 68 y sus consecuencias, y también sobre sus acontecimientos y protagonistas. Todo ello nos llegó naturalmente con retraso, a través de algunos pocos libros (*Derriere la vitre* de Robert Merle) o películas (*Fresas y sangre* [*The Strawberry Statement*], EE UU) llegados desde Occidente. Estos libros y películas tenían que sustituir todos los otros a los que no podíamos acceder y, por lo tanto, tuvieron mucho éxito.

No existe una sola memoria en un país, aunque éste haya sido tan pequeño como la RDA. Quizá uno de los efectos más positivos de los encuentros de debate sea poder oír sucesos sorprendentes, tener que resolver cosas tan sencillas como si algo procedía del Este o del Oeste. En Jena conviví con un círculo de amigos que experimentó los acontecimientos del 68 en la Alemania Occidental como el beso político que despertó a la Bella Durmiente. Esto desembocó en el amenazador mensaje que transmitió la entrada del ejército del Pacto de Varsovia en Praga. Sin estos acontecimientos del 68 quizá hubiese aceptado sin más mi papel de soldado en la frontera de la RDA. Quizá éramos algunos años demasiado jóvenes para poder tomarnos totalmente en serio la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga. No obstante, ya éramos demasiado viejos para hacer caso omiso de Praga y sus consecuencias, al igual que de la subcultura de cariz decididamente apolítico que surgió posteriormente. (En el instituto debatimos con dos profesores que, más tarde, fueron presionados para abandonar el centro, asqueados, porque se negaron a celebrar la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en la Checoslovaquia comunista. A un alumno se le detuvo porque llevaba una bandera checoslovaca con un crespón negro.) Pero estos hechos

nunca se pudieron conocer a ciencia cierta, lo cual daba miedo y al mismo tiempo resultaba intrigante. En el fondo, cuando empezamos a pensar demasiado en ello, lo que sucedió en Praga nos frustró. Sin embargo, las revueltas en París y en Berlín Occidental despertaron nuestras esperanzas. Muchas veces, la historia avanza a través de situaciones paradójicas. Es verdad que en la RDA existía un anhelo de violencia, de rebelión contra el poder del Estado. Y el hecho de que alguien, bajo la presión de las circunstancias y por convencimiento, renunciara con determinación a esta fuerza activa es algo que sólo se puede entender claramente ante este trasfondo de sentimientos. Para nosotros durante los años setenta constituía algo casi liberador el que, en otro Estado, alguien atacara a los policías y que no fuera encarcelado por ello en una prisión como la de Bautzen (tristemente célebre). Parecía que los de Occidente también se quitaban de encima la frustración que nosotros sentíamos en el Este. A través de esta rebelión y del seguimiento crítico de esta rebelión por parte de los artistas, la radio y la televisión, en los años setenta, la RFA se fue convirtiendo lentamente para nosotros en el mejor de los dos Estados alemanes. Antes era, simplemente, el Estado que producía los mejores productos, a los que, sin más, no teníamos acceso los de la RDA. Los del Este debíamos tener envidia de los del Oeste. Esto era algo que mis padres me hicieron ver claramente y que no me gustaba. Me acuerdo todavía de que, siendo niño, les pregunté a mis padres por qué todo lo que era bueno llegaba del Oeste. Quise rebelarme tanto contra la RDA como contra Occidente y, al mismo tiempo, contra mis padres. Más tarde, nuestra forma de ver las cosas comenzó a cambiar paulatinamente a causa de nuestras preguntas (inspiradas en parte por filósofos y escritores polacos, checoslovacos y húngaros) acerca de los derechos civiles de cariz centroeuropeo, acercándonos así a la cultura burguesa de Occidente. Los del 68 y los que vinieron después del 68 nos estimularon a plantear las preguntas correctas. Nos transmitieron el valor de desobedecer, algo que incluso era válido para los terroristas. Quisimos malinterpretarlos todo lo mejor que pudimos. Se trataba de continuar el trabajo de educación, pero mediante otros medios. El paso del *me* al *nos* requiere, naturalmente, una explicación. Estoy hablando de unas minorías, utilizadas a modo de ejemplo, para explicar las posibilidades o las imposibilidades de desarrollo. Nosotros participamos de las comunas semilegales de Jena y discutíamos noche tras noche y día tras día, entre otras cosas sobre la fuerza estructural y la tolerancia represiva. En la RDA, estos términos adquirirían un nuevo significado cuando los aplicáramos a la presión educativa en las universidades o a los hombres de la Stasi, que, con aparente amabilidad, nos exhortaban a colaborar. En un intento de describir el control ejercido de forma camuflada por el Estado en la vieja República Federal de Alemania, en el libro de bitácora de Enzensberger sobre el "régimen de incomunicación", publicado en 1973, se describen las circunstancias que reinaban en la RDA. Es el enfoque de un visionario que tiene percepciones precisas y fuertes, pero que no las puede asignar a un lugar determinado donde se hagan realidad. Nosotros, los del Este, disfrutábamos hablando de los enfrentamientos en la República Federal, quizá también para preservarnos, todavía por un tiempo, del análisis de la realidad de la RDA, que nos iba a suponer una gran desilusión. Occidente nos distraía de la resistencia en la RDA y nos conducía, al mismo tiempo, hacia ella. Yo no era el único que, durante algunos años, adoraba al mismo tiempo a Alexander Solzhenitsyn y a Ulrike Meinhoff, hasta el momento en el que el autismo y la disposición a matar de los de la RAF5 nos hastió, y cuando nos dimos cuenta de lo que significaba para las personas la contrarrevolución en China. Fue en aquel momento cuando dejamos de cantar por diversión una canción de nuestro cancionero en el colegio: "Osten erglüht, China ist jung, Rote Sonne grüsst Mao Tse-tung".⁶ Hacía ya mucho que esta canción estaba vetada en la clase de música, pero seguía apareciendo en el cancionero porque éste sólo se reeditaba cada diez años. En aquel momento, China había pasado a ser casi un enemigo para la RDA, algo que la convirtió en interesante. Al mismo tiempo llegó el desencanto de ver con qué indiferencia los manifestantes del Oeste trataban a nuestro Este. "Nicaragua me es más cercana que Dresde", dijo una estudiante del lago de Constanza durante un viaje a la RDA. Me parece importante precisar las observaciones de este tipo para evitar confrontaciones precipitadas, como las que se han podido leer últimamente a menudo respecto a los colaboradores de la Stasi en la Alemania Oriental, a los que no se permite ninguna rehabilitación, al contrario de lo que ha sucedido con Joschka Fischer en Occidente, que incluso ha conseguido convertirse en ministro de Exteriores. Todo lo que no es idéntico es comparable; sin embargo, la rebelión contra el Estado de la Alemania Federal en la calle y la colaboración conspiratoria en interés de una dictadura del real-socialismo tienen causas y efectos demasiado diferentes para poderlos equiparar. Tampoco habría que cotejar el movimiento de no violencia de 1989 en la RDA con el movimiento de los que, en los años

setenta, lanzaban piedras en la Alemania Occidental. La generación del 68 de la RFA ya no tenía compasión con los habitantes de la RDA. La clásica actitud de los alemanes orientales de esperar a que los alemanes occidentales lo arreglaran todo comenzó a parecer cómica. Quizá las piedras lanzadas por Joschka Fischer contra la policía de la Alemania Occidental contribuyeran también a la posterior reunificación alemana.

Hoy en día muchos políticos hablan de forma táctica desde un espacio de pérdida de la memoria. Hablan de algo que tenía que haber sido así, si hubiese sido así. Nada ha sido realmente lo que parecía ser. Sin comprender los absurdos hechos de la historia tampoco se puede entender la nostalgia por la RDA que, a menudo, se encuentra en la actualidad en la zona oriental de Alemania. La RDA sigue teniendo efecto precisamente porque ha desaparecido. “El alemán oriental muere de diferente forma que el alemán occidental”, tal como se leía hace poco en la portada de un semanario alemán. Por lo menos, el artículo relativizaba después esta afirmación furiosa, manifestando que el alemán oriental simplemente cree menos en el más allá que el alemán occidental, o no le parece necesario disimular que alberga esta opinión en una encuesta. Esta separación especial en un cielo –o en un infierno– oriental y otro occidental como perspectiva para después de la muerte, es algo que hasta la fecha ni los teólogos ni los sociólogos han logrado descubrir. Tampoco parece existir la necesidad de un infierno occidental. Si hemos de creer a muchos de los comentaristas actuales, parece ser que el infierno alemán occidental ya se ha instalado. En el segundo semanario alemán más importante, un colaborador de esta publicación explicaba hace poco este hecho desde su punto de vista. Bajo el título “Wir lassen uns nicht kaufen” (‘No nos dejamos comprar’) hacía el siguiente resumen: “Nada sería peor para los alemanes orientales que convertirse en lo mismo que son sus desconsiderados maestros. Se transformarían en monstruos carentes de historia.” Ante esta información, qué otra cosa puede hacer el alemán occidental que callar cortésmente. ¿Qué puede decir a ello? Todas las alusiones al dinero aportado o a la situación política en la extinta RDA se estrellan contra esta firme decisión de mantener una frustración mental permanente. Parece ser que el ex ciudadano de la RDA que protesta tiene con ello, por lo menos, algo entre manos o en su cabeza, lo que constituye una ventaja a la que no quiere renunciar de ninguna manera: su buena conciencia de no tener que tener mala conciencia. La desaparición de la República Democrática Alemana hace imposible luchar directamente contra ella, y el hecho de que se haya convertido en un fenómeno fuera del marco de la investigación histórica y política es su primer éxito a posteriori. Todos podemos hacer ahora interpretaciones de todo tipo sobre ella y a partir de ella. Con o sin muro, la RDA sigue existiendo como algo virtual. La nueva *Rundbrief des Vereins zur Dokumentation der DDR-Alltagskultur* (‘Circular de la Asociación para la documentación de la cultura de la vida diaria en la RDA’) comprueba un hecho sorprendente: cada vez son más los alemanes de la anterior RFA que se suscriben a esta publicación. A los nuevos suscriptores les gusta el “diseño más sencillo” que tenían los objetos de uso común en la RDA, que producen la impresión de que “la RDA es la parte de Alemania que más ha conservado su carácter original y que no ha sido una sociedad de usar y tirar con un consumo excesivo”. No obstante, la sencillez por sí sola no es suficiente. Al Sr. Gogolin⁷ también le interesa el tema de la Stasi, ya que este es un campo repleto de misterios. ¿Es, pues, la misteriosa sencillez la receta de éxito de un país que como Estado está nuevamente en boca de todos los periodistas? Los álbumes de fotografías ofrecen poca resistencia a las interpretaciones que se les quiera dar. La historia de la anterior República Federal de Alemania se refleja por completo en sus fotografías. En sus álbumes no faltan ni la oposición de 1968 contra el narcisismo del Estado ni la RAF. En lo que se refiere a la RDA, esto cambia, ya que faltan imágenes de sectores sociales enteros. A menudo se evitaba intencionadamente que se hicieran fotografías. La sociedad de la RDA, que temía las imágenes, intentaba implantar una imagen de sí misma bendecida en el ámbito oficial. Apenas existen fotografías de acciones policiales o de los servicios de seguridad del Estado. Tampoco existen apenas documentos fotográficos de actividades exitosas de la oposición. Cada imagen de este tipo se hubiese podido convertir en una prueba para un proceso. Hace poco, Katja Havemann, la mujer del ya fallecido opositor de la RDA Robert Havemann, escribió un artículo sobre la reunión fundadora del movimiento cívico Neues Forum.⁸ A nadie de los que participaron en esa reunión se le ocurrió hacer una fotografía. La relación de la RDA con la representación fotográfica era totalmente distinta de la que tenía la sociedad occidental, con todos sus medios de comunicación y avidez de sensaciones; algo que también tuvo efecto sobre la conciencia de aquellos que querían criticar la política de la RDA. En algunas ocasiones se desenmascaró la propaganda, pero en la mayoría de los casos se la

evitaba y se prescindía de obtener imágenes; lo que, consecuentemente, ha sido una razón importante de la ausencia de la RDA en los medios occidentales hasta 1989. Los hombres y las mujeres (entiéndase los que pensaban y, sobre todo, los que actuaban de otra forma) invirtieron mucha energía en "cartas abiertas" y programas serios y a menudo complicados, en lugar de estar presentes con las imágenes en todas partes. Por lo demás, muchas de las fotografías del muro son demasiado amables. En el ámbito oficial, la RDA podía implantar en todo momento una imagen acorde a sus ideas, lo que tiene mucho que ver con el concepto posmoderno de la posibilidad de crear voluntariamente un escenario de la realidad. En el caso de la RDA se daba, sin embargo, un rasgo característico: a este concepto, el Estado unía la voluntad dictatorial de asegurar en todo momento su reivindicación del poder.

El poder ha desaparecido, pero los mecanismos de manipulación siguen actuando allí donde no se los ha desenmascarado mediante testimonios detallados de la época, análisis políticos e información pública. Cosa que sí se ha hecho ampliamente en lo que se refiere al Ministerio de Seguridad del Estado, que hoy en día prácticamente nadie pondría en serio como ejemplo. Al contrario: hay que tener cuidado en no atribuir a la Stasi el papel de causante de todo lo malo en la RDA. Existen varias partes del sistema político de la RDA o de las formas sociales que producía este sistema que no pueden ser representativas del conjunto. El Estado se ha desintegrado en muchas fracciones, algunas de las cuales nos parecen muy terribles, y otras, casi dignas de imitación.

La necesidad de una continuidad de la RDA tiene razones múltiples y causas diversas. En el extranjero normalmente se ha olvidado a este país, o nunca se le ha conocido. La mayoría de la población mundial no se ocupa de la RDA, pero una pequeña minoría lo hace con mucho celo. Tenemos, por ejemplo, a un germanista americano que precisaba de la existencia de este país para obtener, mediante presiones, dinero del Instituto Goethe de Alemania Occidental. Tenemos también al estudiante africano que se sentía bien atendido durante sus estudios en Leipzig y que, en Frankfurt, se encontraba totalmente aislado. Todavía existe la Casa Brecht en Montevideo, último instituto cultural del mundo que quiere cultivar la herencia de la RDA. En todas partes existen intelectuales que necesitaban del Estado alemán más pequeño y pobre como vehículo de su esperanza en un modelo socialista en condiciones de funcionamiento. Parecía que a finales de los años ochenta la RDA era el único estado real-socialista que funcionaba más o menos. "Todavía no podemos hablar de su pérdida, el dolor es demasiado grande." Esto es lo que me dijo un psicólogo uruguayo, ya hacia la medianoche. Un editor de Hamburgo pretendió haber desenmascarado la arrogancia de los alemanes occidentales y publicó dos o tres *best sellers* sobre el este del país, abandonado. En ocasiones es únicamente el mero pragmatismo el que provoca suspiros de nostalgia por el país perdido. "Antes existían dos Estados alemanes que competían en hacer cultura, hoy sólo existe uno que cada vez ahorra más", tal como afirma un germanista noruego. Parece ser que la RDA tiene en todas partes mejor acogida que la zona occidental de Alemania, con excepción de en Europa Oriental y Rusia.

Unos se ocupan demasiado de la RDA, mientras que para otros el tema ya parece cosa del pasado, si alguna vez ha sido un tema de su interés. Esto es aplicable también a Alemania. Y así sucede que este campo de recuerdos se abandona cada vez más a los románticos. Crece, además, una generación que tiene una imagen positiva de la RDA. Eran demasiado jóvenes para haber tenido realmente experiencias negativas. Son los jóvenes que votan al PDS,⁹ o a un partido de ultraderecha, para recuperar algo de la falsa sensación de seguridad al estilo RDA. Los modelos políticos del "Estado sin derecho" y de la Stasi apenas han llegado a estos jóvenes. ¿En qué medida han marcado realmente estos modelos la vida diaria? Los recuerdos de los jóvenes y los análisis políticos no encajan. Faltan traducciones, enlaces, que unan ambas cosas. Los medios de comunicación, comprometidos en gran parte con el discurso de la República Federal de siempre, han comprendido demasiado tarde, o todavía no han llegado a entender, que aquí tienen una misión permanente. Es precisamente la "normalidad" de la RDA la que se sustrae al análisis rápido. ¿Se puede comparar realmente la nostalgia por la RDA con la Liga del Norte italiana o los movimientos separatistas? Aconsejo que aquí procedamos con cautela. ¿Qué amenazas nos llegan realmente de esta post-RDA? En un principio, pocas. Algunas manifestaciones nostálgicas, que muchas veces se anulan ellas mismas por su comicidad involuntaria. Partidos tales como el PDS y su estrella política Gregor Gysi, que en otro orden de cosas fue mi abogado en tiempos de la RDA, utilizan la ex RDA como potencial de amenaza para lograr unas condiciones competitivas

mejores en la nueva Alemania. Atizan la mala conciencia de no ocuparse suficientemente de la zona oriental. Esto también funciona siempre para temas tales como Georgia, la ciudad de Wilhelmshaven, los animales que necesitan protección en el mundo y otros. Por parte de la anterior República Federal existe cierto afán de querer congraciarse con el espíritu dominante de nuestra época, por lo menos en los medios de comunicación. Evidentemente, todos piensan que a nivel económico algo ha ido mal en la reunificación y que, por lo menos, hay que dejar que los del este de Alemania se quejen en paz.

En el peor de los casos, la RDA después de la RDA podría proporcionar el modelo de una sociedad antidemocrática reactivable en tiempos de crisis. Sin embargo, no existen modelos de sociedades democráticas en masa. En lo que se refiere a dos puntos, la RDA es mucho más peligrosa que otras sociedades: ha existido realmente y ha llegado a su fin sin una catástrofe visible, es decir, aparentemente, de forma voluntaria. A pesar de ello, sólo un 5% de su población desea la vuelta del muro. Y la única posibilidad que ven aquí los más inteligentes de ellos para despertar de nuevo el tan querido sistema es convertirlo todo en una especie de RDA. Ya lo decía el himno de este país: "para que el sol brille sobre Alemania tanto como nunca". ¿Es el socialismo con rostro humano de la RDA un modelo de futuro?

Como no república no democrática alemana, seguramente la RDA seguiría siendo en este momento un Estado si hubiese sido un Estado normal. Mientras existía prestaba mucha importancia a existir en realidad, como si tuviera que distraerse todo el tiempo del hecho de actuar como un engendro político de un poder ajeno: la URSS. Por decirlo de alguna manera, era una república de personas doctas creada especialmente para los ideólogos estalinistas, un Estado sin identidad orgánica en cuanto a cultura o historia. De forma distinta que en la República Federal, la visión de futuro no era realmente sostenible. Con la construcción del muro en 1961, el carácter legítimo de la RDA se extinguió por derecho propio. Al construirse el muro, la RDA renunció a proporcionar EL modelo socialista para toda Alemania. También, en otro orden de cosas, casi todos los lemas políticos degeneraron hasta convertirse, en la práctica, en su absurdo desfavorable. El muro no redujo los problemas de la Alemania del Este (sólo en la economía y durante un breve período), sino que los multiplicó, por ejemplo en lo que se refiere a la URSS: debimos sentirnos eternamente unidos de forma amistosa a la URSS y su "ejército rojo". Aunque en realidad, si una familia de un oficial ruso trababa amistad con alemanes, se la trasladaba inmediatamente de vuelta a Rusia o, incluso, durante un determinado período, preferentemente a Afganistán, de modo que para los rusos podía significar un peligro de muerte tomarse demasiado en serio la confraternización entre los pueblos. Yo mismo he estudiado durante diez años el idioma ruso, tanto en el colegio como en la universidad, con el resultado de conocer algunas pocas palabras de esta lengua, poder descifrar el alfabeto cirílico y almacenar tres o cuatro canciones en la cabeza. "Budiet da, svietiet sonze". Que siempre brille el sol. No se trataba de un acto de resistencia política, sino que, simplemente, no existía ninguna motivación para aprender este idioma. Esto tenía además un efecto secundario nefasto. El aplicarme a no aprender durante las horas de clase el ruso hizo que no asumiera la costumbre de aprender idiomas. Naturalmente en los colegios de la RDA se facilitaban conocimientos, incluso conocimientos muy exigentes en ciencias naturales; sin embargo, parecía que las clases de idiomas constituían una práctica para ocupar a los alumnos, haciendo más bien ver que se impartía clase. Nuestro profesor de inglés no había estado nunca en un país de habla inglesa, y los autores del libro de texto, tampoco. Las clases de idiomas servían, más bien, para enseñar cómo no se puede aprender un idioma extranjero con garantías. ¿Era la RDA, realmente, el régimen de terror que creó el muro (en ninguna otra parte el bloque del Este se mostró tan encerrado y tan dispuesto a matar en sus fronteras), así como un sistema pérfido de control e influencia sobre la vida? La policía política secreta (Ministerio de Seguridad del Estado) elaboró medidas de "desmoralización" de los habitantes, a los que consideraba enemigos o que podían convertirse en tales. Se divulgaban rumores, se creaban dudas entre los esposos por medio de cartas anónimas, se marcaban los documentos con medios radioactivos para poder seguir su camino ilegal con un contador Geiger. Naturalmente, también se detenía o se preparaban accidentes de tráfico mediante manipulaciones técnicas. No obstante, en los años del postestalinismo (años setenta y ochenta), la RDA raras veces mataba a sus adversarios políticos. Incluso las detenciones se convirtieron cada vez más en factor económico: el gobierno de la República Federal proporcionaba cada año aproximadamente mil millones de marcos para la compra de presos políticos de la RDA, que necesitaba este dinero. Esto significa que cada año hacía falta un número suficiente de presos políticos o personas que el

sistema declaraba como presos políticos. Cuando ojeo las aproximadamente quince mil páginas de mis expedientes de la Stasi también veo estos expedientes como una documentación que servía para simular que se perseguía de forma implacable a los enemigos (palabras textuales: "personas hostiles y negativas"). No obstante, la Stasi rehuía los ataques de efecto inmediato. Por ejemplo, preparaba minuciosamente durante ocho años una detención. Cuando en 1980 nos detuvieron realmente a dos escritores amigos míos y a mí mismo nos dejaron ir al cabo de diez días a causa de las protestas que se iniciaron inmediatamente en los medios de comunicación occidentales. Aparte de esta RDA curiosamente brutal, al estilo RDA, existía una sociedad aparentemente normal, que un sociólogo denominó la sociedad al *estilo trabajador*. La RDA era el único país real-socialista que, a pesar de todas las crisis económicas, parecía funcionar todavía hasta el final. No sólo es que todos dispusieran de suficiente comida, sino que, además, podían hacerse visitar de forma gratuita por su dentista sin tener que pagar sobornos. Esta RDA represora y, al mismo tiempo, mínimamente habitable determinó una forma de ser que hoy en día sigue dominando la conciencia de las personas. La vida después de la caída del muro se compara constantemente con la vida de antes, lo mismo que una época histórica corta que explica muchas cosas porque ocupa mucho espacio en los recuerdos: desde octubre de 1989 hasta octubre de 1990. La RDA que se disolvía, con el muro abierto; el país en el que cientos de personas tomaron las centrales de la Stasi y obligaron a los políticos a dimitir. Estas personas vivieron en un solo año tanto como nunca antes en toda su vida. Como tras la caída del muro, la RDA no quedó eliminada inmediatamente, quedó la nostalgia por este año de anarquía, con la sordina de la angustia vital, pero siempre abierto a las sorpresas.

En una escena de una película policíaca, un policía de la RDA quiere detener a un ladrón, que arremete contra él diciéndole: "Asqueroso cerdo de la Stasi, tú no tienes nada que decirme ". Y el policía se aleja sintiéndose culpable.

Vengo de una ciudad que el 9 de noviembre de 1989, como por arte de magia, se partió en dos para unirse después y que, ahora, intenta ir creciendo para formar de nuevo una unidad. Son a menudo los taxistas los que expresan lo que realmente irrita a la gente. Hace poco, uno de ellos de la zona oriental, enfadado, lo puntualizó así: "Antes, por lo menos, sabíamos que todo era mentira. Hoy, ni eso es ya así."

Para mí la RDA, y con ello adelanto el desenlace de esta historia, es un caso de ensayo interesante para la unificación europea: la unión del Este y del Oeste en un país que nunca se había sentido parte del bloque del Este, aunque era una de sus partes políticamente más fiables. Esta historia alberga todo un potencial de experiencias y sucesos que, si se observa con curiosidad lo que ha sido y lo que sigue siendo actualmente bajo múltiples disfraces, puede liberar energía para el proceso de unificación europeo. La RDA era un híbrido entre Este y Oeste, donde no sólo se copiaba un sistema autoritario y en parte totalitario, sino que el original soviético quiso tener ahí una copia mejorada. La Alemania oriental contaba con una Academia de las Artes y una Asociación Cultural que el modelo soviético no preveía. Además, se esperaba que la RDA se acercara más a las necesidades y exigencias de la inteligencia, naturalmente sin prescripción conceptual, ya que ello hubiese hecho que los compañeros de ese país se hubiesen vuelto engreídos, megalómanos y resistentes a las muchas dependencias y exigencias procedentes del Este. Por su parte, la Iglesia, en su papel especial de conexión Este-Oeste y por sus muchas posibilidades transfronterizas, constituía algo así como un laboratorio para una posible unidad alemana (que cada vez eran menos los que la creían posible). Al igual que a los escritores de la RDA, la situación confirió a la Iglesia un significado adicional, un valor de importancia añadido. Este valor añadido ahora se ha perdido, y es precisamente la Iglesia evangélica del Este la que se encuentra en un estado que podría verse como de disolución. El tiempo posterior a la caída del muro ha sido el tiempo de los reconocimientos incómodos: precisamente quien creía estar especialmente desligado del sistema político de la RDA tiene que reconocer ahora que dependía mucho de éste. La reunificación alemana es, pues, una variante del intento de unir Este y Oeste, dos sistemas antagónicos dentro de Europa.

Siendo niño y adolescente me había sentido muy ciudadano de la RDA, pero después cada vez menos. No todos los recuerdos de este país son recuerdos de la RDA. Vivimos en un territorio centroeuropeo marcado en muchos sentidos por la historia alemana. En el norte, pobre y

dispuesto a adaptarse, la vida era distinta que en Sajonia o en Turingia. La vida de provincias del este de Alemania, teniendo en cuenta que, salvo Berlín y quizá Leipzig y Dresde, todo eran provincias, crea paralelismos psicológicos y sociales con otras provincias en el ámbito de habla alemana. En la literatura, los mundos vitales de Austria y de Suiza parecían a veces más cercanos que los de la República Federal, con su carácter urbano. Junto a ello y al mismo tiempo, la RDA era también una parte de la Europa del Este debido a su estructuración política y su pertenencia a una alianza. Un pacto forzado no siempre potencia, no obstante, una integración desenfadada y natural. Esta referencia a la Europa del Este, que no sólo se refleja en el hecho de que en muchas cartas de restaurantes de la desaparecida RDA sigue estando presente la sopa Solyanka,¹⁰ es muy importante y merece ser comentada más en detalle, ya que ofrece posibilidades y puntos de unión para las olas de integración europea antes indicadas, y brinda a la RDA un papel como cabeza de puente. Aunque el término *cabeza de puente* tiene, quizá, demasiadas connotaciones militares; se trataría, más bien, de un lugar de trasiego, un punto de enlace en dirección al este.

Vivía, pues, en una provincia con base centroeuropea, de habla alemana y con características especiales turingias, con el trasfondo de una historia alemana todavía viva y que se manifestaba, en aquel momento, por la existencia del que era para nosotros el segundo Estado alemán, la República Federal de Alemania. Se trataba de una configuración felizmente marcada por América y la Europa Occidental, que se comprendía como sucesora legal de un Estado alemán malogrado en gran parte. Era, pues, centroeuropeo, alemán, europeo del Este, ciudadano de la RDA, turingio y también, ya, ciudadano federal, y no sólo a través de la radio y la televisión. Y todo ello, a la vez. Era un alemán sometido al celibato de la RDA que, con sus obligaciones, me quería privar de determinadas posibilidades que ofrecía Occidente. La República Federal despertaba muchas expectativas. Para entender el actual desencanto del Este hay que conocer primero las expectativas creadas, y ello no resulta fácil. Estas expectativas radicaban en reivindicaciones justificadas y fantasías de salvación no siempre expresadas. La mirada del Este hacia el Oeste está repleta de complejos, y ello no sólo para el ex ciudadano de la RDA, sino aun más para los restantes países del este de Europa. Es un fenómeno que ya percibí anteriormente durante mis visitas por la Europa del Este y, de forma extrema, en Polonia y Hungría. Se trata de expectativas desproporcionadamente grandes, casi brutalmente positivas, respecto al Oeste, que debía explicar y, finalmente, resolver todos los problemas. Ciertamente, estas expectativas podían despertar temor, porque era evidente que se transformarían en desencanto, al no poder cumplirse una parte de las mismas. En el Este secularizado, Occidente en sí se convirtió en un sustituto de Dios, lo que podía significar también el rechazo de todo aquello que la mayoría adoraba. La República Federal de Alemania, adorada o despreciada, lucía como símbolo del paraíso. Cada viaje al Occidente felizmente autorizado se convertía en una peregrinación.

Actualmente se podría muy bien intentar escribir una historia de la RDA como parte de la historia de la República Federal. Esta fijación de la población de la RDA en la República Federal bloqueó, naturalmente, su visión de Europa, al igual que la minoría de intelectuales de la RDA con ideas en contra de la República Federal tenía una actitud positiva frente al resto de la Europa Occidental, o por lo menos pensaban que la tenían. La mayoría de la población de la Alemania Oriental quería un Occidente de una forma en la que ahora no quiero profundizar. Si hablamos de los factores del retraso de la apertura en el Este (y *Este* es aquí, nuevamente, la desaparecida RDA), estos son, naturalmente, una mayor hostilidad frente a lo extraño, a lo que no es familiar, y la falta de curiosidad por la pluralidad de la República Federal, que lleva a no poder entender en el fondo, totalmente, el enfoque de la República Federal hacia la Europa Occidental. A ello hay que añadir algunas cosas que conservaba la RDA y que siguen teniendo, aún hoy, un efecto posterior problemático. La RDA ha cultivado una forma especial de hostilidad a los extraños. El muro es el principio materializado de la delimitación del sistema frente a las opiniones políticas que se creían hostiles, y todos los demás países eran hostiles salvo 7 o 10 países amigos. En 1987 envié el libro ilustrado sobre el Berlín Este con mis textos (y fotografías de Harald Hauswald) a un amigo americano, que nos escribió desde Nueva York que no podía imaginarse que en algún lugar del mundo existiera una ciudad donde en 200 fotografías sólo se ven blancos. La RDA era el último centro de dominio del hombre blanco. La hostilidad a los extraños es un término impreciso y, en el fondo, eufemístico. Creo que en el Este existía un buen número de personas que en 1990-1991 y 1992 pensaban –y esto lo digo sin disfrutar del efecto de mis palabras, que quizá provoquen una sonrisa, porque apenas parecen creíbles– que si continuaba aumentando el paro, problema que ya se había iniciado, desde luego habría que

devolver a su casa, por ejemplo, a los turcos, que ya ni son turcos. Al decir que había que devolverlos a su casa se pensaba: esté dónde esté su casa. Estas ideas estaban marcadas firmemente por un determinado tipo de restricciones. En la RDA no existía el derecho al asilo político. El Estado decidía para cada persona y en cada momento dónde tenía que estar, quién podía entrar en el país y quién no. Partiendo de ello es lógico que exista, todavía hoy, una gran dificultad en el trato con una sociedad abierta como la de la República Federal, precisamente respecto a este problema. Las restricciones procedentes de los tiempos de la RDA y los problemas sociales actuales han creado, especialmente en algunas provincias de la zona oriental de Alemania, un cóctel peligroso, la consecuencia más difícil del muro. Por el contrario, Berlín consiste más bien en un laboratorio de pasados que coexisten el uno junto al otro en su búsqueda de un futuro: el pasado polaco, turco, de la RDA, ruso, oriental, etc. Bajo este aspecto, la fusión de los dos Berlín tras la caída del muro se puede considerar como un caso especial, o un ejemplo, de la unificación europea, y Berlín, como un punto de enlace especial con la Europa del Este.

En 1987 planteé una cuestión en mi libro sobre Berlín Este: "Hoy es el día en el que el muro se ha eliminado sin que nadie se apercibiera de ello. Los 'polis' se han largado. Los puestos fronterizos todavía están allí. Hay una verja con puertas que todos pueden abrir y traspasar. Sólo que nadie lo dice. ¿Cuánto tiempo ha de pasar hasta que las personas comprendan las nuevas posibilidades de las que disponen?" La respuesta se produjo el 9 de noviembre de 1989.

Notas

- 1[1] . Christlich Demokratische Union (Unión Cristiana Democrática), partido de los democristianos alemanes. (*N. del Trad.*)
2. Staatssicherheitsdienst: Servicio de Seguridad del Estado de la extinta RDA. (*N. del Trad.*)
3. Nationaldemokratische Partei Deutschlands (Partido Nacional Democrático de Alemania), la ultraderecha alemana. (*N. del Trad.*)
4. Asignatura de formación ideológica obligatoria en la RDA. (*N. del Trad.*)
5. Rote Armee Fraktion (Fracción del Ejército Rojo), grupo terrorista de ultraizquierda también conocido como banda Baader-Meinhoff. (*N. del Trad.*)
6. 'Rojo es el Este al amanecer, China es joven, el Sol rojo saluda a Mao Tse-tung.' (*N. del Trad.*)
7. Director de la *Rundbrief des Vereins zur Dokumentation der DDR-Alltagskultur*. (*N. de la Trad.*)
8. Movimiento de oposición creado el 19 de septiembre de 1989. (*N. del Trad.*)
9. Partei des Demokratischen Sozialismus (Partido Democrático Socialista), nacido en diciembre de 1989 del Partido Comunista de la RDA. (*N. del Trad.*)
10. Típica sopa rusa. (*N. del Trad.*)[Traducción del alemán: Christian Martí-Menzel]

Los mandarines serbios y la guerra

Obrad Savic

Filósof, líder del grup dissident Cercle de Belgrad.
Filósofo, líder del grupo disidente Círculo de Belgrado.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

"Un decir dramático puede
devolver su imagen violenta a la cruel realidad."
Pierre Bourdieu, La miseria del mundo

1. El telón de fondo

Antes de analizar la figura controvertida y, para aclararlo desde el principio, desastrosa del intelectual nacional serbio, me gustaría definir con precisión el trasfondo político, o sea el contexto público, del que parto. Desde la perspectiva de mi actividad en el Círculo de Belgrado en los últimos 10 años⁽¹⁾ me propongo reconstruir el papel esencial de la élite nacional serbia en la creación de la "legitimación militar" del régimen de Milosevic, sobre cuyas motivaciones y consecuencias todavía no hemos reflexionado suficientemente. Aunque no sea mi intención adentrarme aquí en la muy interesante y turbulenta historia de la creación y actividad del Círculo de Belgrado, he de exponer un hecho irrefutable. El régimen serbio y su oposición nacionalista lo han atacado de forma sistemática con la intención de cuestionar y desprestigiar su actividad pública, cultural y política. A pesar del aislamiento político impuesto que he compartido con mis compañeros de este singular colectivo de Serbia, no tengo ninguna intención de complacerme en una recreación histórica. El rechazo de cualquier mistificación autobiográfica puede protegernos de la prepotencia y enseñarnos moderación.

Dado que pertenezco a una nación que, en su exaltación beligerante, fue derrotada completamente y dejada a merced del vencedor, a una nación que por su culpa y por la estupidez ajena perdió la reputación internacional y la dignidad estatal, me atrevo a decir que todavía no estamos a la altura de la tarea histórica más urgente que tenemos. Nos encontramos ante una comunidad política infantil que todavía no está dispuesta a distinguir entre la culpa individual y la responsabilidad colectiva, ni a enfrentarse con determinación al daño que hemos hecho a los demás y a nosotros mismos. Atribuir la responsabilidad a los demás es una señal de la innegable inferioridad histórica de una nación que intenta despertar la compasión internacional en vez del respeto o la admiración. Desde el comienzo estaba claro que el obstinado provincialismo serbio era el gran enemigo de la modernidad contemporánea, que el provincialismo beligerante de Milosevic era incompatible con el cosmopolitismo democrático. La hiperinflación de los particularismos nacionales en la ex Yugoslavia impedía, en el fondo, cualquier iniciativa entre repúblicas, cualquier llamada a negociaciones constructivas internacionales. El crecimiento inesperado de la claustrofóbica identidad nacional, cuyo lema era la etnia, alejó a Serbia de una manera peligrosa de la tradición europea, de sus vecinos regionales y de sus aliados tradicionales. El etnonacionalismo xenófobo anuló el esfuerzo de muchos años de modernización, ya de por sí tardía, para convertirnos en una comunidad decente, en ciudadanos respetables de la comunidad local e internacional. El regreso del tribalismo sectario reprimido era casi imparable en el territorio de la ex Yugoslavia. Las élites nacionales extraían su poder estratégico de las orgías populistas, del griterío y la algazara de millones, lo que convirtió toda la nación en un laboratorio acústico. El proceso inacabado de organizar los Balcanes se convirtió en un conflicto de particularismos étnicos, en un conflicto en el que Serbia optó por un papel vergonzoso. La formación de los pequeños Estados

nacionales fue legitimada por una ideología antimoderna y una rebelión reaccionaria contra la llamada globalización y el nuevo orden mundial. En cuanto al rechazo regresivo de los criterios culturales occidentales y el repudio bárbaro de los estándares del mundo moderno, el etnonacionalismo serbio tuvo un papel decisivo.

En la vorágine de radicalidad patológica y creciente enemistad entre lo local y lo global, el Círculo de Belgrado intentaba conservar sus principios políticos según los cuales lo nacional y lo internacional no se deben imponer como identidad ni son contrarios entre sí. La importancia del Círculo de Belgrado radica en el hecho de que no se dejó arrastrar al conflicto entre el corrupto poder mafioso y la oposición nacionalista serbia de derechas. Tal y como subrayó su primer presidente, Radomir Konstantinovic, en la asamblea constituyente, no podíamos convivir con un monstruo bicéfalo, no queríamos emparentarnos con la bestia demócrata nacionalista o nacionalista demócrata que por todos lados sembraba violencia, miedo, terror y muerte. Para abreviar, al Círculo de Belgrado se le tiene que reconocer que se opuso con determinación al monstruo nacionalista que se infiltró en el Estado y en la sociedad serbios. Es más, fue el primero que advirtió y denunció la escala inimaginable de la catástrofe y la magnitud del crimen que cometió el bando serbio. Este pequeño y valiente colectivo intelectual fue atacado y permanentemente perseguido, tanto por el régimen de Milosevic como por su oposición nacionalista. Cuando nos opusimos abiertamente a la política estatal de la Gran Serbia, la política que textualmente expulsó de la ex Yugoslavia a las repúblicas secesionistas en potencia, el Círculo de Belgrado se convirtió en un objetivo de la avalancha de odio, desprecio y violencia. Durante años padecimos el maltrato, y en la venganza participaron por igual los políticos del régimen y la oposición nacionalista, la policía secreta y la Iglesia ortodoxa serbia, la Academia de Ciencias y Artes y los medios de comunicación estatales. La sección militante y reaccionaria de la comunidad universitaria satanizó el Círculo de Belgrado. La acusación de haber traicionado los intereses nacionales serbios se convirtió en un lema habitual en el ataque a nuestro compromiso de construir una Serbia nueva y diferente. Precisamente los intelectuales asentados y corruptos de Serbia, los mutilados simbólicos de la identidad nacional serbia, fueron quienes se abalanzaron brutalmente sobre los traidores concentrados en el Círculo de Belgrado. La maquinaria nacionalista de denuncia actuaba en colaboración con las instituciones culturales estatales. La tiranía de Milosevic llevaba años funcionando sin obstáculos y produciendo la verdad estatal del propio poder, creada por la élite nacional. El régimen serbio actuaba precisamente produciendo una verdad interesada sobre sí mismo: institucionalizó brutalmente "su verdad" sobre Serbia, los conocimientos tergiversados que el sistema educativo se encargaba de profesionalizar, y la cultura nacional, de premiar. El poder de Milosevic no se consolidó sólo gracias a las leyes antidemocráticas o a procedimientos seudolegales, sino también gracias a mecanismos diversificados de represión militar y de una densa red de violencia policial. Quiero sugerir la idea de que el proceso de descifrar la estrategia global del poder estatal centralizado de Milosevic no se puede llevar a cabo sin reconstruir la táctica local de la represión, la violencia social en cadena a la que los asaltantes nacionalistas proporcionaron argumentos políticos y cobertura moral. Sería irresponsable políticamente e inadmisiblemente moralmente que la historia del régimen militar de Serbia se redujera a la "guerra particular" de Milosevic. Como si el amado líder de la nación hubiera sido un aventurero solitario que, contra la voluntad mayoritaria de sus ciudadanos, inició un conflicto particular, su guerra civil personal. La génesis de los soberanos y la formación de los súbditos obedecen al mismo principio de lógica militarista que fue puesto en marcha por el discurso bélico nacionalista.

No nos debería sorprender que la élite serbia volviera, justo antes de la guerra, al tópico de la conspiración. El cuento paranoico sobre la conspiración contra el pueblo serbio fue estilizado en colaboración con las pasiones nacionalistas más bajas. Su

objetivo fue activar una vehemente venganza, movilizar el revanchismo populista para que la injusta relación de fuerzas en Yugoslavia cambiara a favor de Serbia. El discurso pérfido de la ira y la amargura funcionó como herramienta para una victoria exclusivamente partidista y sin piedad. El impresionante listado de traidores, donde fueron incluidos homosexuales y pacifistas, estudiantes y opositores, el Vaticano y el Islam, Oriente y Occidente, y finalmente el nuevo orden mundial, revela el tándem fóbico de nacionalismo social y racismo estatal. En el banco de los traidores y conspiradores antiserbios, el Círculo de Belgrado tuvo un lugar de honor. Sería interesante elaborar una antología de las acusaciones que dirigían los asaltantes nacionalistas del régimen de Milosevic y su oposición nacionalista al Círculo de Belgrado. Un llamamiento casi consensuado al linchamiento del grupo fue expresado con frases contundentes y con un lenguaje mediático de odio. Fueron precisamente los misioneros militantes de la Gran Serbia, los incontrolados abogados del odio, la violencia, la limpieza étnica y la guerra nacionalistas, los que se abalanzaron sobre el Círculo de Belgrado. La acusación habitual era que se trataba de una sede de "traidores", "antiserbios", "mercenarios extranjeros", "criados de Occidente", "muyahidines", "mundialistas", "agentes americanos" y "pacifistas de la OTAN". Las huellas imborrables del ataque contra los miembros del Círculo de Belgrado todavía se pueden percibir. Al fin y al cabo, incluso después del llamado cambio democrático en Serbia y después de la caída del régimen de Slobodan Milosevic, el Círculo de Belgrado sigue solo y completamente aislado.

El grupo se fundó en el epicentro del cataclismo creado por la culpa serbia y la irresponsabilidad internacional. Conviene recordar que ¡la comunidad internacional trató a Slobodan Milosevic durante años como socio exclusivo en los Balcanes! En vez de orientarse durante la transición poscomunista hacia una transformación liberal-democrática y hacia la consolidación del Estado y la sociedad serbios, el régimen de Belgrado se apropió del nacionalismo como una ideología ofensiva de la Gran Serbia. El nacionalismo del Estado tenía como objetivo movilizar a las masas nacionales y proporcionarse una coartada para la usurpación unilateral e institucionalizada de los derechos serbios en Yugoslavia. Escondiéndose tras una máscara barata de orgullo nacional y soberanía estatal, el bando serbio ha causado una escalada impresionante de sufrimiento en la ex Yugoslavia. El Círculo de Belgrado, el Comité de Helsinki sobre los derechos humanos en Serbia y otras ONG fueron testigos competentes del ajuste de cuentas de Serbia con el resto de la ex Yugoslavia. En una sociedad que todavía no se ha cansado de mentiras y de exaltación nacionalista era importante iniciar un debate público sobre las dimensiones del crimen que cometió el bando serbio. La magnitud de la catástrofe y del mal que hemos producido no se pueden acallar con el silencio organizado, un silencio casi conspiratorio de la sociedad y el Estado serbios. El interés supremo de la Serbia post-Milosevic reside precisamente en el rechazo y la condena de su propio pasado criminal. Nadie quiere ser el rehén voluntario y mucho menos permanente de la irresponsable aventura bélica del régimen de Milosevic. En este sentido, el nuevo poder democrático de Belgrado debería confesar pública y decididamente que el fallido intento nacional de derrotar y conquistar militarmente Yugoslavia representó una catástrofe nacional de primer orden. También hay que añadir que con la emancipación política de los albaneses de Kosovo y la resolución de la soberanía estatal de Montenegro habrá acabado para siempre la historia de Yugoslavia como un concepto unitario. Hay que decir abiertamente de una vez que el desmoronamiento estatal y social no es otra cosa que el precio obligatorio que Serbia tiene que pagar por el intento (auto)destructor de llevar a cabo su proyecto nacionalista. La mayor parte del sufrimiento que hemos provocado a los demás, y simultáneamente a nosotros mismos, resulta imposible de corregir desde dentro por medio de la misericordia fraternal o el perdón nacional. No son tiempos de sentimentalismos. Aunque sea contra su propia voluntad, Serbia tendrá que aceptar el ajuste de cuentas consigo misma y con los demás bajo una supervisión

internacional. En este sentido se puede aseverar que es imposible llevar a cabo la transformación democrática y la consolidación del Estado y la sociedad serbios sin la ayuda y, por supuesto, la presión internacionales. La reconstrucción y normalización del país supone, entre otras cosas, una aplicación extensa e imparcial de una justicia correctiva que se debería convertir en "ley general del pueblo". Únicamente en un juzgado se puede constatar y castigar la culpa individual, aquella responsabilidad personal sobre la que cae la sombra de la irresponsabilidad colectiva.

Paso ahora a comentar una de las declaraciones del Círculo de Belgrado en la que llamábamos la atención de la sociedad sobre la relación directa entre la culpa individual y la responsabilidad colectiva. El texto decía:

"El ex comandante en jefe del Estado Mayor del Ejército de Yugoslavia, neo-etno-opositor, líder del Movimiento para una Serbia Democrática, es decir Momcilo Perisic, ha vuelto a aparecer con sus destructivos y horrendos 'pensamientos sobre los albaneses'. En la tribuna, organizada por el movimiento estudiantil Otpor ('resistencia') de la ciudad de Nis y dentro del proyecto cuyo amenazador título es 'Cuenta atrás', este comisario beligerante de la democracia serbia sencillamente declaró: 'No soy racista pero tengo que decir que el pueblo albanés no es capaz de convivir con ningún pueblo civilizado'."

Esta declaración profascista, este mensaje racista criminal, que no despertó una reacción firme del público ilustrado, anunciaba un nuevo temor político relacionado con el porvenir de la Serbia post-Milosevic. Un etnonacionalismo tan anacrónico y bárbaro, parásito basado en la retórica anti-régimen, pretendió convertirse en el negativo destino de la sociedad entera. No estábamos dispuestos a atribuir a este destino un sentido trágico y fatalista, ni siquiera cuando, como en el caso de algún otro país, nos vimos obligados, por el bien de nuestro propio futuro, a desear la derrota de nuestra propia comunidad. Hace falta recordar que muchos conversos nacionalistas pusieron sus servicios a disposición del régimen beligerante. Subrayo este hecho con cierto temor compartido con muchos ciudadanos de este país, inquietos por el tono racista de los ex comunistas, que mientras tanto se convirtieron en nacionalistas apasionados. Los conversos despiertan de nuevo una esperanza engañosa de la continuidad de la tentación nacionalista que, como indica el sentido común, ya no se puede defender y mucho menos justificar.

En referencia a la autorresponsabilidad alemana, conviene recordar una observación de Thomas Mann: "Mientras tanto hemos vivido la destrucción desde el aire de nuestras dignas ciudades, destrucción que clamaría al cielo si nosotros, que sufrimos sus consecuencias, no fuéramos los culpables. ¡De qué manera los lamentos por la cultura, dirigidos a los crímenes que nosotros mismos provocamos, suenan extraños cuando vienen de boca de aquellos que, en el escenario histórico, actuaron como anunciadores y representantes de la barbarie, cuyo papel era rejuvenecer el mundo a través de una orgía de crímenes y desorden!". No tengo claro aún cómo, después de todo, los conversos democráticos pueden atreverse a optar otra vez por la barbarie nacionalista. Como si no fueran conscientes de que la Serbia actual, igual que la Alemania de antaño, "se tambalea entre abrazos de demonios, tapándose un ojo con una mano y mirando con el otro fijamente al horror, y se precipita de un desespero al otro". ¡Nadie podía prever que en la Serbia post-Milosevic los conversos nacionalistas nos volverían a empujar hacia el abismo moral! Por desgracia es largo el listado de los militantes nacionalistas vestidos con el ropaje amoral del nuevo gobierno democrático. No podemos defender a los que están involucrados directamente en los peores crímenes con el argumento, sin base alguna, de que "los crímenes cometidos en una guerra no son crímenes; de que los tiempos de guerra son tiempos del mal, donde pasa de todo y todo está permitido". Sin duda se debería revisar el proceso de militarización global del Estado y la sociedad serbios.

2. Nostalgia del frente

Es necesario aclarar el fondo militar del ilimitado poder estatal y político de Milosevic. Pienso que la subida y la caída de Slobodan Milosevic no se pueden entender desde la perspectiva de una "opción democrática" dentro del marco de un debate autocrítico sobre el déficit de la cultura política y la democracia plural modernas, y sobre la inexistencia de un Estado de libertad y de sociedad civil y la carencia de derechos humanos y libertad individual en Serbia. La caída del "régimen de Serbia" y la desaparición del Estado mafioso de Milosevic que habíamos heredado no fueron consecuencia de un acto colectivo de reestructuración democrática de los aspectos básicos políticos, morales o jurídicos del Estado y la sociedad serbios. Dicho de otra manera, tal y como sugiere Latinka Perovic, "la victoria de la oposición democrática en Serbia en las elecciones de septiembre es resultado, sobre todo, del desgaste socioeconómico del régimen de Slobodan Milosevic. La oposición no tuvo otro programa excepto derrotarlo".(2)

Fenómenos como el ascenso sorprendentemente rápido del régimen represivo de Milosevic y la aparición súbita e inesperada de una masa militarizada se pueden explicar únicamente a través del "paradigma bélico" que apareció en el campo político, marcado por el terror estatal y la violencia social. Aunque no quiera sabotear la "idea noble" del renacimiento tardío de las naciones-estado balcánicos, en cuyo nombre mataron a centenares de miles de personas y desplazaron a unos cuantos millones, estoy dispuesto a aseverar que la idea de la Gran Serbia representa la exigencia de que se solapen definitivamente la identidad territorial y étnica serbias. El pueblo, disperso y desintegrado, tiene que cambiar su naturaleza, concentrarse en una masa organizada, unirse en una multitud densa, de la cual debe surgir una nación pura serbia, renovada y unida. Para conseguir el éxito permanente de la activación forzosa de las masas, también se acude a la homogeneización militar y la diferenciación étnica y nacional, que no tiene alternativa y, menos aún, precio. Considero necesario reiterar que este igualitarismo anacrónico y pernicioso surgió de la colaboración entre la élite y las masas. Es más, se puede afirmar que en el caso del etnonacionalismo serbio se convirtió en un consenso explícito y violento que practicaban por igual el gobierno y la oposición, los políticos y los intelectuales. El hecho de que los principales intelectuales serbios participaran en el cambio populista en Serbia revela los elementos de contacto que permitieron la alianza de la multitud y la élite. Provocado y animado por la élite, el pueblo estaba dispuesto a expresarse colectivamente a cualquier precio y volver a hacer historia como una masa homogénea. Precisamente esta irresponsable riada de vulgaridad, que no se puede reducir a una casual e imprevisible turbulencia irracional, fue lo que dio apoyo a la opción bélica de Milosevic. Estas hordas populistas que aclamaban a Milosevic le dieron la máscara terrorífica de una legitimación política. El ambiente de locura colectiva absorbió a casi toda la nación serbia que, cada vez de una manera más explícita, se ponía del lado de los analfabetos, los vulgares y los brutos. ¿Cómo se puede entender el secreto, de resonancias horizontales, del culto al líder por parte de las masas populares, las mismas masas que en la época de Milosevic se "descargaban" y en la democrática se "divertían"? Una parte de la respuesta se encuentra en un célebre párrafo de un texto ya clásico: "Quien quiera, desde una distancia histórica suficiente, entender el efecto *führer* ha de tratar de encontrar el demonio personal del dictador. El secreto del papel que Hitler tuvo en el psicodrama alemán no reside en sus habilidades especiales o en un carisma excepcional, sino en su muy evidente vulgaridad y en su capacidad de hacer gritar con toda su fuerza a una gran cantidad de gente. Parece ser que Hitler devolvió a sus secuaces a los tiempos en los que gritar daba algún resultado. En este sentido, él fue el artista de la acción (acústica) de más éxito en este siglo."(3) Aunque no me quiero dedicar a analogías superficiales e infundadas, me gustaría añadir que Milosevic, igual que Hitler y Stalin, no se destacaba por encima de las masas por su

brillantez, sino que más bien era su auténtico representante y concentrado político. ¿Acaso nos sorprende la célebre declaración de Milosevic al tratar de justificar el asedio político-jurídico a la Universidad en Serbia?: "Para mí, la Universidad tiene una importancia similar a cualquier cooperativa agrícola." un El mandato imperativo de Milosevic tenía en todo momento, como en el ejemplo alemán, un tono de vulgaridad. "No se le ofreció su oportunidad por su excepcionalidad, sino por su inequívoca rudeza y su destacada trivialidad. Si tenía algo excepcional, ello residía más bien en su capacidad de encontrar la vulgaridad en todo, como si él mismo hubiera reconocido en esa vulgaridad un objetivo que podía seguir hasta el final. Su rudo narcisismo estaba preparado para salir al escenario." Milosevic dio la mano a todos los canallas provincianos, a las fuerzas más oscuras de las provincias serbias, a los timadores étnicos, quienes, en su deseo autoengañoso de promocionarse en el marco nacionalista, querían utilizar el destino serbio para su provecho. Sin la ayuda generosa de los mandarines nacionales, Milosevic no habría conseguido convertirse tan rápida y fácilmente en una gran esperanza nacional, el punto de encuentro de todas las ilusiones serbias. Las masas alocadas y las partes más débiles de la élite nacional se fundieron, desesperadas, con el líder porque percibieron que él pertenecía a su esencia dañada. Asociaron su propia vulgaridad descontrolada y su incapacidad vital llena de soberbia con la arrogancia de él, creyendo que el líder estaba en un pedestal y que todos sus súbditos podían alcanzar su gloria y poder intocables. Es un hecho cruel. El enorme desprecio que cayó sobre Serbia desde el extranjero fue dirigido a la inmadura nación que permitió que Milosevic la aglutinara y la encaminara hacia una "totalidad militarista". Nunca deberíamos olvidar este desgraciado hecho.

La ceguera incurable de los intelectuales serbios que embaucaron a toda la nación con el cuento de la Gran Serbia está relacionada directamente con la convicción de que el orden civil, en el fondo, es el orden bélico, de que las instituciones y prácticas militares que los rodeaban, de manera directa o indirecta, representaban el núcleo de una comunidad política moderna, de la vida parlamentaria y del principio estatal. El monopolio de la fuerza, tanto militar como humana (los serbios eran el pueblo más numeroso en ex Yugoslavia), alentó un plan ambicioso, y a la vez nada realista, de Milosevic de someter a la ex Yugoslavia. Para los airados serbios, la política tradicionalmente significaba una guerra continuada por otros medios, y sólo en raras e inevitables ocasiones, una habilidad diplomática de lo posible. No eran únicamente las instituciones y prácticas militares que los rodeaban las que formaban el núcleo militarista del poder estatal de Milosevic. Se puede demostrar que en la época del ascenso de Slobodan Milosevic la mayoría de las instituciones estatales y sociales formaban parte, públicamente o a escondidas, de algún asunto militar o trama bélicos. Se debería reconstruir la historia empírica de la relación especial entre el Estado Mayor del Ejército de Yugoslavia y el Banco Popular de Yugoslavia, entre la policía secreta y el Parlamento serbio. La fuerza descomunal del tándem Iglesia ortodoxa serbia y Asociación de los Escritores Serbios con los cuerpos paramilitares ya no puede esconderse. ¡Recordemos la expresión popular sobre la avenencia entre el incienso y la pólvora! Basta con mirar la fotografía en la que el obispo ortodoxo Amfilohije Radovic bendice una operación de limpieza étnica de Arkan en Bosnia y Herzegovina. Las alabanzas clerical-nacionalistas a la guerra como "hazaña de amor de Dios al hombre" y el ataque abierto a la cultura de la paz están publicados en el libro-programa de la Iglesia ortodoxa serbia *Jagnje Bozije i Zvijer iz bezdana*. El papel decisivo de la preparación militarista de la sociedad para la guerra lo tuvieron los intelectuales nacionalistas serbios. El comentario de Bismarck de que "la guerra es un infierno y el diablo es aquel que la incita con su pluma", apunta con precisión a la responsabilidad indiscutible de la élite intelectual serbia. *El Memorándum* de la Academia Serbia de la Ciencia y el Arte, esa Biblia de la Gran Serbia, desató con su autoridad la erupción de un seudoconocimiento que forma parte de la jerarquía del poder estatal y social de Milosevic. Los mandarines serbios crearon un particular

ambiente cultural y político que manipulaba, aupaba e incitaba aquellas pasiones nacionales que consolidaron el poder carismático de Milosevic. Las instituciones culturales y educativas estaban directamente vinculadas a los ritos de poder de Milosevic, agrandando su autoridad y falso brillo. A esta nación políticamente descuidada se le ofreció la "imagen" mitificada de un líder omnipotente que finalmente solucionaría la cuestión del Estado serbio. La élite intelectual se apresuraba a afirmar que lo que hacía el régimen serbio de ninguna manera podía ser infundado, inútil o bajo, inferior a la dignidad de la verdad nacional o a las hazañas ejemplares de su líder. Cualquier movimiento del régimen serbio se glorificaba y alababa, y los acontecimientos insignificantes del entorno de Milosevic se "congelaban" y guardaban cual monumentos modélicos para las futuras generaciones. Todo lo escrito y dicho durante estos años en Serbia lo fue para mayor gloria del régimen de Belgrado, en el nombre de una nación aparentemente pacífica a la que nadie debía atreverse a cerrar el camino ni a domar su entusiasmo étnico. A cambio, Milosevic prometió abiertamente que en las ruinas de la ex Yugoslavia aseguraría, por las buenas o por las malas, el nuevo nacimiento del Estado nacional serbio. La élite serbia le mostró absoluta confianza: obtuvo el mandato estatal de realizar, a cualquier precio, a través de la sangre y la guerra, el proyecto de la pequeña nación que había soñado durante demasiado tiempo que un día se convertiría en grande. La coincidencia de la élite serbia y el pueblo está detrás de la exigencia casi consensuada de la Gran Serbia. El estatus intocable del líder de la nación, la falta de transparencia respecto a su familia, el clan partidista y la mafia política, económica y militar estaban garantizados gracias al estado de excepción que el discurso nacionalista beligerante estableció en Serbia. La élite nacional de facto y de iure instaló un marco institucional de militarización total del Estado y la sociedad serbios. El proceso suicida de socialización de la guerra se legitimaba a través del derecho "natural" de Serbia de atacar y dividir los territorios de la ex Yugoslavia. La exigencia violenta de igualar los principios territorial y étnico, el suelo y la sangre, dio como resultado los crímenes desenfrenados de las operaciones bélicas a lo largo de la ex Yugoslavia. A diferencia del concepto de guerra estatizada, la forma moderna de guerra que las relaciones de fuerzas, reales o amenazadoras, entre Estados traslada a las fronteras internacionales, la élite serbia se inventó una guerra nacional, un conflicto étnico que tenía que solucionar una tensión centenaria dentro de un organismo social supuestamente unitario. La guerra así socializada dio paso a un conflicto étnico abierto que la sociedad yugoslava practicó consigo misma, con sus propias partes y miembros. El famoso lema "cada uno en su sitio" anunció el principio de la persecución y el aislamiento de los enemigos interiores, la aparición de la práctica antagónica de limpieza del organismo social de grupos étnicos distribuidos de manera no uniforme y de entidades nacionales distribuidas de manera injusta. La contribución decisiva a la creación de la oscura contrahistoria de los Balcanes la tiene el bando mayoritario, el serbio. Fue precisamente Serbia quien inició la invasión militar que, para colmar las expectativas de la nación, debía expresar el principio de soberanía estatal en la ex Yugoslavia. Esperando con impaciencia que se acabara el infinito toma y daca diplomático y las permanentes negociaciones políticas, el arrogante régimen de Belgrado envió sus tropas al otro lado de las fronteras de la República. Ese intento desesperado de dar un golpe de Estado y de legalizar la hegemonía militar en Yugoslavia es el resultado final de toda una serie de ilegalidades, injusticias, abusos, robos, traiciones y crímenes que llevó a cabo el gobierno de Milosevic. A ese asalto a la soberanía de las repúblicas miembros de Yugoslavia, a esa interrupción repentina de una vida en común, a esta locura que no quiso ponerse al servicio de la paz y el orden, los acompañaron las eufóricas historias sobre el derecho natural serbio, sobre el árbol genealógico ininterrumpido de la nación, sobre sus dinastías, sus héroes y sus hazañas bélicas. El ataque violento a Yugoslavia, el asalto exaltado de las formaciones paramilitares fue acompañado por las "historias literarias" sobre los serbios como una nación celeste, una nación grande y "móvil". El movimiento de los tanques y los militares serbios fue estilizado

por el "descubrimiento" de un concepto vago, borroso y muy escurridizo: la nación móvil. Sólo la nación más numerosa, omnipresente y, lo que es aún más importante, dispersa por toda la ex Yugoslavia tiene el derecho legítimo de moverse sin control alguno por todo el Estado, de atravesar las fronteras y territorios ajenos. ¿Cómo se puede, si no, comprender el alboroto populista, el murmullo de la nación que, en nombre de su singular y original justicia, en el nombre de los muertos, sentenciaba: "Donde haya una tumba serbia, eso es Serbia"? Esta fórmula funesta, que en toda Europa despertó gran desconfianza y en los países vecinos miedo, desarregló la función natural y cambió el sentido de la memoria nacional. ¡Las masas despertadas creyeron a los misioneros nacionalistas cuando decían que nuestra libertad se basaba en la pérdida de libertad de los demás! Traducido a lenguaje moderno: la Gran Serbia tenía que ser un "Estado natural", impuesto, basado en la etnia y no un "Estado democrático", basado en el consenso, fundado a base de la voluntad política de todos sus ciudadanos.

Sin el ardiente y turbador discurso nacionalista que durante años dominó a la sociedad serbia, sería difícil comprender que se aprobara la escalada de horrores bélicos y crímenes a lo largo de la ex Yugoslavia. Los nacionalistas envenenaban el discurso público con una historia arcaica de una falsa paz que no era otra cosa que la guerra civil latente y encubierta. Para los nacionalistas, la represión de Milosevic hacia otras repúblicas era sólo el equilibrio de las fuerzas opuestas en una paz falsa que esconde una guerra permanente.⁽⁴⁾ En el trasfondo de la cruda y desnuda irracionalidad, de la crueldad primitiva y desenfrenada, se vislumbra la gran fuerza de los mitos, la potente fuente del habla popular, la gran fuerza de la herencia cultural de la que los asaltadores del nuevo desorden nacionalista se apropiaron violentamente. Las trágicas consecuencias de la construcción étnica serbia, introducida en los discursos público y político serbios por los intelectuales nacionalistas y los siervos clericales de la Iglesia ortodoxa serbia, no se pueden entender sin tener en cuenta la militarización tanto del Estado como de la sociedad. La legitimación militarista del régimen serbio, a la que nos enfrentábamos y contra la que chocábamos permanentemente, se basaba en la clara supresión de la diferencia entre paz y guerra, estado de excepción y normalidad, en la confusa idea del orden civil entendido como el militar. La proliferación incontrolable de antagonismos nacionales, étnicos y religiosos no se podía seguir con exactitud ni neutralizar con eficacia. La élite intelectual serbia creaba por su cuenta y promocionaba a través del sector cultural y de la industria mediática la "imagen xenófoba" de Serbia. La esencia del éxito (in)esperado de la política nacionalista serbia reside en el hecho de que precisamente la política nacional se convirtió en la ideología oficial, la "cosmología" estatal, la autoafirmación institucional del pueblo recién despertado. Sin la fidelidad masiva y la parcialidad beligerante, el nacionalismo nunca se habría convertido en una nueva esencia política de la Serbia unitaria y parlamentaria. La instrumentalización nacionalista de los ciudadanos se convirtió en la movilización militarista de las masas gracias a la unidad interna de la élite, el líder y el pueblo. Las esferas re-politizadas de la vida social -la religión, la cultura, la educación, la economía, el derecho- se activaron de nuevo y se pusieron al servicio de una identidad nacional impuesta. Las causas estructurales de la condensación nacional de todas las esferas sociales, la población y el Estado están por investigar. La omnipolitización del Estado y la sociedad serbios tenía como objetivo renovar la diferencia clásica entre amigos y enemigos y, a la vez, reforzarla aplicando el criterio nacionalista. El llamamiento, moralmente justificado y políticamente argumentado, para que se iniciara un debate público sobre la responsabilidad de aquellos que empujaron a los ciudadanos y, más aún, a toda la nación a agruparse en amigos y enemigos a partir del concepto prepolítico de etnia, se encontró con una fuerte oposición, con un rechazo insistente y apasionado. En el momento en que la "discordia" entre las repúblicas se convirtió en "enemistad" interétnica y en guerra paraestatal no declarada, la (auto)destrucción brutal de Yugoslavia ya no se pudo detener. El (re)agrupamiento antagónico de los pueblos y

etnias yugoslavas, y la transformación de la discordia entre las repúblicas en enemistad internacional fueron provocados por el programa del partido de Milosevic, que se convirtió de manera (in)controlada en política estatal. Dicho de otra manera, una cuestión de "política puramente interna", de "tira y afloja", de "toma y daca" y de cierta "lucha simbólica" (Karl Schmidt) en torno al estatus legal (federación-confederación) de la ex Yugoslavia se transformó, bajo la presión del bando más poderoso, Serbia, en la enemistad en términos de "política exterior", en agresión, en guerra. En nombre del proyecto belicista de la Gran Serbia, la tensión étnica, religiosa y nacional provocada se transformó en conflicto político, drama bélico, guerra real, en derramamiento de sangre y matanza bilateral. La guerra, como el medio más extremo del aislamiento del enemigo étnico, se hizo posible en el momento en que la etnia se convirtió en la esencia de la vida política serbia. Queda abierta la cuestión de por qué fue el *ethnos* y no, por ejemplo, la economía o el derecho, el que se convirtió con tanta facilidad en el equivalente de nuestra política nacional, estatal.

Una vez iniciado, el proceso de apropiación unilateral de derechos por parte de los serbios en la ex Yugoslavia, fue potenciado gracias a las enormes competencias de las que el régimen de Milosevic se apoderó y de las cuales abusó. La ayuda militar, material y humana alentó al bando serbio para que optara por la guerra como "la herramienta más apropiada de la política nacional". La batalla decisiva para la "Yugoslavia serbia", la lucha crucial para hacer coincidir la nación, el territorio y el Estado se llevó a cabo por la decisión del régimen de Belgrado, fuera de la Constitución y el derecho, por el uso del ejército y por la fuerza de las armas. En su inmoralidad violenta, el régimen de Milosevic tomó unilateralmente la decisión de iniciar una ofensiva y empezar la guerra no declarada contra las demás partes, virtualmente secesionistas, de ex Yugoslavia. Sin prestar ni la más mínima atención al marco procesal y jurídico, el bando serbio intensificó y llevó al extremo la militarización de los conflictos nacionales casi unánimemente. La determinación beligerante del gobierno serbio indica que el presidente Milosevic fue mucho más que un "oficinista de banca armado" al que la élite nacionalista involucró en la guerra. Quiero decir que el despertar beligerante de la nación serbia fue inspirado por el resentimiento nacionalista, pero no lo podemos reducir a él. La ruptura del sistema comunista y el giro hacia el nacionalismo desencadenó una cruel batalla geopolítica por los territorios nacionales y su redistribución étnica. El etnonacionalismo serbio fue guiado por la idea fundacional de Estado basado en la distribución del territorio yugoslavo y la creación de un poderoso Estado nacional. Dobrica Cosic, el fantasma que resume todas las ilusiones serbias, dice: "Slobodan Milosevic no se convirtió en un líder y un político carismático por medio del nacionalismo como ideología, sino por la creación del Estado como objetivo nacional". Esta tarea histórica fue asumida por los representantes del viejo y desgastado aparato del poder, quienes obtenían su nueva energía política de la inagotable fuente nacionalista. Se creó la antidemocrática coalición "rojinegra", un bloque antirreformista compuesto por el aparato conservador del partido, el ejército y la policía, por un lado, y por las fuerzas reaccionarias nacionalistas de la Iglesia ortodoxa serbia y los intelectuales, por el otro. En la repartición de los derechos y deberes, la élite intelectual asumió la tarea de crear la imagen chovinista de una nación inocente rodeada por una "coalición antiserbia", de denunciar a "los hermanos hipócritas y mentirosos", de liberar el herido orgullo nacional y, por supuesto, de "ajustar las viejas cuentas pendientes". El sentimiento difuso de una comunidad nacional, condicionado por el reprimido sentimiento de culpa y la silenciada coparticipación en la planificación de los "crímenes contra la humanidad" se encuentran en la base de lo que Nietzsche denominó *el concepto nocturno de la política*.

En la vorágine de las despertadas pasiones nacionalistas, de la renovada exaltación militarista, cualquier exigencia de publicar de manera justa e imparcial la "verdad"

sobre la brutal destrucción de ex Yugoslavia (el derecho a saber qué ocurre forma parte de los derechos civiles básicos en los Estados democráticos, incluso cuando no conviene a los intereses nacionales), de entrada, fue silenciada y ahogada. El conocimiento responsable del pasado reciente, con la memoria viva que se puede poner al servicio de intenciones nobles y, al mismo tiempo, de las más bajas, fue reprimida y aplazada sine die. Cualquier llamamiento a revisar la (auto)responsabilidad del bando serbio fue rechazado como una exigencia prematura e impuesta para aplicar la justicia dentro del llamado *corpus serbio*. El concepto mítico de nación, armado con el odio revanchista ("Serbia es la víctima de los no-serbios." "Estamos rodeados por la coalición antiserbia.") era la base de todos los futuros intereses nacionales. Cualquier propuesta de revisar "nuestra" responsabilidad tenía un supuesto objetivo de ocultar "su" irresponsabilidad, la de los demás y, aún más, de alimentar el deseo de venganza antiserbio, de alentar la pasión del enemigo por el revanchismo y la venganza. La rebelión solitaria contra el abuso nacionalista del poder acabó en el triunfo de las ideologías del odio y la guerra, la victoria de la "Serbia farisea", que todavía no es capaz de enfrentarse a su propia responsabilidad sin las presiones y, a veces, chantajes internacionales. Aunque el análisis de los mandarines serbios se refiere a un período muy limitado y reciente, como máximo los últimos veinte años, he intentado sugerir la tesis de que la larga y sinuosa historia de la hegemonía de la Gran Serbia se desarrollaba, por lo general, en el espacio privilegiado de la gradual militarización del discurso nacionalista.(5)

Serbia, aunque militarmente derrotada, todavía se tambalea en el abrazo de los misioneros nacionalistas, todavía es prisionera del mal simbólico que no nos permite enfrentarnos con responsabilidad, en nombre de nuestro propio futuro, con la mayor tragedia nacional, con la mayor catástrofe estatal y social en la historia moderna de los Balcanes.

Notas

1. En la época temprana y heroica de su existencia, el Círculo de Belgrado tenía 400 miembros y unos cuantos miles de partidarios, amigos y simpatizantes. Entre el 1992 y 1996 funcionaba como un movimiento político de acción civil, rebelión moral, resistencia humana contra todos los horrores de la política militar del régimen de Milosevic.
2. PEROVIC, Latinka, Posle Milosevica, Glasnik NVO, Belgrado, enero de 2001, p.10. De la misma autora, véase también Ljudi, dogadjaji, knjige, Comité de Helsinki de los Derechos Humanos de Serbia, Belgrado 2000. En el prólogo de este libro, la señora Latinka Perovic formuló con precisión el modélico principio moral que debería constituir la base de cualquier actividad pública responsable: "Aparte, siempre consideraba una señal de profunda inferioridad estar obsesionado por los demás y olvidarse por completo de sí mismo como pueblo y como individuo", p. 7.
3. SLOTERDIJK, Peter, El desprecio de las masas, Editorial Pre-Textos, Valencia 2002.
4. FOUCAULT, Michel, Defender la sociedad, FCE, México 2000.
5. Una aportación muy interesante para comprender la guerra y el discurso militar en general se encuentra en las siguientes compilaciones: Sonja Biserko (ed.), Yugoslavia: Collapse, War, Crimes, Centre for Antiwar Action, Círculo de Belgrado, Belgrado 1993; Obrad Savic (ed.), Evropski diskurs rata, Círculo de Belgrado, Belgrado 1995; "Cisti rat", Belgrade Circle Journal, Belgrado 1995; Bozidar Jaksic (ed.), Ka jeziku mira, CFDT, Belgrado 1995; Nebojsa Popov (ed.), "Srpska strana rata", Republika, Belgrado 1996. Libros sobre la crítica de la "estilización nacionalista de la guerra en Serbia" que publicaron en la colección del Círculo de Belgrado los siguientes autores: Bogdan Bogdanovic, Grad i smrt, 1994; Ranko Bugarski, Jezik od mira do rata, 1994; Filip David, Fragmenti iz mracnih vremena, 1994; Mirko Kovac, Bodez u srcu, 1995; Mirjana Miocinovic, Nemoc ociglednog, 1997; Miladin Zivotic, Contra Bellum, 1997; Leonidas Hadziprodromidis, Umorstvo Jugoslavije, 2000. A este listado hay que añadir los interesantes libros: Ivan Colovic, Bordel ratnika, Biblioteka XX vek, Belgrado 1993; Hans Magnus Enzensberger, Perspectivas de guerra civil, Anagrama, Barcelona 1994.

[Traducción del serbio: Maja Drnda]

Paul Scheffer

Periodista i analista d'Holanda.
Periodista y analista de Holanda.

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

I. FORCE MAJEURE AND SELF-RESTRAINT

European history is soaked with war and the memory of war. Anyone who suspects war to be an inseparable part of coexistence will easily find this notion confirmed. Sooner or later, group formation will result in an invitation to conflict. Once a boundary has been drawn, the moment will invariably arrive when this dividing line between residents and outsiders, arbitrary by nature, becomes controversial. The same phenomenon shows itself with a far higher level of violence in the era of nation building. Entire populations are mobilised to make wars possible.

The First World War strongly confirmed the belief that armed conflicts are ineradicable, thus pushing aside faith in progress, which had prevailed throughout the nineteenth century. The break after a long period of unprecedented growth in wealth and science could hardly have been more profound. Just think of Paul Valéry's opening sentence in his *Crise de l'esprit* from 1919: "We civilized nations now know that we are mortal". After the war, nothing would ever be the same again. The decline of civilizations which characterizes the first half of the twentieth century, and also, some believe, the latter, dates back to this period.

In the wake of this first, unlimited war there was enormous brutalization of political culture and disillusionment with liberal civilization. The First World War is the setting against which the rise of fascism and communism should be placed. Although there is more to be said about the parallels and differences between these two dictatorial systems, one thing is certain: but for the "archetypal catastrophe" of the First World War, these movements would have had far less chance to take root. The emergence of the two totalitarian systems cannot be understood in isolation from the background of this first "total" war.

It cannot be denied that in Europe, civilization and barbarism are neighbours. European history is steeped in war and imperialism. At the same time, our continent has been dominated by laborious efforts to argue with this simple fate. The liberal hope that preceded 1914 was pursued by other means. First, the League of Nations and next, the United Nations made efforts to mitigate the inequality of power in the world through equality before the law. In this way, international law and democratization are also major themes in the twentieth century.

With ups and downs, the European Union is doing nothing less than making a quest for eternal peace. In Western philosophy, "eternal peace" is a recurrent theme, which has been dealt with by Podiebrad, Leibniz, Rousseau and, in particular, Kant. In his famous *Zum ewigen Frieden* of 1795, written with the echo of the French Revolution ringing in his head, the German philosopher stands up for an alliance of constitutional republics. In his view, states having a civil legal order are not supposed to wage war against each other. After all, citizens have such a direct interest in peace in order to improve their prosperity and welfare, that in a democratic republic their voice against war will always be the deciding factor.

Kant also refers to the shared interests of trading nations and growing openness as

a foundation of world citizenship. "Considering that the regularly advancing community of nations across the world has come so far that abuse of the law in one place is felt anywhere else in the world, naturally, the idea of a legally defined world citizenship is not just a fantastic and exaggerated picture of justice". To our ears this two-hundred-year-old text sounds surprisingly up-to-date, or perhaps we should rather say that analyses about the "CNN-effect" show a surprising anachronism.

The gravity of history is opposed to this ideal of social planning, a fundamental conflict worth thinking about. We cannot simply confine ourselves to an interpretation in which planning and progress dominate. The perspective through which fate and recurrence are made into a worldview should be done justice as a formative power in any analysis. In this way, force majeure and self-restraint contend for priority in Europe.

The long drawn-out war in Yugoslavia, with all its daily atrocities displayed in great detail in the news reports, has had an impact on thinking about these issues. Not surprisingly, many have tried to define the Balkans outside Europe as a new dividing line between civilization and barbarism. The Balkan mentality was widely discussed, a phenomenon to be contrasted at will with our self-image.

At the same time, it was not possible to place Yugoslavia outside Europe. The matter at issue here is not only the boundaries of European integration, but also the far more essential realization that we are witnessing the end of an exceptional situation. What is now being disturbed so abruptly is the feeling of invulnerability that had captured our part of the world. This attitude thrived in the context of growing prosperity, a well-defined self-image of democracy, increasing civil liberties and a closed border with the East.

With the atrocities that reached us daily an old expression has suddenly come to life again: the civilization we so self-evidently seem to share is no more than a thin veneer. In her study on the Balkans, Rebecca West writes: "Only part of us is sane: only part of us loves pleasure and the longer day of happiness, wants to live to our nineties and die in peace in a house that we built, that shall shelter those who come after us. The other half of us is nearly mad. It prefers the disagreeable to de agreeable, loves pain and its darker night despair, and wants to die in a catastrophe that will set back life to its beginnings and leave nothing of our house save its blackened foundation".

Perhaps our part of Europe has found a form of integration that has permanently banned war as a continuation of politics with other means. And we might succeed in enlarging this zone of "eternal peace", step by step with new countries. However, the self-restraint that is now being observed in mutual relations may be disrupted by an appeal to force majeure. One democracy is no longer solidly embedded, old or new passions may erupt. The building of Europe is therefore a fragile enterprise, in particular since many certainties were lost after 1989.

II. A FAREWELL TO EUROPE-IN-BETWEEN

The weak tradition of self-determination has provoked a typical mood of resignation in Central and Eastern Europe. A sense of lacking control of one's own destiny appeared to have become second nature. The term Europe-in-Between (a translation of the German term *Zwischen-Europa*) quite aptly sums up the

experience of the countries that lived in uncertainty between Russia and Germany.

In this respect post-war communism was a continuation of a history in which the bigger neighbouring countries, in turn or jointly, used to trample freedom. The Polish writer Kazimierz Brandys uses a compelling image: "One winter we discover that it has snowed. Then we ask ourselves, is this our snow? Are we under any obligation to shovel it? For there is some question as to whether this snow might not be *theirs*, imposed on us by the Russians in the framework of friendship, and so – shouldn't they remove it themselves?" Such an appealing force majeure is highly attractive: it provides a convenient answer to the question of guilt.

And still it appeared that the resignation of many could be resisted by a revolution whose theme was self-control. After previous attempts at reform in 1956 and 1968 had failed, the year 1989 marked the farewell to Europe-in-Between, a region of countries which now, for the first time in many years, managed to release itself from the yoke of geography and history. By doing so, these nations have got rid of the existential fear that has played such a decisive role in their histories. And this turn of events may deliver us in Western Europe from a permanent source of unrest.

Writers such as Havel, Konrád and Michnik embodied the velvet revolution. In the long years preceding 1989, they were well aware that communism would continue to be the horizon of their daily lives for a very long time. They did not cease to emphasize that they were unlikely ever to reap the fruits of their resistance against the ruling powers, whereas at the same time they would have to suffer the consequences of such a contrary attitude. Although they had every reason to deny responsibility, in a modest way they continued to persevere in an ethic of individual responsibility.

In well-chosen words, Havel expresses in his letters from prison what kept him going in all those years when nothing appeared to move: "When I speak of faith and hope, I'm not thinking of optimism in the conventional sense, by which we usually mean the belief "that everything will turn out well". One may imagine a man with no faith who believes everything will turn out well, and a man with faith who expects everything to turn out badly". Hope and optimism are two different things: hope results from an inner attitude that does not depend on the ups and downs of the outer world.

He had acquired this detached attitude early on. Already after the 1968 invasion, Havel knew that "a de facto defeat need not be a moral defeat; that a moral victory may later become a de facto victory, but a moral defeat, never". In this subtle way he contradicts the force majeure of circumstances. When the ruling powers collapsed, this moral attitude appeared to make an essential contribution to a revolution marked by self-restraint.

The strength of Central European opposition has been the fact that at an early stage they recognized the risks involved in the revolution. However fundamental resistance against communism may have been, in most cases the fear of falling back into another kind of collectivism had the upper hand. In other words: with most critics of the ancient regime, the wish for reconciliation won over the cry for retaliation. Nothing summarized Michnik's attitude better than his formula "for amnesty and against amnesia". Forgive indeed one might say, but never forget.

However, a doubt is gnawing at the back of his mind, since he wonders how this

thought relates to Herbert's verse which he so often quotes: "Do not forgive, for it is not within your power to forgive on behalf of others that were betrayed at dawn". In a dialogue with Havel, both conclude that extensive purges and collective guilt are not the right approach. Havel talks about his objections against the Lustration Act, which he had to sign as president and which removed entire categories of communist officials from public life. Even if this is the case, the choice of "amnesty" cannot simply be the solution when faced with the many citizens whose lives and careers were broken and who now ask for retaliation. "We have been condemned to these dialectics".

The miracle of 1989 was, in particular, the predominantly non-violent and democratic outcome of the revolution. The examples of Meciar and Milosovic show that things might also have taken a different turn: authoritarian and violent lapses were, and still are, not in the least imaginary. The more than average self-control that was displayed in most countries of Europe-in-Between must not remain unanswered. And it should be said that the West European countries have been too hesitant and reserved in their reaction to the enormous possibilities and risks in the East.

1989 has often been seen as the "return to Europe", which was to end many years of isolation. This is because of the fact that for many years Eastern Europe was the biggest open-air museum in the world where, until quite recently, one could make an accurate study of the smells and colours of the forties and fifties. The cars, the clothes, the tables, everything suggested that Marshall Aid had by-passed this part of the world. Between the end of the war and the beginning of peace, the other Europe went through a period of well over forty years of stagnated reconstruction.

This should be taken into account, now that the West is finally in a position to extend a helping hand to the countries of the former Warsaw Pact. But in spite of the momentous events on our threshold, the mental distance between the East and the West has remained great. Only a few people are aware that Poland was situated between three countries that no longer exist: the GDR, Czechoslovakia and the Soviet Union. The hesitation to take up the new countries into the European Union will not have great effects on Poland, Hungary and the Czech Republic. But how will this inertia affect countries like Bulgaria, Rumania and all the others pushing at the back of the queue?

From the moment when new Central and East European countries join the Union we will export stability, but also import instability. We are less concerned here with the somewhat panicky expectations of some, i.e. that immigrants will make for our borders in great numbers. What may be a matter of far greater concern is the legal resilience of the institutions in these countries: will they be able to accommodate the legal standards of the Union and enforce them? Governments would be well advised not only to emphasize the long-term advantages in the fields of security and economics, but at the same time they will have to make clear that the enlargement will also involve problems and expenses. They are acceptable because embedding democracy in this region is not only a matter of our own interest; it is also a great moral obligation. A realistic assessment is called for, in order to prevent public opinion from being ill-prepared and turning its back on enlargement.

The acceptance of new countries into NATO was also a very controversial issue, as it still is. As always, historic analogies played a role in this debate. There are those who argue that now, the same mistake is being made as with the Treaty of Versailles in 1919. On that occasion, a defeated Germany was so humiliated that it did not take long for the cry for revenge to be widely heard. A straight line

appeared to be running from Versailles to Hitler. And now, the enlargement of NATO is humiliating Russia to such an extent that a fierce nationalism is being evoked. Just see what happens: the strong men in the Kremlin have seized upon the war in Chechnya to strip democracy to a minimum.

Others know for sure that the mistake of Yalta 1945 is being repeated, when, as tradition has it, Europe was divided into two spheres of influence. Although in the year 2000, the dividing line may be drawn further to the east, the countries falling outside NATO, in particular, the former republics of the Soviet Union, are given to understand that they need not count on the West. In this way a new sphere of influence is being created over the heads of those involved.

This is a far too one-sided picture. In the modern age this region found itself at the crossroads of "Pan-Germanism" and "Pan-Slavism", at a time when these expansionist ideas had not yet adorned themselves with these names. These influences were never symmetrical. Europe-in-Between used to be a region where German influence made itself more felt and which, simultaneously, acted as a barrier against Russian advance. After 1945, we witness a reversal: in Russian eyes, Europe-in-Between just became a buffer against the West and mainly against West Germany. The big issue after 1989 is, of course, whether we are now going to see a reversal of this historic role again: will this region again become a barrier against Russia?

In 1918, Czechoslovakia's first president, Tomáš Garrigue Masaryk, wrote about Europe-in-Between: "This zone was, and still is, the real political danger zone for peace in Europe". What must never be forgotten, indeed, is that in this region two world wars found their origin. It will not be through intervention outside NATO's treaty area, but through step-by-step enlargement of this area, that a lasting contribution will be made to the prevention of violent conflicts. In this way the zone of "eternal peace", which the West European countries intend to be, will be further enlarged.

The fundamental question remains, though, whether the new Central Europe will again become a buffer against Russia. Is this enlargement not just an unnecessary humiliation of the country that lost the Cold War anyway? Kissinger argues against this that America is laying too much emphasis on the internal reforms of Russia in the hope that democracy and market economy will drive away the memory of Soviet imperialism. In doing so, American diplomacy obviously overestimates the possibilities of influencing internal developments in Russia. An old saying is being ignored: "On the territory of the former Soviet Union not every anticommunist is a democrat and not every democrat is opposed to Russian imperialism".

Much will depend on the extent of mutual trust in future years. After 1989, the image that Russia and the West had of each other was vague –somewhere in between friend and foe– but a fundamental change for the worse has set in as a result of the Kosovo war. Enlargement of NATO was justified by referring to the defensive character of the alliance. However, the alliance has taken on a different face since the war against Serbia and Montenegro; the introduction of a doctrine enabling NATO to conduct "out-of-area" operations means a farewell to a purely defensive role.

Not surprisingly, Russian discontent about the West runs deep. Anyone who wants clarity on this point is asking too much. The orientation of Central Europe is

no more than one factor in an equation with many unknowns. Whether enlargement of NATO will turn out to be a barrier against Russia or form a bridge towards other relationships, mainly depends on internal developments in Russia, but also on the self-restraint the alliance will be able to muster in future years.

III. THE QUEST FOR ETERNAL PEACE

Making Europe is a fragile enterprise. Nothing can be taken for granted: we should look beyond the self-evident world we live in. However, such a perspective is difficult, since the majority of our citizens were born in an integrating Western Europe, a horizon that seems to be obvious. Even if this is the case, behind the continuous incantation of the irreversibility of "Europe" a note of uncertainty is hidden. Anyone with only a cursory knowledge of the history of this continent should see through the fragility of the order surrounding us.

The European ideal is built on a belief in social planning. Seen in this perspective, the European Union is not the outcome of economic laws or social forces, but rather a construct born by political will and moral conviction. Certainly in the long run, this outcome is more open than is often assumed. Europe should be looked at with a feeling for the fragility and the tentative character of the balance that has been achieved.

The integration of Europe is a civilization ideal, which does not mean, however, that as a means to an end, the Union is beyond all criticism. There has always been the hope that the creation of supranational institutions and binding procedures would not only serve general interests, but would also lead to bonds between citizens across borders. Jean Monnet is known to have spoken out firmly on these issues: "Only institutions grow wiser; they store up the collective experience". And: "Institutions govern relationships between people. There are the real pillars of civilization".

In this form of integration both the strength and the weakness of the tradition of Enlightenment reveal themselves. The institutional unification is a calculated exchange of interests which, however, does not live on communal symbols or a shared language. To the average citizen, this cold integration has never come to life, and therefore it will be made permanently vulnerable to a populist undercurrent that knows how to play on the warmth of national or regional identifications.

European integration wants to be nothing but a lesson: "never again". Learning from the history of a catastrophe remains a controversial idea. European integration, however, may be summed up as the attempt, in retrospect, to define the era of 1914-1915 as a European civil war. This can only be done from the underlying thought that the nations of Europe are "federal states" of a comprehensive whole and that a violent conflict should be allocated to the domain of national rather than international politics. This attempt to gradually blur the difference between domestic and foreign politics in Europe, to remove existing borders, is unprecedented.

The aim of the European Union is to be no less than a zone of "eternal peace". The fundamental question in our age is whether democracies are indeed unwilling to wage war with each other. The argument against this is invariably the enthusiasm that was shown by the European democracies on the eve of the First

World War, to engage in armed conflict with each other. At the same time, one may indeed claim that there have not been any examples of war between democratic states after 1918. Fukuyama, intending to continue along the same line as Kant, holds that in liberal democracies "the desire for self-preservation and comfort has overcome the desire to put one's life at risk in a battle for pure prestige".

How enduring, really, is this attempt at "eternal peace"? This may, of course, only be concluded in retrospect, in the event of things going wrong.

First of all, the question should be asked to what extent the European Union contributes to its central task of securing the national democracies against decline. Or will the transfer of powers without democratic control undermine the stable relationships between the nations of European unity in the long run? There is a self-destructive side to European integration as it is now being practised. The rise of nationalist movements that nestle in the democratic "gap" partly created by the Union, is one of the indications of the risks that are now half-consciously being run. It goes without saying that a European Union where voting shares of about fifteen to twenty percent for extremist parties regularly occur, cannot pride itself on democratic stability. Especially now that these movements have an influence on public opinion.

The question is: how far does the old method of integration extend? We are talking about the unintended consequences of a good idea. One could compare the history of European integration with that of the welfare state. Nobody would deny that insuring people against the consequences of unemployment, illness or old age has led to a more humanitarian society. At the same time, only few people will dispute that this insurance has had many unintended effects, such as a high degree of inactivity.

"Europe" also intends to be a civilization project. But the price of this collaboration based on accomplished facts may be high. The picture of an irreversible development –"the train is running, your criticism is too late"– is, of course, at odds with the "trial and error" typical of any democracy. Obscurity sets in when means of secret diplomacy, usually applied to treaties between states, are used to draw up a constitution for Europe. A new constitution is being made behind the backs of those involved. How long can this work?

Only stable democracies, i.e. political communities having some self-confidence, are prepared to open themselves to integration. At the same time, a transfer of powers not subject to democratic control at a higher level provokes an attitude of self-chosen isolation. In this way, the European Union has contradictory effects, which may include stirring up nationalism. Perhaps we will grow towards a Europe of "one-party states", where, backed by domestic consensus, national delegates will be under increasing pressure to defend national interests in Brussels.

In Europe, a community of fate is being developed whose outlines are slowly emerging. What is occurring before our eyes is a constitutional shift, whereby in many domains the border between domestic and foreign politics is becoming blurred. National issues are more and more becoming supranational issues. In a Europe without borders, the Kurdish refugees in Italy are also our refugees; in a Europe with one currency, the Italian deficits are also our deficits; in a Europe pursuing democratic cohesion, the Austrian populist Haider is also our politician. Such a community of fate, in which the import of cons occasionally exceeds the

export of pros, cannot exist without accountability and responsibility.

At the same time, the fundamental question keeps gnawing: is a well-functioning democracy conceivable in a Union with such diverse languages, levels of prosperity, political cultures and legal systems? There are many signs suggesting that the European Union will not become a federation in the classical sense of the word, which implies that the position of the European parliament will remain fundamentally different to that of the national parliaments. How do we deal with this in the knowledge that stable democracy is the foundation of the peace we have been enjoying for over fifty years now?

The following big issue is whether this territory of "eternal peace" may be enlarged by the new countries in Central and Eastern Europe. To overcome the division of 1945 is the essence of the security regime that the European Union intends to be. However, this goal will not so much be served by intervening outside the borders of the Union as by taking in new countries. Seen from this angle, the Union has no foreign policy of consequence, which was painfully illustrated again in Bosnia. Especially by bringing countries under its civilization regime, the Union will be able to play a role in the world.

But will, in consequence, the core of peacekeeping and providing legal order not erode and finally disintegrate in a Union embracing almost the whole continent? Can such a union with future membership of thirty or more countries still be governed democratic manner? So far nobody has come up with an answer to the dilemmas connected with this systematic enlargement. The conflict between workable decision-making and equal representation of all countries, in particular, will be sharp. It is clear already that for a foreign policy to be effective, a sort of "directoriate" of Germany, France and Great Britain will be inevitable.

From the end of the sixties new countries have repeatedly been added to the old continental core. First the West (United Kingdom, Ireland, Denmark), then the South (Spain, Portugal, Greece), next the North (Sweden, Finland, and Austria) and now the East (Hungary, Poland, the Czech Republic, Slovenia and Estonia). The question is: how far may this go without the core starting to erode? How far can integration be stretched and with it the zone of eternal peace in Europe?

Russia will not become a member of the European Union, because who could restore the balance if a continental superpower like Russia were to become part of European integration? Not to mention for a moment the enormous economic disruption and numerous ethnic conflicts that would be involved. The war in Chechnya has revealed a demand for authoritarian government that will make relations between Russia and the West a considerable problem.

The issue of Turkish membership of the European Union, on the other hand, has become a politically urgent question. Not that membership may be considered in the short run, but the impression has taken root in Ankara that the Union is hiding behind the country's lagging economy or the violation of human rights in order to cover up a cultural argument. Christian Europe is supposed to be unwilling to make room for an Islamic country.

Turkey is a secular state which nonetheless struggles with the fundamental problem of the separation of church and state. Shortly after the first World War Atatürk introduced a "revolution from above", pushing Islam back into the position of private religion. Though the separation of church and state has been successful,

it has led to a democratic dilemma in Turkey: in order to maintain the secular state, political pluralism has been restricted – parties with an orthodox religious character continuously face bans – and the role of the army, which has appointed itself guard of the constitution, is also disproportionately great. The armed forces have intervened several times in the post-war period and in this way they have added to a political culture that is responsible for fundamental violations of human rights. In short, it cannot be claimed that in judging a possible Turkish membership, Islam does not feature as an issue

At the same time, Turkey's strategic position on the line of fracture of East and West, the economic importance of the country and, in particular, the exemplary function of Turkey as a secular state with a predominantly Islamic population make it imperative that the relationships between Turkey and the European Union be good. Can the promise that Turkey can become a member be brought any nearer in future years? A fundamental openness towards Turkey will have to be based on the recognition that the country will be the biggest member state of the Union. Other aspects also to be taken into account are economic possibilities but also structural weaknesses, the great constitutional revolution which membership would require in practice and, finally, the strategic consequences of exclusion.

Finally, the issue of democracy returns in a different way where the future of the Union is involved. Many assert that Europe's aloofness in world politics can no longer be maintained. The primacy of "domestic policy" so favoured by many has been little else than wallowing in consumerism under the protective hand of America. Certainly now that European dependence on the United States has painfully been exposed in Yugoslavia, great pressure is being exerted to end this situation. It is indeed unthinkable that the specific solutions that came into effect in the first decade after the Second World War should still have the same appeal. If only for reasons of self-respect, Europe should take on more responsibility.

But will it not appear that this "eternal peace" was based on the capitulation of Europe as a world power? An effective role in the world is not possible without a clear "centre" in Europe. But the very absence of such a centre was the condition for the integration of Europe after 1945. Owing to American dominance, which took care of security and world affairs, the centre of European politics had moved away from the continent. This loss of Europe's role as a global centre was its liberation from an imperial role, which has brought immense riches to the continent, but has exhausted it at the same time. Would not active European power politics upset the democratic balance in Europe?

Is Europe as a "democratic empire" possible? According to the German philosopher Sloterdijk, Europe has its own mental mark. That is the recurring thought of a revival of the Roman Empire. Examples of this are the Carolingian Empire, the Holy Roman Empire, the Napoleonic Empire, the Russian Empire and the Third Reich. Sloterdijk said: "Europe is the stage of imperial transformations, the leitmotiv being a sort of transmigration of the Roman Empire". In his view, it is impossible to think about European integration without having an impression of Europe as a world power.

After an absence of fifty years, how can one play a role again on the world stage? That would ask for German dominance, not just economically like now, but also in a political sense. Perhaps it will be a Franco-German centre of gravity, or a directorate of the three major European powers, but without a centre it will not work. Any attempt to give "Europe" a real external presence will lead to increased internal tensions. Germany's hesitation to fill the European vacuum is being met

with some understanding. At the same time, the European Union is, to an increasing degree, exposed to this pressure to engage in big politics.

The European Union should be taken seriously as a first historic attempt to create a zone of "eternal peace". Will it be possible to save Immanuel Kant's old ideal under new circumstances? Eventually, we can conclude that half a century of peace and prosperity has decreased the sense of vulnerability of democracy. What are the conditions that enable citizens to be open to the world and how can these be strengthened? Maintaining a democratic culture will just have to be a sustained effort. What we take for granted in everyday reality may well turn out to be more fragile than we assume.

Never has the illusion of security better been described than in the autobiography *Die Welt von Gestern* of the Austrian writer Stefan Zweig. It describes the decline of a provisional attitude to life. During his early years, Zweig does not feel like committing himself to anything definite. The more possessions one collects along the path of life, the heavier one's step will be, and so, the emptier and smaller living space, the easier it will be to close the door. This feeling of I am there, but not completely so, is the way to keep reality at a distance. To be detached from a defined place and time, this is the recognizable freedom Zweig is seeking.

With the change of power in Germany and the growing pressure on Austria, the feeling of temporariness is taking on an increasingly more threatening overtone. The cosmopolitan writer sees his space for movement shrink before his very eyes, whilst cherishing his native soil more intensely: "Not yet had that horrible state begun of not having a native country, that nerve-racking feeling of dropping into a void with open, seeing eyes, while knowing that whenever you think you've found a firm foothold somewhere, you may be expelled any moment".

The free choice to live with a suitcase in one's head gradually becomes a compulsion to be ready with a suitcase in one's hand at any moment of the day. The desire to be a world citizen changes into an astonished realization of the importance of having firm ground under one's feet. Cosmopolitanism only thrives in a secure environment. In other words: worldly life starts with a solid rood and a valid passport. The Vienna of around the turn of the century was such a place, where slowness and liveliness went together. At the time, the indestructible certainties of that world turned out to be deceptive. Nobody saw the signs of decline. The wars that followed were those of an "unsuspecting generation", as Zweig wrote. One thing is sure: yesterday's world is of all times.

BIBLIOGRAPHY

- BIBÓ, István, *Die Misere der osteuropäischen Kleinstaateri*, Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1992.
- BRANDYS, Kazimierz, *A Warsaw Diary 1978-1981*, Vintage Books, New York, 1985.
- DUCHÊNE, François, *Jean Monnet: the First Statesman of Interdependence*, Norton & Company, New York, 1994.
- HAVEL, Václav, *Letters to Olga*, Faber and Faber, London, 1990.
- HAVEL, Václav, *Open Letters. Selected Prose 1965-1990*, Faber and Faber, London, 1991.
- KANT, Immanuel, "Zum ewigen Frieden", in: Dietze, Walter [hrsgb.], *Ewige Friede? Dokumente einer deutschen Diskussion um 1800*, Kiepenheuer Verlag, Leipzig und

Weimar, 1989.
KISSINGER, Henry, *Diplomacy*, Simon and Schuster, New York, 1994.
KONRÁD, György, *Die unsichtbare Stimme*, Essays, Suhrkamp, Frankfurt, 1998.
KONRÁD, György, *De oolong in Joegoslavië (en wat erna kan komen)*, Van Gennepe, Amsterdam, 1999.
MASARYK, Tomáš Garrigue, *Das neue Europa*, Verlag Volk und Welt, Berlin, 1991.
MICHNIK, Adam, *Letters from freedom. Post-cold war realities and perspectives*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1998.
SLOTERDIJK, Peter, *Falls Europa erwacht*, Suhrkamp, Frankfurt, 1994.
WEST, Rebecca, *Black Lamb and Grey Falcon. The Record of a Journey through Yugoslavia in 1937*, Macmillan, London, 1946.
ZWEIG, Stefan, *Die Welt von Gestern, Erinnerungen eines Europäers*, Bermann-Fischer Verlag, Stockholm, 1947.

La Rusia poscomunista: ¿hacia dónde va?

Gerhard Simon

Professor de la Universitat de Colònia, especialista en la Unió Soviètica i Rússia.
Profesor de la Universidad de Colonia, especialista en la Unión Soviética y Rusia.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

En diciembre de 2000, la Duma -la Cámara baja del Parlamento ruso- acordó, por solicitud de su presidente, convertir el himno nacional soviético en el himno nacional de la nueva Rusia. El que se venía utilizando desde la caída del comunismo -una melodía de la ópera de Glinka *Una vida para los zares*- volvió a ocupar su sitio en el mundo de la música. No obstante, no se ha utilizado el texto de la época soviética, que comenzaba con las palabras: "La unión indestructible de las repúblicas libres unidas por los siglos por la gran Rusia. Viva la poderosa Unión Soviética unificada creada por la voluntad de los pueblos." Nadie puede negar que estas palabras constituyen una crasa contradicción con la realidad actual.

El nuevo simbolismo del Estado es sintomático de la situación actual de Rusia: junto al himno soviético tenemos el águila bicéfala como símbolo de la Rusia zarista y la bandera tricolor como símbolo de la revolución anticomunista de hace 10 años. En el fondo se trata de una mezcla incompatible de tradiciones históricas contradictorias que hace patente lo siguiente: Rusia se orienta hacia atrás, hacia su pasado. Esta vuelta al pasado se realiza de forma arbitraria y sin principios. Rusia no está dispuesta a renegar, de forma clara y básica, de su pasado comunista. Sigue insistiendo en la continuidad del imperio soviético, al igual que en la del Imperio Ruso de los zares. La falta de una visión de futuro es al mismo tiempo causa y consecuencia de esta búsqueda de continuidad del propio pasado. Aunque las élites y la sociedad rusas están unidas en un consenso patriótico vago, según el cual Rusia volverá a ser un día grande y fuerte, este patriotismo tiene su fundamento principalmente en el pasado, y no resulta suficiente para configurar el futuro del siglo XXI. Por esta razón, el camino de Rusia hacia el futuro está más abierto de lo que es habitual para todo futuro.

Hace 10 años, todo parecía ser totalmente distinto. El poder comunista cayó silenciosamente. El PCUS⁽¹⁾ se retiró del escenario político casi sin ofrecer resistencia y el camino de Rusia hacia la integración en Occidente parecía quedar libre. Rusia quiso ser un país "normal" -como se dijo entonces- y volver, después de la pesadilla comunista y del fracaso del experimento bolchevique, a la comunidad de los países "civilizados". El presidente Yeltsin prohibió el PCUS y, en diciembre de 1991, la Unión Soviética se disolvió a sí misma mediante un procedimiento impecable según el derecho de Estado. Ante los asombrados ojos del mundo, en el lugar de la superpotencia surgieron 15 nuevos Estados independientes, que fueron reconocidos en su totalidad en pocas semanas por la comunidad internacional como Estados de derecho. El poder mundial comunista se disolvió solo -sin guerras, sin presión externa-, simplemente se salió del escenario histórico. La nueva Rusia -así parecía hace 10 años- iba a ser pronto parte de una gran región de paz, democracia y economía de mercado que abarcaría desde el Atlántico hasta Vladivostok.

A esta salida silenciosa de una superpotencia que en tiempos anteriores proclamaba la revolución mundial, le habían precedido los años de la perestroika, durante los cuales Gorbachov quiso, desde 1985, reformar el comunismo, pero de ningún modo suprimirlo. En una cadena sin parangón de sucesivos intentos de reforma, la dirección soviética trató de sacar al país del estancamiento y del atraso frente a

Occidente y superar el descontento que reinaba en el interior, para hacer que el comunismo pudiera competir con el capitalismo occidental. La perestroika comenzó con medidas soviéticas tradicionales, tales como la creación de nuevos ministerios y campañas de disciplina en el puesto de trabajo. A partir de 1987, estas medidas también se aplicaron al sistema político y económico.

La *glásnost*, es decir, la transparencia pública, que comenzó de forma masiva al mismo tiempo que la perestroika, se volvió cada vez más drástica y provocadora. La *glásnost* se entendía a sí misma como crítica de la realidad soviética. El tema de esta crítica fue, primero, el mal rendimiento económico o los crímenes de Stalin; después, el miserable sistema sanitario, y finalmente, las bases y los principios del sistema soviético, que se encontraron en el fuego cruzado de una implacable crítica: ¿De dónde sacaba el PCUS el derecho de dominar y no compartir el poder con nadie? ¿No fueron Marx y Lenin los verdaderos culpables del terror y de la muerte de millones de personas inocentes? Cuando estas preguntas se plantearon públicamente en Rusia se hundió el sistema soviético, ya que no estaba en condiciones de defenderse contra ellas. Si alguien hubiese atacado a la Unión Soviética con ejércitos de tanques o bombas atómicas, la Unión Soviética hubiese estado en condiciones de defenderse y rechazar al enemigo; pero cuando, en el mismo país, la élite comunista dejó de creer en el comunismo, ya no había nada que defender. La caída del comunismo fue provocada principalmente por los mismos comunistas. Esta es la razón por la que hubo tan poca resistencia. Por otra parte, aquí se repetía la misma situación de febrero de 1917: cuando el régimen zarista, desmoralizado por la guerra y las derrotas, dimitió y Nicolás II abdicó, nadie movió un dedo para defender el viejo sistema. Incluso la Iglesia estatal ortodoxa, uno de los pilares más fieles de la monarquía, se pasó al bando de la Revolución.

Si observamos, pues, la perestroika y hacemos balance de la década posterior al final del comunismo, vemos que el desarrollo fue distinto del que habían deseado sus iniciadores y que los resultados fueron también distintos del esperado por muchos observadores. Gorbachov quiso una renovación del socialismo soviético y causó su hundimiento, mientras que los reformadores democráticos, con Yeltsin a la cabeza, quisieron una rápida implantación de la democracia y de la economía de mercado y consiguieron, al cabo de pocos años, el estancamiento y la reacción.

¿Cómo se explica que tantas expectativas se hayan visto defraudadas y que tantas cosas inesperadas se hayan hecho realidad? Para acercarme a estas cuestiones quiero tratar, primero, de aquello que ha cambiado en Rusia en los últimos 15 años y, después, de aquello que ha continuado igual. Tres cosas han salido del escenario histórico: la ideología del marxismo-leninismo vinculante para todos, el aparato de poder del PCUS y el Estado de la URSS. Es muy poco probable que se lleguen a restaurar estos tres fenómenos históricos.

La condición previa central del funcionamiento del sistema de dominio soviético fue la ideología, que tuvo la pretensión de poseer la verdad, vinculante en todas las áreas -desde las ciencias naturales hasta la política-. Según su ideología, el sistema soviético era el más progresista de la historia, el Occidente capitalista se hundiría y el socialismo soviético transformaría todo el mundo de forma revolucionaria. El sistema soviético se legitimaba, pues, a partir de las leyes de hierro de la historia, que supuestamente sólo eran conocidas por él. Por este mismo motivo resultaba innecesaria una legitimación mediante la democracia, la división de poderes o los derechos humanos. Naturalmente, no todos, o tan sólo una mayoría, de los ciudadanos soviéticos creyeron en esta ideología soviética. Pero mientras las élites gobernantes creyeran en el comunismo, o pudieran seguir causando por lo menos esta impresión, el sistema podía funcionar.

En los años ochenta, las dudas sobre la supremacía del comunismo frente al capitalismo occidental llegaron a los dirigentes del Comité Central y del Politburó del PCUS. El equipo de dirigentes que rodeaba a Gorbachov abandonó la idea de que el sistema soviético tenía la verdad y la supremacía, y algunos miembros del Politburó, como Alexander Yakovliev, se convirtieron en antimarxistas militantes.

El dominio del PCUS se basaba, principalmente, en el carácter vinculante y la exclusividad de la ideología del marxismo-leninismo. Por ello, el abandono de la idea de posesión de la verdad jugó un papel decisivo en el final del dominio del PCUS. En otro orden de cosas, también la legitimación del dominio de un solo partido resultaba cada vez más difícil. Un partido revolucionario que ya no hace la revolución, en el fondo sobra. Este hecho ya había conducido, bajo la dictadura de Stalin, a que el Partido Comunista quedase bajo el poder de los órganos de seguridad. Posteriormente, Jruschov quitó el poder a estos órganos del terror y restauró el dominio del PCUS. Durante la era Breznev, el Partido se hundió cada vez más en una crisis de legitimación porque no era capaz de cumplir las promesas repetidas desde hacía décadas. La producción per cápita y, por lo tanto, el estándar de vida de la población quedaban muy por detrás de los países industrializados occidentales. Ya nadie podía pensar en "alcanzar y superar" a EE. UU., tal como había prometido Jruschov en 1961. Todo lo contrario, a partir de los años setenta la economía soviética se hundió en una crisis de crecimiento de la que no había salida, y la distancia con respecto a Occidente aumentó cada vez más a medida que progresaba la revolución postindustrial. El PCUS se hundió bajo el lastre de las promesas no cumplidas.

El mayor cambio para Rusia en los años de 1988 a 1991 fue, sin embargo, el final del Estado de la Unión Soviética. En cierto sentido era una consecuencia de la incapacidad del PCUS de mantenerse en el poder, ya que la URSS fue obra del partido bolchevique. El Imperio Ruso se desintegró a finales de la Primera Guerra Mundial, en gran parte, por las mismas líneas de rotura que, posteriormente, en 1991. No obstante, los bolcheviques revolucionarios dieron marcha atrás a esa desintegración en la guerra civil de 1918 a 1921 y volvieron a reunificar el Imperio Ruso, ahora bajo su dominio. Sin el PCUS en el poder, no habría habido ningún vínculo que hubiese podido mantener unido este imperio multiétnico.

El fin de la Unión Soviética constituye el mayor cambio que se ha producido en la historia de Rusia desde hace siglos, y quizá sólo es comparable a la caída del Estado de Kiev bajo el ataque de los mongoles en la primera mitad del siglo XIII. La actual Federación de Rusia tiene la mitad de la población y del potencial económico que tenía la Unión Soviética, que, a pesar de todas las diferencias nacionales, era un espacio único económico, de tránsito y, sobre todo, político. Por esta razón, la Federación de Rusia es un Estado truncado, cuyos enlaces con el exterior se han roto y tienen que recuperarse paulatinamente bajo nuevas premisas. En este sentido, las pérdidas económicas y de política de poder reales son aún mucho mayores que la disminución cuantificable de la población, del potencial industrial o de las vías de tránsito. Geográficamente, el país se ha reducido hoy a aproximadamente los límites anteriores a la primera mitad del siglo XVII, es decir, a los de antes de la incorporación del norte de Ucrania, que se inició en 1654.

La consecuencia de una observación objetiva de este estado de cosas sólo puede ser la siguiente: Rusia ya no es una potencia mundial y tampoco volverá a serlo dentro de un tiempo previsible. El escenario bipolar de las dos potencias -EE. UU. y Rusia- esbozado por Tocqueville en 1830, en donde ambas ocuparían una posición dominante en el mundo, es cosa del pasado. La vuelta de un mundo bipolar -el paradigma de una política de poder determinante en la segunda mitad del siglo XX- parece más que improbable.

Ante estas transformaciones profundas de Rusia y para la posición de Rusia en el mundo, se olvida fácilmente que mucho se ha mantenido invariable o con pocos cambios. Por ello hay que considerar, aquí, lo que ha seguido igual después de las grandes metamorfosis producidas entre 1988 y 1991. En lo que sigue me centraré en dos aspectos -a mi parecer centrales- de esta continuidad: la posición casi intacta de las viejas élites y la subsistencia de la cultura política rusa, que se nutre de antecedentes históricos muy profundos.

Primero hay que recordar, no obstante, que la comunidad internacional reconoció en 1991, con asombrosa naturalidad, a la Federación de Rusia como continuadora y única sucesora de la URSS. Con ello, la comunidad internacional aceptó las reivindicaciones rusas y las ideas que tiene Rusia de sí misma, que consisten en que se considera sucesora de la URSS, no sólo en el plano jurídico, sino también en el político. En todas las instancias internacionales, desde el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pasando por la CSCE (Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa), hasta el Grupo de los Siete (Ocho) y muchos otros organismos, Rusia pasó a ocupar el lugar de la URSS, que se había disuelto. Los demás Estados sucesores no obtuvieron nada, aunque Ucrania, por ejemplo, presentó reivindicaciones por su tamaño y su potencial económico y militar. Rusia exigió y recibió todas las propiedades extranjeras de la URSS, aunque la Federación de Rusia sólo se declaró dispuesta a hacerse cargo también de la deuda extranjera de la URSS tras largas negociaciones.

En el derecho político interno, esta reivindicación de continuidad se manifestó por el hecho de que, en 1991, todas las repúblicas de la Unión declararon su salida de la URSS excepto la RFSSR (República Federativa Socialista Soviética de Rusia), que se hizo cargo de todas las estructuras estatales, militares y económicas de la URSS que pudo acaparar. De esta forma, en los primeros años posteriores a 1991, la Federación de Rusia se consideró la sucesora sin restricciones de la URSS; aunque por su territorio, población y potencial económico es, en realidad, sucesora de la RFSSR. Sin embargo, desde finales de los años noventa, un mayor pragmatismo ha conducido a que se tome en serio la soberanía de, por ejemplo, Ucrania o de Uzbekistán.

En lo que se refiere a las élites soviéticas, hay que decir que éstas se han mantenido en Rusia por doquier -salvo pocas excepciones- en las funciones dirigentes. Se ha producido un cambio en el sistema político, pero no en las élites. Por ello dudo de si resulta adecuado hablar de una *transición* del poder. Aunque el poder se ha distribuido de otra forma, los poderosos de ayer son todavía en gran parte los poderosos de hoy en día.

Si comparamos el que fue espacio comunista en su totalidad, desde el Elba hasta los límites de China, bajo el aspecto de la renovación de las élites, nos llaman la atención las claras diferencias entre este y oeste. Es en la RDA donde el cambio ha sido más profundo. Cuanto más nos dirigimos al este, tanto más marcada es, sin embargo, la continuidad de las antiguas élites. En los nuevos *länder* de la República Federal de Alemania, es decir, en el territorio de la extinta RDA, los ex colaboradores de la Stasi⁽²⁾ no pueden ocupar altos cargos políticos. Ni siquiera el PDS⁽³⁾ -el partido que ha sucedido al SED⁽⁴⁾- los admite en sus puestos dirigentes. En Rusia, no obstante, un ex oficial de carrera del KGB ha sido elegido presidente. En cuatro de los cinco nuevos Estados de Asia Central -Kazajistán, Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán-, los antiguos primeros secretarios del partido comunista local han alcanzado la presidencia. Esto significa que en Rusia el cambio de élites ha sido más fuerte que en los estados musulmanes de la extinta URSS, pero mucho menos que en el Báltico o en los nuevos *länder* federales alemanes.

Aunque se han disuelto numerosas entidades de la economía y del Partido soviéticos, sus colaboradores han encontrado, en gran parte, puestos en los nuevos organismos poscomunistas. Los centros administrativos en la nueva Rusia no son, en cualquier caso, más reducidos que en tiempos soviéticos. También el paralelismo entre el aparato del Partido y el del Estado, característico de la era soviética, se ha mantenido en parte. En el nivel superior tenemos, junto al Gobierno y sus ministerios, en lugar del anterior Comité Central del PCUS, la administración del presidente. Las decisiones políticas estratégicas las toma, en su mayor parte, este organismo. El paralelismo continúa a nivel de las gobernaciones y de las repúblicas nacionales.

La continuidad de los cuadros políticos resulta especialmente patente en los así denominados ministerios de poder, es decir, en las fuerzas armadas de todo tipo, desde el Ministerio de Defensa, pasando por el Ministerio del Interior, hasta los distintos servicios de seguridad. Tras la caída del comunismo, ninguno de estos ministerios ha sustituido a los titulares de los puestos dirigentes. Por esta razón, naturalmente, en Rusia no existe ninguna persecución de los crímenes que se cometieron en tiempos soviéticos en nombre del Partido y del Estado. Ni uno sólo de los comandantes de los campos de la era de Stalin, o posterior, ha sido condenado. Nadie exige que se castigue a los malhechores.

En la economía, comparativamente, el nuevo personal directivo es numeroso. Una gran parte de las empresas ha sido privatizada y se ha generado un nuevo sistema financiero y bancario. No han sido pocos los "directores rojos" que se han recolocado en posiciones directivas de la economía privada, pero, en general, en la élite de los negocios encontramos a muchos directivos que no habían hecho carrera en el Partido o en el Komsomol5 antes de 1991. Lo que llama la atención es el gran número de hombres muy jóvenes que ya ocupan, a una edad inferior a los 40 años, posiciones preeminentes en la banca y las finanzas. Este grupo incluye, así mismo, a una parte de los miembros de la oligarquía, es decir, de los millonarios, que ejercen al mismo tiempo una influencia política a través de sus posiciones clave en la economía.

En lo que respecta a la élite política en el sentido más estricto, hay que decir que el PCFR(6) no sólo es el mayor partido político, sino también el único representado en todo el país. Constituye el partido con más diputados en la Duma. Pero numerosos parlamentarios de otros partidos o diputados independientes proceden, igualmente, de la nomenclatura soviética. Esto es aplicable, del mismo modo, a una parte de los cuadros dirigentes de los partidos y agrupaciones de la oposición democrática.

Por el contrario, los representantes de los disidentes antisoviéticos son la absoluta excepción dentro de la élite política actual. Uno de ellos es el ex encargado de derechos humanos del presidente Yeltsin, Serguéi Kovaliov. Ello es así porque en la Rusia soviética no existía una amplia fracción de oposición anticomunista, como por ejemplo en Polonia o Chequia.

De esta forma, el cambio de élites, y con ello la transición del poder, sigue siendo en Rusia, en gran parte, un problema biológico. Tendrán que pasar todavía décadas antes de que una nueva generación, cuya carrera no esté enraizada en el sistema soviético, tenga acceso a los resortes del poder.

No obstante, la continuidad en la nueva Rusia no se transmite únicamente por medio de las personas, sino también a través de la tradición de la cultura política todavía vigente, que marca el pensamiento y el comportamiento de la sociedad y de las élites. En toda sociedad existen actitudes, formas de comportamiento e instituciones típicas y al mismo tiempo extraordinariamente duraderas. Se

reproducen más allá de las guerras y las revoluciones. Estos paradigmas determinantes son lo que llamados cultura política, e incluyen tanto las opiniones subjetivas y las formas de comportamiento colectivas, como las instituciones marcadas por estas formas particulares de comportamiento. La cultura política rusa se ha ido formando desde finales de la Edad Media y ha desarrollado unos rasgos específicos que la distinguen de la normalidad de la Europa occidental. Esta tradición labrada a lo largo de los siglos sigue vigente y nos puede ayudar a explicar por qué la Rusia poscomunista va por su propio camino, que se diferencia de forma importante de los senderos que siguen Polonia o la República Checa.

En lo que sigue quiero indicar dos rasgos característicos de la cultura política rusa. El primero es que en el Estado ruso de Moscú se fue formando, desde finales de la Edad Media, un fuerte centro político, mientras que la sociedad seguía estando poco estructurada. La autocracia del Gran Duque, del zar y del emperador fue la receta del éxito del Estado ruso, que partiendo de unos inicios humildes se convirtió, ya en el siglo XVI, en un estado multiétnico y, después y hasta hoy en día, en el país geográficamente más grande del mundo. La tradición de Moscú ha encontrado su continuidad en la época comunista y también en la poscomunista. La función del zar fue asumida por el líder revolucionario, el dictador, el secretario general del PCUS y, en tiempos poscomunistas, por el presidente. Cuando no está claro dónde está la cúpula de la pirámide del poder, Rusia se ve amenazada por el colapso. Por ello corría peligro de desintegrarse en la época del doble dominio de los sóviets y del presidente elegido democráticamente, entre 1991 y 1993. El golpe de estado de Yeltsin en septiembre-octubre de 1993 y la supresión a la fuerza de los sóviets hizo que la pirámide del poder fuese nuevamente visible.

La orientación del sistema político hacia las cúpulas de poder es tan fuerte que Rusia ha aguantado zares que no querían reinar, al igual que secretarios generales del PCUS y presidentes democráticamente legitimados que estaban demasiado enfermos para gobernar. Ello no ha cuestionado nunca el orden básico. En Rusia se han producido una y otra vez acciones, algunas de ellas exitosas y otras fracasadas, para derrocar al autócrata, al secretario general o al presidente, pero siempre con el objetivo de sustituir al titular del poder por otro "mejor", nunca para suprimir el sistema.

Es sintomático que Putin, incluso antes de su elección como jefe de Estado, cortara la discusión acerca de una reducción de los derechos constitucionales del presidente, que había comenzado a causa de la enfermedad y de la falta de criterio de Yeltsin. Putin declaró que estaba en contra de cualquier limitación de los derechos del presidente previstos en la Constitución de 1993. Efectivamente, tanto Yeltsin como Putin se han atribuido competencias que sobrepasan el ya ancho marco de la Constitución. Un amplia potestad presidencial es el tipo del poder adecuado para Rusia.

La concentración de poder en la cúpula continúa, además, fuera del gobierno del Estado, en muchas formas. La gran pirámide se compone de numerosas pirámides más pequeñas que, a su vez, muestran cada una de ellas una cúpula claramente configurada. Después del final del comunismo, los gobernadores de la Federación de Rusia o los presidentes de las repúblicas nacionales crearon, en muchos casos, nuevas estructuras prácticamente monárquicas en sus regiones. La cultura política rusa está marcada por un principio básico autoritario y por la jerarquización, es decir, la ordenación jerárquica de todas las relaciones, tanto en lo institucional como en lo informal.

En las relaciones personales, la pirámide del poder tiene su paralelo en el clientelismo, que sigue siendo el modelo básico de las relaciones sociales. Todos

pertenecen, tanto en el ámbito privado como en el profesional, a una o varias clientelas y -tan pronto como han alcanzado una posición algo destacada- se convierten en patrón de su propia clientela. Las relaciones patrón-clientela no tienen forma jurídica, pero se basan en la reciprocidad y constituyen, en la Rusia de hoy, la estrategia central de supervivencia. El hecho de que no exista un Estado de derecho se sustituye hasta cierto punto por una relación de confianza mutua y un sentido de compromiso entre las personas. Si no fuese así, el país se hundiría en la anarquía.

Otra característica de la cultura política y, por lo tanto, de la continuidad es el anhelo de unidad, unión y consenso. Existe una larga tradición de integración del individuo en la comunidad. Mientras que la cultura occidental, desde el Renacimiento y la Reforma, ha hecho del individuo, sus derechos, obligaciones y posibilidades de desarrollo, el centro de la cultura, en Rusia se sigue entendiendo al individuo, en primer lugar, como parte de una comunidad en la que se integra y a la que se somete. La comunidad campesina, que sometía al individuo a la comunidad de la aldea pero que al mismo tiempo le protegía, ha tenido una importancia determinante para la cultura política.

Hasta hoy en día, la vida política sigue determinada por el anhelo de unidad y unión. Los conflictos se consideran como algo pasajero que se puede y debe superar, y en estos casos, todo el mundo apoya una sola verdad, que tanto en la política como en la religión se supone dada. Ello se opone claramente a la cultura occidental de la discusión y el liberalismo, que parte de la base de que los intereses distintos no se pueden eliminar, sino que hay que encontrar compromisos entre ellos.

En la Rusia poscomunista, el anhelo de unidad y unión ha impedido la creación de un sistema estable de partidos, ya que los partidos políticos son, precisamente, la expresión del carácter dividido de los distintos intereses y de la relatividad. En la Rusia poscomunista, los partidos políticos siguen en sus inicios. Ningún presidente ha surgido de un partido político. También la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial es contraria a la tradición de unidad e integridad, y, por lo tanto, hasta hoy en día en Rusia sólo ha podido hacerse realidad con un alcance muy limitado. Especialmente bajo Putin, la concentración de poder en el ejecutivo ha aumentado claramente a costa del parlamentarismo. Desde 1999, la Duma se ha convertido, en gran parte, en una herramienta sumisa al poder presidencial, sin que partan de ella iniciativas políticas independientes.

¿Cuál es, pues, el resultado de esta curiosa convivencia de cambios profundos y continuidad marcada en la Rusia poscomunista? En general, vemos un cuadro de contrastes, de desunión y de falta de orientación hacia el futuro. Por un lado se mantienen reivindicaciones imperiales y, por otro lado, no se esconde que la participación de Rusia en la población mundial y en el producto interior bruto del mundo ascenderá en un futuro previsible a entre un 0,3% y, como máximo, un 2%. Por una parte, Rusia pretende ser un país democrático y organizado según la economía de mercado y, por la otra, lleva a cabo en Chechenia una guerra contra sus propios ciudadanos, considerando oficialmente la criminalización de la economía como el riesgo principal para su seguridad.

Hasta el día de hoy, la caída del comunismo se percibe más como pérdida que como oportunidad para un futuro mejor. Ello no significa, sin embargo, que haya que prever la restauración del comunismo soviético. Todo está desacreditado: la ideología comunista, el dominio del partido de Lenin y también la democracia y la economía de mercado de talante occidental. Por ello, muchos ciudadanos están convencidos de que sólo la vía especial rusa conduce hacia el futuro. ¿Dónde está

situado ahora el país después de 10 años de práctica de esta vía especial rusa? Se ha formado un híbrido curioso: ya no imperan el dominio comunista monopartidista y la economía dirigida por la administración, pero tampoco una democracia liberal ni una economía de mercado social. La nueva Rusia cumple los requisitos mínimos de un orden democrático: existe una Constitución, así como un presidente y órganos legislativos elegidos. Queda garantizada cierta diversidad de los medios de comunicación. No obstante, no se dan otras condiciones propias de un orden democrático: no existe un consenso básico en la sociedad respecto a la democracia y la renuncia a la fuerza. Es frecuente, por el contrario, la opinión de que Rusia no está madura para la democracia, que el orden liberal significa anarquía y que se necesita una mano de hierro para sacar al país de la miseria. La libertad de los medios de comunicación no está asegurada frente a las intervenciones estatales y a la dependencia financiera. Las elecciones se manipulan.

El orden económico actual muestra una ambivalencia similar. Se cumplen determinados requisitos mínimos para una economía de mercado: una gran parte de las empresas y de los sectores económicos ha sido privatizada y para la mayoría de los productos se aplican precios de mercado. Por otro lado, no se ha producido una separación entre las esferas del estado y de la economía. Toda actividad económica depende en alto grado de permisos y licencias estatales, es decir, de la burocracia. En otro orden de cosas, determinados grupos financieros y oligarquías se han hecho con competencias estatales, privatizando así en parte el Estado. Existe un nuevo corporativismo burocrático estatal y de élites económicas privadas que se reparten el mercado e impiden la competencia. Una parte considerable de las actividades económicas se desarrollan en una franja oscura, fuera de la ley. Por otro lado, la jungla de leyes es tan impenetrable que nadie puede tener beneficios sin infringir las leyes.

Esto quiere decir que la vía rusa no ha impulsado el crecimiento económico, ni tampoco ha ayudado a que se pueda implantar una democracia liberal. No obstante, ha traído la estabilidad política. En Rusia no se ha producido ni una guerra civil ni grandes desórdenes sociales, a pesar de que existían numerosas causas para ello y que se había advertido una y otra vez del peligro de la anarquía. Una gran parte de la población es actualmente aún más pobre que en los tiempos del comunismo. Entre una tercera parte y la mitad de los ciudadanos vive por debajo del límite de pobreza. Por otro lado se ha desarrollado una pequeña capa de ricos y millonarios que demuestran de forma provocativa su riqueza. Sin embargo, también es poco probable que en el futuro se produzcan enfrentamientos violentos de amplio alcance.

La presidencia de Putin es, hasta la fecha, la representación más clara de la vía rusa. Se caracteriza por una combinación de estabilidad política, estancamiento político-económico y retroceso en la democratización. Para ello, Putin cuenta con la aprobación de la mayoría de la población y de las élites. En agosto de 1999, y siendo un político casi desconocido, fue nombrado primer ministro por Boris Yeltsin, a quien sustituyó, en calidad de presidente en funciones, cuando éste se retiró por sorpresa en el paso de 1999 a 2000.

Putin ganó popularidad con una nueva guerra contra Chechenia, que fue presentada como una guerra defensiva de Rusia contra el terrorismo islámico y el separatismo nacionalista que ponían en peligro la continuidad de Rusia como estado. El programa de Putin es de un patriotismo vago, que remarca las tradiciones especiales de Rusia y antepone un Estado fuerte y la concentración del poder, que en su terminología llama *dictadura de la ley*. Putin ha conseguido poner las masas de su parte porque ha presentado la guerra contra los chechenos como la defensa contra un peligro, como una lucha contra los enemigos de Rusia en el interior y desde el exterior. Lo que desde la perspectiva occidental parece una

guerra colonial, es, bajo el punto de vista ruso, una lucha por la preservación de la patria, incluso una guerra para defender a Europa del terror islámico.

Putin se encuentra equidistante del liberalismo occidental y del comunismo totalitario, y en este aspecto coincide nuevamente con el sentimiento general de Rusia. La política de Putin se rige por el lema: "¡Todo el poder para el Kremlin!". Putin intenta suprimir los centros de poder alternativos que se han creado en los últimos 10 años y reunir este poder, nuevamente, en la vertical presidencial. Esto significa una limitación de las competencias de los gobernadores y élites regionales, de los oligarcas, de los medios críticos con el Kremlin, del Parlamento y de la justicia, siempre que ofrezcan resistencia a la política de Putin. Para esta "concentración del poder ruso", Putin cuenta con un amplio apoyo, porque la dispersión del poder en la última década ha adquirido, de hecho, algunos rasgos anárquicos, constituyendo en este sentido una amenaza para el Estado. Ahora existe, no obstante, el gran peligro de que al suprimir los movimientos extremos se destruyan al mismo tiempo los principios de formación de una sociedad independiente del estado.

El objetivo de la política del Kremlin va dirigido a controlar los modernos medios de comunicación. Se quiere lograr que todas las emisoras de televisión del país sean nuevamente estatales. Se utiliza todo tipo de instrumentos, desde disposiciones sobre protección de incendios, pasando por la policía fiscal, hasta procedimientos judiciales y órdenes de detención, para aplastar, especialmente, a aquellos medios y magnates de la comunicación que mantienen una distancia crítica con respecto al gobierno de Putin. Actualmente, la libertad de los medios de comunicación corre, en Rusia, más peligro que en los últimos 10 años.

También el parlamentarismo y, con él, los partidos políticos están en retirada. La Cámara alta del Parlamento -el Consejo de la Federación- ha sido desprovista de poder. Los comunistas, la representación más fuerte en la Duma, han sido integrados y neutralizados, en gran parte, mediante concesiones hechas por el gobierno de Putin. Un movimiento político colectivo, bajo el característico nombre de *Unidad*, apoya a Putin en la Duma. La oposición liberal democrática parece marginada tanto en el Parlamento como en la sociedad.

La renuncia de Putin a realizar reformas estructurales económicas profundas, que conllevarían paro y otros costes sociales, goza así mismo del apoyo popular. En general, la situación económica es actualmente favorable. Los elevados precios en el mercado mundial del petróleo y del gas natural han brindado a Rusia considerables reservas de divisas y han contribuido a estabilizar el presupuesto del Estado. Además, por primera vez, la producción industrial ha experimentado en el año 2000 un considerable crecimiento. Es precisamente esta situación económica comparativamente próspera la que reduce la presión para lograr reformas estructurales y respalda a los que abogan por la vía rusa, favorable a que el Estado sea el principal artífice del acontecer económico. Actualmente no se da ninguna de las condiciones previas para una nueva iniciativa reformista. La población está desengañada con las anteriores reformas de Gorbachov y Yeltsin y asocia la economía de mercado con mafias y empobrecimiento; y a la democracia, con palabras huecas y anarquía. Por esta razón, el régimen presidencial autoritario tiene éxito y es popular.

Otro componente de la vía rusa es la distancia con respecto a Occidente. Los años de cambio se han caracterizado por una aproximación al bloque occidental. Actualmente, tanto en la política interior como en la política exterior, la distancia aumenta. En la política exterior, Rusia reanuda cada vez más las relaciones con sus anteriores aliados de los tiempos soviéticos. En la política interior, el

parlamentarismo y la libertad de los medios de comunicación se batían en retirada. Pero esta distancia con respecto a Occidente no significa, necesariamente, confrontación. La cooperación sobre una base realista de intereses comunes favorece tanto a Rusia como a los países occidentales. Sin embargo, no parece ni posible ni adecuada la integración de Rusia en estructuras occidentales como la UE o la OTAN.

Notas

1. Partido Comunista de la Unión Soviética. (N. del Trad.)
2. Staatssicherheitsdienst: Servicio de seguridad del Estado de la RDA. (N. del Trad.)
3. Partei des Demokratischen Sozialismus (Partido Democrático Socialista), nacido en diciembre de 1989 del Partido Comunista de la RDA. (N. del Trad.)
4. Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado Alemán). (N. del Trad.)
5. También UJCLU (Unión de las Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS). (N. del Trad.)
6. Partido Comunista de la Federación de Rusia. (N. del Trad.)

[Traducción del alemán: Christian Martí-Menzel]

Intellectuals Under and After Communism

Orjan Sturesjo

Professor a la Universitat d'Uppsala.
Profesor de la Universidad de Uppsala.

Versió original en anglès
Versión original en anglès
Original version english

As I am an area-specialist and I specialize in the Balkan countries I am afraid, or rather I know, that my presentation will mostly cover those countries. Maybe this is bad, maybe it is good. Much more has been said and written about intellectuals in Central Europe than in the Balkans. The reason for this is that intellectuals have played a quite different role in Central Europe to in the Balkans. But of course I will try to comment on both.

When I talk about intellectuals I mean the top ladder of what under communism was referred to as the *intelligentsia*. The intelligentsia could, according to communist ideology, be seen as what was left over when workers and peasants had been deducted from the total working population. That means a broad and quite undefined group. They varied from typists to academicians, from teachers to writers and scientists. For me, an intellectual is the *crème de la crème* of the intelligentsia.

In the period before World War I and during the period between the wars, intellectuals played an important role in the nation-building process both in the EC and in the Balkans, but later they became strongly radicalized, either in a fascist or a communist direction. After World War II and the communist take-over, some of them had to flee their countries, others became manual workers but the main group began collaborating with the new regime. If they behaved well, they fared well. They had a high social status and quite a handsome salary compared to other groups. Their main problem and risk was that the official party line kept changing all the time and they had to follow the changes closely in order not to fall out of favour.

A lot has been written about intellectual dissidence in Eastern Europe as the main reason for the fall of communism in 1989. To use the expression used by Sean Hanley in his book review in the *Central European Review*: "Journalist mythology has it that the Davids of dissident movements slew the Goliaths of Communism in 1989 with a few slingshots of truth and integrity".

Well, it is true that in Central Europe the intellectuals played a more prominent role in the toppling of communism, even if it was not as simple as some journalists presented it. In Poland, with its tradition of centuries of opposition against foreign domination, we had dissident organizations like KOR, *Komitet Obrona Robotnikow*, with Adam Michnik and Jacek Kuron, and ROPCO, which were the foundations of *Solidarnost*. In Czechoslovakia, *Charta 77*, a very informal group with playwright Vaclav Havel as its most prominent figure, played an important role in the Velvet Revolution.

But in the Balkans? I would say intellectuals did not play any significant role, simply because a broader intellectual opposition or dissent did not exist. Who ever heard about dissenting intellectuals in Communist Romania? Well yes, Doina Cornea in Cluj, who wrote open letters to Radio Free Europe and was kept under house arrest and Paul Goma who wrote an open letter to Nicolae Ceausescu suggesting that they

both sign Charta 77 as they were "the only two who did not fear *Securitate*". For this, he quickly received an exit visa and was able to emigrate to France.

In Bulgaria, I would date open intellectual dissent at June 26, 1987, when an event at the Sofia University got out of hand and some quite drunk and excited poets quoted their own anticommunist poems. In doing that, they burned the bridges behind them and there was no return. A good example of this is Petar Manolov, who for a while, until he was forced to leave the country because of police harassment, was the leading dissenter. Later, i.e. in 1988, some intellectuals gathered in "The Organization for the Advancement of Glasnost and Perestroika" with the philosopher Zjelju Zjeljev and the poet Blaga Dimitrova as leading members, in the environmental organization *Ecoglasnost* and the trade-union *Podkrepa* (Support).

In Albania, any intellectual dissent was out of the question because of the extreme repressive nature of the Albanian communist regime and its equally extreme cultural policy of socialist realism until the spring of 1990, when the regime began a policy of timid reformation of the system. Then, some mildly dissenting works were published, such as Neshat Tozaj's novel *Thikat* (The knives), which drew a lot of attention as he wrote about mistakes by the *Sigurimi*, the Albanian secret service; Bardhyl Londo's poem *Thirrja e Gjakut* (The Voice of the Blood), critical of the bureaucracy and corruption; and finally the articles by cardiologist Ylli Popa published in *Zeri i Popullit* in April 1990 called "Looking for lost time", criticizing the isolationism of Albania, its censorship, politicized science and socialist realism. This small opening did not, though, lead to any organized dissent in Albania. Six months later, some intellectuals, including Gramoz Pashko and Arben Imami, participated in the student actions that finally toppled the communist regime in Albania. After that, other intellectuals joined the ranks of the "democrats".

Turning to former Yugoslavia we find quite a different case. Yugoslavia was much more open and free than other Balkan countries, but we must not forget that it was still a communist country. The best-known long-time Yugoslav dissident was Milovan Djilas, who during the war and the immediate post-war period was very close to Josip Broz Tito and, until 1952 when he was ousted, was even vice-president of Yugoslavia. The *Praxis-group* (a group of Marxist philosophers and sociologists criticizing the regime from a leftist angle) became internationally known in the 1970s for their leftist criticism of the Yugoslav socialist system.

In the early 1980s, nationalist dissidence appeared among intellectuals in Serbia. I would date the beginning as 1983, when the well-known Serbian writer Dobrica Cosic, later known as "the father of modern Serbian nationalism", began bringing together like-minded intellectuals at Monday meetings at Klub *knjizevnika*, (The Writers' Club) in Belgrade, to discuss the future of democracy in Serbia. But more and more, the discussions touched on the subject of the situation of the Serbian nation in Yugoslavia.

The more the Serbian nationalist feelings gained momentum, the more it was clear that the hot-house of Serbian nationalism was *Francuska 7*, i.e., the Writers' Club. The Writers' Club became a special school of nationalism which was regularly visited by the leaders of the Serbian "opposition", Vuk Draskovic, Matija Beckovic, Vojislav Seselj, etc. There was not a single Serbian intellectual or politician of significance in Milosevic's Yugoslavia, who did not go through the drilling of the Writers' Club.

In the period from 1983 to 1985, activity focused on two fronts, to wreck the values of Tito's time and to propagate a Serbian national romanticism. That

romanticism was then neither aggressive nor chauvinistic; it simply had the function of encouraging the Serbs. The intellectuals called on the Serbs not to hang their heads any more, not to feel ashamed but to feel like and declare themselves as Serbs.

The main theme at the meetings at the Writers' Club was, of course, the Albanian irredentism and oppression of Serbs and Montenegrins in Kosovo, but soon, Serbian writers, journalists and other intellectuals also began to convince their fellow Serbs that the Slovenes were exploiting them economically, that Croats, being of another faith (Catholics), were genocidal and that the Bosnian Muslims were agents of Muslim fundamentalism, in short that the Serbian nation was endangered from all sides. The main mouthpiece of the Writers' Union was its weekly *Knjizevne novine*, edited by Milorad Vucelic, later head of Serbian Television and very close to Slobodan Milosevic, who became the main vanguard of Serbian nationalism.

The first public action by Serbian intellectuals was to write the so-called "Genocide petition" to the Federal and Serbian parliaments accusing Albanians in Kosovo of arson, the rape of Serbian women and the murder of Serbs in Kosovo. This petition was signed by 212 leading Serb intellectuals.

The sensation of the day, or rather of the year, was published in *Vecernje novosti*, a Belgrade tabloid, on September 24, 1986. A journalist, Aleksandar Djukanovic, had somehow got hold of the Memorandum of the Serbian Academy of Science and Arts, *Srpska akademija nauka i umetnosti*, (SANU), and attacked it for nationalism and antisocialism.

SANU had planned the Memorandum as a scientific document about the situation in Serbia and Yugoslavia. The idea was accepted by the Board of SANU in May 1985 and a committee of 16 members was selected to prepare a draft. It is interesting to note that Dobrica Cosic was not, at least not officially, a member of the committee, although his ideas must have had a strong influence on the group.

According to SANU the document was not finished, it was only a draft in 20 copies. How *Vecernje novosti* got hold of it has not yet been explained. The Memorandum was never officially published by SANU, but it was spread from hand to hand and copies of it were not difficult to find.

What, then, did the Memorandum contain? Well, first of all it must be said that it is very difficult to see the Memorandum as a scientific document as SANU claims. It is rather a lamentation over the sad fate of the Serbian nation, repeating many of the complaints and accusations from earlier petition.

The first part of the Memorandum dealt with the economic and political system of Yugoslavia, the blame for the economic crisis being placed on the economic reform of 1965 and the blame for the political crisis on the Constitution of 1974. This constitution, according to the authors, made Yugoslavia a confederation and gave the autonomous provinces Kosovo and Vojvodina the chance to place more emphasis on themselves as constituent elements of the federation than as parts of Serbia.

When, in 1987-1988, intellectuals and politicians (Slobodan Milosevic and his followers) joined forces, the "anti-bureaucratic revolution" followed, first with huge anti-Albanian but later also anti-Slovenian and anti-Croatian, but pro-Milosevic demonstrations, which ousted the provincial leadership in Vojvodina and the republican leadership in Montenegro. Pro-Milosevic forces took their place. The anti-bureaucratic revolution also frightened other national groups in Yugoslavia and

aroused their nationalism, first in Slovenia and then in Croatia, which had been the "silent republic" for almost two decades after the outburst of Croatian nationalist euphoria at the end of the 1960's. The stage was set for conflict and wars!

I have dealt at length with the Serbian intellectuals, the Genocide petition and the SANU Memorandum as they were instrumental in the awakening of the Serbian nationalism of the late 1980s, which was used by Slobodan Milosevic to come to power and then according to Ilija Garasanin's old idea from 1843, *Nacertanije* (Outline), to gather all Serbs in one state. This means that I see them and their activities as the main reason for the five wars of the 1990s, whose cost was over 250,000 human lives. This shows the risks of nationalistic games and manipulations by intellectuals. Politicians and military personnel might get punished for their deeds, but the main culprits, the Serbian intellectuals, will not. After the fall of Milosevic they changed coats again and are now exemplary democrats; few would even think of blaming them for stoking the nationalist fire. The same thing goes for the journalists who, when Milosevic had taken power, gave up their relatively great freedom of press to listen to the master's voice and spread the poison of aggressive nationalism, demonizing members of other ethnic groups until they were no longer viewed as human beings. That cleared the ground for war, ethnic cleansing, mass rapes and murder, or to use the word that has become popular in Serbian vocabulary since 1986 - genocide.

On the other hand, we also have extraordinary exceptions among Serbian intellectuals who opposed the war-mongering of their colleagues and politicians. Shining examples are Sonja Biserko and Natasa Kandic.

If we look at the role and the situation of intellectuals after the fall of communism, we see a rather bleak and pale picture. Subsidies for scientific organizations were sharply reduced in the period of "market economy"; salaries for intellectuals dropped radically (if they were able to hold on to their former jobs). To survive they were forced to compete on a very tough market. After the fall of communism, writers were able to write whatever they liked, but they were now also forced to find a publisher, and worse still, they had to compete with imported "literary muzak" by writers like Jackie Collins and others. Formerly state-run film studios (and even cinemas) were closed down and talented movie directors and actors were left without jobs. Those intellectuals who took an active part in the ousting of communism were side-stepped by younger technocrats, often belonging to the former communist *nomenklatura*.

What did the intellectuals do then? Well, a big group chose exit. They left their countries to try their fortune in the West, which was not very easy, owing to restrictive visa regimes. Some of them were successful, but many of them have ended up as manual labourers in foreign surroundings. To give some examples, the most well-known Albanian writer, Ismail Kadaré, left for France as early as 1990 as he was not satisfied with the pace of reforms in Albania. The younger part of the Bulgarian intellectual elite has left. I have been told that as many as 90 percent of Serbs with master's degrees or doctorates have left their country, because they could see no future in Serbia. And so on.

Others chose to propagate brute nationalism, like Tudor Vadim in Romania, who after praising Ceausescu for years after his fall, published the widespread and extremely nationalistic newspaper *Romania Mare* (Greater Romania), and in autumn of the year 2000 took on Ion Iliescu in the presidential election, but failed.

Some of those who stayed began using their capacity as "businessmen", others ended up as administrators for externally financed NGOs. Very few have any possibility of working as independent intellectuals.

1. Central European Review Vol. 1, No 25.

Kosova: Ethnicity and Statehood

Veton Surroi

Analista; director de *Koha Ditore* (el diari més important de Kosovo).
Analista; director de *Koha Ditore* (el diario más importante de Kosovo).

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

1. Spielberg and the Chinese man

Spielberg goes into a bar, sees a Chinese man, approaches him and gives him a punch in the face.

"Why?" asks the Chinese man.

"For Pearl Harbour"

"But it wasn't us, it was the Japanese..." says the Chinese man, full of frustration.

Spielberg responds: "Chinese, Japanese...You're all the same".

The next day the Chinese man goes into the bar, sees Spielberg, approaches him and gives him a punch in the face.

"Why?" asks Spielberg.

"The Titanic", says the Chinese man.

"But what do I have to do with it? It was the iceberg..."

"Ah" says the Chinese man waving his hand. "Iceberg, Spielberg, you're all the same".

Spielberg and the Chinese man are about identity, and about prejudice in identity. These are both necessary preconditions for an ethnic conflict. Without ethnic identity, the conflict assumes a different role (for example Bosnia, where increasing lack of ethnic identity created the need for inclusion of religion as a factor of conflict) and without prejudice it loses its violent component.

In the case of Kosovo, there was no need for further identification of divides between peoples: the ethnic identities of the Albanians and the Serbs were so evident and great that there was no need to include other factors of division, such as religion.

And the prejudice was necessarily there: in the Eighties, the Serb state propaganda redeveloped a myth created at the end of the 19th century that one of the frescoes in the Gracanica monastery was destroyed by the Albanians. St. Simonida's eyes on the fresco were carved out, and it was a common interpretation in the Serb press that this was done by the Albanians. It was useless to explain how it was in the tradition of the Serb peasants around Gracanica to carve out the plaster from the wall beyond Simonida's eyes and use it as a miracle medicine against all sorts of ailments.

Although there is no equivalent anecdotal prejudice on the Albanian side, during the Nineties there were growing numbers of voices in the primitive parts of media and public life that spoke of the Serbs as wild people who came from the Urals to the Balkans in the 6th century AD. Both Simonida and the Urals, in fact bring an important component into the ethnic conflict: presence, presence on earth, ethnicity of the earth or ownership of history. However we describe it, it's about the right of the first.

2. The legacies of state-building

Seventy percent of Kosovo's population is under the age of thirty, which means that

seventy percent of the population was born after 1971. If there wasn't a collective memory of times before this birth date, this high percentage of youth in the Kosovan population would have gone through two short and basic historic processes. One is state-building, which the Kosovan leadership undertook within the Communist party framework, staying as close to Marshall Tito ("the source of legitimacy and legality") as possible. The other, resistance to a violent decomposition of Kosovo as a state, a decomposition that started with the pressures on the Kosovan communist leadership of 1981-1982, immediately after Tito's death (therefore the death of the "source of legitimacy and legality" for Kosovo's state-building process within the Communist framework) and ended with a scorched earth offensive of the Serbian police and military in the spring of 1999.

If one were to look back to history just for a second, it could be seen that similar, clashing processes were present from the beginning of the century. The end of the Ottoman Empire was the stage for the state-building aspirations of the Kosovan Albanians versus the annexation of Kosovo in the expansionist move of Serbia, which had already become a state, therefore denying the state-building process of the Kosovans.

However short historically (1968-1989), the life of Kosovo as a state (under its two hats of autonomy in the Federation and an autonomy within Serbia), has created the identification of Kosovans (mainly Albanians) as its state citizens. The Kosovans, with their Constitution, Parliament, laws, government, police, University and Central Bank, have gone through an experience by which Kosovo was seen irreversibly as a state in its own right. Furthermore, this was happening to a population that in its overwhelming majority (more than 90 percent) was illiterate after the Second World War.

At this stage, both the regime and its opposition at the time coincided on the bottom line, with the regime saying that Kosovo was a state and that in terms of realpolitik it was more or less impossible to make further constitutional advances (a Republic status in the Federation, no links with Serbia). The underground opposition was claiming, in its demonstrations of 1969 and 1981-1982, that Kosovo needed more statehood, breaking cosmetic links with Serbia and achieving Republic status within the Federation, which would give Kosovo the ultimate constitutional description as a Federal unit apt to use self-determination. Neither the Kosovan regime nor its opposition was claiming the need for less statehood, and one could certainly claim that the opposition was determined, through street protests, to speed up the process that had already been initiated by the Kosovan regime: statehood within Yugoslavia.

This position of both the regime and the opposition would be important in the future, as we will see in the period of 1989-1999, because the idea of statehood would not be abandoned even in the worst of the conditions of Milosevic's occupation of Kosovo. And, as we have seen, Milosevic would not, with the exception of half a dozen Albanians, find any significant or insignificant political force within the Kosovan Albanians that could create a Vichy regime or Quisling policies. The idea of statehood had, by that time become a living reality for the Kosovans.

The conditions in which this state-building process was conducted, though, would be highly influential for Kosovan political life. Communism, however liberal it was under Tito compared to Eastern Europe, did not create conditions in which debate of the regime and the opposition could be conducted. Whether Kosovo should be more or less of a state was an issue that was not raised in the public debate, but in field battles between police and demonstrators, and in courts, controlled by the

Communist party. The repression of dissent made the opposition radicalized, and inclined towards support from abroad - in this case the Communist hard-line Albania. In this sense, the debate over the statehood of Kosovo was set up within an ideological debate between two concepts of Communism.

This kind of debate, restrictive with regard to the rights of the citizens of Kosovo to freely express their political beliefs, was perhaps highly symbolic of the notions of the state-building process. The building of the Kosovan state concentrated its efforts in the direction of eliminating whatever influence Serbia could have over Kosovo and the creation of autochthonous institutions of a state, in this case of a Communist state. Never, during this process, did the question of the democratic legitimacy of these institutions appear. For the main part, with very brief exceptions, this question did not arise either in Yugoslavia as a whole. The whole process could be described, as in a paraphrase of the T. Roosevelt doctrine towards Latin American rogue countries, as "it is a repressive state, but it's ours". Nevertheless, there was an exception to the whole notion of state-building in Kosovo. It was the Serb community, which in the period of 1945-1968 had been ruling the Province that showed little affection for any move towards greater autonomy in the affairs of Kosovo. One could describe the position of the Kosovan Serbs as being either not supportive of the state-building drive, or in the latter stages, clearly engaging in suppressing the autonomous rights of Kosovo, asking for direct rule from Belgrade. This position clarified itself in 1989, when the Serbs of Kosovo, who even until then had a privileged position in decision-making at all levels of Kosovan life, became administrators of Milosevic's rule. The Serbs, by adopting this position, were clashing directly with the will of the majority of the Kosovans, and were perceived by their Albanian co-citizens as protectors of the interests of Serbia, not of Kosovo. This would, as we can see today, have serious consequences on interethnic relations.

3. The dog and the swimming pool: why the state is important

Milosevic started his conflict with the Kosovans not only through fiery speeches, but through establishing the right of the more valuable nation, apartheid.

In the 1980s, a special commission was established in the Serb parliament to make decisions on the grievances presented by the Kosovan Serbs. Any Serb could present a case that would be treated as another accusation against the Albanians and the Kosovan institutions as being discriminative against the Serbs. One day, ethnicity not only applied to people, it was extended to pets as well. In a situation where the police had either interrogated, arrested or sent to court 700,000 Albanians, one third of the Kosovan population, a Kosovan Serb reported that his hunting hound had gone missing for some time, and that because he was a Serb hunting hound the Kosovan police service did not find him on purpose.

And, once the rule of the minority was institutionalized it needed to become visible. Albanians were kicked out of their state jobs, state school buildings and theatres, anything that had to do with the notion of the state. This included the new public swimming pool in Prishtina, where only those who could prove they had been christened by the orthodox rites could swim.

4. Self-determination, sovereignty and the double disintegration of Former Yugoslavia

One of the oldest questions during the whole decade of the disintegration of the

Former Yugoslavia has been: where does state sovereignty end and where does self-determination of the peoples begin? Sometimes the question was even set in a vice versa equation: where does the right to self-determination end before the state sovereignty assumes full control?

The Kosovan case has, I think, shown how these notions are relative, and as everything in international law, are apt to be changed by new circumstances. Put in terms of which precedes what, the Kosovan case has shown that international law is preceded by behaviour, and that in fact, new commonly accepted behaviours by a group of nations of shared values gradually will precede new law.

Let me try to explain these few sentences in more detail by beginning with the necessary context.

Kosovan nationalisms, eventual self-determination and the nonexistent Yugoslav sovereignty should be put, I think, within a context of two parallel processes of disintegration. The first is the disintegration of the old order of the Cold War, in which the communist establishments were defeated. Within this defeat, so was the idea of brotherhood and unity in Tito's Yugoslavia, a *modus vivendi* between different nations in Yugoslavia which was to be protected by all -mainly undemocratic- means as part of the notion of Cold War entrenchment. Namely, one of the basic defence lines in the Former Yugoslavia was that any changes in the internal regulation of the country would also change the *modus vivendi* in ethnic terms therefore leading to the disintegration of the country.

Eventually, with the fall of the Berlin Wall, it was evident that Yugoslavia would either reform its order or perish, and eventually this dilemma became explicitly bloody in the whole decade of the 1990s. With the unreformed order, the *modus vivendi* in interethnic relations became inexistent, opening the way to state-forming nationalisms, similar to those experienced by Western Europe over the past two centuries. In a situation where regimes like that of Milosevic wanted to continue with a Communist system, the non-Serb nationalisms in Yugoslavia were a driving force for multiparty democracy. And since this multiparty democracy could not be introduced at the Federal level, because of Milosevic's veto, it was introduced at the federal units level.

Kosovan nationalisms should, therefore, be put in the context of the general attitude adopted by the major ethnic forces in Yugoslavia. Kosovo became the first crisis in which conflictive state-forming attitudes or nationalisms clashed. And of course, the fact that they were conflictive does not mean they were equally powerful or that they had equal destroying capacity. (The ability of Serbian nationalism to embark on genocidal warfare significantly surpassed the power of all other nationalisms in Former Yugoslavia)

In any case, parallel to the disintegration of the standards of the Cold War came the disintegration of the country itself. The Kosovan case therefore arose at times of an interregnum in international relations, when new balances in the world were still being established, and on the other hand with a rapid erosion and destruction of the sovereignty of the state of which Kosovo formed part.

One of the effects of both of these processes was that suddenly, in European affairs, there was a new situation to deal with but there were no new tools. The only tools the world could use were the OSCE norms, but they were not sufficient in the context of the problem of a disintegrating federation. And they are still insufficient.

5. Law is a group of wise men

What are the norms to be used in the Kosovo case, or for that matter in the whole of Former Yugoslavia? This was a question that European statesmen presented to a group of prominent lawyers, headed by French constitutionalist, Robert Badinter. And the group quickly established a way by which the interested parties, by presenting questions, would actually ask for interpretations of law, and, for that matter, verdicts. So the group of wise men defined that Yugoslavia was dead and that the Republics could go their own way. As far as Kosovo is concerned, the group of wise men were never presented with the question of what its rights were, therefore we lost the occasion for finding out what the interpretation of the international law, or for that matter, the verdict of the international community, would have been.

This episode of the disintegration of Former Yugoslavia is very important, since it shows the pragmatic evolution of the code of norms we recognize as "international law". And this episode should have been remembered during last year's debate about the right to humanitarian intervention in Kosovo. Back then, in 1991, the international community did not have any a formalized way to determine the procedures arising from a death of a Federation and did not wait for a more formalized procedure through the UN apparatus. Last year, with the NATO campaign, what was evident was a lack of a formalized process by which genocide could be measured and action taken against it, fulfilling the bureaucratic paperwork.

If, as appears evident, international law is of a rather fluid nature, then questions of both sovereignty and self-determination should be seen as part of the same dynamics.

And in fact, it isn't just the process of disintegration of Federations that makes the notions ever changing: it is also the totally contrary process, that of European integration, that has made the notion of sovereignty of states different from what it was at the beginning of the century, with states giving a great deal of their powers to the supra-authority in Brussels. But another changing notion is that of self-determination, which for the first time in centuries, implies not secession but rather integration.

6. Violence is a yardstick

Not having the wise men, Kosovo is left to a contextual interpretation about both sovereignty and self determination.

Let's start with sovereignty.

Legally, it is very hard to define how Belgrade could have sovereignty over Kosovo. The country, which Belgrade represents, the FRY, is a non-functional federation, which was haphazardly set up when the old Federation died. FRY, being functionally nonexistent, cannot have the right of sovereignty, except through force. This is how it ruled Kosovo before; this is how it thinks it can rule Montenegro, its junior federal partner. The only institution that functions in relations between Serbia and Montenegro is the Yugoslav Army, which now almost has the de facto role of an occupying force.

Nevertheless, if a majority in the International community claimed that "FRY" had a sovereign right over Kosovo, that majority has turned into a minority. The reason is simple: that same force which was the only resort of the sovereignty of Belgrade in Kosovo. Persecution of a population which is nominally under your sovereignty means loss of the right to both persecute or even eventually rule over that population in any form. (That is Kosovo's lesson, not necessarily a widely respected precedent now, people in Chechnya could say).

If Belgrade has lost not only the legal but also the moral possibility to rule over Kosovo, the further pursuit of this option by the international community as a permanent status for Kosovo is a rather futile effort. There is a consensus in Kosovan society about the need for the independence of Kosovo as a form of realizing self-determination, as a natural outcome of the process of disintegration of Socialist Yugoslavia.

7. The Kosovan yardstick of growth

Kosovo has demonstrated, in its ultimate stages, that none of the European processes or events is isolated. The death of Yugoslavia became the multilateral event of the past decade. In the Kosovan case, the playing down of the notion of sovereignty was actually a multilateral development. So too, will be the pursuit of the formula for the Kosovan permanent status.

Beyond the rudimentary preconditions, such as the fact that there are no Serb forces, and that Kosovo is inhabited by a strong majority with a clear state-forming identity, the engagement of multilateral developments in the Kosovan case of determining the permanent status, i.e. self-determination, will depend actually on the depth of changes within Kosovan society.

Namely, the Kosovans will be measured by four things:

- A) the depth of democratic transformation - i.e., the strength of new democratic institutions - the ability of the Kosovans and the International community to establish a fully functioning state without defining its sovereignty
- B) the depth of economic transformation, restructuring of former socialist property, creation of dynamic economy
- C) the creation of a tolerant society, a society that can tolerate differences, from political to ethnic
- D) the ability to have good neighbourly relations with the states -entities- surrounding Kosovo

8. EuroKosovo, euro-sovereignty

But where does the will of the people end, what are the consequences of self-determination?

First of all, the question of self-determination in the Kosovan case is actually a question of enabling both internal stability and long-term security in the region. A Kosovo kept under Belgrade sovereignty against its will can only be a source of instability in the region, as has been demonstrated.

But, will Kosovo then be sovereign? Probably, it will be a bit less than what sovereignty means today. If Kosovo were to be recognized as independent today, it would still be a country whose defence policy is dictated by NATO in Brussels and

whose monetary policy is governed by the Bundesbank in Germany. Its international relations are made in New York, at the UN Headquarters, and in Vienna, at the OSCE headquarters. Its fiscal policy is quite close to being created in Brussels, by the EU.

These are actually omens of times to come, over-accentuated in the present, but certainly structurally present in the future.

The omens are part of the challenge: how does the process of loss of Belgrade sovereignty in Kosovo, which as said at the beginning was part of the processes after the end of the Cold War, be replaced by one of the dynamics of the post-Cold War period? How does the process of Yugoslav disintegration become replaced by the process of European integration? How does the question of Kosovo's sovereignty actually become a question of inclusion into the European mainstream?

This, the biggest challenge, is the one that determines how we shall actually see, in the Kosovan case, the notions of sovereignty, self-determination and nationalism. The more integrated they become into the trends of Europe, the more they lose their destructive potential. A sovereignty that is shared in many ways by other people and countries in matters related to finance and defence and a process of self-determination that highlights not the differences, by which a nation ought to live in a separate state, but rather the shared values by which that future separate state wants to lose a good deal of its competencies, actually drives towards the relative notion of nationalism as a force for preserving identity but not as a force for the destruction of either one's own identity, or the identity of others.

Being on the Left in Eastern Europe

Gáspár Miklos Tamás

Filòsof, destacat dissident durant els anys setanta i vuitanta; exmembre del Parlament.

Filósofo, destacado disidente durante los años setenta y ochenta; ex-miembro del Parlamento.

Versió original en anglès
Versión original en inglés
Original version english

The Left is in an enviable position in Eastern Europe, after all: conservative nationalists still say that it is a rootless cosmopolitan affair, a Jewish cabal, a conspiracy of uninhibited Westernisers, agents of Abroad with a capital A, while liberals (impressed as they are by the ongoing anti-globalization protests) think that it is anti-American, anti-Semitic, anti-Western, anti-modern, etc.

Luckily, those accusations cancel each other out. They reflect nothing else but the general East European state of mind since 1989, nervous of anything new, hankering after a state of the world which may be regarded as natural, thus impervious to change not by virtue of the excellence of democratic capitalism, but by its pre-established harmony with human nature, defined according to the prevailing individualistic prejudices. If capitalism (be it circumscribed by the bourgeois nation-state or be it global, de-territorialized, hostile to parochial sovereignties) equals nature, then opposition to it is not only hopeless, but senseless. It is not evil, but silly.

In Eastern Europe, blind faith in capitalism is caused by many factors. First, "really existing socialism" (in reality, of course, state capitalism with exploitation, oppression, wage labour, preponderance of dead capital) had annihilated the workers' movement (no strikes, no trade unions, no resistance), therefore socialist tradition had become utterly meaningless and incomprehensible and, moreover, it had annihilated feudal aristocracy, independent farmers and the church - thus it has crushed any real opposition, either on the Left or the Right, to capital. This opposition - from revolutionary socialism on the Left and the "alliance of the throne and the altar" on the Right - has always limited the dominion of capital, at least ideologically. Thanks to Lenin, Stalin, Mao and their heirs, no nuclei of resistance were left after the collapse of centralizing planning-bureaucratic-dictatorial state capitalism except isolated cases of confused *jacqueries* complaining, in true mediaeval fashion, of scarcity, high food prices and low wages.

East European capitalism is, culturally, the purest version of capitalism. Obvious alternatives are deeply compromised and are mentioned in the public arena only by irresponsible demagogues and nostalgic fools.

All this is further exacerbated by a rampant colonial mentality.

The reigning ideology is of adaptation and accommodation. Otherwise quite sane people are pinning wholly unreasonable hopes on joining NATO or the EU, the impressive riches and power of the West had awakened an awed respect and an imitation drive, a combination of envy, admiration and ignorance which is hard to believe. West European racist slurs directed against East Europeans (which serve the despicable anti-immigration policies of West European Governments) are internalized in furious explosions of self-hatred and self-contempt. Unlike everywhere else, in Eastern Europe the global economic, environmental, health and cultural crisis is not attributed to the misdeeds of capital, but to a lack of capitalism

or to, as yet, insufficient capitalism, nicely complemented with anti-Judeo-Anglo-American conspiracy theories on the far right of the Garaudy variety and worse.

The idolisation of "the West as such" leads to new kinds of ethnicism. "Rich" Hungarians despise poor Rumanians, "rich" Rumanians despise poor Russians, "rich" Russians despise poor Azerbaijanis and so on. The more Western, or richer, a nation is, the more its right to behave like swine is recognized. Money-induced genuine humility is painful to see.

But these difficulties pale in comparison with the greatest social, psychological and ideological obstacle in the way of the Left, to wit, that in the popular mind "the Left" is identified with the heritage of the fallen Stalinist, national Stalinist and post-Stalinist regimes. Certain factions of the "*nomenklatura* bourgeoisie" (the expression belongs to the talented Hungarian fascist leader, István Csurka) who are now big business tycoons and their political *entourage* of agents and flunkys are calling themselves social democrats and centre-left social liberals and they do represent "the Left" for the media and the manipulated public opinion. "The Left" in Eastern Europe means, officially, good governance, efficient management, loyal pre-Western attitudes, uncritical servility towards the US and the EU, privatisation, monetarist fiscal austerity policies, and a largely ideological and time-serving anti-nationalism and anti-fascism. The latter do not stop so called centre-left parties and governments from evincing attitudes characteristic of an old-fashioned social conservatism, an ingrained antipathy for subversive minorities, sub-cultures and, to put it politely, "lifestyles". "Left-wing" fiefdoms reek of paternalism, pre-modern habits of patronage and quasi-feudal, clannish loyalties. "Left-wing" power on the ground is often based on "privatised" networks of the former Party and state security apparatuses, transmogrified in rather nifty centres of new-fangled mafia capitalism.

These phenomena are substantially helped by another feature of colonial mentality, the feeling that everything of importance is decided far away by the mysterious overlords at the Sublime Porte, the Imperial and Royal Court at Vienna or by the holy Czar-Batiushka; nothing that we can do will modify the destiny of our country or of our family. The so-called centre-left governments in Eastern Europe present themselves as a combination of capable colonial administrators and loyal tribal chieftains: reliable, practical and sensible.

This may be popular with voters who cannot envisage any glimmer of choice on the horizon, but it cannot lend any intellectual respectability to the "Left" in the minds of critical-thinking people. Also it does depend on the growing, albeit discreet rehabilitation of the former dictatorial regime. This intolerable rehabilitation of post-Stalinist systems is emotionally rejected by liberal-democratic intellectuals and rightly so, but also, in my opinion, in a blind, rigid and uncomprehending manner.

For the truth is that the transition from state capitalism to private, competitive capitalism meant a huge economic crisis in the former Soviet bloc and its clones. Even in the economically most successful Eastern bloc country, Hungary, the per capita real income of two thirds of the population is considerably lower than before 1989, let alone in other countries with even poorer starting conditions. Inequality is truly obscene, job security is non-existent, social security is worthless, public goods have all but disappeared. The self-legitimation of "centre-left" parties and governments is based on a half-heartedly admitted continuity with the former regime, the last two decades of which are now mendaciously presented as a period of peace and quiet, of modest well-being and reasonable simplicity.

The moralising criticism of liberal intellectuals, including former dissidents (such as myself - but I changed my tune years ago now!) is understandably ineffectual since it concentrates on those rights and liberties especially important for intellectuals, e. g., freedom of expression and suchlike, that fails to account for the misery and chaos that the new democratic system of government brought upon our unfortunate compatriots. Liberal-democratic intellectuals do rightly reject the two main popular ideologies which are trying to counter the present impasse (nostalgic apologia for the post-Stalinist Khrushchevite state capitalism and its supplement, envious and resentful anti-Western nationalism) but their uncritical acceptance of periphery capitalism that wrought such havoc on East European nations seems to refute their paramount claim: independence. People say they may have opposed the former regime and its apologists, but they are nothing better than apologists for the present one, hated by all and sundry. Liberal, intellectuals may criticise this or that government, this or that party, this or that corrupt official or tin-pot provincial despot, but they are not opposing the system which sustains the petty tyrants.

Therefore the men and women who are trying to rebuild a credible and free East European Left must speak clearly amidst all this confusion. The following points spring to mind:

(1) However unpopular this might be, we must unconditionally reject the fallen pre-1989 state capitalist regimes masquerading as "socialism".

(2) We must make clear, beyond equivocation, that we reject the Leninist tradition which was already shown back in 1918 by Herman Gorter, the great Dutch revolutionary Marxist, to lead away from socialism, not towards it.

(3) We must clearly break with the mental habit of *pas d'ennemi à la gauche*; no alliances with real or pseudo-social democracy.

(4) While we must support human rights campaigners, Greens, feminists, minority groups, ill-treated prisoners and mental patients, anti-racist and solidarity groups and the nascent and troubled anti-globalization movements, in other words, movements for *radical reform*, we should not forget that the main enemy is capitalism, and the enemy of our enemy is the proletariat, a word seldom heard in Eastern Europe or in the mainstream media anywhere, so that one might think the proletariat ceased to exist.

(5) As shown already in the 1960s by André Gorz, Serge Mallet, Georges Friedmann and others, the socio-cultural character of the proletariat has changed, owing to new technologies, a modified habitat, social reforms, to the demise of old-style social democracy and "Euro-Communism", etc., etc. But proletarians are not only men in rust-stained overalls and cloth caps or *bérets basques* on their heads, but people delivering wage labour, people without property or ownership of the means of production. The fact of capitalism proves the existence of the proletariat. There are workers even in the absence of a workers' movement, and their proletarian existence is still the main scandal of humanity. A Left distant from the shop floor, from the trade unions is inconceivable, and if conceivable, superfluous.

(6) The old-fashioned revolutionary tactics of the Left are indeed obsolete. Marx and Engels said in *The Communist Manifesto* that all class struggles are political struggles. This is true, but in practice it has meant that revolutionaries had to attack national governments and form other national governments with the disastrous results we know. Today, power and sovereignty are not dispersed, the direct rule of capital without the mediation of national governments (this is what is

called globalisation) so widespread that pronouncements against seats of government, even if possible, would be futile and meaningless. The imposing but slightly tragicomic revolutionary street theatre of essentially reformist anti-globalisers in search of the elusive Bastilles and Winter Palaces they would like to storm, show that the available rhetoric and aesthetics of revolution can quickly turn into parody. Leftist *internationalism* is more necessary than ever, since capitalism is more international than ever - not that most of contemporary oppression is not doled out by repressive national governments and their armies of increasingly savage thugs.

(7) The decay of the New Left into anti-Americanism - a real danger - would be as disastrous as any nationalist degeneration of the left, from the *débauche* of August 4, 1914, the death of social democracy, the doctrine of "socialism in one country" and the concomitant betrayal by the Komintern of all revolutions in Western Europe, Asia and Latin America (remember Catalonia!), the idiotic "third worldism" of post-1968 New Left that ended up supporting the likes of Castro and Assad demonstrate that defeat and resentment and frustration have always caused the abandonment of the most elementary principles, and transformed the left into an enemy of freedom and the more or less unwitting stooge of fanciful state capitalist regimes, willing to hoist a red flag or two. I do not think that we should get excited over Chávez or Lula to repeat the usual feelings of vicarious revolutionary orgasm.

(8) Start by trying to find out about the demands and grievances of the working people near you.

(9) Continue by reading and re-reading the huge body of radical literature which is less sublime than Pascal and Kafka and less reader-friendly and less succinct than newspapers, leaflets and e-mail circulars.

(10) Prepare for hostility, solitude, derision, career setbacks, betrayals, infighting, the arid and disconsolate vistas offered by radical critique. Be unfashionable. Be uncool. Do not be a fanatic and a puritan. Nobody will be grateful to you, but cheap wine and cheap books are still available.

To be continued.

Transición, reconciliación y memoria

Hermann Tertsch

Periodista i analista de Madrid, especialitzat en l'Europa d'Est.
Periodista y analista de Madrid especializado en Europa de Este.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Adam Michnik, el celeberrimo luchador polaco por las libertades y director del mayor -y quizás mejor- diario de la Europa central, es amigo y admirador de Timothy Garton Ash, historiador y periodista, profesor en el Saint Antony's College de Oxford. Se conocen desde hace décadas y han estado inmersos ambos, uno como protagonista, el otro como atento observador, lúcido como pocos, en el gran terremoto histórico que, con epicentro en Polonia en 1980, acabo con la total demolición de una ideología, la marxista-leninista y un sistema, el llamado *socialismo real*, que durante décadas se auguró a sí mismo eternidad. Pese a todas las afinidades, Michnik y Garton Ash discrepan con rotundidad en lo que es una de las cuestiones políticas y éticas capitales de la actualidad: el tratamiento que debe darse al pasado y a la memoria en las siempre difíciles y muchas veces amenazadas transiciones desde la dictadura a la democracia.

La discrepancia gira en torno a las prioridades y a la valoración de los efectos del pasado sobre presentes muy inestables y futuros absolutamente inciertos, condiciones que se dan casi invariablemente en todos los procesos de transición. ¿Debe confrontarse a los dirigentes, secuaces y cómplices de dictaduras en proceso de extinción con sus actos y exigir responsabilidades? ¿Es mejor, en aras de la reconciliación, hacer un esfuerzo colectivo por reprimir la memoria y no abrir viejas heridas y agravios, garantizando a los responsables de abusos o incluso crímenes que no habrán de temer procesos judiciales ni reclamación de responsabilidades?

Estos son los dos grandes polos del debate que prácticamente comenzó 25 años antes del final del milenio con la revolución portuguesa y la transición española, pero que se disparó en actualidad e intensidad con la caída de los regímenes comunistas en la Europa central y oriental y el desmantelamiento de las dictaduras latinoamericanas. Ninguno de los muchos casos a los que afecta esta dilema es igual que otro. El caso español no es el polaco, el argentino no es el sudafricano, el ruso no puede compararse con el guatemalteco. Entre los más recientes, el serbio no es tampoco igual al croata, ni el proceso en Camboya similar al aún no iniciado en Chechenia o en Bielorrusia.

Adam Michnik es un admirador de la transición española. Y ha hecho todo lo posible, mucho y con considerable éxito gracias a su muy influyente posición como director del diario *Gazeta Wyborcza* y a su inmenso prestigio personal, para que la transición política en Polonia se mantuviera en el mismo espíritu: puente de plata para el enemigo en retirada, nada de caza de brujas y todas las facilidades para que los comprometidos con el régimen dictatorial de antaño se sintieran cómodos en la democracia emergente y no albergaran temores que pudieran inducirlos a cualquier tipo de resistencia o incluso sabotaje.

Mantiene esta postura incluso después de las elecciones de 1989, que gana por abrumadora mayoría absoluta la formación de Solidarnosc, y cuando la suerte política del Estado polaco está echada. El régimen comunista ha desaparecido. Pero la democracia está aun por establecerse con solidez. Michnik tiene buenos argumentos. El aparato administrativo del Estado y de las fuerzas de seguridad sigue siendo el mismo, y sus posibilidades de entorpecer el proceso no pueden

infravalorarse. Por otra parte, la situación en la aún existente Unión Soviética distaba mucho de ser estable. Las fuerzas involucionistas eran muchas y poderosas, como apenas un año y medio más tarde demostraron con su intento de golpe de Estado contra Mijaíl Gorbachov. Que este golpe cívico-militar concluyera como lo hizo, es decir con la disolución de la URSS y la neutralización de todo intento de restauración comunista, no estaba por entonces ni mucho menos claro.

La prudencia de quienes apoyan la vía española de transición con consenso implícito de olvido, al menos de silencio en torno a la actuación de la dictadura en el pasado, tiene por tanto, en un principio, motivos políticos tácticos de oportunidad. Pero también los tiene, después, estratégicos y a largo plazo. Y criterios éticos, también. Salvo las actuaciones criminales, como la muerte del sacerdote Jerzy Popieluszko a manos de la policía política, torturas y otros delitos perseguibles por el propio código penal del régimen en disolución, nadie debe temer que la democracia entrante le pida responsabilidades por sus servicios a la dictadura, se ocupara el puesto y cargo que se ocupara.

Ya no porque los otrora servidores del régimen comunista pudieran, porque pronto ya no podrían, poner obstáculos a la democracia sino porque la persecución sistemática de los comprometidos con el pasado genera automáticamente una nueva injusticia cuando se quiere juzgar conductas -no criminales, insisto- desde situaciones nuevas que difícilmente tienen en cuenta el grado de presión o necesidad en que cada individuo se hallaba cuando accedió a cooperar con un sistema de injusticia.

Timothy Garton Ash lo ve de otra manera. Piensa que el caso de la transición española fue único y excepcional, y considera que la máxima transparencia sobre el pasado inmediato, una vez garantizada la irreversibilidad del proceso democratizador, es una necesidad para evitar que los "cadáveres en el armario" emponzoñen y condicionen el propio proceso, pero también que generen un ambiente de impunidad respecto a responsabilidades pasadas que pueda tener un potencial regresivo posteriormente. Garton Ash vio su ficha policial del Ministerio de la Seguridad del Estado -conocida como la Stasi- de una época, al principio de la década de los ochenta, en que trabajó en labores de investigación histórica en Berlín Oriental. A partir de su ficha escribió un magnífico libro, *The file*, (El expediente, en su edición española), en el que reflexiona sobre el pasado, la culpa y los sentimientos de las víctimas de la dictadura, así como los de aquellos lacayos del poder que, después de caído el régimen, se consideran a sí mismos víctimas de un fatal vuelco histórico y son incapaces de ver en su actuación motivo de reproche alguno.

Durante la última década del siglo pasado se ha producido una auténtica revolución cultural y política que, en un principio, muy pocos fueron capaces de percibir y que ha cambiado el mundo, el concepto mismo de la justicia en la política y la sensibilidad en las clases dirigentes, pero también en las opiniones públicas. Ha sido precisamente la victoria de la cultura de la memoria frente a la tradición del olvido que había regido siempre hasta entonces. A lo largo de la historia, lo normal ha sido la imposición de la justicia de los vencedores, que todo el mundo consideraba lógica. Después de despojar a los perdedores de una guerra o un régimen derrocado de sus derechos y voz, o directamente de su vida, los nuevos poderosos imponían el olvido de pasadas tragedias o enfrentamientos para encarar un nuevo futuro más prometedor que no habría de ir lastrado por el pasado.

La primera vez que se rompe esta lógica es en Nuremberg. A la luz de las dimensiones y el carácter casi metafísicos del Holocausto del nacionalsocialismo alemán, los vencedores deciden hacer unos juicios públicos en los que, por primera

vez, se buscan por medio de la memoria varios fines. Primero se exige un esfuerzo colectivo para tomar conciencia del horror vivido y se intenta generar una movilización ética que haga imposible la repetición de hechos semejantes. Nadie intentaba en Nuremberg justificar la intervención de los vencedores en la guerra contra el nazismo, que se justifica por sí misma. El objetivo era, por primera vez en la historia, utilizar el recuerdo como arma permanente contra cualquier indicio de reincidencia, en este caso del pueblo alemán.

Pero lo cierto es que, aunque Nuremberg horrorizó al mundo con sus detalles sobre las simas de barbarie e ignominia en que había caído el régimen nazi, la población alemana vivió de espaldas, al menos todo lo que pudo, a aquellas verdades de la memoria que surgían. No querían recordar lo que habían hecho o, en el mejor de los casos, lo que se había hecho en su nombre. Quien quería recordar era un maldito y despreciado por una sociedad angustiada por aferrarse al olvido de su propio fracaso ético, cuando no de su participación activa en el crimen. Hermann Friedrich Gräbe, el encargado de una industria de construcción para la Wehrmacht en Ucrania, fue testigo de algunas de las matanzas más terribles en la región ucraniana de Dubno a principios de la guerra contra la URSS. Gracias a su cargo y a su osadía salvó a varias decenas de miles de judíos de las ejecuciones al uso antes de que, en 1942, se pusiera en marcha la industria del exterminio en Auschwitz, Treblinka, Sobibor y tantos otros. Gräbe fue responsable de algunos de los testimonios más impresionantes de Nuremberg. Nunca pudo volver a vivir en Alemania. Su emigración a Estados Unidos no le evitó una intensa campaña de difamaciones y desprecio por parte de la prensa alemana. La memoria era insoportable para la mayoría.

En realidad, la memoria en Alemania tras el nazismo no retornó hasta 1968. Y hasta entonces eran muchos los que creían sinceramente que los alemanes solo tenían dos opciones, que se excluían, y que eran vivir en el olvido o enfermar en el recuerdo. En Francia hubo actitudes muy parecidas. El mito de la Francia resistente es tan falaz como lo puede ser el de la Euskadi antifascista. Porque, igual que en Francia los resistentes eran una minoría, en gran parte extranjera -polaca o española-, y el mariscal Petain era, con su Vichy, la opción mayoritaria francesa al principio de la ocupación, en el País Vasco, gran parte de los nacionalistas no sabían a ciencia cierta si estaban con la República o con la cruzada requeté. Al final, los gudaris se entregaron al ejército italiano en Santoña, en la única victoria, por cierto regalada, de los ejércitos de Mussolini fuera del Tercer Mundo. Sin embargo, el miedo a recordar el pasado es inmenso; la tentación de decorarlo, manipularlo o falsificarlo en su totalidad es irresistible para quienes no buscan confrontarlo con la mirada limpia, sino capitalizar políticamente su versión del mismo.

El miedo a la verdad del pasado es el fruto más directo de la culpa. Es también, siempre, una actitud amenazante para el futuro porque pretende la ocultación del crimen, su justificación, y la búsqueda de reivindicaciones que por medio del victimismo cierran el paso a la propia memoria, al relato de la historia sucedida en toda su complejidad. "Pensar sobre la culpa es imposible sin pensar en el pasado" dice el escritor y ensayista Velimir Curgus Kazimir en un bello libro publicado este año bajo del título de *Kuce* ('Casas'). "La memoria selectiva es la forma más segura de popularizar tanto el sentimiento de culpa como el del victimismo."

En Alemania pudieron esconderse todos del fantasma del horror sucedido durante más de dos décadas. Pero los procesos históricos se han acelerado, y los serbios, por ejemplo, ya notan en la nuca el aliento de esa culpa de haber apoyado mayoritariamente en su día a quien hizo de muchos compatriotas unos criminales. Porque surge actualmente esa intuición de que el principio de la escalada criminal, en la que al final habrían de participar todos, nació de su propia ceguera. Todo aquel que alberga culpa es, a la postre, víctima de la situación de la que muchos de

ellos son responsables. Las víctimas son muchas veces inocentes, durante el siglo XX el porcentaje de las que lo eran se elevó exponencialmente con la inversión de la correlación de muertos, heridos, ajusticiados, deportados o prisioneros, entre civiles y militares.

Pero la revolución que se ha producido en la última década en la conciencia mundial ha adquirido ya una dinámica que no pueden parar ni los intereses de Estado, ni las presiones de los poderosos, ni los cuarteles generales de la(s) superpotencia(s), ni los sectores internacionales del capital que disfrutan, o se prometen disfrutes, de su connivencia con individuos comprometidos con crímenes bajo dictaduras de uno u otro signo.

Desde el procesamiento de Pinochet a los juicios contra dirigentes de la RDA por las muertes ante el muro de Berlín, desde el arresto de Videla a los años de cárcel a que puede condenar el Tribunal de La Haya a serbios, croatas, bosnios y albaneses, desde la Comisión de la Verdad de Sudáfrica, al movimiento memorial en Rusia, con Sajarov, primero, y, después, ese otro gran hombre que es el aún vivo Kovaliov, o el tan cercano para nosotros movimiento "Basta Ya" en Euskadi, con el Kovaliov nuestro a la cabeza, la conciencia valiente de tantos de nosotros que es Fernando Savater. Pero también tantos otros que han sacrificado una vida segura, gratificante y llena de promesas inmediatas por una promesa a muy largo plazo, y siempre compartida, como es la posibilidad de vivir con la mirada alta y sin miedo.

Coincido con el admirado Michnik en que hay muchas ocasiones, casi todas si no hay que humillarse, en las que evitar un conflicto futuro es preferible a reactivar el pasado. Pero también estoy de acuerdo con mi del mismo modo muy admirado Garton Ash en que mientras los humanos no se hayan batido en retirada definitiva, tienen que responder por sus actos cuando éstos han dañado a otros. Como diría algún niño "no vale torturar y después decir que lo que no vale es ser acusada". La dignidad de la persona no puede defenderse desde la aceptación de la humillación pretérita de otros, aunque ésta fuera provocada por situaciones supuestamente "excepcionales". Aquí es el crimen el que envilece, sobre todo cuando se mantiene impune. Y la acusación se dignifica, salvo que la muevan intenciones de poder o venganza y se base en datos falsos.

Memoria y transición. Siempre se pueden calibrar sólo hasta cierto punto los peligros y ventajas de apostar por uno u otro proceso. En realidad, toda transición surge de una memoria, que puede ser reivindicativa o culpable, o ambas cosas a la vez. Porque toda transición parte de situaciones de injusticia manifiesta para aquellos a los que se invita, para entrar en el foro de la ciudadanía plena, a no ejercer la memoria con toda su fuerza. Es un contrato social. Pero no puede ser nunca un juramento de amnesia, porque las actitudes, tentaciones y pasiones, las más miserables, las más brutales, tienden a reproducirse cuando la percepción de la sociedad sugiere que no han tenido límites y costos reconocibles en el pasado.

La memoria, la gran ofensiva del desolvido, ha llegado a todas las regiones de este mundo. Unos pueden querer olvidar, pero comienzan a complicarse las posibilidades de hacerlo. Y cada vez serán menos. Los aborígenes australianos les recuerdan ya con poco complejo y decreciente rubor a los blancos inmigrantes las barbaridades y desafueros que éstos les infligieron. No se quieren vengar, ni mucho menos. Lo que quieren es que conste. Como queremos que conste siempre el Holocausto para que nadie, ni el más miserable de los demagogos, se atreva a sugerirnos procedimientos de discriminación o solución final.

Cuando Occidente finalmente fue a la guerra, 55 años después de la caída del nazismo, contra un régimen que había vuelto a introducir las leyes de Nuremberg

en Kosovo, quedó en evidencia, pese a todo, a los terribles retrasos y fatales dubitaciones, que la memoria -del nazismo, de la perversión de todo nacionalismo o socialismo redentor, de las víctimas, sobre todo- es un factor de decisión política capital en este nuestro mundo de principios del siglo XXI, nada más concluir el más sangriento jamás habido. En realidad ha sido la globalización, maldita palabra, la que ha movilizadado a tantos seres humanos, que tanto tienen que recordar y que se han impuesto como un deber moral hacerlo, a obligar a verdugos, cómplices e indiferentes a ejercitar una de las cualidades más maravillosas y dignas que uno puede imaginar: la memoria. Memoria y reflexión, junto a carácter y sensibilidad, marcan la calidad de las personas. Los humanos no requieren más para ordenar sus vidas con dignidad, esa aspiración siempre subyacente a toda transición política hacia una libertad que merezca tal nombre.

La guerra de Bosnia-Herzegovina: tres lecciones y una conclusión

Pere Vilanova

Catedràtic de Ciències Polítiques de la Universitat de Barcelona.
Catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de Barcelona.

Versió original en castellà
Versión original en
castellano
Original version spanish

Introducción: desde dónde habla el autor

Puesto que hemos de hablar de Bosnia-Herzegovina, de sociedad multiétnica y de limpieza étnica, parece lógico que el autor de estas líneas describa con cierta precisión quién es y de dónde viene, puesto que la mirada individual sobre la tragedia no es neutra, ni moral ni geográficamente. No existe ese tipo de neutralidad. Quien esto escribe, en este caso, habla desde una doble condición.

Ante todo, como hijo y nieto de refugiados de una guerra civil, es hijo sobre todo del siglo XX, aunque de momento haya llegado a vivir en el siglo XXI. Hijo y nieto de refugiados quiere decir, en sentido estricto, que su padre, su madre, los padres y madres de éstos, y un muy amplio número de parientes laterales pasaron por el exilio por razones políticas y como consecuencia de una guerra. De modo que los hijos del autor, dos, son hijos, nietos y biznietos de refugiados, en este caso por partida doble, puesto que no sólo el autor sino también su pareja tienen idéntica trayectoria. Son, pues, muchos años y kilómetros de exilio, que dan una visión cosmopolita del mundo, facilitan el aprendizaje de idiomas y, en este caso, vacunan contra cierto tipo de ideologías.

Pero en segundo lugar, habla el testigo, pues quien esto escribe tuvo la oportunidad de seguir de cerca, ver y (dentro de ciertos límites) vivir la tragedia de la ex Yugoslavia. Desde 1991 empezó a escribir sobre ello y, desde 1992 hasta 1999, viajó numerosas veces hasta aquel territorio, con estancias cortas o no tan cortas, en particular a Eslovenia, Croacia y, sobre todo, con diferencia, a Bosnia-Herzegovina, de modo que de las muchas señales que le han quedado en el corazón, Mostar y Sarajevo ocupan un lugar preferente. Los pormenores del por qué de tanto viaje no hace falta detallarlos, pero tienen que ver con actividades que comúnmente se denominan *cooperación y acción humanitaria*, aunque en este caso recibieron una diversidad de apelativos que alcanzan variantes originales, como dar clases en la Universidad de Sarajevo durante la guerra, o llevar cuerdas de guitarra -eléctrica y clásica- a la ciudad asediada para un grupo de muchachos que luego se fueron profesionalizando y han llegado a grabar un par o tres de discos. Comboi es su nombre.

El cruce de ambas condiciones me dan, para resumir, un cierto aval como testigo, pues de eso es, a fin de cuentas, de lo que se trata cuando se habla del compromiso moral del que ha visto y debe contarlo: contar lo que has visto, convertir tu experiencia y lo que has vivido en información, y aceptar que todo ello tiene un valor relativo, pues esta larga guerra nos ha enseñado que cualquier argumento puede ser rebatido por otro de signo contrario. En las interminables discusiones que he podido escuchar sobre el tema entre expertos de verdad y expertos de sobremesa, en el caudal de artículos de opinión, de tertulias mediáticas, de declaraciones... he redescubierto algo que ya sabíamos, pues es un ritual muy viejo, que se agudiza socialmente cuando se producen conflictos, cercanos o lejanos pero que nos apasionan por alguna razón: a la gente le cuesta mucho cambiar de opinión, reconocer un error, a veces no por falta de información,

sino por inercia moral, o simplemente por orgullo.

Las reflexiones que vienen a continuación, como se verá, no son una nueva versión de la secuencia histórica de las guerras yugoslavas, sino el enunciado de algunas ideas, convicciones o intuiciones que aquella experiencia y otras anteriores, contemporáneas y posteriores (como los conflictos de Oriente Medio o la guerra de Afganistán) han construido en mi conciencia.

Y todo ello desde una incierta sensación. He ido adquiriendo con el tiempo la convicción de que la capacidad de uno para convencer a alguien que piensa de modo distinto es limitada. Qué digo: ínfima. Porque en el territorio de la política, a diferencia del territorio de las ciencias de la naturaleza, de la física, la química o la computación, "todo el mundo tiene un punto de vista". Casi siempre, sobre casi todo. Que dicho punto de vista lo tenga una persona flexible, educada, abierta de mente, racionalista, o lo tenga otra que sea sectaria, dogmática, maleducada, agresiva, sólo afecta a las "buenas o malas maneras" de la gente en sus relaciones sociales. No necesariamente a la solidez de sus convicciones. Soy, pues, consciente de que mi capacidad de influir en es poca. Entonces, ¿dónde está el sentido de todo esto? Lo que da sentido al trabajo individual de uno es que lo que piensa, deja dicho, registrado, escrito, para que más tarde o más temprano alguien pueda decir "mira, es interesante, ya en 1991 había quien decía que la responsabilidad de la cúpula serbia en la desintegración de Yugoslavia es la mayor de todas. No la única, pero la mayor, porque desde 1986 planificó lo que vino después". O, aplicado a otros conflictos, a otros debates, a otros casos de conciencia universal, nadie pueda decir: "es que no lo sabía, no me enteré, era muy complicado". Mi amigo y ex alumno, el periodista Miguel Gil, muerto en acción en África no hace mucho, respondía así a un colega que le entrevistó con ocasión de la obtención de un prestigioso premio: "¿que si esto que hago sirve para algo? No lo sé, pero al menos nadie podrá decir 'es que no lo sabía'".

El problema del pueblo alemán, el de su responsabilidad colectiva en relación al nazismo no es el de la falta de credibilidad del "no sabíamos, en 1933, lo que se avecinaba". El problema es que desde 1926, y sobre todo desde 1930, hubo antifascistas, y en concreto "antifascistas alemanes", con nombres y apellidos, que advirtieron -y ha quedado registrado- de lo que estaba anunciado en letras de molde en *Mein Kampf*. Cuando en 1989, Milosevic -seis meses antes de la caída del muro de Berlín, dos años antes del inicio de la primera guerra yugoslava- cita al escritor serbio Matija Beckovic: "Donde haya una tumba serbia, eso es Serbia", está anunciando "su programa". Y Europa miró hacia otro lado; pero muchos, muchísimos yugoslavos también.

Digamos en voz alta lo que pensamos, dejémoslo escrito, sin esperar gran cosa de ello, pero al menos que quede constancia. La memoria, el deber de memoria, es nuestra principal obligación moral.

1. Sobre la guerra y la paz: problemas de definición

Muchas veces he experimentado en clase con mis estudiantes, ya sea en Derecho, en Sociología o en Ciencia Política. Les pido que definan brevemente los siguientes términos: justicia, paz, derecho, igualdad (la lista puede ser más larga). Al poco empiezan a incomodarse, a mostrar inquietud, y les tranquilizo. A mi me sucede lo mismo, les digo. Son términos evidentes por su uso común, son lo que en inglés se llama *self-evident*. Y sin embargo, nos resulta mucho más fácil definir la guerra, el

conflicto, la injusticia, la vulneración del derecho, las desigualdades. De tal modo que la definición de paz, o de justicia, no sólo es difícil, larga, farragosa: intuitivamente nos sale "en negativo", es decir, a través de su contrario. En concreto, la paz es lo que hay entre dos guerras, o cuando no hay guerra. Mis estudiantes se tranquilizan, su confusión no es culpa suya. Es culpa de la filosofía. Porque a través de palabras como paz, derecho, justicia, libertad o igualdad, lo que estamos haciendo es dibujar un "horizonte programático", la línea de fondo a la que nuestros esfuerzos individuales y colectivos deberíamos conducirnos. El ideal societario. El único aceptable, debería añadir. Y en cambio, la historia de la humanidad no tiene una evolución lineal en ese sentido. Por momentos nos asombra la capacidad del género humano de hacer lo contrario. No basta con condenarlo como un fenómeno sociológico irresistible, fuera de nuestro alcance, como un huracán, un terremoto o una inundación, que tienen una naturaleza objetiva, basada en la carencia de toda "intencionalidad". No, la violencia social tiene otros parámetros, algunos (habría que ver qué parte) de tipo instintivo o genético, y otros basados en los rasgos más específicos del ser humano como variante del mundo animal: racionalidad, voluntad, capacidad de decidir y, por ello, de elegir y, sobre todo, intencionalidad. ¿Qué vertiente es más portadora de destrucción?

No me corresponde volver sobre la evidencia de la tensión entre pasión y razón en el territorio de la política, ya se ha dicho lo esencial. Y si está dicho hace más de 2.500 años, ¿por qué no hemos aprendido? Como digo, no basta la condena moral genérica, porque en situaciones normales es fácil hacerlo, no implica ningún riesgo personal y proporciona cierta comodidad ética. La tarea todavía pendiente es doble. En el terreno de la reflexión, de las ideas, del pensamiento, es preciso seguir intentando comprender la naturaleza profunda de nuestro comportamiento social, empezando por el individuo y continuando por el sujeto colectivo. Tenemos una rica herencia intelectual en este sentido, disponemos de las ideas de pensadores, filósofos, hombres de ciencia a lo largo de siglos. Volvamos sobre ellos. ¿Quién tenía razón, Rousseau o Hobbes? En lo relativo al concepto de *estado de naturaleza* y a cómo salir de esa fase de violencia estructural, no me cabe la menor duda: Hobbes. La razón principal es la siguiente: el conflicto, el enfrentamiento, el egoísmo, el temor al otro (sobre todo si es desconocido), el individualismo y un sin fin de conceptos correlativos parecen expresión de tendencias innatas en el ser humano. La solidaridad, la transacción (política, social o comercial), el pacto, el contrato, la ayuda mutua, la acción colectiva, la aceptación de reglas sociales o jurídicas, todo ello pertenece al territorio de la "construcción social". La construcción social, a mi entender, se caracteriza por ser una realidad artificial (en el sentido que Thomas Hobbes daba a su *Leviatán*), creada por el ser humano a partir de su reflexión colectiva. El Estado es su expresión más acabada, más sofisticada.(1)

Y si el Estado es el invento humano que, al menos en términos relativos, mayor rendimiento ha tenido en su capacidad de ordenación y pacificación social, ¿por qué los Estados libran guerras entre sí? Y ¿por qué algunas sociedades entran en guerra civil? Uso el término *guerra civil* en un sentido que aquí puede parecer convencional, pero que en muchos lugares de Yugoslavia me hubieran valido, desde 1991 hasta hoy, severas réplicas y, según el momento y el lugar, alguna posibilidad de agresión física. Porque aquí utilizo el concepto *guerra civil* como el enfrentamiento entre "ciudadanos" en el sentido que ese término tiene en la tradición de la Ilustración francesa y la Revolución de 1789, que está en las antípodas del concepto de pueblo o nación como algo derivado de un "derecho natural", que para mí no existe, pues el concepto *derecho natural* se basa en términos antitéticos, contrarios entre sí. Pues todo derecho, por definición, es una

construcción social. La ley de la gravedad, en cambio, expresa una ley "natural".

La respuesta a las preguntas aquí formuladas es: "no lo sé". Pero ello no me aleja de la convicción de que sólo una paciente tarea de construcción social puede llevar a la neutralización de las tendencias más destructivas que las sociedades humanas llevan en su seno.

2. Sobre la comunidad internacional y la opinión pública

Las guerras no son una novedad de la década de los noventa, desde luego, pero lo que resulta nuevo es la intensidad de la advocación a, o invocación de, la "comunidad internacional" como actor principal al que se requiere para que entre en escena y, como el héroe de la película, detenga la matanza. No hemos caído en la cuenta de hasta qué punto ésta es la verdadera novedad y hasta qué punto estamos invocando a una entelequia, un actor virtual, una hipótesis.

Pero vayamos por partes. De los que tenemos edad para recordar, ¿alguien recuerda que se exigiera a la "comunidad internacional" que detuviera la guerra de Vietnam, o la de Camboya, Biafra, Corea, Indochina o cualquiera de las aproximadamente ciento treinta y cinco guerras que el mundo ha contemplado entre 1945 y 1990? Se daba por supuesto en el mundo bipolar que la Organización de las Naciones Unidas debía ocuparse de ciertas cosas (la descolonización, el conflicto de Chipre, el Congo) y no debía interferir en otras. Se consideraba normal que el llamado *derecho de veto* llegase a funcionar en el Consejo de Seguridad de la ONU más de un centenar de veces en 45 años. ¿Cuántas veces se ha usado en los años noventa? Que yo recuerde, ninguna. Ahora basta la "amenaza" del veto, es suficiente, y tan sólo ha sido esgrimida media docena de veces, para que el Consejo de Seguridad o bien aparque el tema, o bien insista en la negociación o, simplemente, "compre tiempo".

Las razones por las que la crisis del sistema bipolar y el fin de la guerra fría han comportado, a la vez, una proliferación de guerras, conflictos y amenazas(2) y un exceso de expectativas en que eso que se llama comunidad internacional pueda resolverlas es uno de los mayores enigmas del final del siglo XX, y un reto para este nuevo siglo.

El hecho es que, en relación a las guerras balcánicas, las llamadas a la "comunidad internacional" han sobrepasado todo lo imaginable, aunque también fue solicitada - más "débilmente"- en las guerras de Somalia, Ruanda, la crisis de la región de los Lagos. ¿En qué consiste esa comunidad internacional? Aquí, que cada cual asuma sus responsabilidades y lo explique. En mi opinión, la "comunidad internacional no existe". Pero no hace falta caer en el tremendismo. Podemos aceptar la hipótesis de que no existe "todavía", y en este sentido, podemos apelar a ella como apelamos a la paz, la justicia o el bien común. Es un elemento más del "horizonte programático" citado al inicio de esta reflexión. Pero digamos igualmente lo que "no es todavía": no es el instrumento político, institucional y jurídico para acabar guerras, o para impedir las. De tan evidente, da reparo repetirlo, la "comunidad internacional no es todavía" el equivalente de la sociedad civil, y la Organización de las Naciones Unidas (y su Consejo de Seguridad, y su Asamblea General) no constituye un Estado de derecho (con su gobierno y su Parlamento). De modo que, ¿de dónde sale tanta exigencia social para que se intervenga en casos de guerra, a fin de restablecer la paz? Esto nos lleva a la opinión pública.

¿Existe una opinión pública internacional? Parece que sí, una mirada a esta última década nos muestra signos bastante visibles de ello. Pero no sabemos si se trata de una yuxtaposición de opiniones públicas parciales o segmentadas (las opiniones públicas nacionales)⁽³⁾ o de una opinión cualitativamente distinta, ya mundial. Personalmente ni siquiera creo que exista todavía una opinión pública europea, pero demostrarlo nos llevaría lejos del objeto de esta reflexión. Ya sea una suma de opiniones públicas nacionales o se trate de algo nuevo, difuso, pero emergente y cualitativamente nuevo, la opinión pública ha adquirido un gran protagonismo que los que "deciden" en el terreno de la política internacional, y en concreto los gobiernos de los Estados, no pueden ignorar. Por razones de política interior (elecciones), por razones morales o de principio, por razones de oportunidad, pero cada vez será más difícil para los gobernantes, ante una crisis internacional de grandes proporciones, optar por "no decidir", por no hacer, por ganar tiempo. Y aquí es donde la crisis balcánica ha sido protagonista de una gran lección. Desde 1991 hasta 1999, desde la primera guerra en Eslovenia hasta la intervención militar internacional (y no sólo de la OTAN) de 1999 en Serbia y Kosovo, la llamada *opinión pública* internacional ha recriminado a la llamada *comunidad internacional* o bien por no intervenir (o tardar demasiado en hacerlo) o por intervenir (o hacerlo mal, moralmente o jurídicamente, o ambas cosas) o por intervenir demasiado pronto. Paradigma de lo primero: Bosnia-Herzegovina, Sarajevo, Srebrenica, Mostar. Paradigma de lo segundo: Kosovo. Sigo sin salir de mi asombro. No conozco literalmente a nadie que en la primera semana de septiembre de 1995 no se alegrase de la acción de fuerza de los aviones de la OTAN contra los *chetniks* serbios para acabar (¡en menos de dos semanas!) con una masacre que duraba cuatro años. Si acaso, a la celebración se unía la crítica de ¡por fin, ya era ahora, por qué no antes! Y por tanto, los que tanto criticaron la intervención contra Serbia a raíz de la crisis de Kosovo, ¿por qué no criticaron la misma acción cuatro años antes? Antes de que algunas de estas personas se decidan por fin a responder, aclaremos las similitudes y diferencias entre ambas situaciones: a) en ambos casos la fuerza militar de castigo era la misma, aviones de la OTAN con el apoyo de otros varios países; b) en ambos casos el agresor, el fascismo serbio, era idéntico, con los mismos medios militares y, "físicamente", los mismos jefes; c) en ambos casos las víctimas eran "ciudadanos" de una comunidad diferente (musulmanes) y eran atacados por el hecho de ser diferentes. Las diferencias, por su parte, eran de matiz: en un caso se trataba de musulmanes "bosnios", y en el otro de musulmanes "kosovares". Ah! Queda una última similitud: en "ninguno" de los dos casos "se disponía de una autorización expresa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas". ¿Por qué lo que era moralmente exigible (y no sólo aceptable) en 1995, era inaceptable en 1999? Como digo, no salgo de mi asombro, y nadie responde al interrogante.

Todo parece indicar que lo más realista sería abrir un debate, no sobre la "necesidad" de que "hubiera una comunidad internacional", sino sobre cómo hacer más efectivos los instrumentos actuales que ofrece el derecho internacional, cómo aumentar en suma la presión de las opiniones públicas sobre los gobiernos de los Estados para que, en su propio ámbito de decisión, o en la sede de la ONU, se vean impelidos a adoptar el principio de "igualdad y de generalidad" en la aplicación de la Carta de las Naciones Unidas. Y cuando ello no sea posible porque el mecanismo de bloqueo, la palanca de la arbitrariedad, está en el corazón de la propia institución (el veto, la regla del consenso, etc.), debatir cómo se puede actuar en defensa de "los principios" de la Carta de las Naciones Unidas, aunque sea prescindiendo de los mecanismos formales de aprobación. Esta propuesta puede resultar más que provocadora para mucha gente, y en particular para la mayoría de mis amigos y colegas académicos; pero mi argumento, forjado en la observación impotente de la crisis yugoslava, sigue una razonamiento lógico inverso: en primer lugar, no

consigo aceptar que la falta de un procedimiento "formal" (que sabemos de antemano cuándo será bloqueado y por quién, según las crisis) nos obligue a renunciar a la defensa del "derecho material vulnerado". En segundo lugar, no puedo tampoco aceptar el síndrome del "agravio comparativo". Pues en efecto, los que suelen criticar tal o cual intervención, esgrimen que en tal otro lugar o situación, no se interviene. Lo cual es cierto: ¿por qué Kosovo y no Chechenia? Es un falso dilema que podría abrir las puertas de un debate fructífero si se plantease lealmente, con franqueza, con curiosidad intelectual. Pero eso no suele ser habitual. En mi opinión, el debate debería continuar en la línea que propongo más arriba. Sí, es cierto, el uso de la fuerza desde la ONU, o desde fuera pero invocando los principios generales del derecho internacional, suele ser aislado, desigual y arbitrario. A continuación, mi pregunta es: ¿qué hacer a la espera de su aplicación efectiva y generalizada desde el principio de igualdad ante la ley? Caben dos respuestas y sólo dos. La primera es: nada. Como no se ha intervenido en tal otro sitio (ponga el lector Palestina, Ruanda, Chechenia o lo que quiera, pues ejemplos no faltan) donde también se cometen injusticias, nadie está legitimado para actuar en Bosnia, o en Kosovo. A la espera de la Justicia Mundial (con mayúsculas) nos quedamos en casa, eso sí, inactivos. Mirando, o mirando hacia otro lado. La segunda es: depende, pero si en algún caso cabe el uso de la fuerza para paliar una situación, para socorrer a las víctimas, para que la agresión cueste un precio, ¿por qué no? Y sobre todo, vuelvo a insistir desde la pesadez de la indignación: ¿por qué pareció bien la intervención armada en Bosnia en septiembre de 1995 y no la de Kosovo en 1999?

3. Sobre la Historia, las historias y las responsabilidades individuales y colectivas

A todo esto, pocas veces se ha invocado tanto la Historia (con mayúscula) para justificar los fundamentos de varias guerras que han acabado con la Yugoslavia de los años 1945 a 1990. Se podrá argumentar que eso siempre ha sido así, en todas las guerras, pero quizá sea cierto el dicho de Winston Churchill de que los Balcanes producen más Historia de la que pueden procesar.

En cierto sentido, pocas veces se ha invocado tanto la Historia para legitimar lo que no son sino historias (con minúsculas), o historietas (subjetivas), es decir, simples y llanas ideologías.⁽⁴⁾ Y me he dado cuenta de que las ideologías políticas en general, todas ellas, pero las que pivotan en torno al nacionalismo en particular, necesitan como punto de partida, como columna vertebral, y como "gasolina" para mantenerse en marcha, una constante invocación a la Historia. Lo que llama la atención en el caso de Yugoslavia es hasta qué punto, hasta qué extremo, el nacionalismo radical serbio, el "chetnikismo"⁽⁵⁾ en suma, se mece en una versión de la Historia presentada como "la Historia" objetiva, científica, única y verdadera, cuando en realidad es una sarta de despropósitos tan obviamente ficticia como que a la noche sigue el día. Y sin embargo, ha sido vivida como Verdad durante años por buena parte (o por una mayoría, aunque nunca se sabrá exactamente por qué mayoría)⁽⁶⁾ del pueblo serbio, que ha adquirido con ello una responsabilidad colectiva cuyo proceso de duelo tardará lo que tarde.

La Historia del Campo de los Mirlos en Kosovo, por ejemplo, donde en 1389 el pueblo serbio se habría enfrentado sólo, en nombre de la cristiandad, a las hordas turcas del sultán Murad... ¿es Historia o es un mito? Las dos cosas, porque hay trazas históricas de que en tal lugar, aproximadamente, hubo uno de tantos choques militares entre invasores e invadidos. No era la primera vez que sucedía, desde luego, ni el primer lugar que contemplaba una invasión, ni sería la última.

Eso dice la Historia. Luego empieza el mito fundacional. Pero resulta que los albaneses, entonces católicos, lucharon junto a las tropas serbias, mientras que otros serbios se unieron a Murad, porque sus príncipes, barones o lo que fueren así lo quisieron. Es como si a mí, a nosotros, nos diera por creer que el Tamboriler del Bruch paró a las tropas de Napoleón en Montserrat, pero consta que llegaron hasta Guadix. Y francamente, no me importaría que Napoleón se hubiera salido con la suya y ahora yo fuese francés. Como tampoco me importaría que el rey español de la época de las secesiones portuguesa y catalana hubiera decidido impedir la independencia de Portugal. Ahora sería, quizá, ciudadano de un Estado llamado *Cataluña*, ¿por qué no? Pero cualquiera de las opciones me vale, si hoy puedo vivir en democracia.

Lo criminal no es construir o mantener una identidad colectiva sobre un mito: todas lo hacen. Lo criminal es construir una y otra guerra sobre un mito viejo de seis siglos para dar legitimidad a ese crimen que consiste en aceptar que el fin justifica los medios, que en política todo vale, que si el fin es político, aunque alguno de los medios utilizados parezca un poco rudo, queda justificado por su "politicidad". ¿Por qué la política como fin habría de ser un atenuante, cuando no un eximente, de los delitos que se comenten en su nombre? Y esa es una creencia ampliamente difundida en nuestras sociedades, incluida la nuestra.

Es hora de mitos, de acuerdo. Pero ¿más que antes? ¿Quizá menos que antes? ¿Igual? Qué más da. Pienso que siempre ha sido igual, pues desde que existimos en sociedad, ese tipo de movilización de la conciencia colectiva ha funcionado, en ocasiones como instrumento de agresión, otras como mecanismo de defensa, cuando no de supervivencia. Pero la paradoja es que, en el siglo XXI, un siglo que empieza marcado por flujos de información y redes de comunicación basados en tecnologías sin precedentes, demos por buena esa fatalidad de que la mitología puede más que la racionalidad y la información. Esto es lo inaceptable. Cuando el nacionalismo griego actual, pesadísimo, invoca a... Alejandro Magno, que según dicen las leyendas era de un lugar entonces llamado Macedonia, para impedir que la actual Macedonia adopte ese nombre, y forzar a que ese pobre país acabe llamándose (al menos durante unos años) FYROM,⁽⁷⁾ nombre que sugiere el de un medicamento para la hipertensión o algo así, es para llorar. La cuestión de la identidad del ser humano, individual y colectiva, es a la vez compleja y simple. La simplicidad radica en el hecho de que cada cual tiene derecho a "sentirse" vinculado a tal o cual colectivo en grados muy diversos -mucho, poco, bastante, totalmente o nada-, y debería poder vivir ese sentimiento subjetivo sin imposiciones externas de ningún tipo. Uno puede, llegado el caso, sentirse vinculado al mundo, a la humanidad como sociedad de la que todos, en cualquier caso, formamos parte y dentro de la cual expresamos nuestros restantes elementos identitarios. Uno puede no tener otra patria que este sentimiento. En última instancia, uno tiene que tener derecho a no sentirse "patriota" de nada en particular. Esto tan evidente a veces es difícilmente aceptado por algunas mentes que se tienen a sí mismas en la más alta estima.

Fue Jorge Semprún quien dijo hace un tiempo: "la patria del escritor es el lenguaje", y naturalmente el periodista que le entrevistaba no entendió lo esencial, pues creyó que Jorge, uno de los escritores más genuinamente plurilingües que conozco, se refería a *una lengua, su lengua, su idioma*, y claro, tiene tres: español, francés y alemán. Y para la escritura, prueba de fuego del dominio del lenguaje, dos: francés y español, "por este orden". Jorge decía simplemente que el escritor se debe al territorio desde el que expresa lo que tiene que decirnos, el de la escritura, es decir el del lenguaje. ¿Cuántos políticos, intelectuales o ciudadanos, sin perjuicio ni menoscabo de su apego absoluto a la democracia, pueden entender

tal hipótesis? No he conocido a muchos. Conozco a algunos que estarían de acuerdo en abrir un genuino debate al respecto, partiendo del recelo ante tal afirmación, pero aceptando poner en cuestión el principio de que la persona sólo tiene una lengua, la suya, llamada normalmente *materna*, aunque pueda haber aprendido otras varias y llegado a dominarlas. Pero son pocos.

El hecho es que con este ejemplo podemos abordar una primera conclusión: hay que utilizar con extrema prudencia el apelativo de *natural* cuando lo aplicamos a fenómenos sociales, no digamos ya "políticos". ¿Por qué ha de ser más natural ser nacionalista de alguna nación en concreto, que ser a-nacionalista? Y puesto a aclarar las cosas, desde mi punto de vista ser "a-nacionalista" no equivale en absoluto a ser "antinacionalista", pues éste se sitúa en un punto de beligerancia frontal contra el fenómeno nacionalista, y aquél, no. Es la misma diferencia que hay entre el agnóstico y el anticlerical (o el blasfemo).

Conclusión: los fundamentos cívicos de la democracia después de Srebrenica⁽⁸⁾

No hay pueblos, naciones o nacionalidades naturales. Son productos sociales históricamente decantados. No hay formas "naturales" de gobierno. Ni siquiera hay, en mi opinión, un "derecho natural" en sentido estricto, sobre todo si se apela a derechos naturales "colectivos". Como mucho, se puede aceptar la existencia de un instinto (individual y de grupo) de supervivencia, que de hecho es biológico, pues es común a todas las especies animales, y que en el caso de los humanos, por razones culturales, se ha traducido en un sistema de formulación de obligaciones, prohibiciones y tabúes (cosa común, por ejemplo, a todas las religiones, que prohíben el suicidio) cuya función es proteger la vida (y con ello la continuidad de la especie), y en cierto estadio ha adquirido la formulación de "derecho". Pero esa denominación es una "construcción social". También considero el liberalismo, en sus orígenes, que el derecho de propiedad era no sólo "natural", sino ilimitado y sagrado, y con el tiempo el Estado social de derecho ha impuesto la norma de que la propiedad es un derecho, pero no ilimitado, pues en aras del interés general (otra construcción social) cabe la expropiación con determinadas limitaciones y condiciones.

En realidad, a lo largo de procesos históricos complejos se han producido muchas formas de organización política de la sociedad, con un determinado sistema institucional y normativo, con características propias en cada caso, y sobre todo, con formas de "legitimación del poder y de su ejercicio" muy distintas entre sí. Distintas en un doble sentido: *horizontal*, pues una simple comparación de las formas políticas que coexisten en el mundo en un momento dado, hoy en día, hace cien o hace mil años, muestra una amplia variedad de discursos legitimadores; *vertical*, pues cada sociedad, cada pueblo, puede con una mirada a su propio pasado constatar que los discursos legitimadores que ha generado en su seno han sido muy diversos.

Aquí es donde la noción de derecho como construcción social cobra todo su sentido. Vivimos tiempos en los que se ha generalizado el Estado como forma dominante de organización social, con su correlativa proliferación de organizaciones internacionales intergubernamentales y sus diversas formulaciones jurídicas (el derecho constitucional, el derecho internacional, etc.). Es cierto que en términos de "consolidación democrática", o de derecho eficazmente aplicado con criterios de igualdad y de generalidad, el rendimiento de unos y otros es muy variado y, por

cierto, bastante poco alentador en demasiados casos. Pero los parámetros de medición son cada vez más comunes, y más ineludibles. La noción de que un colectivo, se llame pueblo o nación, pueda vivir en autarquía intelectual, moral y material, sin verse confrontado a ese entramado de parámetros comunes, es algo que confina con el autismo.

Y no sólo no hay derechos naturales. Tampoco hay derechos "absolutos", y constato con preocupación la creciente tendencia a confundir derechos "fundamentales" con derechos "absolutos". En efecto, y lo constato cada día, no ya en los Balcanes sino en mi entorno inmediato, se invoca un derecho fundamental, por ejemplo la libertad de expresión, para "reventar" actos del contrario, impidiendo así "la libertad de expresión del otro". Por no perder el tiempo inútilmente: un derecho puede ser fundamental (no todos los derechos son fundamentales, por cierto, depende de cada formulación constitución) pero no por ello es "ilimitado". Pues el ejercicio de ese derecho tiene un límite preciso, objetivo, insoslayable: el punto donde ese ejercicio vulnera el derecho de otro. Y esto vale para los derechos individuales y para los llamados *derechos colectivos*, empezando por el llamado derecho a la *autodeterminación*.

Para seguir en esta vena iconoclasta, la distinción entre derechos individuales y colectivos no es irrelevante para el derecho, ni mucho menos, pero deberíamos ser muy precisos al invocarlos. Los derechos individuales tienen una definición obvia, pertenecen a la persona como tal, son suyos. Los colectivos son, simplemente, aquellos derechos que afectan a grupos de personas, y el tamaño del grupo es aquí secundario. Por ejemplo, un pueblo o una nación es ante todo un grupo de personas, de ahí se deriva la legitimidad del derecho que invoca, pero también su limitación. Hay quien cree que puede invocar un derecho colectivo (autodeterminación) mientras vulnera metódicamente los derechos fundamentales individuales de un ciudadano (empezando por su derecho a la vida, a la integridad física, a la seguridad). Pasa todos los días, muy cerca de aquí, y me resulta intolerable.

Las apelaciones a la tolerancia (o al diálogo) no deberían suscitar más confusión a la ya existente. La tolerancia "no es una forma de gobierno". En absoluto. La tolerancia es una actitud de la persona hacia otras en relación a cualquier diferencia entre una y otras, y debe darse por supuesta, en el sentido de que su carencia es un defecto perturbador. Por ejemplo, en el sentido de que si alguien que tiene poder es intolerante, ello genera perjuicios injustificables. Pero confiar en la tolerancia, o hacerlo "únicamente" en ella como garantía de la virtud del gobernante, es un absurdo. La tolerancia, como el civismo o la buena educación, es exigible a cualquiera que quiera vivir en sociedad. Lo importante es que las formas políticas de organización social, y en particular las relaciones entre gobernantes y gobernados, reposen en el derecho como conjunto de normas de valor objetivo cuya legitimidad se deriva del contrato social entre ciudadanos libres (como explicaron con claridad meridiana Locke, Montesquieu y compañía), y cuya aplicación no derive en arbitrariedad.

Ante todos estos problemas caben (y de hecho se han generado) respuestas muy distintas. Que cada cuál, en base a los valores y principios éticos, políticos, filosóficos, religiosos u otros que asuma como suyos, tome postura. En mi opinión, lo que falló y lo que está pendiente de construcción o re-construcción en la ex Yugoslavia es el "civismo". Y en particular, la quiebra del civismo de amplios segmentos de las élites gobernantes. No de todos los que formaban parte de ellas, ni de todos en la misma medida, no tenemos derecho a igualarlos en la ignominia. Cuando hablo de civismo me refiero al conjunto de valores que hace que una

sociedad se sepa formada por ciudadanos libres e iguales en derechos y en obligaciones hacia los demás, y que, de algún modo, acepta el pluralismo como un valor positivo (no como una especie de desgracia) y se obliga a admitir la diferencia y a respetar a la minoría. La pertenencia a la comunidad, desde esta óptica, no se deriva de una "ley natural", sino del ejercicio consciente y constante de las obligaciones derivadas del contrato entre iguales. Es un ejercicio constante de libertad. Por si alguien no ha entendido el sentido profundo de mi reflexión, en temas como los que nos ocupan, me siento más cerca de la filosofía política de la Ilustración (y en cierto modo del pensamiento político que fundamenta la revolución americana) que de la tradición alemana; más próximo, como criterio de acceso a la ciudadanía, del *ius soli* que del *ius sanguini*.⁽⁹⁾

Hablaba al comienzo de esta reflexión de neutralidad. ¿Es posible la neutralidad después de Srebrenica? Ya no lo era antes, desde luego. Pero cada generación tiene sus puntos de referencia. Permítanme acabar con una distinción entre términos que a veces se usan erróneamente como sinónimos. No se puede ser *neutral*, pero se debe ser *imparcial*, y ¿cuál es la diferencia? En un conflicto, en una guerra, el neutral no se mete, no toma partido, se inhibe, cierra sus fronteras, hace negocios con todos o con alguno o con ninguno, se prohíbe a sí mismo cualquier pronunciamiento político o moral. El sujeto imparcial es el que analiza los hechos, escucha a las partes, sopesa los argumentos, evalúa las exigencias morales, y "toma partido". El (buen) juez, cuando ejerce su jurisdicción, no es neutral, es imparcial, pues al final toma partido y castiga al culpable. El (buen) árbitro de fútbol, si le dejan, ha de ser imparcial. Si fuera neutral, no señalaría ninguna falta, de hecho no saltaría al terreno de juego.

Que cada cual decida si es neutral, imparcial o beligerante por lo que le quede de tiempo.

Notas

(1) Me refiero convencionalmente al Estado en su versión actual: Estado social de derecho.

(2) Amenazas que son catalogadas como nuevas y, en realidad, la mayor parte de las veces no lo son.

(3) Uso aquí el término en el sentido convencional de tipo estatal (la opinión pública británica, francesa, italiana, española).

(4) Uso de modo convencional el término ideología como representación subjetiva (parcial, luego falsa) de la realidad.

(5) Valga el barbarismo para designar la ideología chetnik, del nombre de los paramilitares monárquicos que en la Segunda Guerra Mundial lucharon a la vez contra los alemanes y contra los partisanos yugoslavos de Tito.

(6) Sabemos al menos, yo conozco a algunos, que algunos no lo creyeron y actuaron en consecuencia desde la primera hora, no desde la "hora veinticinco".

(7) FYROM: Former Yugoslavian Republic of Macedonia, no es broma.

(8) Para quien no sepa qué es, o era, Srebrenica, le remito a las hemerotecas de julio de 1995, cuando los chetniks de Mladic y Karadzic perpetraron la peor matanza de la guerra y asesinaron a entre ocho mil y diez mil musulmanes en menos de ochenta horas.

(9) Derecho de suelo (lugar de nacimiento) versus derecho de sangre (criterio de descendencia parental), como modo de transmisión de la nacionalidad. Hoy en día, los ordenamientos jurídicos tienden a combinar ambos derechos. Pero aquí hago referencia, obviamente, a las tradiciones filosóficas subyacentes a la gestación de la idea de nation en Francia, y al Volk alemán.